ORIGENES DEL HOMBRE

Los Primeros Imperios (II)

60

folio

Los Primeros Imperios (II)

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Primeros Imperios (II)

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Nicholas Postgate

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A.
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A. (28- 8 -95)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-413-0128-X (volumen 60)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-10694-94
Printed in Spain

Contenido

VOLUMEN II

Capítulo cuarto:
Sumer y Akkad 73

La civilización del valle del Indo 90

Capítulo quinto:
El segundo milenio 99

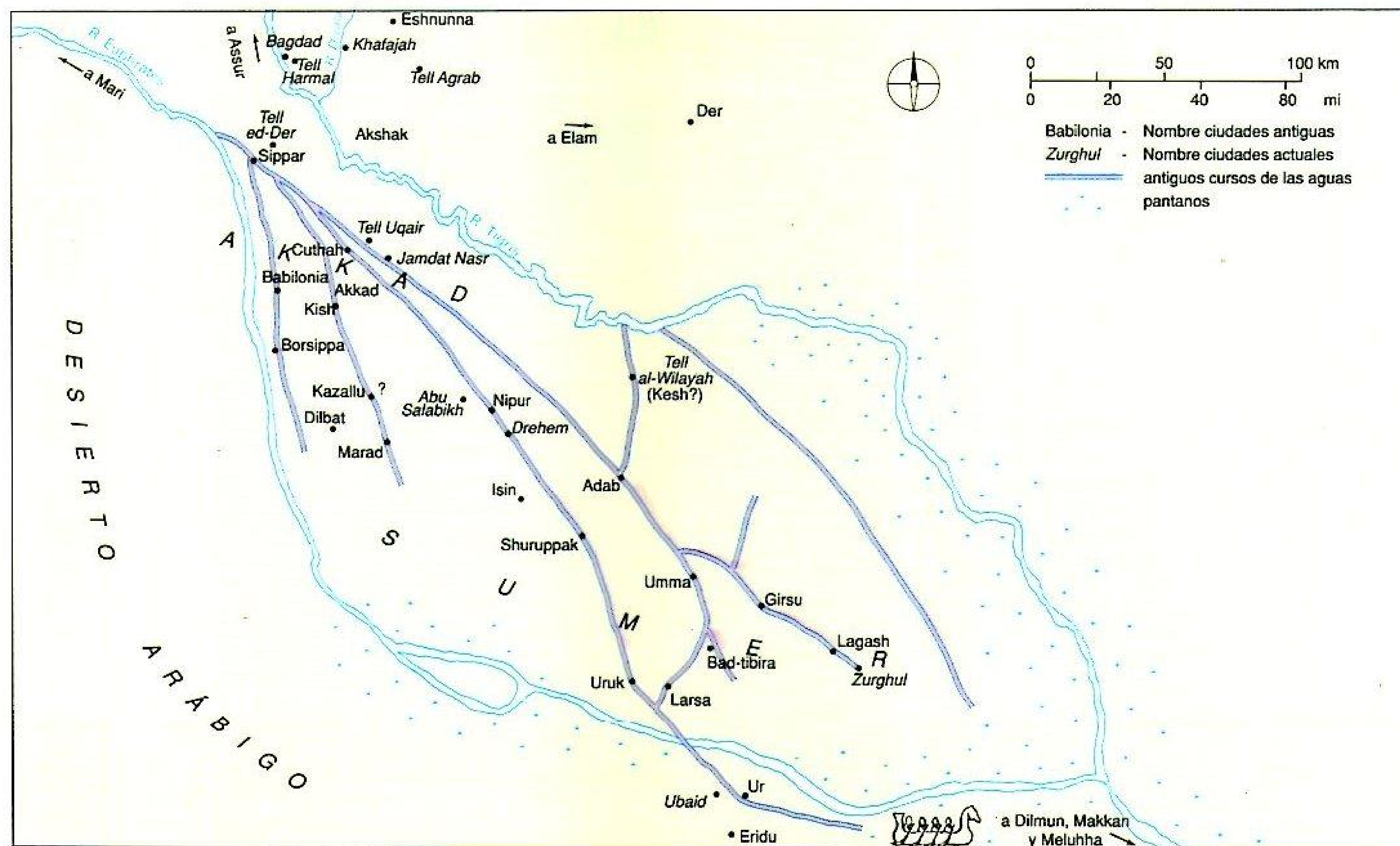
Nimrod: una capital asiria 119

Capítulo sexto:
Imperios asirio y babilonio 125

Glosario 150

Capítulo cuarto: Sumer y Akkad





Ciudades de Sumer y Akkad.

Inicios del alfabetismo. Durante la última década, un equipo de arqueólogos alemanes ha descubierto una ciudad que data de antes del 3.000 a.C. y que se extiende por más de una milla a lo largo de la ribera oeste del Éufrates, en Siria. El lugar, Habuba Kabira, está fortificado por una inigualable doble muralla con puertas complejas y torres a intervalos precisos y, dentro de este enorme recinto, hay casas de piedra bien construidas, en una de las cuales se encontró una colección de trozos de arcilla usados para sellar las mercaderías, con las impresiones de los sellos cilíndricos iguales a hallazgos similares de la época protoliteraria hechos en Uruk (Warka) y Susa. Han encontrado también tablillas con signos numéricos marcadas con sellos típicos de Mesopotamia. Los excavadores no pueden equivocarse gran cosa cuando afirman que ésta era una ciudad comercial, precursora de muchas que más tarde se encontraban en la curva del Éufrates, donde podían controlar el tráfico que procedía del sur remontando el río, o cruzando las llanuras desde el este, así como proyectándose al oeste, hacia la región de Alepo y el mar.

En 1973, una expedición del Museo Real de Ontario descubrió en el sitio de Godin Tepe, entre los actuales Kermanshah y Hamadan, en Irán, un complejo de edificios en los cuales había cerámica característica de Susa y Mesopotamia del período protoliterario, y 43 tablillas o fragmentos con signos numéricos e impresiones de sellos, que también podrían proceder de la propia Susa o, incluso, de Habuba Kabira. Como sugieren los excavadores, estos descubrimientos señalan, sin ningún género de dudas, la presencia en Godin Tepe de mercaderes de Susa, ansiosos por controlar el lucrativo comercio con Mesopotamia.

Más de 600 millas al sudeste de Susa, en las áridas colinas del sur del Irán, una expedición de la Universidad de Harvard ha investigado el montículo de Tepe Yahya. Esto ha revelado la existencia, durante el cuarto y tercer milenio a.C., de una floreciente ciudad que, evidentemente, estaba en estrecho contacto con Susa, no sólo porque se ha descubierto la bien conocida cerámica de Uruk y Jamdat Nasr, sino porque aquí también se encontraron tablillas con impresiones de sellos, y no meramente signos numéricos, sino incluso pictogramas idénticos a los habituales de la Susa contemporánea.

Si bien cada uno de estos remotos lugares tiene sus características locales propias y no hay motivo para que tales sociedades urbanas grandes y prósperas no hayan surgido independientemente, estaban, sin embargo, vin-

Página anterior: Estatuilla de Uruk (h. 3000 a.C.) Bagdad.

culadas por una amplia red, cuyo centro se hallaba en Mesopotamia y en la vecina Susiana, las tierras aluviales del sudeste de Irán que durante siglos fueron gobernadas desde la ciudad de Susa. Naturalmente, la difusión de los primitivos estilos de cerámica, como los de Halaf y Ubaid y de materias primas como cobre u obsidiana, es suficiente para demostrar que antes del período protoliterario estas regiones debieron de haber estado en estrecho contacto, pero que en aquella época parece que hubo un cambio en las relaciones. Porque es durante la época protoliteraria que se puede reconocer por primera vez en Mesopotamia una auténtica sociedad urbana, cosa que queda reflejada en la expansión contemporánea de lugares como Tepe Yahya y Habuba Kabira, tan alejadas del área central. Parece que al principio de este período hubo una división real tanto en el comercio internacional como en todas las otras cosas, por la cual la civilización de Mesopotamia se desmarca de las culturas circundantes y la convierte no sólo en el núcleo de una nueva sociedad urbana alfabetizada, sino en el origen de la tradición cultural de todo el Oriente Próximo mientras duró la escritura cuneiforme.

La documentación arqueológica. Por lo tanto, es grave para el historiador que el trabajo arqueológico del período protoliterario dentro de la auténtica Mesopotamia, apenas se haya llevado a cabo fuera de Uruk (la actual Warka). Es cierto que se han hecho importantes hallazgos en Susa y lugares adyacentes, en tierras de los últimos elamitas, pero, aparte del buen trabajo, aunque restringido, en niveles profundos de Khafajah y Nipur, la investigación seria de niveles protoliterarios en Sumer está virtualmente confinada a las capillas de Tell Ugair (cerca de Kish) y Eridu, al trabajo poco fiable de Jamdat Nasr y, naturalmente, a la propia Uruk. Sin embargo, a pesar de esta muestra insatisfactoria, el virtuosismo del período está suficientemente claro. En Uruk nos enfrentamos con una sucesión de precintos, en los cuales los arquitectos alemanes han reconocido amorosamente, ladrillo a ladrillo, los sofisticados planos de templos, con frecuencia de dimensiones enormes, algunos en simples adobes, pero otros utilizando bloques de piedra caliza o con la parte exterior decorada con complejos dibujos, obtenidos con mosaicos de conos de arcilla coloreados o piedras, insertados en el recubrimiento de barro de los muros. Todavía no se ha encontrado nada, excepto quizás en Tell Brak, en el extremo norte, que rivalice con estas estructuras en dimensiones, concepción o complejidad, pero en Tell Uqair se había erigido una interesante capillita de estas fechas sobre una plataforma irregular, decorada con murales de leopardos y fieles que portan ofrendas, y es cierto que las técnicas de construcción de Uruk se utilizaban en todo Sumer ya que se pueden encontrar conos reveladores en la superficie de muchos lugares no tocados todavía por el pico del arqueólogo.

La sofisticación de la arquitectura tiene su equivalente en otras artes. De los precintos de templos en Warka y en muchos otros lugares, provienen algunas de las esculturas más hermosas conocidas en toda la dimensión del arte mesopotámico y los sellos cilíndricos que aparecieron ahora por primera vez, están tan bien concebidos y técnicamente tan conseguidos como cualquiera de los posteriores, incluso si no alcanzan la exquisita y minuciosa perfección de los más bellos trabajos acadios. Otros hallazgos atestiguan el dominio de los orfebres en el trabajo de plata o cobre pero, incuestionablemente, el logro más importante fue la invención de la escritura. Nadie puede decir todavía con certeza cuándo o dónde empezó el largo desarrollo de la escritura cuneiforme; las fases más tempranas que se conocen proceden casi exclusivamente de Uruk pero, en vista de la falta de excavaciones de la misma época en otros lugares, ello no es necesariamente significativo. En el último período protoliterario los escribas de Jamdat Nasr (cerca de Kirsh, al norte del país), utilizan precisamente el mismo repertorio de signos que sus colegas de Uruk y hay incluso pruebas de una tradición común de listas de signos. Sin embargo, es evidente que el enorme volumen de más de 2.000 signos, con frecuencia complejos, eran un obstáculo para la fácil transmisión del sistema fuera del propio Sumer y, aparte de las simples anotaciones numéricas que ya se han encontrado en las franjas exteriores de la esfera de influencia mesopotámica, era solamente la idea de escribir, y no los propios signos, la que se propagó más lejos, hasta Susa. Desde allí se introdujeron una serie de signos «protoelamitas», similares pero independientes, quizás en Egipto y en el valle del Indo o incluso tan lejos como en Rumanía, en donde se han hallado recientemente, de la forma más inesperada.

Teniendo en cuenta que la escritura en las primeras tablillas es completamente pictográfica –o sea, que cada símbolo significa una palabra completa, no un sonido– no podemos determinar fácilmente si están escritas en sumerio, pero la opinión consensuada de los expertos es ahora de que, casi con seguridad, éste es el caso. Ello no quiere decir necesariamente que el sumerio era el único lenguaje, ni incluso el dominante, y sería ingenuo suponer que la población era más pura étnicamente entonces que en épocas posteriores. Sin embargo, aunque se tratase de pueblos que hablasen solamente sumerio o, como parece más razonable pensar, una mezcla de acadios o incluso semitas preacadios, la cultura urbana de la Mesopotamia protoliteraria era tan uniforme entonces como siempre lo



fue, antes o después. Es en esta época que, en los brazos de los dos ríos, cristalizó por primera vez la civilización sumeria, cuyos avances tecnológicos y creatividad intelectual fueron el origen de toda la cultura de Mesopotamia.

Los inicios de la historia. Aunque la invención de la escritura es la precondición para que la historia suceda a la prehistoria, como mínimo en Sumer no podemos afirmar que la escritura primitiva sea el origen de la historia. Los relatos de los templos de Uruk no estaban hechos con el fin de transmitir información histórica, ni lo hacen. Sólo después de haber transcurrido varios siglos podemos identificar los primeros textos «históricos», e incluso esto, como veremos, no es sino el nombre de un rey garabateado en el lado de un cuenco de piedra. Por lo tanto, es sólo en el curso del Período Dinástico Antiguo (h. 3000 a 2400 a.C.) que el anonimato de la prehistoria es substituido por los ricos detalles de los tiempos históricos y quizás éste sea el motivo por el que este período ha atraído más actividad arqueológica que cualquier otro –excepto, quizás, los palacios imperiales de Asiria– en contraste con los negligidos niveles protoliterarios. Las grandes excavaciones empezaron con los trabajos franceses en Girsu (Tello), y fueron seguidos por expediciones a Ur, Uruk y Eridu en el sur, Shuruppak (Fara) y Nipur en el Sumer central y en el norte en Kirsh. La estratigrafía del período se ha fijado sobre bases firmes y la terminología Antigua Dinastía I, II y III se inició como consecuencia de los trabajos que efectuó la expedición de Diyala en Khafajah,





Arriba: Cabeza de maza de piedra caliza encontrada en Tello, pero que lleva el nombre de Mesalim, rey de Kish. Los leones se atacan entre ellos y un águila con las alas extendidas ocupa la parte superior. Louvre.

Página anterior, arriba: Pozo del templo de Shara, de la Antigua Dinastía, en Tell Agrab. Está construido con los típicos ladrillos «planoconvexos», planos por abajo y ligeramente curvados por encima.

Página anterior, abajo: Vasija de plata de Lagash. Tiene grabada un águila con cabeza de león que agarra dos leones; la inscripción alrededor del cuello dedica la vasija a Ningirsu. Louvre.

Eshnunna (Tell Asmar) y Tell Agrab y los límites geográficos se extendieron, remontando los dos ríos, por las excavaciones de Asur y Mari. Esto no es todo ya que en años recientes se han llevado a cabo nuevas excavaciones en Lagash (El Hiba) e Isin (Ishan al-Bahriyat) y en la ciudad, todavía no identificada, de Abu Salabikh, cerca de Nipur, se ha encontrado una importante colección de tablillas literarias de la Antigua Dinastía. Como resultado de esta actividad relativamente intensa ahora podemos determinar, con cierta confianza, la transición de la fase clásica del arte protoliterario, a través de una degeneración, hasta el fermento del Antiguo Período Dinástico, cuando un estilo seguía a otro en una tradición artística que siempre resultaba interesante, aunque no estuviera dotada de la belleza clásica de las mejores piezas protoliterarias.

Naturalmente, los excavadores también descubrieron inscripciones y éstas deberían facilitarnos poder añadir otra dimensión a la imagen. Y, sin embargo, no nos ofrecen la precisión que podríamos haber esperado. En aquellos lugares –principalmente Ur, Girsu, Kish y Shuruppak– en donde se encontraron gran cantidad de tablillas, raramente hay una secuencia fiable de material estratificado, aunque no sea defecto del excavador sino resultado de métodos anticuados o, simplemente, indefendibles y es imposible relacionar cualquiera de los grandes hallazgos de tablillas con el marco arqueológico establecido para cerámica y otros utensilios. A la expedición de Diyala se le confió encontrar lugares en donde se pudiesen excavar niveles con una orden de sucesión bien establecida de la Antigua Dinastía pero, por mala suerte, el material escrito del noreste de Sumer era tan escaso que aportó poca luz a la situación. Nos encontramos con el curioso resultado de que hay tres clasificaciones distintas de estos siglos: la puramente arqueológica, para la cual el trabajo de Diyala sugirió la división en Protoliteraria y Antigua Dinastía I, II y III, la epigráfica que puede ordenar por secuencias los distintos grupos de tablillas sobre la base del estado de desarrollo alcanzado en la escritura y la puramente histórica, que utiliza los escasos escritos anteriores a Sargón de Akkad y puede, incluso, intentar extraer de ellos una cronología absoluta en la cual puedan encajar, finalmente, los esquemas arqueológicos y epigráficos. En el fondo, estos tres canales pueden unificarse solamente mediante una futura excavación bien controlada y con ayuda de la buena suerte.

Mientras tanto, tenemos un ejemplo clásico de la interacción de distintas vías de enfoque. Si bien la documentación arqueológica persiste, sin cambios, desde tiempos prehistóricos, acumula gradualmente pequeños trozos de evidencia escrita que abruman las fuentes arqueológicas con la riqueza de detalles y profundidad de conocimientos íntimos que pueden ofrecer. Aunque en ocasiones una línea de enfoque meramente confirma y amplía lo que ya sabemos por otra, es sorprendente con cuánta frecuencia los textos pueden revelar facetas enteras de la civilización sumeria que pudieran haber aparecido en los hallazgos arqueológicos pero que no lo han hecho. Por el contrario, en ocasiones, las excavaciones han demostrado la existencia de algo que el filólogo haya buscado ansiosamente, pero en vano, en sus documentos. Para poner sólo un ejemplo, de todos los lugares, dentro de los límites del antiguo Sumer, ninguno ha sido tan rico, o tan informativo, como Ur. Las excavaciones de Woolley en el Cementerio Real, con su enorme riqueza de objetos y macabros entierros en masa, revelaron inmediatamente un lujo y una sofisticación en las primeras fases de la civilización de Mesopotamia insospechadas con anterioridad, y un aspecto de creencias y prácticas religiosas que no se hubiesen adivinado nunca basándose únicamente en los textos. Este mismo cementerio también ilustra la frustración de inten-

tar coordinar la evidencia escrita y la excavada: aunque en los textos históricos de Ur y Kish –en donde se descubrieron tumbas similares pero algo más antiguas– se mencionan dinastías reinantes, todavía no estamos en condiciones de dictaminar, con una cierta seguridad, si las tumbas pertenecían a aquellas dinastías o a otros gobernantes anteriores o posteriores.

Tradiciones escritas posteriores. Si bien con el acceso al trono de Sargón se utilizaba la escritura con finalidades diversas, incluyendo la descripción de acontecimientos





Arriba: El comercio con Sumer queda demostrado por los sellos de arcilla, como éste de Jamdat Nasr, con el cual se aseguraban fardos. Ashmolean Museum.

Izquierda: La copia mejor conservada de la Lista de Reyes sumeria (de Larsa); en este lado están los reyes de antes del Diluvio. Museo Ashmolean.

históricos llevados a cabo por reyes que deseaban que quedasen registrados para la posteridad, no son estas inscripciones las que constituyen la espina dorsal de nuestra concepción de la historia política de aquellas épocas tempranas, sino un documento que data, en la forma conocida por nosotros, de unos 500 años más tarde. Se trata de la «Lista de Reyes Sumerios» en la que se relacionan los nombres y tiempo de reinado de los reyes que se cree gobernaron Sumer no sólo «después del Diluvio», sino incluso antes. Teniendo en cuenta que no sólo los antiguos, sino también los modernos eruditos se han visto influenciados ineludiblemente por el contenido de este documento, debemos dejarlo aparte para examinarlo con mayor detalle.

La lista empieza diciendo que «cuando la realeza bajó de los cielos» lo hizo en Eridu y nombra dos monarcas que reinaron desde allí. Se dice entonces que la monarquía fue cambiando en dinastías sucesivas que gobernaron desde Bad-Tibira, Larak, Sippar y Shuruppak. Aquí, explica, el Diluvio inundó la tierra, pero después de él la realeza bajó de nuevo de los cielos a la ciudad de Kish. Hay una relación de veintitrés reyes que se dice reinaron en Sumer durante la I Dinastía de Kish, acabando con cierto En-mebaragesi y su hijo Aka. Siguen dinastías mucho más cortas (o incluso de un solo rey) en este orden: Uruk, Ur, Awan (en Elam), Kish, Hamazi (área de Kerkuk), Uruk, Ur, Adab, Mari, Kish Akshak, Kish, Uruk (por tercera vez) y, finalmente, Akkad y sus sucesores.

En los primeros tiempos del estudio de la escritura cuneiforme, los expertos supusieron que cada dinastía sucedía a la anterior de la lista, exactamente como aparece en el texto y se creía que incluso si –como en el Libro del

Génesis– los años de reinado (por ejemplo, los 625 años adjudicados a Aka de Kish) eran sin lugar a dudas un milagro, en la última parte de la lista se necesitaría sólo sumar el conjunto de todos los años atribuidos a cada dinastía para obtener una cronología segura de todo el período. Sin embargo, cuando se vio que algunos de los reyes mencionados en dinastías aparentemente sucesivas eran, de hecho, contemporáneos, quedó claro que debíamos considerar que cada una de ellas se sobrepone con la de antes o con la de después. Una vez hecho esto, ya no tenemos la ayuda directa que la Lista de Reyes Sumerios podía haber prestado al establecimiento de una cronología absoluta, aunque todavía se puede afirmar, si bien con precaución, la credibilidad, en general, de ella. Como mínimo, en lo que se refiere a los reyes de después del diluvio, no hay razón para dudar de que la hegemonía política de Sumer siguió el curso, más bien irregular, descrito por la Lista de Reyes.

Y es una suerte, ya que otras fuentes escritas de estos acontecimientos, más bien oscuros, de comienzos de la historia documentada, adquieren buena parte de su significado a partir de su asociación con la Lista de Reyes. Uno de los más alentadores descubrimientos hechos recientemente ha sido la identificación de la inscripción de un cuenco de piedra procedente de las excavaciones de Khafajah, que dice pertenecer a «En-mebaragesi, rey de Kish». Ello es especialmente satisfactorio, ya que En-mebaragesi consta como el penúltimo rey de la I Dinastía de Kish, y en la Lista de Reyes se dice que venció a Elam, cosa que concordaría con el descubrimiento de este cuenco al este del Tigris. Aparte de esta inscripción real corta y antigua, otros monarcas nombrados en la Lista de Reyes nos han dejado testimonio de su presencia en lugares como Adab, Kish, Nipur, Ur y Uruk en número suficiente para demostrar que la lista se basa en auténticas tradiciones históricas y no es necesario descartarla como una composición mítica.

Sin duda hay motivos para dudar de la historicidad de las primeras etapas de la lista: después de la I Dinastía de Kish, encontramos gobernantes de Uruk cuyos nombres figuran abundantemente en los relatos heroicos descritos cientos de años más tarde, incluyendo la figura del propio Gilgamesh, cuyas hazañas, de acuerdo con la tradición posterior, se pueden considerar con seguridad invenciones míticas. Y, sin embargo, una de estas composiciones literarias describe con detalles muy vívidos el conflicto entre Gilgamesh y Aka, hijo del propio En-mebaragesi, de cuya existencia no se puede dudar. Este relato, que recuerda enormemente los poemas épicos de Homero, explica cómo Aka de Kish descendió sobre Uruk para luchar con su vasallo rebelde Gilgamesh, y cómo fue la aparición oportuna del propio Gilgamesh en las murallas de Uruk lo que causó que los hombres de Kish se batieran en retirada, al igual que los troyanos frente a Aquiles. Para nosotros, este poema épico es doblemente valioso: por una parte, debe reflejar un acontecimiento real, aunque distante, y demuestra que las figuras heroicas de la literatura sumeria –Lugalbanda, Enmerkar y Gilgamesh– pertenecen a una época que ya se puede considerar histórica. El descubrimiento de esta vasija es como si los arqueólogos griegos hubiesen desenterrado una espada que llevase el nombre de Atreo.

Sin embargo, estos retazos de información no son más que gotas en un océano de ignorancia, y si nos hemos referido a las fuentes del período es más para poner de relieve que para ocultar cuán poco consistente es la reconstrucción de su «historia». Varias líneas de evidencia convergentes han llevado a expertos a postular que hubo un largo período, a principios de la Antigua Dinastía durante el cual la ciudad de Kish fue la sede de reyes que reclamaban la hegemonía o «corona» de Sumer. Esto no sólo se indica en la Lista de Reyes, sino que se da el hecho curioso de que «reyes de Sumer» posteriores adoptasen el título de «rey de Kish» con preferencia a cualquier otro en cualquier parte que se hallase su propia dinastía. Es más, en las excavaciones de Kish se descubrieron dos edificios seculares fuertemente fortificados de los períodos de la Antigua Dinastía II y III y es igualmente revelador que en una ocasión las ciudades de Umma y Lagash lla-

Detalle de la «estela de los buitres», de Eannatum I, que celebran la derrota de Umma. Louvre.





La prueba de las relaciones comerciales con el Irán proviene especialmente de cuencos de piedra como éste, del templo de Inanna en Nipur, en el que se ve el combate entre un león y una serpiente. Bagdad.

maron a Mesalim, «el rey de Kish», para que dirimiera una de sus innumerables disputas sobre fronteras.

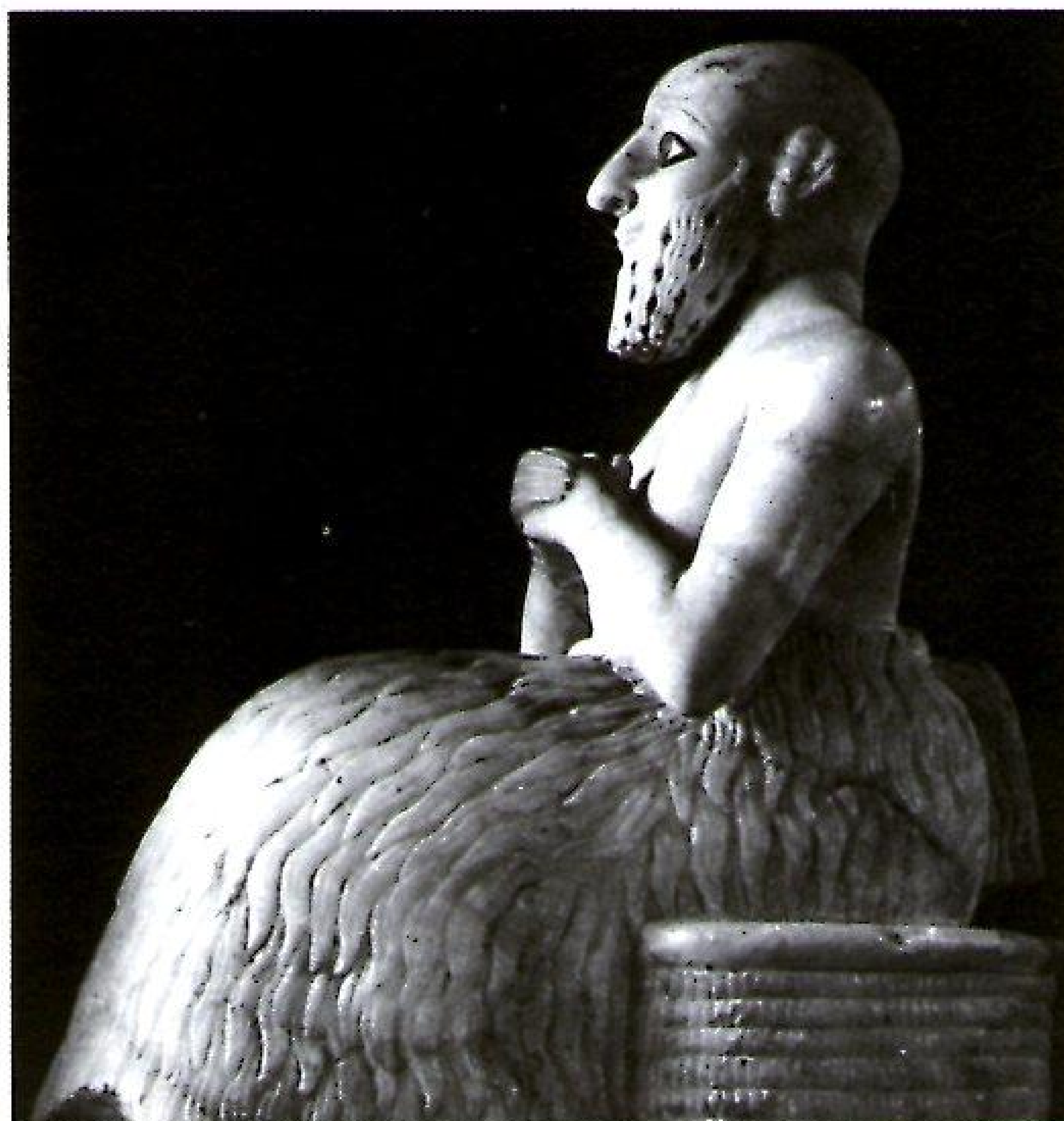
Una imagen distinta nos la ofrecen algunos curiosos sellos de los niveles antiguos de Ur, en los cuales los nombres de ciudades como Kesh, Adab, Uruk, Ur y Nipur están escritos juntos de una manera que sugiere un grado de cooperación difícil de explicar excepto en términos de una confederación política de algún tipo entre estos distantes estados, incluso si la aplicación de estos sellos debió ser en productos comerciales. Se ha sugerido, incluso, que en la época de estos sellos –la Antigua Dinastía I, aproximadamente– Sumer había creado una liga de ciudades-estado centradas en Nipur, la cual, aunque fuese la residencia de Enlil, dios principal en el panteón sumerio, no aparece nunca en tiempos históricos como la sede de ningún poder temporal. Cuál era la relación que existía entre esta confederación y la I Dinastía de Kish o incluso con dinastías anteriores relacionadas en la Lista de Reyes, es un problema que apenas podemos esperar que se resuelva nunca.

Sumer en el período de la Antigua Dinastía III. El último monarca de la I Dinastía de Kish, Aka, pudo haber reinado alrededor del 2600 a.C. A partir de entonces, Sumer entró en una era de «estados opuestos», de tal manera que entre el reinado de Aka y el acceso al trono de Sargón, apenas más de dos siglos, en la Lista de Reyes figuran 13 cambios de dinastía y, como puede verse en el mapa, ninguna parte del país tenía el monopolio. Si bien tanto antes como después de esta época el «trono» era una realidad, durante la Antigua Dinastía III parece dudoso que cualquiera de ellas consiguiese ejercer más que una jefatura suprema transitoria. Sumer estaba compuesto de ciudades-estado vigorosas y con mentalidad independiente, cada una con su gobernante y su dios propio y, naturalmente, no deseaban estar controladas por ninguna otra ciudad. Por otra parte, esto no debió obstaculizar la unidad esencial del país. La aceptación general de Nipur como el hogar de la principal deidad del panteón se compensaba por el reconocimiento de todos los dioses importantes por parte de todo Sumer, incluso si cada ciudad tenía su dios particular: Nanna, dios de la luna, en Ur; An, dios del cielo, en Uruk o Ninhursag, la diosa del nacimiento, en Kesh. Esta sensación de unidad tampoco se veía afectada por las diferencias en el lenguaje: ciertamente, el sumerio se hablaba más en el sur y probablemente la mayoría de la población del área de Kish ya hablaba acadio, ya que incluso los primeros monarcas en reinar allí después del Diluvio tienen nombres acadios en la Lista de Reyes. Pero ello no significa, necesariamente, que se sintiese el gobierno de Kish como una ocupación extranjera. En tablillas de la Antigua Dinastía III, procedentes de Salabikh, cerca de Nipur, la mayoría de escribas que escribían textos exclusivamente en sumerio, llevaban nombres acadios y parece que hubo una auténtica simbiosis de lenguajes en la Sumer presargónida.

Si bien ya empezamos a encontrar inscripciones históricas de esa época, sería infructuoso que actualmente intentáramos reconstruir el curso de los acontecimientos políticos. Queda demostrado que las «monarquías» anotadas tan cuidadosamente en la Lista de Reyes son sólo una pista superficial, si tenemos en cuenta el ejemplo de la ciudad-estado de Lagash. En buena parte debido al trabajo de los franceses en Girsu (Tello), sabemos más sobre los gobernantes de Lagash que sobre cualquier otra ciudad-estado sumeria. Tenemos la lista de sus nombres durante los últimos 150 años antes de la dinastía de Akkad, y algunos de ellos fueron figuras importantes en la política interna de Sumer. En términos militares, el más famoso de ellos fue sin duda Eannatum, que puede vanagloriarse de haber derrotado no sólo al gobernador de Umma

–el vecino más próximo y enemigo constante de Lagash– sino también tres ciudades que figuran en la Lista de los Reyes: Mari, Akshak y Kish. Más tarde, su sobrino Entemena, de acuerdo con una inscripción publicada recientemente, ejerció algún tipo de control sobre Ur, Uruk, Larsa y Bad-Tibira y sin embargo, el propio estado de Lagash no se menciona ni una sola vez en la Lista de los Reyes. Ésta no es una omisión que se pueda atribuir a los recopiladores de la lista, pero sirve para recordarnos que saber qué ciudad ostentaba la precaria supremacía en una época, no arroja ninguna luz sobre la auténtica complejidad de relaciones entre las ciudades-estado de aquella época heroica de Sumer.

Relaciones exteriores. Aunque –o quizás porque– las ciudades de Sumer gastaban mucha energía en luchar entre ellas, parece que no lo hicieron mucho más allá de sus fronteras. Es cierto que se encuentran referencias a ocasionales escaramuzas con Elam, pero las relaciones entre los dos vecinos fueron siempre especialmente estrechas y la existencia de una dinastía Awan en la Lista de Reyes sumeria demuestra que los elamitas probablemente devolvían golpe por golpe. Más impresionantes podrían haber sido las hazañas de Lugal-zagesi, el último rey antes de Sargón de Akkad, ya que proclama que había hecho «que la ruta entre el Mar de Abajo y el Mar de Arriba fuese

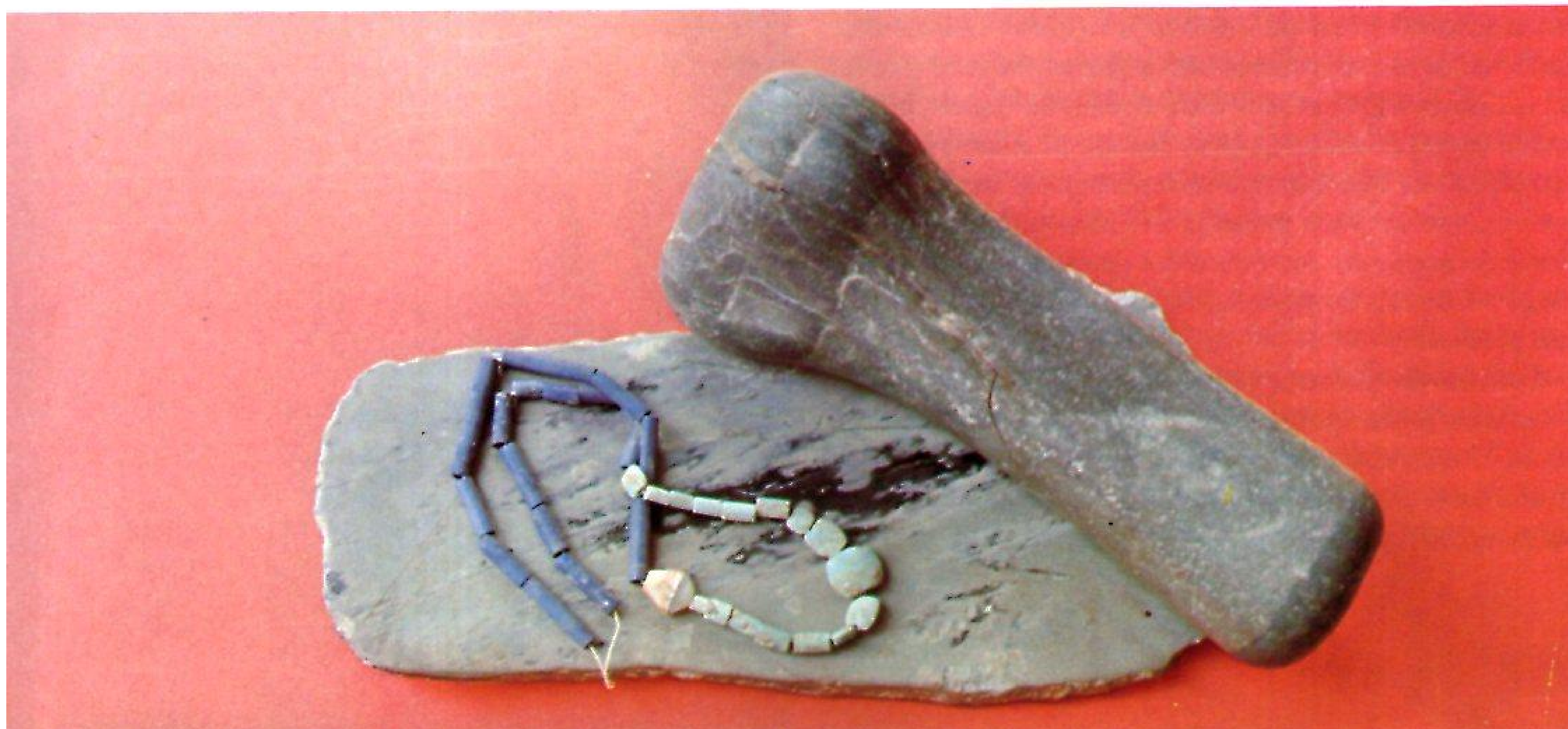




Arriba: Un espléndido ejemplo de la Antigua Dinastía III, lo ofrece esta escultura de un oficial del templo de Istar, en Mari; en la espalda figura su nombre como «Ebih-il, el capitán». Louvre.

Derecha: Vista reconstruida del templo de Istar en Assur (nivel G, h. 2400 a.C.), en la cual se ven las estatuas, maquetas del templo y otros utensilios, donde fueron encontrados. Según Andrae.

Abajo: Gargantillas de lapislázuli y pulidores de pizarra, de Shahr-i Sokhta, en Seistan (Irán), h. 2400 a.C. (gargantillas de la tumba G.12 y herramientas del taller en el área EWK).



segura» (o sea, del golfo Pérsico hasta el Mediterráneo). Sin embargo, los contactos de Sumer con el mundo exterior no deben juzgarse por sus gestas militares. Está normalmente admitido que no era posible la vida en Sumer sin el comercio: incluso las indispensables piedras para moler debían llegar desde las montañas. Pero el comercio, para los sumerios, no era tanto una necesidad penosa, sino uno de los grandes ingredientes de su civilización. Iba más allá del intercambio de mercancías entre las montañas y la llanura, lo que hubiera podido constituir una base económica tolerable para la vida en Sumer. Los sumerios viajaban a lo largo y a lo ancho de todos los puntos del compás en busca de cobre y otros metales, de maderas y piedras y de otros lujos menos voluminosos.

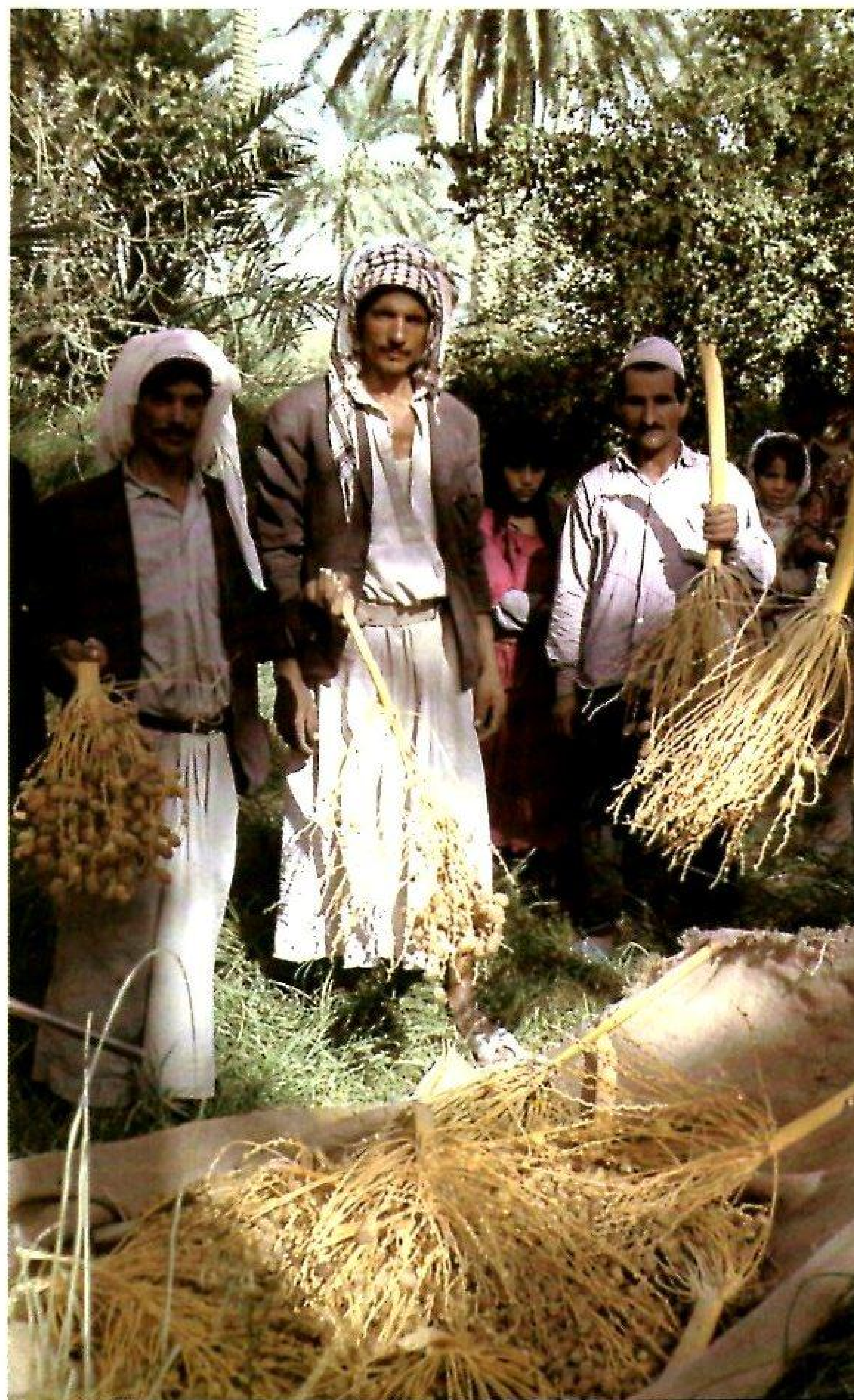
En el sur, los habitantes de las ciudades costeras, principalmente Lagash (y Girsu) y Ur, navegaban por el golfo hasta la isla de Dilmun (actualmente Bahrein), desde donde se llevaban cobre y, como cuenta orgullosamente Ur-Nanshe, el primer rey de la Dinastía Lagash, madera para la construcción de nuevos templos en sus ciudades. Años más tarde, el *ensis* de Lagash enviaba mercaderes a Dilmun con productos locales, como grasa de cerdo y perfumes, o cebada y trigo, para cambiarlos por el cobre que se encontraba en Dilmun, que hacía escala en esta isla, procedente de países más alejados, que después se conocerían como Makan y Meluhha. Quizás incluso más importante era el comercio por tierra con el este y, a pesar de períodos de hostilidad, la evidencia arqueológica es testimonio de la estrecha relación existente entre las ciudades del Sumer metropolitano y Susa y las grandes ciudades similares de las llanuras del Elam. Una vez más, las áridas anotaciones contables de Lagash atestiguan este comercio: mercaderes que iban y venían entre Girsu (Tello) y Der (cerca de la actual frontera de Irak con Irán), que trataban directamente con el propio Elam, mientras que una ruta menos directa podía llevar a Adab, situada estratégicamente en uno de los principales canales del Éufrates, en el extremo noreste de Sumer. Se sabe que la esposa del *ensi* (gobernador de la ciudad) de Lagash, intercambiaba regalos con la esposa del *ensi* de Adab y a cambio de barcas que iban río arriba cargadas con cobre y bronce, que sin duda procedía de Dilmun, la ciudad del norte correspondía con estatuillas de marfil, animales de carga y barcadas de maderas, incluso con viñas y manzanos jóvenes.

Los ecos de empresas comerciales extranjeras persisten todavía en la literatura sumeria varios cientos de años más tarde. Si bien el contacto con las tierras altas iranianas se debió hacer por mediación de las ciudades del Elam, un relato épico sugiere que los sumerios trataban, en ocasio-



Tabilla administrativa del reinado de Urukagina (2351-2342 a.C.) que registra una entrega de fruta del jardinero. Louvre.

Recogida de la cosecha de dátiles en Mesopotamia, hoy. Todavía se utilizan los métodos y el equipo tradicionales.



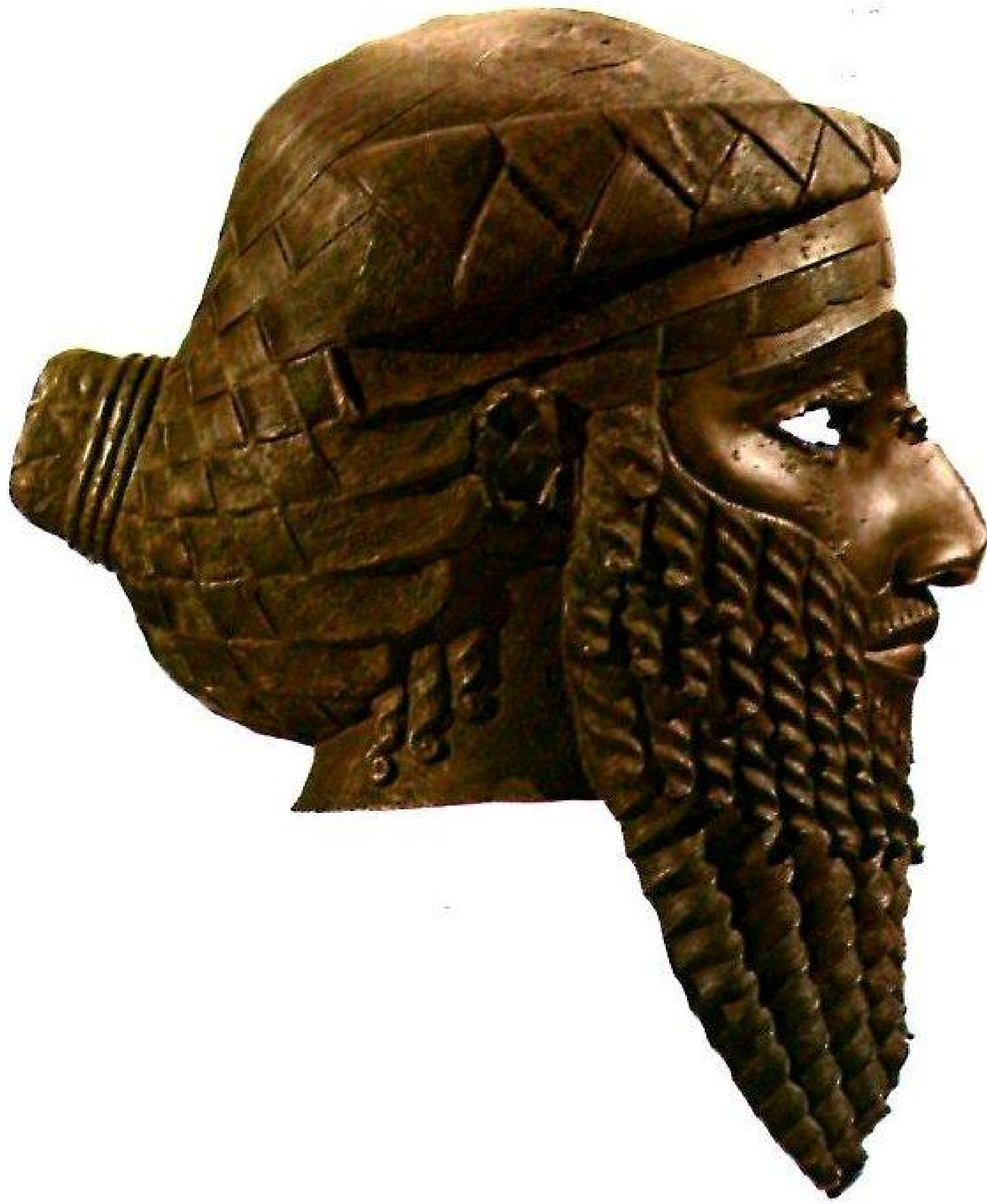
nes, directamente con sus proveedores. Por un poema conocido por los modernos eruditos como «Enmerkar y el Señor de Aratta», nos enteramos de cómo Enmerkar, que consta como gobernante de Uruk antes de Lugalbanda y Gilgamesh, desea piedras preciosas para el templo de la diosa Inanna que está construyendo. Envía un mensajero a la ciudad de Aratta, situada al este, más allá de siete cadenas montañosas, y después de muchos intercambios a causa (¡según esta versión sumeria!) del comportamiento intransigente del Señor de Aratta, consigue la codiciada piedra. La realidad económica existente detrás de esta historia la aclara la demanda de grano que hace el Señor de Aratta: en la primera parte del poema se carga una caravana de asnos con grano procedente de los almacenes de Uruk, y se envía serpenteando por los pasos de montañas hacia Aratta «como un reguero de hormigas».

Probablemente, nunca podremos identificar Aratta, pero los arqueólogos que trabajan al este del Irán han descubierto recientemente evidencias fascinantes del comercio de lapislázuli y cornalina, el objeto de deseo de Enmerkar. En textos antiguos, coetáneos del propio Enmerkar, se menciona esta rara piedra de color azul profundo, como igual de valiosa que el oro y la plata y, durante toda la antigüedad, fue buscada por los reyes. Las minas de lapislázuli se encontraban en el remotísimo Afganistán y las nuevas excavaciones en Shahr-i Sokhta, han desenterrado enormes cantidades de esta piedra, junto con los talleres y útiles de esmeril utilizados en el proceso de convertirlas en trozos adecuados para el transporte, o incluso en productos acabados. Desde este distante lugar de elaboración, las caravanas debieron transitar por caminos serpenteantes hacia Sumer, bien hacia el norte del gran desierto de sal, en donde el sitio de Tepe Hissar también intervenía en el comercio, o hacia el mediodía, a través de las áridas colinas del sur del Irán, donde ya hemos encontrado Tepe Yahya, con su temprano uso de pictogramas elamitas y estrecha conexión con Susa y Mesopotamia.

También en el norte y el oeste hay amplia evidencia de la actividad de los mercaderes de Sumer. En la parte alta del Tigris se había producido un asentamiento en lo que más tarde sería la ciudad de Assur: aquí, los excavadores alemanes descubrieron una simple capilla de los períodos acadio y Antigua Dinastía, equipada ricamente con los adornos característicos de un templo sumerio, incluyendo las inconfundibles estatuillas de devotos, de ojos redondos y faldas lanudas. A pesar de los rasgos de influencia sumeria detectados ya aquí y en yacimientos del valle de Habur, como Tell Brak y Chagar Bazar, todavía produjo una cierta conmoción el hallazgo de estas figurillas de devotos de la Antigua Dinastía en Tell Chuera, en las tierras desérticas entre los ríos Habur y Balih, al norte de Siria, en donde la expedición alemana tropezó con una capilla de piedra del tercer milenio.

El comercio con el noroeste seguía el curso del Éufrates y aquí, en una posición comparable a la de Assur, se encontraba la ciudad de Mari, cuyo control de esta gran ruta comercial la había convertido en un partícipe activo de los negocios de Sumer durante el período de la Antigua Dinastía. Cavando a más profundidad, por debajo del palacio más famoso de Zimrilim, los excavadores franceses de Mari han recuperado partes de un edificio presargónida igualmente impresionantes y en los templos contemporáneos de la ciudad encontraron estatuas de dirigentes inscritas con sus nombres, que con frecuencia son acadios. Una ilustración especialmente vívida de las estrechas relaciones con Sumer se produce con el hallazgo de un tesoro de objetos preciosos enterrados en una vasija de cerámica: aparte de gargantillas y figuras humanas en piedras y metales preciosos, había una extraordinaria águila con cabeza de león, en oro y lapislázuli y una gargantilla larga de lapislázuli con la inscripción de Mesanepada, uno de los reyes de la I Dinastía de Ur en la Lista de Reyes sumeria. Sin duda éste fue un regalo del rey de Ur a su equivalente de Mari, destinado a refrendar su buena voluntad en el comercio con las regiones más alejadas del noroeste. Al norte de Mari, como en los tiempos de Uruk, debió haber importantes centros comerciales en la gran curva del río y de allí partirían rutas que iban hacia el oeste, a los puertos del Mediterráneo y los montes de Amanos y el Líbano que a lo largo de toda su historia fueron un imán para los gobernantes de Mesopotamia a la búsqueda de cedro y otras maderas destinadas a los tejados de sus templos o palacios. Desafortunadamente, falta todavía documentación escrita de este comercio, a menos que se encuentre en las nuevas excavaciones de Ebla (Tell Mardikh), cerca de Alepo, por lo que es difícil para nosotros decir si las colonias comerciales de Asur o de Tell Chuera, con sus manifiestas convenciones artísticas sumerias, estaban, de hecho, ocupadas por sumerios del sur o, simplemente, reflejaban el poder de la influencia sumeria en los pueblos vecinos.

La estructura de la sociedad. Aunque el comercio de artículos de lujo probablemente fue el resultado del intercambio de regalos entre gobernantes, la necesidad de materias primas en Sumer hizo que se desarrollara un comercio más extensivo. Ya que los bienes que Sumer podía ofrecer en contrapartida a los comerciantes eran productos agrícolas y artesanía, podemos suponer que,



Cabeza de bronce, de tamaño natural, encontrada en Nínive, pero que seguramente pertenece al antiguo período acadio y que con frecuencia se atribuye a Sargón. Bagdad.

además de la eficiente organización de sus relaciones comerciales, la prosperidad de Sumer se debió a su dominio de la tecnología agrícola e industrial, que hacía posible que exportase excedentes cuantiosos, y a la buena calidad de sus productos, que le permitía conservar los mercados con los cuales se relacionaba. Todo ello requería una sociedad sofisticada y con buena organización. Si intentamos descubrir los detalles domésticos existentes detrás de los aciertos artísticos e intelectuales de la Antigua Dinastía de Sumer debemos acudir, inevitablemente, a los extraordinarios archivos de Tello (Girsu), representados por unas 1.600 tablillas económicas del templo de Bau, que fueron desenterradas clandestinamente durante las excavaciones francesas en el lugar, y que ahora están divididas entre los principales museos del mundo. Ellas revelan, con detalles minuciosos, el trabajo de los contables del templo, que anotaron los tratos del mismo con una gran variedad de personas y el paso de mercancías que entraban y salían de los almacenes. Hacían constar la recepción o entrega de grano (trigo, cebada...) o verduras y frutos, especialmente dátiles, como también grandes cantidades de pescado. Entre el ganado encontramos ovejas y cabras, bueyes, cerdos y monos. Buena parte del personal del templo eran hombres libres, pero también había esclavos. Se mencionan artesanos de distintos oficios, y es obvio que la acumulación de capital en los templos se utilizaba para financiar mercaderes en sus empresas comerciales. Encontramos con frecuencia listas de tierras y de cosechas sembradas o recolectadas en ellas y, en general, la imagen es la de una institución predominantemente agrícola, para la cual el profesor A. L. Oppenheim ha acuñado recientemente la afortunada frase de «santuarios hacendados».

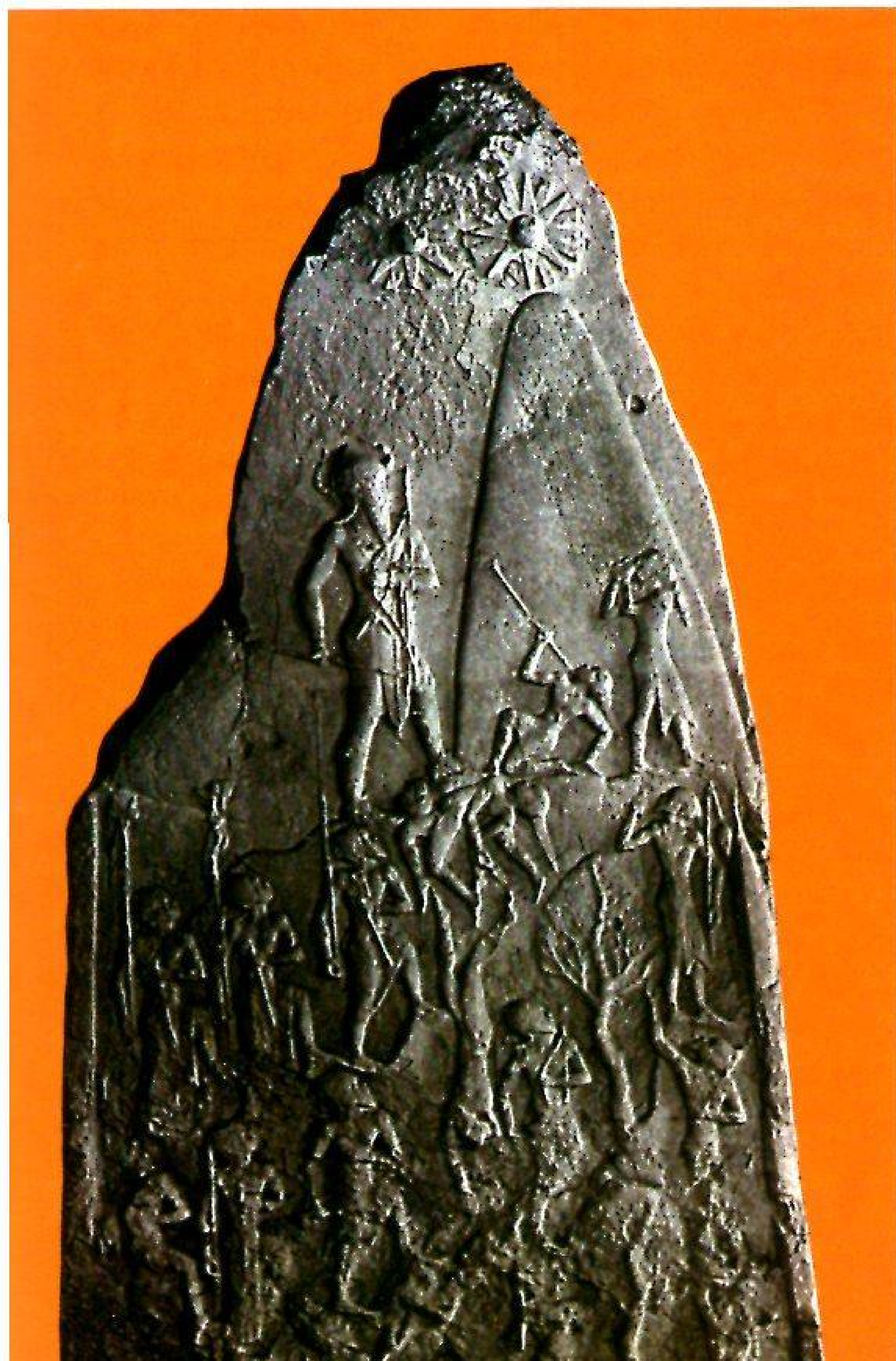
Si bien estos archivos nos presentan una imagen viva de la vida diaria, es difícil estar seguros de qué detalles son generales y cuáles son únicamente de este templo. En Girsu, el templo de Bau no era el único, ni siquiera el mayor, de tales «santuarios hacendados»: el principal templo de la ciudad pertenecía a Ningirsu y, de acuerdo con la teoría teológica del momento, éste estaba administrado por el gobernador (*ensi*), que era el representante de dios en la tierra. Como es lógico, Bau, la esposa de Ningirsu, tenía su templo administrado por la esposa del *ensi* y las tablillas atestiguan que se interesaba activamente por el funcionamiento del santuario. Como el *ensi* era también el gobernador seglar de la ciudad-estado (incluso si tenía que reconocer la jefatura suprema del «rey de Sumer» del momento), al principio, los eruditos consideraron a Girsu y al resto de las ciudades-estado de Lagash como una teocracia virtual, en la cual todo el estado pertenecía a, y era administrado por, los templos, y se creía que lo mismo era válido para otras ciudades-estado de Sumer. Ahora se pone en duda este punto de vista. Existen suficientes pruebas, incluso en el propio Girsu, que lo contradicen y, en cualquier caso, formular una regla general a partir solamente de Girsu, no fue un procedimiento correcto: hay muchas razones para suponer que las ciudades-estado de Sumer eran tan diversas como las de la antigua Grecia o como las del Renacimiento italiano. Muchos documentos, especialmente de Shuruppak (Fara) atestiguan la existencia de una administración secular floreciente e igualmente bien organizada, y los documentos de venta de casas o de tierras agrícolas prueban que la propiedad se hallaba en manos privadas, aunque pudiera estar estrictamente controlada por un «clan» u organización similar.

Y, sin embargo, es indiscutible que el templo era una parte esencial en las ciudades sumerias y, quizás, a la larga, más importante que cualquier institución puramente secular. Porque el templo servía de núcleo alrededor del cual giraba la identidad de la ciudad. Cualquiera que fuese la familia o ciudad que gobernase la vida secular de la población, el dios de la ciudad permanecía y su templo seguía siendo la expresión de la identidad de aquella ciudad. En estas circunstancias, no es sorprendente que, en



Parte de una estela de la victoria acadia: los prisioneros de guerra, que llevan extraños peinados y los codos atados a la espalda, están unidos por una escalera o «cepo de cuellos». Una viva ilustración del imperialismo acadio. Bagdad.

La estela de Naram-Sin, una de las obras maestras del arte mesopotámico. Muestra a Naram-Sin, con cuernos en su casco que simbolizan la divinidad, recibiendo la sumisión de sus oponentes en su terreno montañoso. Véanse los dos estandartes de batalla (a la izquierda). Louvre.



algunos casos, los administradores del templo principal fuesen también los dirigentes seglares de la ciudad: los gobernantes de Umma e Isin, por ejemplo, fueron sacerdotes en la Antigua Dinastía y la discriminación de «religiosos» y «seglares» en la titularidad de los distintos gobernantes de Sumer, es una operación delicada que varía de ciudad a ciudad, dependiendo de la historia constitucional de cada una.

La importancia del templo en la vida de las ciudades sumerias es un punto sobre el cual concuerdan los datos arqueológicos y los escritos. Si bien se han excavado grandes edificios seculares (por ej., palacios) en Mari, Kish y Eridu, se han encontrado con mucha menos frecuencia que templos. En casi todos los lugares de la Antigua Dinastía, los templos han ocupado una posición clave en la ciudad, y es evidente que el genio artístico y arquitectónico de la comunidad estaba al servicio de las casas de los dioses. Si bien la principal fuente de ingresos de la mayoría de templos debió de ser la posesión de tierras agrícolas, la comunidad a la que servían también efectuaba ofrendas, ya fuese por voluntad propia o, en cierta medida, de forma obligada. De esta manera, los templos podían acumular valiosas reservas de oro, plata y piedras preciosas, que constituía el depósito del excedente de riqueza de la comunidad y una fuente de financiación, por ejemplo para patrocinar empresas comerciales, tal como hemos visto. A medida que crecía o disminuía la suerte de las ciudades, el templo se renovaba o decaía, como primer receptáculo e índice de su prosperidad. No es simplemente la piedad lo que provoca los amargos tonos de un poeta de Lagash cuando lamenta el saqueo de los templos de su ciudad por los odiados hombres de Umma: cuando «robaron la plata y el lapislázuli de los templos» descargaron un golpe fulminante sobre la economía de Lagash, al mismo tiempo que sobre su orgullo.

La dinastía de Akkad. La edad clásica de Sumer tuvo un final abrupto con el advenimiento del rey Sargón (Sharrum-ken) de Akkad (escrito también Agade). Si en algún tiempo esto pudo parecer uno más de los cambios de dinastía en la Lista de los Reyes, hay que descartarlo inmediatamente. Si bien en años anteriores el «rey de Sumer» pudo haberse contentado con permitir que cada gobernante local continuase como anteriormente, mientras aceptase su sumisión, la actitud de Sargón hacia la monarquía fue distinta y sus proyectos no se ajustaban a las condiciones anteriores.

Parece que la sede de la dinastía fue de nueva fundación y, aunque la ubicación de Akkad sigue siendo un enigma fascinante para la arqueología de Mesopotamia, es cierto

que se hallaba en el norte de Sumer, quizás en la proximidad de la antigua capital de Kish y de la posterior Babilonia. Sin duda, uno de los motivos para escoger una nueva capital, es que el propio Sargón era un «hombre nuevo». En la Lista de los Reyes, confirmada después por composiciones legendarias sobre él, la madre de Sargón figura como una sacerdotisa y su padre adoptivo un jardinero y se dice que, en sus primeros años, él sirvió de copero a Ur-Zababa, rey de Kish, de quien posteriormente presenció su derrocamiento. Pero, quizás, el hecho más significativo de Sargón es que fue acadio, es decir, que hablaba el lenguaje semítico que después se llamaría acadio, a partir de la ciudad que fundó. Con anterioridad, tal como hemos visto, el norte del país estuvo habitado por gentes que hablaban este lenguaje, pero hasta el acceso de Sargón es imposible detectar la diferencia entre la parte acadia y sumeria de la población. Esta situación fue consecuencia, sin duda, de un cambio deliberado hecho por Sargón. Sus inscripciones y textos posteriores nos informan de que, para su elite militar, confiaba en tropas acadias y, a partir del momento de su acceso al trono, se introduce el lenguaje acadio en las inscripciones reales, cartas y documentos administrativos, una innovación sorprendente que, aunque no se pueda decir que no tuvo precedentes, es suficientemente brusca como para que destaque como el resultado de una política determinada.

Desgraciadamente, las inscripciones de Sargón están en mal estado, pero lo que sobrevive muestra otro contraste: mientras que las inscripciones triunfales de Lugal-zagesi ponen el énfasis en la era de paz y prosperidad que había deparado, las de Sargón relatan triunfalmente las hazañas militares del rey, las batallas ganadas, las ciudades tomadas y los gobernantes vencidos. Para nosotros existe el incentivo de que, como mínimo, nos proporcionan detalles históricos: después de derrotar al propio Lugal-zagesi y tomar el control de todas las ciudades de Sumer, Sargón dirigió sus ambiciones hacia el mundo exterior. Él o sus sucesores nos han dejado sus inscripciones en Susa y, remontando el Tigris, en Assur y Nínive, mientras que un gran número de documentos de negocios acadios antiguos encontrados en la ciudad de Gasur (más tarde Nuzi), demuestran que el nuevo régimen se había implantado allí.

Los reyes de Akkad llegaron más lejos todavía hacia el noroeste. Sabemos que en Mari, a medio camino de Siria, en el Éufrates, hombres que hablaban acadio ejercían el dominio incluso antes de la accesión de Sargón y que, en algún tiempo, fueron suficientemente poderosos como para acordar su «reinado». Pero sin más evidencia escrita es imposible decir cuán al norte y al oeste pudieron encontrar las tropas de Sargón gentes que hablasen su propio lenguaje. Puede muy bien ser que tanto él como su dinastía conservasen unos lazos estrechos con su pasado no urbano y pudiesen establecer una red, suave pero efectiva, de lealtad y alianza con el norte de Mesopotamia, sin establecer grandes guarniciones o una extensa organización administrativa. Porque, aunque esté diseminada, existe la evidencia de que gobernaron toda la región entre el Tigris y el Éufrates: se han encontrado monumentos a Naram-Sin al pie de las montañas turcas, tanto al este del Tigris como en el norte lejano, cerca de la moderna Diyarbakir. También se excavó un palacio suyo, fuertemente fortificado, en Tell Brack y tanto ahí como en Chagar Bazar, también en la cuenca del Habur, se hallaron tablillas escritas en el antiguo dialecto acadio.

Su dominio también se hizo sentir al oeste del Éufrates: Sargón proclama su conquista de la ciudad de Ebla, entre otras, que ahora se sabe que se trata de Tell Mardikh, al sur de Alepo, y tanto él como su nieto, Naram-Sin, marcharon hasta el Mediterráneo, para derribar los codiciados cedros de Amanos. De hecho, tradiciones posteriores situan a ambos reyes más allá de las montañas, en Anatolia, en busca de minas de plata y otras fuentes de metales preciosos o incluso, en una leyenda, en ayuda de una colonia de mercaderes acadios. Estas leyendas ganan credibilidad a medida que se acumula la evidencia.

Finalmente, los reyes de Akkad también siguieron a los mercaderes de Sumer hacia el sur. Mientras que los *ensis* de Lagash y reyes de Ur obtenían el cobre comerciando con la isla de Dilmun, Sargón presume de que, no contento con ser servido por intermediarios, llevó «los barcos de Meluhha, Makan y Dilmun a que atracasen en los muelles de Akkad», y su hijo Rimush proclama incluso que había marchado sobre las tierras de Makan y las ha-

Peso de piedra negra en forma de pato; la inscripción dice que Shulgi «estableció por Nanna (su peso como) 5 minas»; se ve algo de la media luna de Nanna en el otro lado. Bagdad.





Estatuillas de cobre del rey Shulgi llevando un cesto de albañil. De los cimientos del zigurat de Enlil, en Nipur. Bagdad.

bía derrotado, llevándose de vuelta un importante botín. La ubicación exacta de Makan y Meluhha, ha sido uno de los problemas de la historia antigua más intensamente debatidos que permanece todavía sin resolver, pero por la evidencia de su comercio con el valle del Indo, especialmente importante en la isla de Bahrein, el antiguo Dilmun, ahora la mayoría de expertos están de acuerdo con que, dondequiera que se hallaran estos dos territorios, estaban estrechamente asociados al comercio de la gran civilización del valle del Indo.

El nuevo espíritu que entra en el mundo de la política con Sargón, también alienta en el arte de aquel tiempo. Si bien se pueden detectar los gérmenes de un estilo nuevo y más naturalista hacia finales de la Antigua Dinastía, y los artistas del período acadio conservan muchas de las formas y convenciones de sus predecesores y sólo gradualmente las adaptan a sus preferencias, cualquiera que compare las conocidas piezas de arte acadio con los productos más bellos de la Antigua Dinastía III, no puede dejar de sorprenderse ante la transformación acaecida. El naturalismo detallado con el que se plasman las formas humanas y animales está en consonancia con un sentido de la composición –que aparece en toda su riqueza en la estela de Naram-Sin– y que supera con mucho cualquier cosa producida en Mesopotamia hasta la culminación de la tradición escultórica neoasiria bajo Assurbanipal.

El renacer sumerio. Los últimos reinados de la Dinastía Akkad aparecen velados ante nosotros por falta de información directa, pero representan un período de transición de un tipo que ya encontramos más de una vez en la historia de Mesopotamia, y al cual los expertos alemanes han denominado «Zwischenzeit» o «intermedio». Una composición literaria sumeria posterior atribuye la caída de la dinastía a la terminación del reinado de Naram-Sin, y ve en ello el justo castigo divino: Istar, la diosa de Akkad, había abandonado su ciudad indignada por los pecados cometidos por Naram-Sin contra Enlil (o sea, quizás contra el santuario de Nipur). Sin embargo, fuentes menos emocionales dejan claro que incluso si se había perdido la mayor parte del imperio de Naram-Sin, su hijo Shar-kali-sharri continuó gobernando durante algunas décadas sobre, como mínimo, el norte del país, el área conocida durante los 2.000 años siguientes simplemente como «Akkad». Cuando finalmente sucumbió la casa de Akkad, lo hizo ante los gutis, una tribu dirigida por reyes de nombres extranjeros, que probablemente descendieron de los montes Zagros, en donde se encontrarán en años posteriores. No hay ninguna información detallada de sus incursiones ni han dejado, estos reyes bárbaros, ninguna inscripción significativa propia, pero hay indicios de que su gobierno se reconoció en lugares tan al sur como Umma. Es imposible medir con alguna exactitud cuánto tiempo duró esta situación, pero, en todo caso, no llegó a un siglo.

Mientras tanto, parece que algunas ciudades establecidas de antiguo en el sur aprovecharon la caída de Akkad para reinstaurar dinastías locales y quizás sea éste el momento en que la ciudad-estado de Lagash disfrutó de la primera etapa de una nueva prosperidad. La figura principal de esta dinastía fue Gudea quien, consciente o inconscientemente, personifica el panorama ideal de un Sumer dedicado a los dioses y a las artes pacíficas. Si bien para haber conseguido lo que él hizo, y haber emprendido el comercio a gran escala que le procuró los materiales preciosos para sus planes de construcción, debió de haber adquirido un prestigio político considerable, sus inscripciones, como las de Lugal-zagesi antes que él, virtualmente no mencionan batallas ni triunfos. Su tarea principal fue la reconstrucción de E-ninnu, el templo más importante de Ningirsu, en su ciudad de Girsu (Tello). Para celebrar este éxito se compuso un larguísimo himno, que se escribió en dos o más cilindros de arcilla gigantes y que se conservan ahora en el Louvre. Esta composición, considerada por los eruditos en sumerio la primera, y en muchos aspectos la más importante, de todas las creaciones sumerias, relata cómo Gudea recibió, en un sueño, el

encargo divino de reconstruir el templo, simbolizado por ciertas visiones, tales como una figura mítica alada flanqueada de leones, una diosa escribiendo en una tablilla de lapislázuli, y un «asno que piafaba», siendo este último símbolo del propio Gudea en su impaciencia por llevar a cabo el trabajo. Después de desplazarse a Sirara (Zurghul), consultó a la diosa Nanshe, que reveló el significado del sueño. Se trataba de que su señor Ningirsu le daba instrucciones a él, Gudea, para que construyese su templo. El resto del texto explica cómo se llevó a cabo esta tarea, con la cooperación de las gentes del estado de Lagash, y describe con detalle las distintas partes del nuevo templo y de sus divinos ocupantes.

Si este poema, de una viveza poco común, no fuera suficiente para que apreciásemos a Gudea, se aseguró su perdurabilidad por las muchas estatuas que de él se colocaron en los templos de las distintas deidades de su ciudad y país. Dos de ellas conmemoran sus actividades como arquitecto, tanto visualmente como en sus inscripciones, que lo muestran sentado con una regla de arquitecto en el halda y, en una ocasión, también con el plano del templo. Otras muestran al dirigente de pie, con las manos unidas, en actitud de veneración, o sentado. Estas estatuas, la mayor parte de ellas esculpidas en una piedra negra dura, muestran claramente la influencia de la escuela naturalista de escultura acadia, pero también tienen la cualidad estática de las antiguas estatuas presargónidas y, por ejemplo, las proporciones de la cabeza con respecto al cuerpo están lejos de ser naturales. Queda claro que para la mentalidad sumeria, una estatua como éstas, colocada en los templos a fin de representar a Gudea permanentemente ante cada dios, era más un símbolo que un parecido.

La III Dinastía Ur. Si Gudea representa el resurgimiento de la auténtica cultura sumeria, el mérito de haber librado Sumer y Akkad de la presencia física de los bárbaros se debe atribuir a las ciudades de Umma y Ur. No están claros los detalles de este proceso, pero, si hemos de creer sus propios relatos, la iniciativa la tomó un cierto Utu-hegal, de Umma, que derrotó las fuerzas gutis, para ser derrotado a su debido tiempo por Ur-Nammu, de Ur, que procedió a expandir su gobierno sobre toda el área aunque sus inscripciones, hasta donde se han descubierto, mencionan poco sus actividades guerreras y se concentran en sus hazañas pacíficas. Tiene en su haber la restauración de templos y está claramente orgulloso de haber recuperado el comercio marítimo con Makan. Entre nosotros es más conocido como el promulgador del primer «código legal» que conocemos, y el único acto militar al cual se refiere es el de haber vencido y matado en el campo de batalla al *ensi* de Lagash, Nammahani, que pudo haber sido el mayor obstáculo que tuvo que superar.

De acuerdo con la Lista de Reyes sumeria, Ur-Nammu fue el primer rey de la III Dinastía de Ur y de aquí que durante el siglo siguiente, más o menos, en que sus descendientes gobernaron Sumer y Akkad, se conozca como el período Ur III. Originaria de la antigua ciudad del dios de la luna, quizá no podamos sorprendernos de que, orgullosos de su independencia de la supremacía de los acadios y más tarde de los gutis, esta dinastía, consciente de sí misma, acentuase sus raíces sumerias. Pero aunque las incursiones gutis no dejarían ninguna huella permanente en la civilización de Mesopotamia, el esfuerzo de sacudirse los efectos de los años de dominación acadia fue, en buena parte, vano. Incluso aunque se reinstauró el sumerio como única lengua oficial en la totalidad del nuevo imperio Ur III, el error ocasional de un escriba al utilizar acadio es testimonio de que el sumerio estaba en decadencia, e incluso más significativos son los nombres de los reyes de esta dinastía: Ur-Nammu y su hijo Shulgi son nombres sumerios, así como también el del hijo de éste, Amar-Sin, pero los dos últimos reyes, Shu-Sin e Ibbi-Sin, son nombres acadios, lo que confirma el dominio de esta lengua, si no de la población acadia.

Otro aspecto que confirma que los reyes de Ur III vivían a la sombra de Sargón y de su dinastía, era su forma de gobierno. Ya había pasado la vieja tradición de las ciudades-estado autónomas que profesaban vagamente su fidelidad a uno de entre ellos. Aunque todavía se usaba el antiguo título de *ensi* e incluso, en algunas ocasiones, había permanecido el mismo *ensi*, la nueva dinastía no deseaba que cada ciudad se gobernase. En vez de eso, el *ensi*, que ahora se entendía como «gobernador provincial», debía responder ante su jefe supremo de todo lo que acontecía en su territorio y, desde él hasta el escriba más insignificante, un sistema contable burocrático draconiano dirigió las vidas de la administración. Es esta política administrativa la que nos ha dejado las reliquias más sobresalientes del período de Ur III. A finales del siglo pasado, excavaciones ilícitas en el sur del Irak desenterraron decenas de miles de tablillas, escritas por los contables de la administración de Ur III. Los principales archivos, que se están reconstruyendo trabajosa y lentamente de las tablillas diseminadas en colecciones más o menos importantes del mundo, proceden de las ciudades de Girsu (Tello), Umma (Tell Jokha), y un lugar cerca de Nipur llamado Drehem, y por ellas pasaba todo el ganado destinado a los altares centrales de Sumer y Nipur. Falta por descubrir todavía otros archivos de igual envergadura, aunque se

han encontrado algunos más pequeños, excavados por las expediciones arqueológicas a Ur y a Nipur.

El rasgo más sorprendente de estos archivos no es solamente su abundancia –se han publicado ya bastante más de 30.000 tablillas– sino el amor por los detalles y la pasión por la exactitud, que puede otorgar al imperio de Ur III el título de primera burocracia del mundo. Se calculaban las cuotas de trabajo en la construcción de un canal o en las labores agrícolas, no para cada hombre, sino en fracciones de un hombre y cada artículo –ya fuese oro, lana, alimentos, cañas, etc.– era anotado cuando entraba o salía del departamento al cual pertenecía el escriba, y se hacía constar cuidadosamente el responsable de cada transacción. Si bien, a veces, uno no entiende nada cuando se encuentra frente a una tablilla cuyo solo propósito es hacer constar que «se ha muerto un cordero», y la fecha, la efectividad última del sistema queda clara cuando vemos el balance mensual o anual. Así, en las tablillas del propio Ur, encontramos que han pasado 6.000 toneladas de lana por una organización gubernamental en un año, durante el reinado de Ibbi-Sin, y un texto de Drehem nos informa que en tres años, durante el reinado de Shulgi, trataron con «28.601 cabezas de ganado, 404 ciervos, 236 carneros salvajes, 38 caballos, 360 onagros, 2.931 asnos, 347.394 corderos, 3.880 gacelas, 457 osos, 13 monos y 1 animal sin identificar».

Es difícil definir con cierta seguridad los motivos de esta pasión sin precedentes por la contabilidad. Hasta cierto punto, debe reflejar el deseo de los reyes de controlar la economía de su imperio tan estrechamente como un *ensi* al viejo estilo hubiese podido supervisar su ciudad: para prevenir la apropiación indebida de los «bienes del estado» y, con las estadísticas resultantes, planificar la economía. Sin embargo, probablemente no representa tanta innovación como parece, puesto que ya se conocían tablillas acadias similares e, incluso, antes de gobernar Sargón, las cuentas del templo de Bau en Girsu, son considerablemente detalladas. Sin embargo, la escala de la operación no tiene paralelo y es interesante comprobar que, hasta ahora, se han descubierto muy pocos documentos del reinado de Ur-Nammu o de la primera parte del de Shulgi. Ello sugiere que Shulgi fue el iniciador del sistema. Ur-Nammu proclama orgullosamente en su código legal para las ciudades reunificadas de Sumer y Akkad, que ha estandarizado los pesos y medidas en uso, pero, probablemente, fue Shulgi quien las hizo efectivas y tomó otras medidas para facilitar la administración del nuevo imperio, como la unificación de los distintos calendarios locales.

Aunque los reyes de Ur III hicieron inscripciones reales, irónicamente, éstas raramente nos informan de la historia de su dinastía y, en cambio, podemos entresacar mucha información útil de las tablillas económicas a través de la fórmula de las fechas (cada año tiene el nombre de un acontecimiento importante), con la mención de gobernadores provinciales de distintas partes o de mensajeros y dignatarios extranjeros que visitaban Sumer. La extensión del imperio de Ur III, cuando estaba en su cenit, debió coincidir con bastante exactitud con el de los reyes acadios, extendiéndose por los dos ríos hasta las tierras altas de Anatolia y abarcando Susa y otras áreas elamitas hacia el este. El mantenimiento de estas conquistas no era una tarea pacífica y es obvio que, especialmente en el noreste, se necesitaron campañas continuas para contener a las tribus beligerantes. Otra amenaza, que se demostró importante, era la presión persistente de los nómadas amoritas en el oeste, los cuales causaron tantos problemas que, ya en el reinado de Shulgi, se construyó una muralla llamada «Rechazadora de Amoritas», a lo largo del brazo noroeste del área colonizada, cerca de Babilonia y Sipar. Esta muralla se menciona posteriormente en la correspondencia entre Ibbi-Sin, el último malogrado rey y sus gobernantes del norte, que se enfrentaban en una batalla perdida contra nuevas oleadas de intrusos nómadas. De la ausencia de documentos que lleven fecha de sus últimos años, se ha podido probar que la autoridad de Ibbi-Sin iba disminuyendo gradualmente en el norte, hasta que su dominio se redujo a poco más que la ciudad de Ur, e incluso los documentos de Ur relatan el inminente desastre debido a que el precio del grano había subido tanto, que había llegado el hambre.

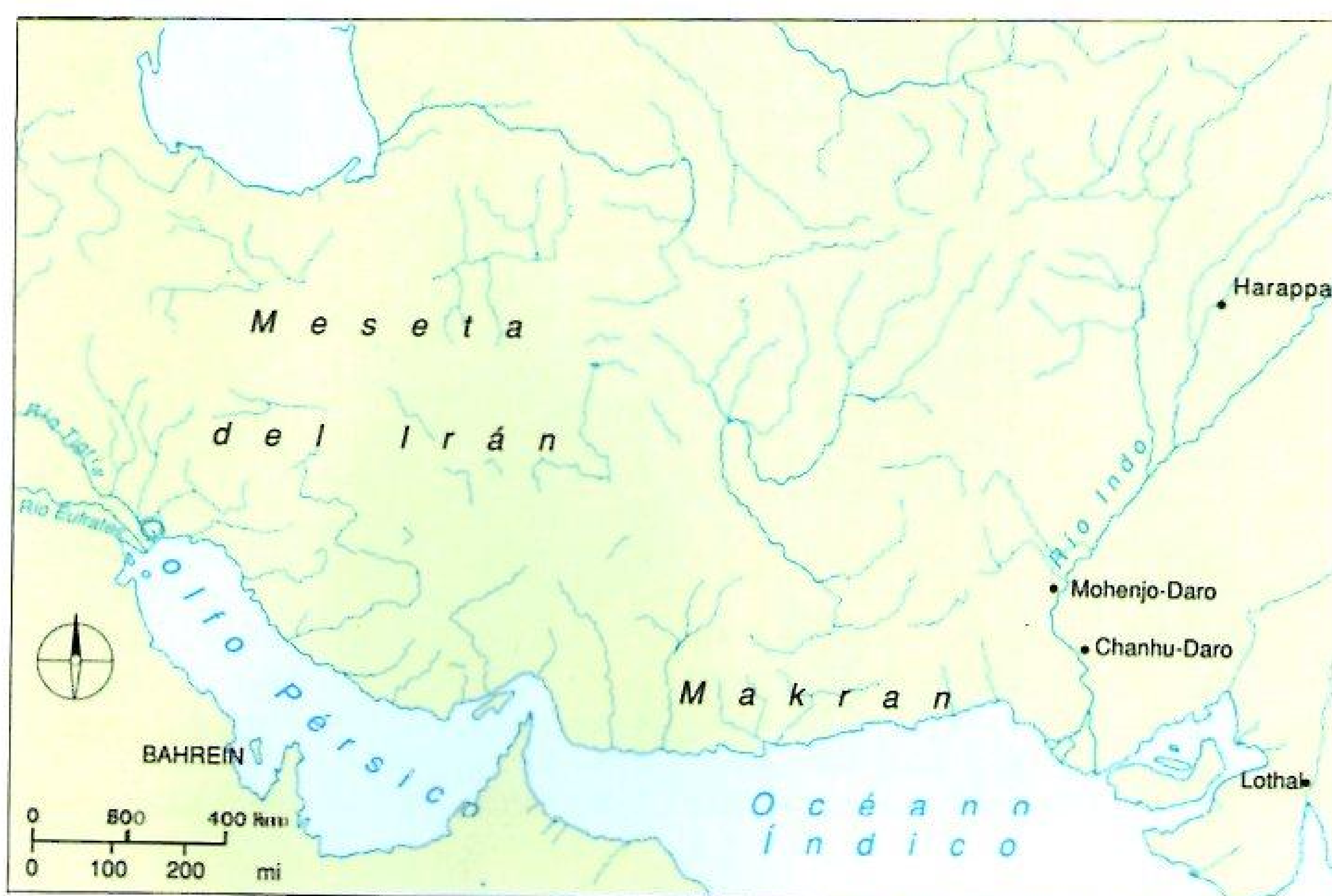
La civilización del valle del Indo

La documentación cuneiforme muestra que los sumerios sostenían un comercio activo de cornalina, maderas preciosas, etc., a través del golfo Pérsico, con las tierras llamadas Dilmun, Makan y Meluhha. Ya en 1880 Rawlinson identificó Dilmun con Bahrein, pero sólo en 1920, con el descubrimiento de Harappa y Mohenjo-Daro quedó claro que Meluhha podía ser la civilización del Indo y Makan podía estar en algún lugar intermedio. Incluso hoy se discute su identidad exacta, en parte porque se han localizado lugares «indios» en una región mucho mayor que Mesopotamia. La uniformidad de su cultura material prueba que se mantenían estrechas relaciones entre los diferentes distritos de las tierras bajas, y las ciudades, con una urbanización bien planificada –con instalaciones sanitarias en las casas y alcantarillado municipal– son la prueba de una sociedad organizada eficientemente. Si bien no se ha podido descifrar la escritura «india», la frecuencia de sellos y precintos es la prueba de un comercio floreciente, y los graneros y caserones de trabajadores implica la existencia de instituciones económicas centralizadas. Incuestionablemente, las ciudades del Indo poseían una cultura similar a la de Egipto o Mesopotamia, pero en el segundo milenio declinó y, consecuentemente, el comercio del golfo con ellas. Makan y Meluhha se recuerdan sólo por sus tradiciones y Dilmun por su apreciada cosecha de dátiles.

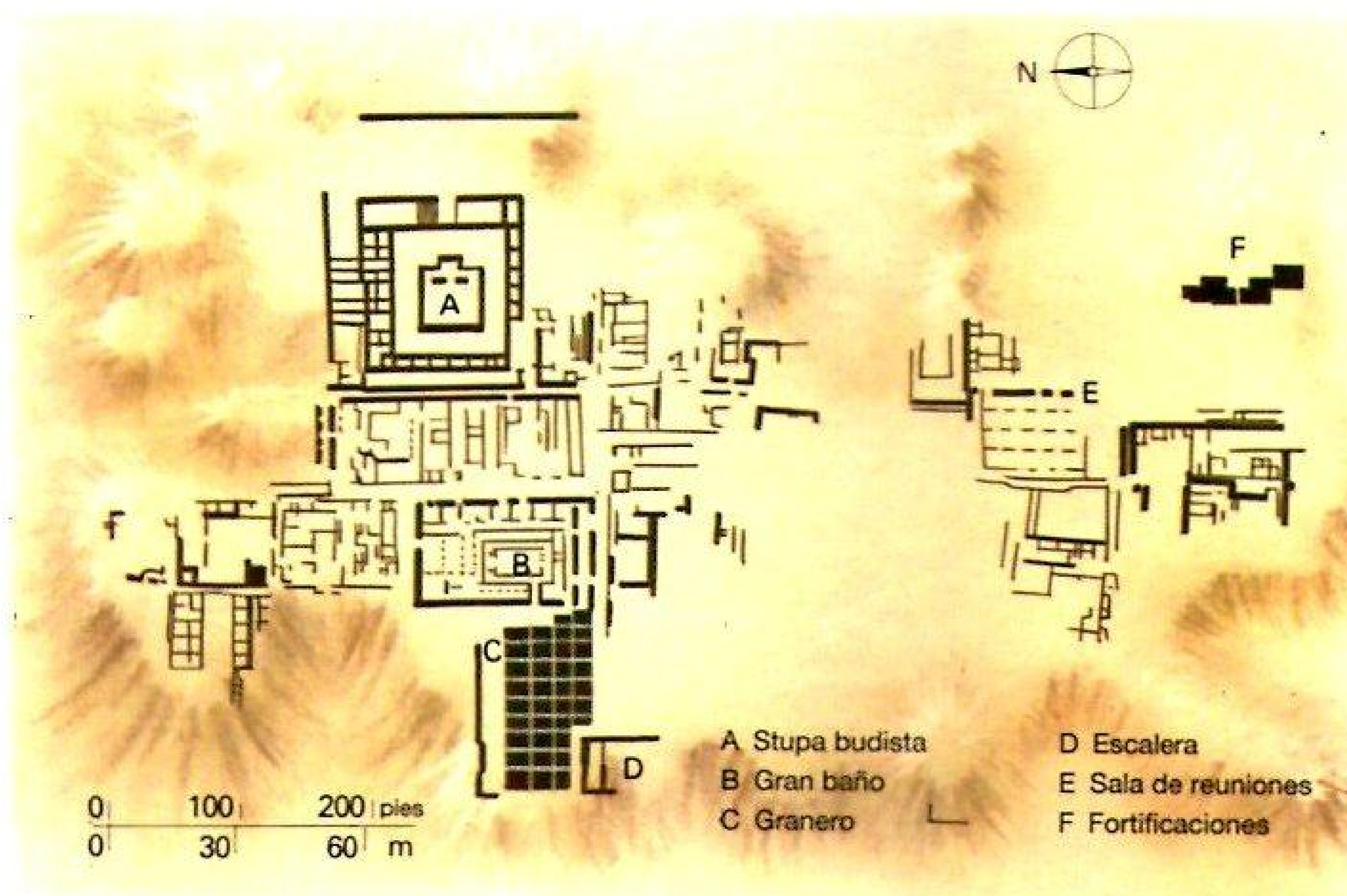


Pág. anterior: Un *dhow* moderno en el golfo; existen todavía las antiguas rutas comerciales, cosa que se refleja en la presencia de grandes comunidades mercantiles indias y paquistaníes en lugares como Bahrein y Kuwait, que eran puertos comerciales antes del hallazgo de petróleo. Además de los lugares «clásicos» en el valle del Indo, las investigaciones continuas han descubierto lugares «indios» a lo largo de la costa sur de Pakistán, como mínimo hasta la frontera iraní y, en la India, en el golfo de Cambay e incluso en el río Yamuna, cerca de Delhi.

Abajo: Vista de la ciudadela de Mohenjo-Daro desde el norte; el extremo sur del Gran Baño apenas se ve. Los universales ladrillos cocidos, que requieren inmenso trabajo y costoso combustible, son un testimonio impresionante de la organización de las ciudades del Indo, cualesquiera que fuesen sus motivos.



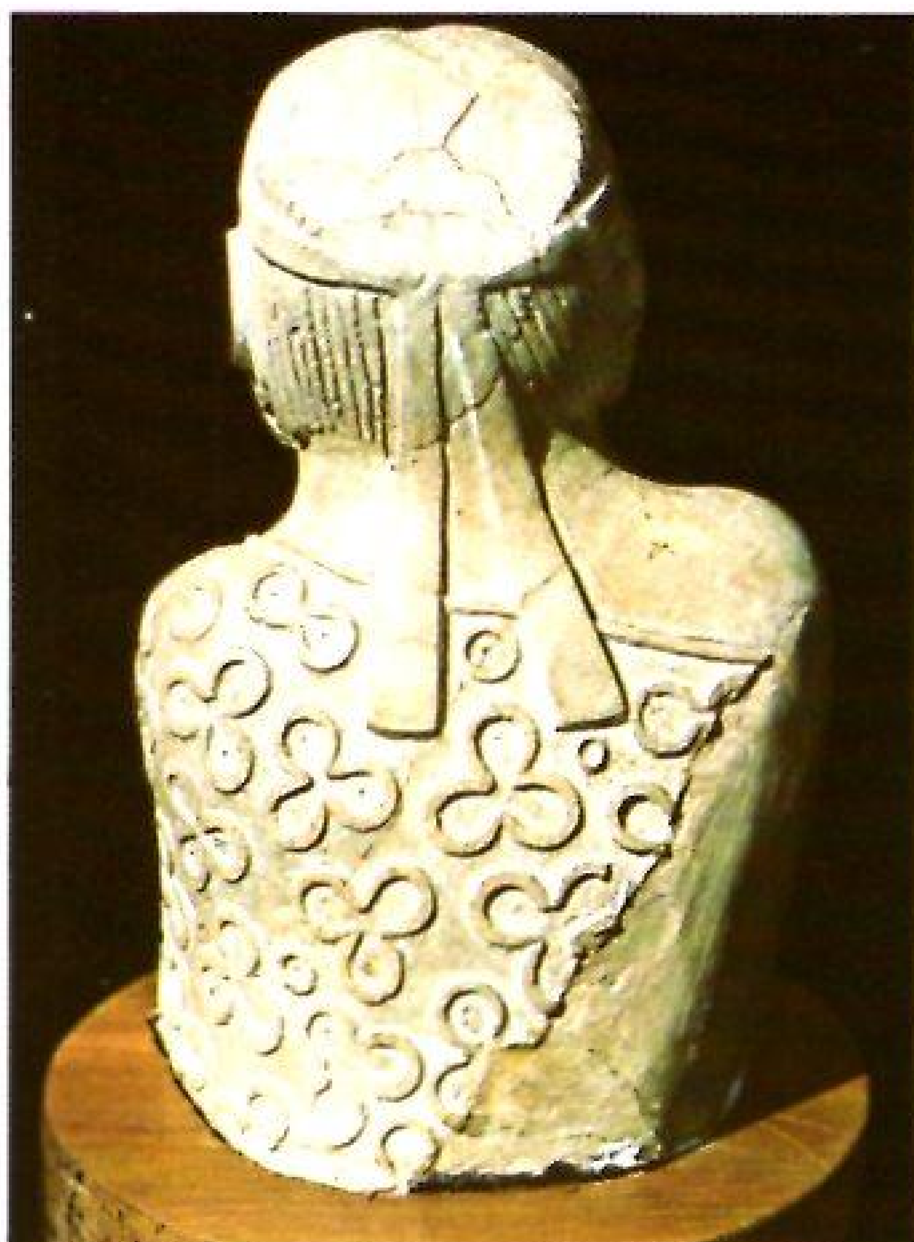


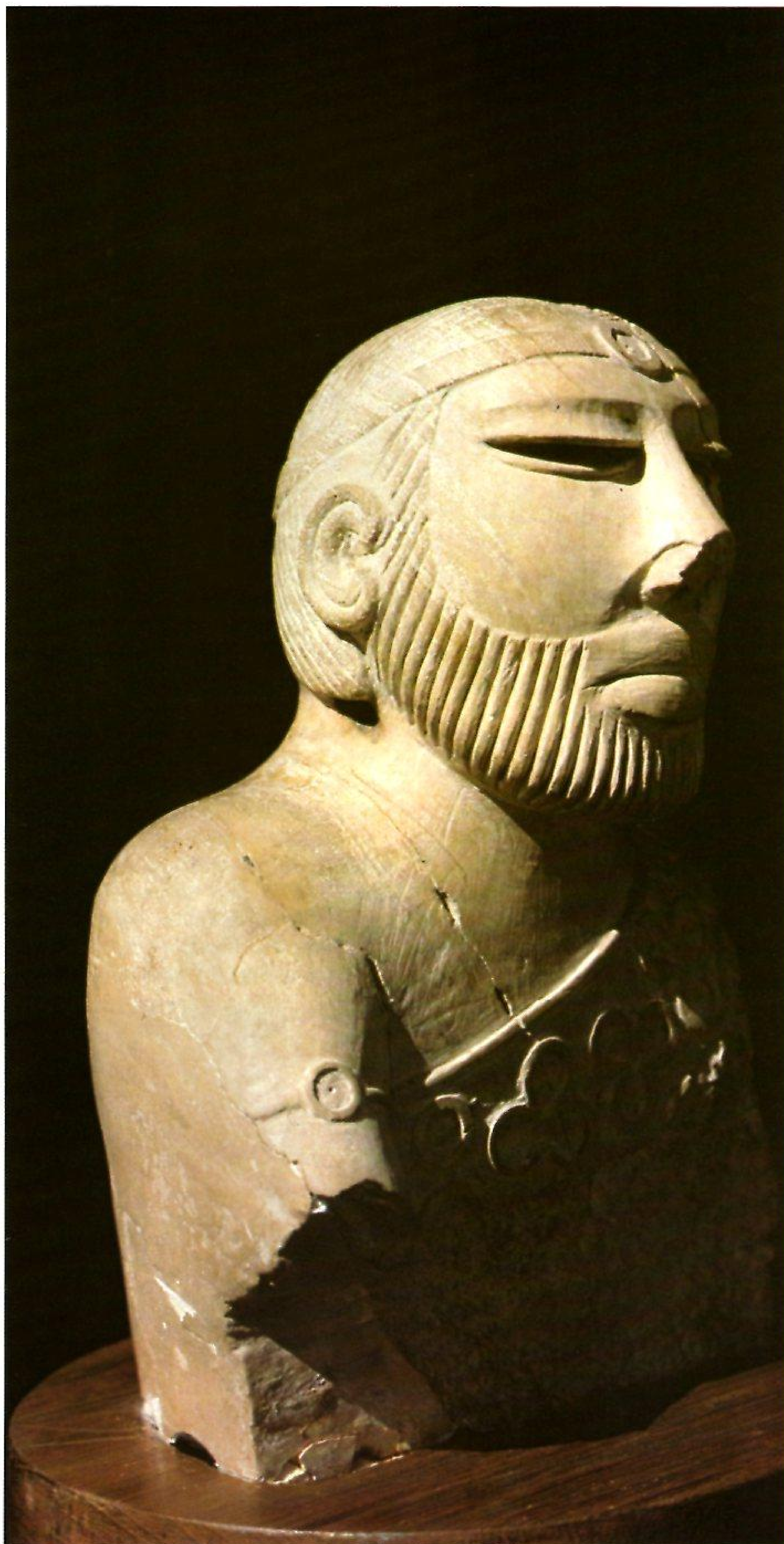


Izquierda: La ciudadela de Mohenjo-Daro fue excavada, principalmente, por sir John Marshall, cuyos métodos dejaban mucho que desear, y el único edificio inequívocamente identificado por él fue el Gran Baño. Él creyó que las estructuras del oeste eran «baños de aire caliente», pero, en 1950, sir Mortimer Wheeler demostró que habían sido la base de un granero. Wheeler también reexcavó la escalera adyacente y las fortificaciones del extremo sudeste. Según Wheeler.

Abajo: Los obreros de Mortimer Wheeler izan un saco de grano desde el área de carga y descarga del granero, para demostrar que lo era.







Arriba y derecha: Con el maridaje entre naturalismo y estilización, esta figura barbuda es equivalente al mejor arte estatuario de Mesopotamia. Es de esteatita vidriada y los tréboles del manto estaban rellenos de pasta roja; los ojos rasgados con incrustaciones de concha (unos 18 cm de altura. De Mohenjo-Daro, la ciudad baja, área DK). Karachi.

Abajo: Aunque las esculturas son todavía poco frecuentes en los yacimientos del Indo, esta delicada danzarina (de 11,5 cm de altura) con brazaletes en brazos y piernas, fue hallada en la parte baja de Mohenjo-Daro y es una muestra de lo que podemos esperar encontrar. Karachi.







Izquierda: Un toro de pie ante un objeto no identificado (quizás un pesebre). Los sellos del Indo son normalmente de esteatita y cuadrados (los lados de 2 a 3 cm). Karachi.

La civilización del Indo se parece a la de Mesopotamia en lo que respecta a escritura y sellos y, si bien en detalle son completamente distintos, sin duda eran parte integrante, como en Sumer, de la estructura mercantil y administrativa.

Arriba: Joyería de distintos períodos de Mohenjo-Daro: lo más típico son las cuentas alargadas de cornalina, que se hacían en las ciudades del Indo, tal como sabemos por talleres encontrados en Chanhu-Daro. Karachi.

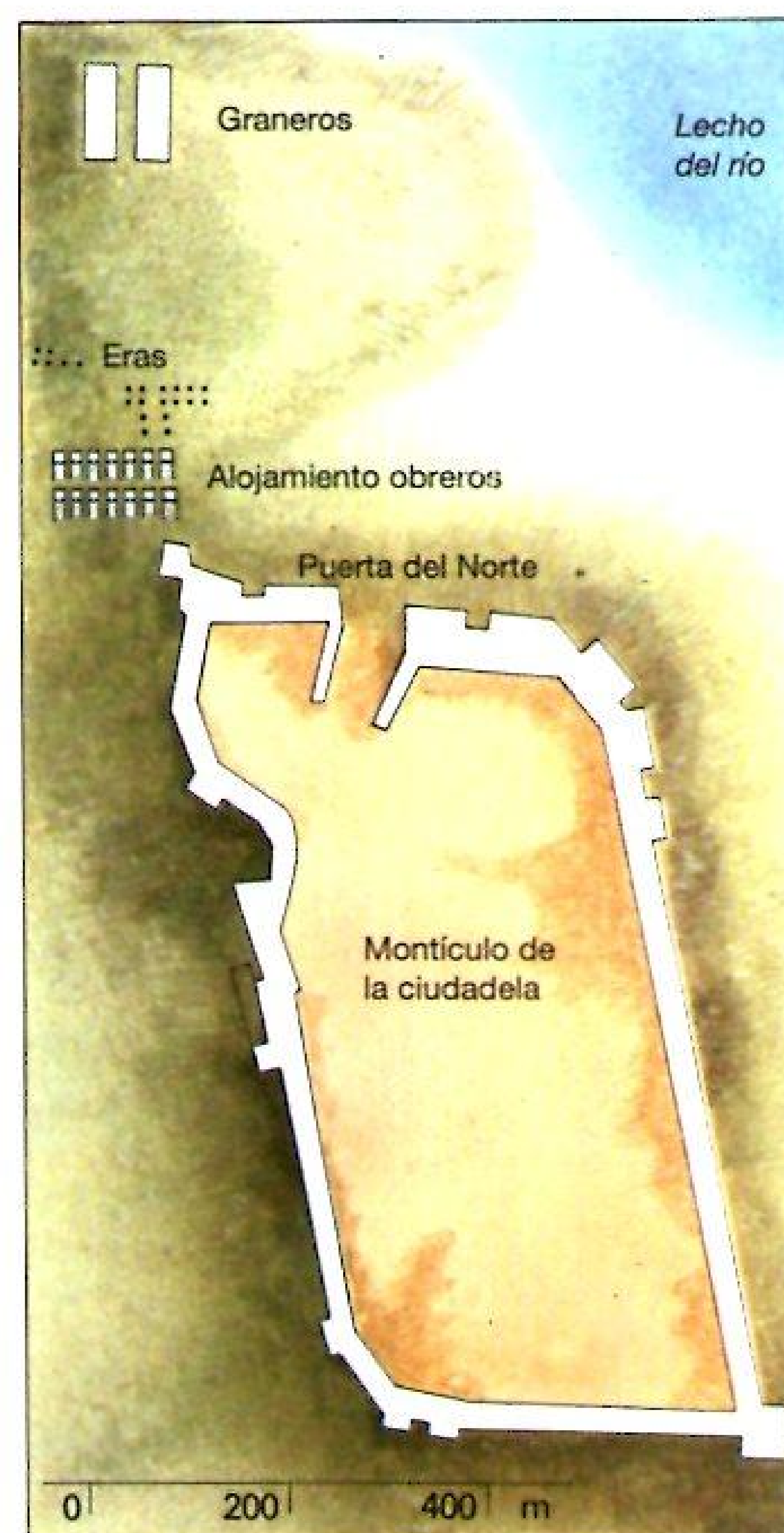
Abajo: Sellos con fauna característica de la India (los rinocerontes sobrevivieron en aquel país hasta el siglo XVI d.C.).

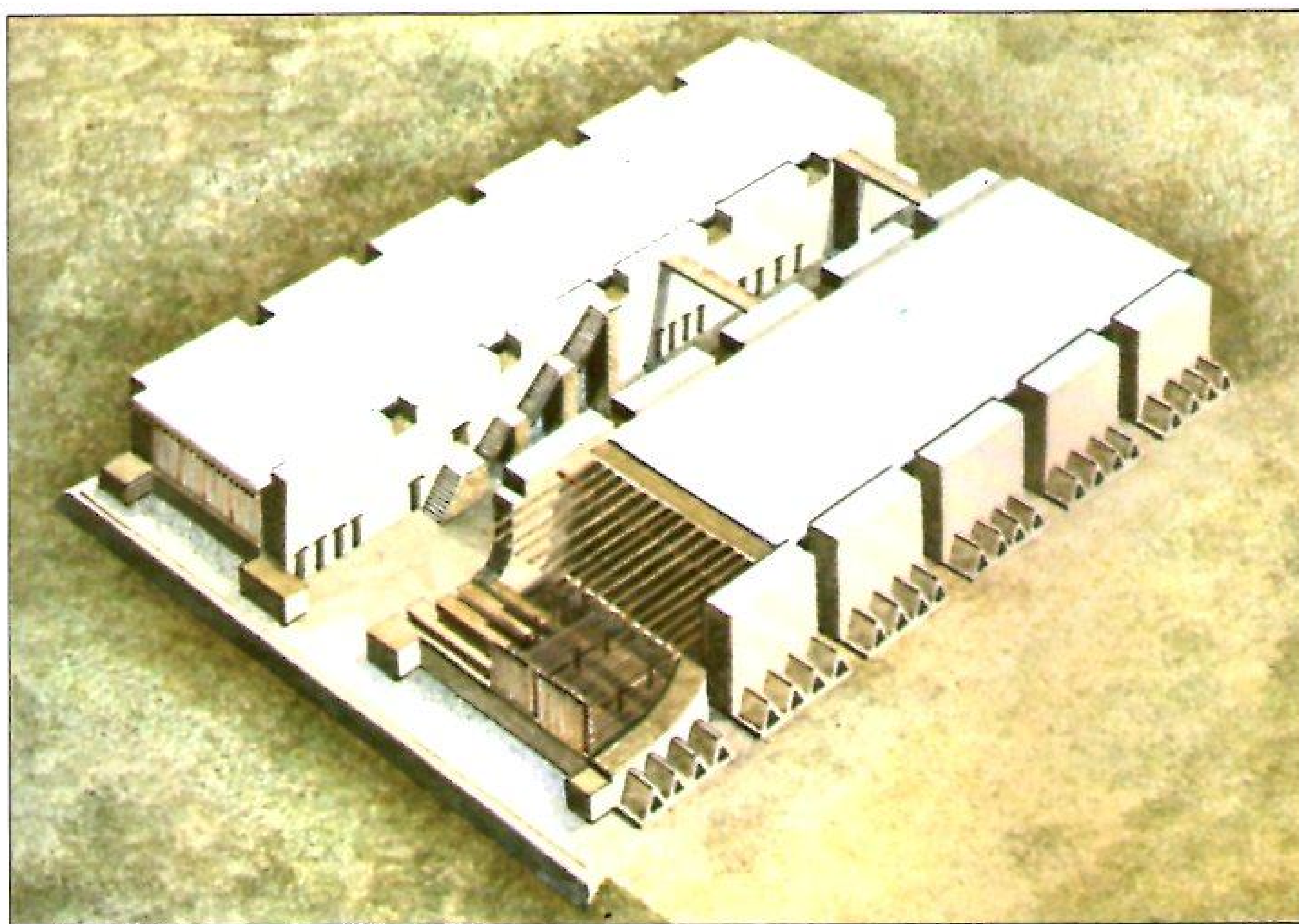




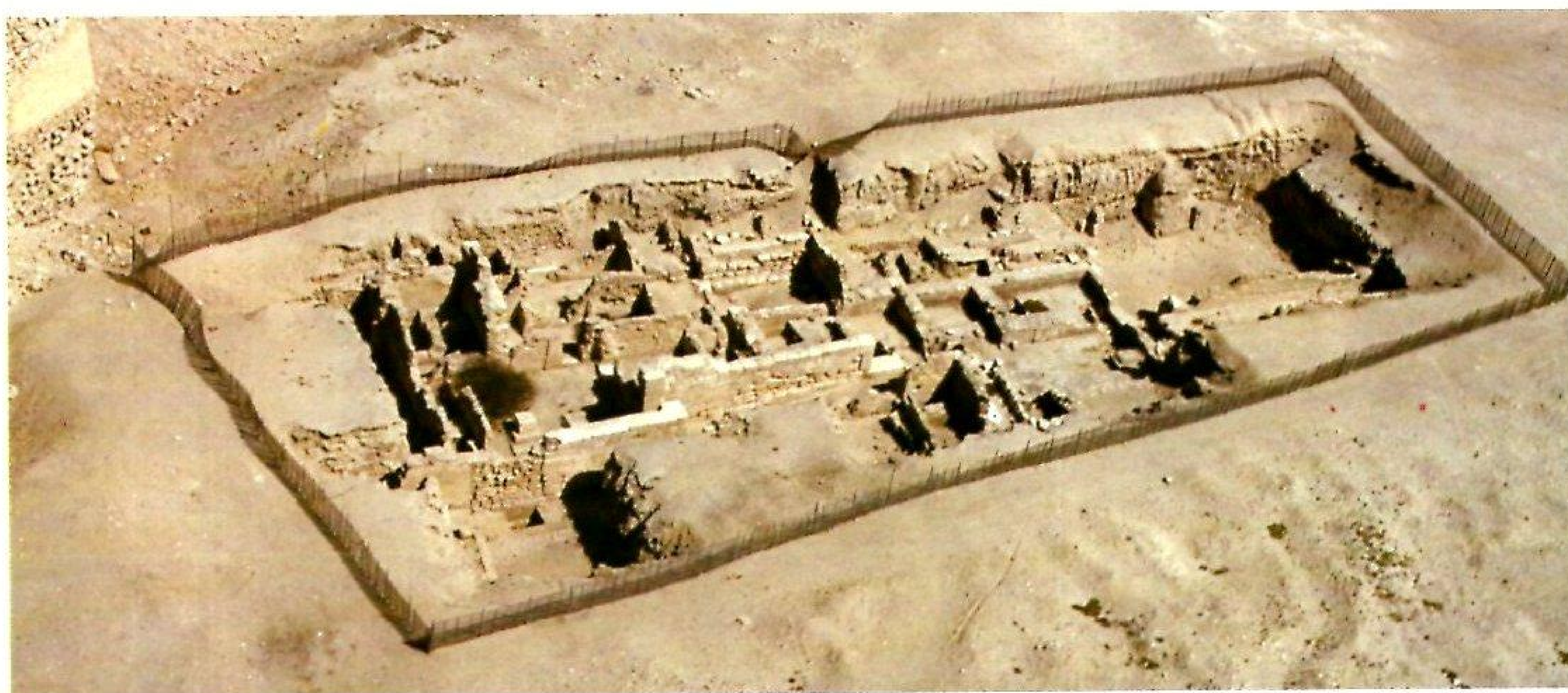
Arriba: Sin duda el transporte por tierra debió jugar un gran papel en la economía de la civilización del Indo y está claro que entonces, como ahora, los carros tirados por bueyes eran el medio más frecuente. Este carro, con un par de ruedas sólidas, no muy distinto de los que todavía se usan en Sind, es una figurilla de terracota, probablemente un juguete. Karachi.

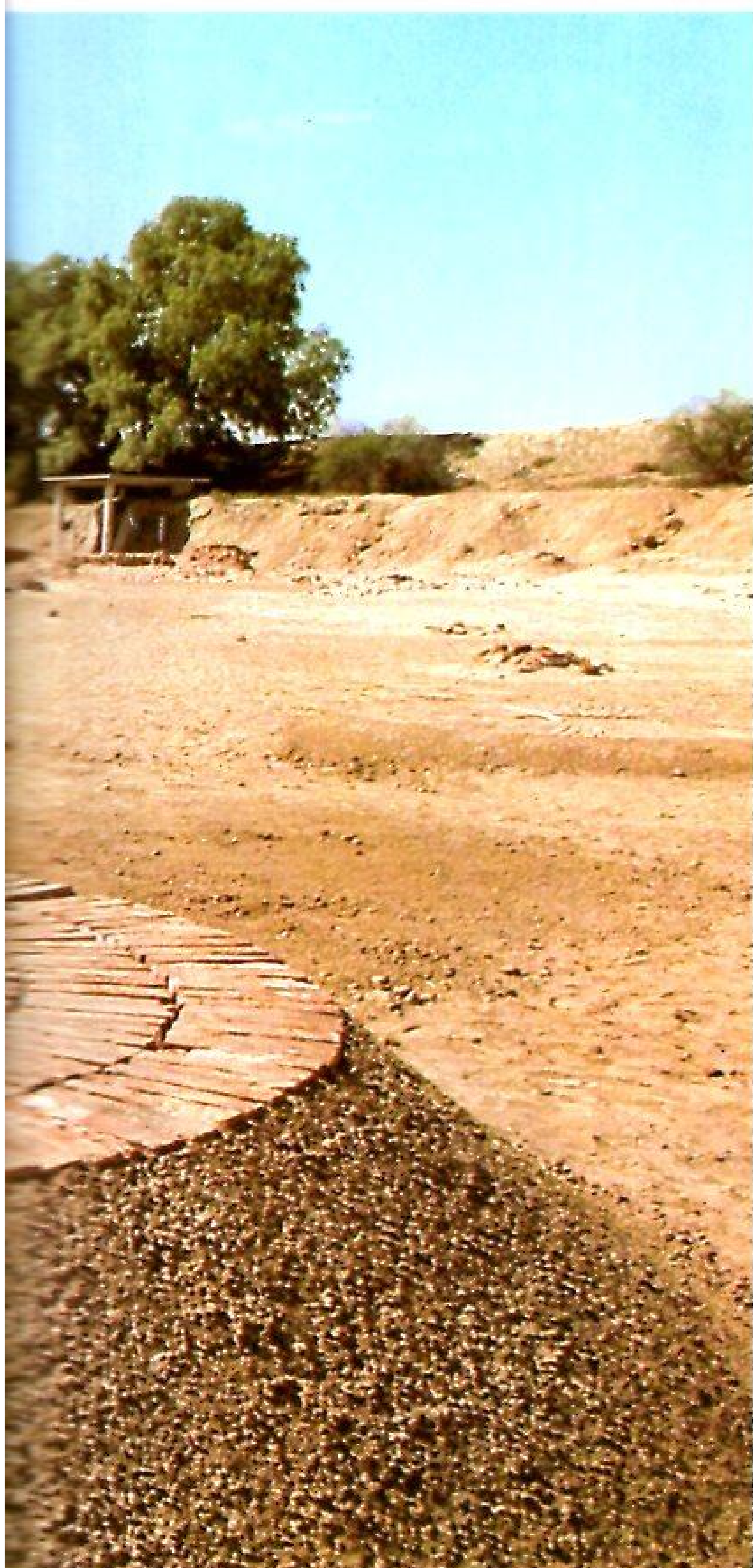
Sólo las áreas «oficiales» de Harappa han recibido bastante atención de los arqueólogos. La ciudadela (*derecha*) se elevaba sobre una plataforma y tenía una muralla de adobes de 40 pies de grosor. Los graneros (reconstruidos *abajo*) están emplazados convenientemente junto al río y forman dos filas de seis unidades (cada una de 20 x 50 pies). Según Wheeler.









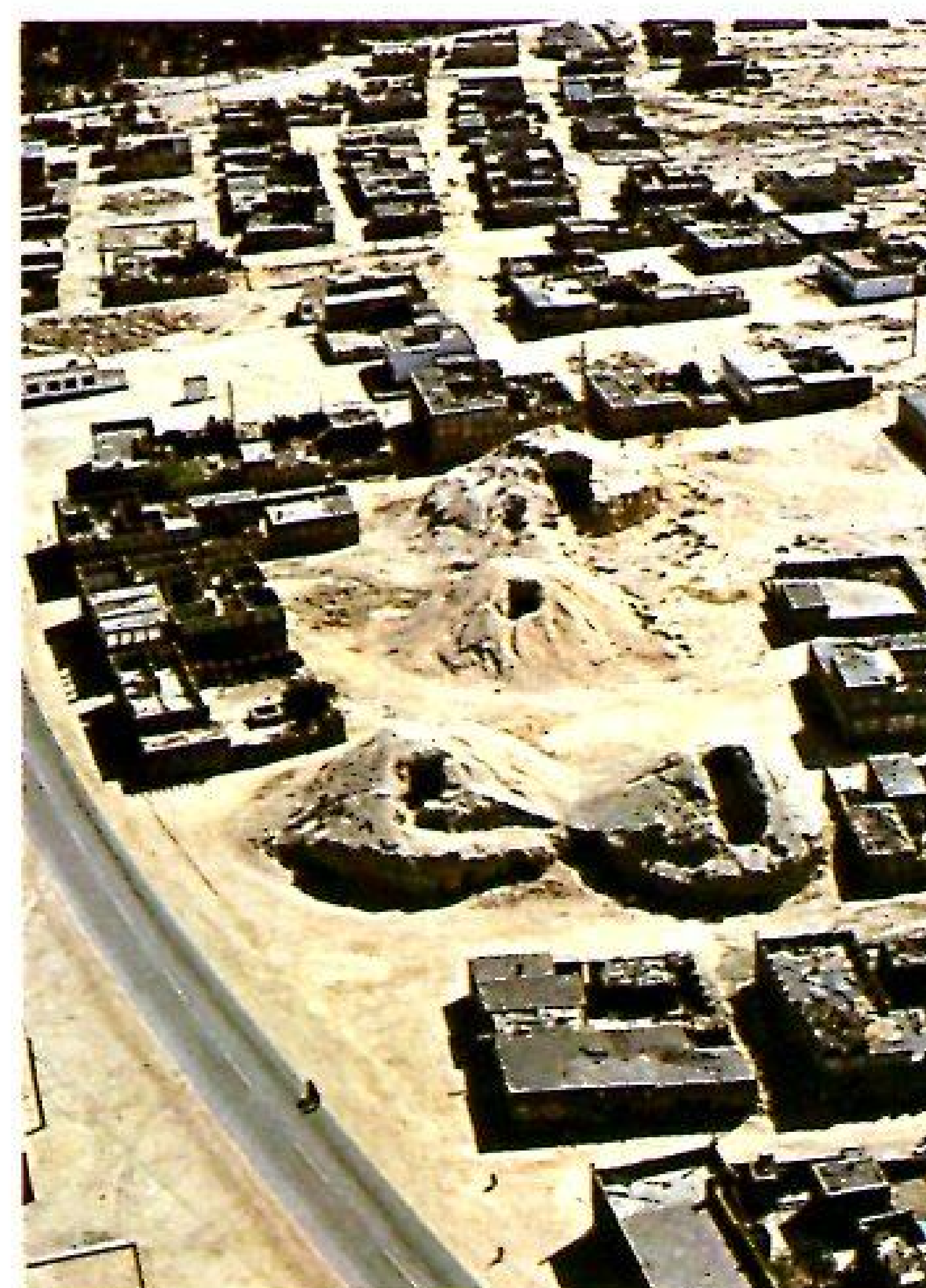




Arriba: Estas estructuras circulares de barro cocido, de una anchura de unos 9 pies, debieron de ser lugares para moler (más que para trillar) grano. Se encontraron 18 de ellas entre el granero y la ciudadela, justo al norte de los «alojamientos de los obreros».

Página anterior: Tanto si se acepta como si no la identificación de la isla de Bahrein (junto a la costa de la Arabia Saudí) con el Dilmun de los sumerios, no hay duda de que fue un centro comercial entre Mesopotamia y las ciudades del Indo. Aquí, al lado del fuerte portugués, una expedición danesa de las décadas de 1950 y 1960 localizó un hermoso edificio de la época neoasiria aproximadamente, que en esta fotografía se ve sobrepuesta por una muralla de piedra, aún más impresionante, del período «casita».

Arriba: En Arabia Saudí y otros territorios de la costa oeste del golfo, uno de los lugares antiguos más habituales son los túmulos, completamente extraños a Mesopotamia. Aquí, en Bahrein, enormes áreas del interior de la isla están ocupadas por campos de túmulos, aunque la mayor parte han sido saqueados. Por la cerámica que se ha encontrado, se deduce que pertenecen a los años 2300-1800, cuando estaba en auge el comercio con Dilmun.



Derecha: Casas modernas, de tejados planos, se apiñan entre los altos túmulos «reales» en A'ali, en el centro de la isla. Si bien éstos también fueron saqueados, la escasa evidencia disponible indica una fecha similar, quizás algo posterior.







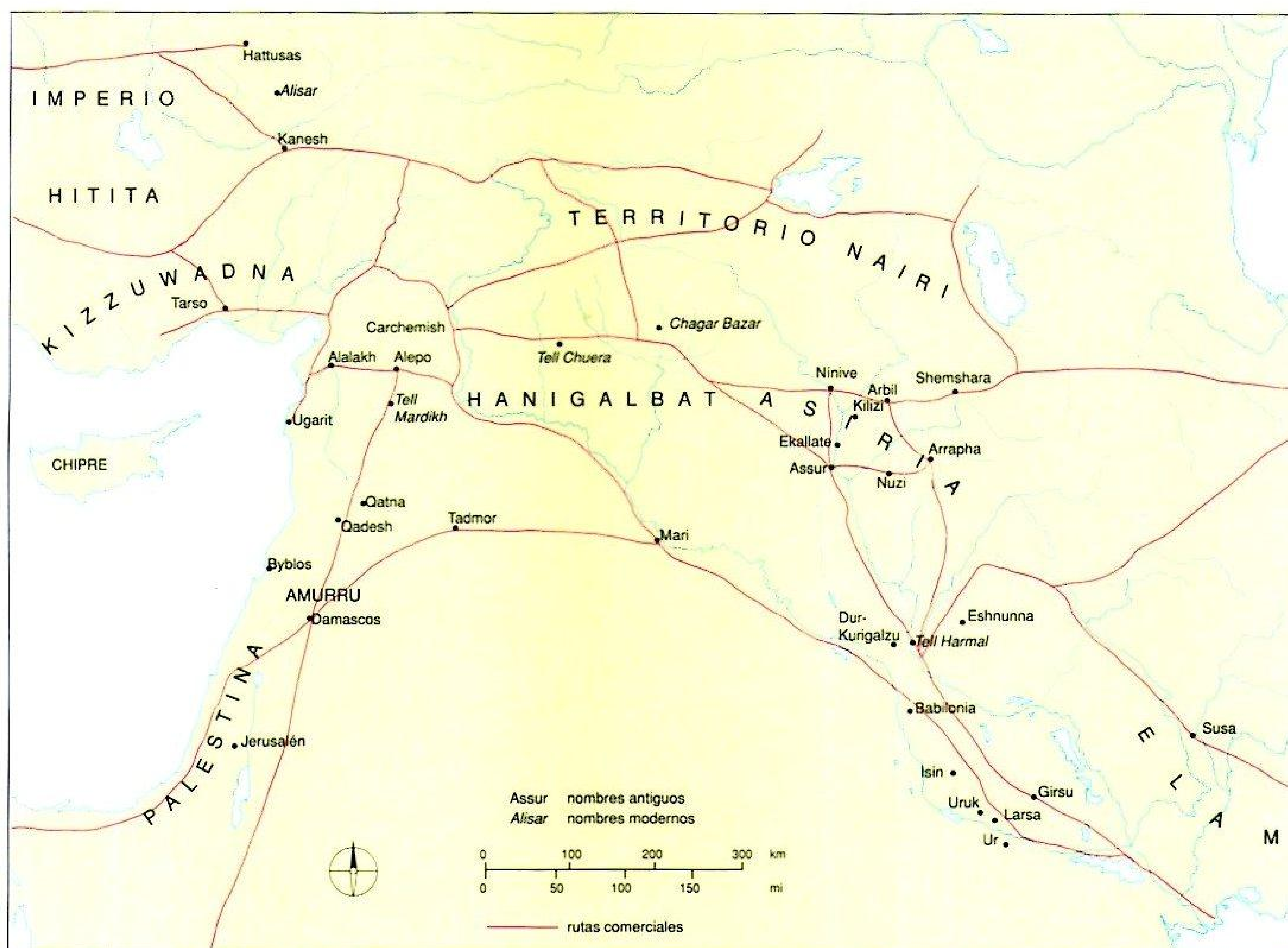
Arriba: Cinco sellos encontrados en Failaka, una pequeña isla del golfo, junto a la costa de Kuwait. Sin duda estuvo en estrecho contacto con Bahrein, ya que en ambos lugares se han encontrado dedicatorias en escritura cuneiforme a Inzak, dios de Dilmun, y estos sellos son de un tipo idéntico a algunos encontrados en Bahrein (y atribuibles al período de la antigua Babilonia). Moesgärd.

Arriba, izquierda: Enterrados bajo el suelo de un edificio «neoasirio» del fuerte de Bahrein, hay más de 10 cuencos llanos conteniendo los huesos de una serpiente y, a veces, una sola gargantilla. No se sabe su significado pero, incluso hoy en día, la serpiente es símbolo de vida eterna, y debían de tener algún significado ritual. Moesgärd.

Izquierda: Aunque Makan y Meluhha desaparecieron de la escena después del período de la antigua Babilonia, persistieron las conexiones entre Mesopotamia y Dilmun: este recipiente de plata enterrado bajo el suelo de un edificio «neoasirio» incluye un anillo de sello fenicio del siglo VII, y Sargón, Asarhaddón y Assurbanipal mencionan a Dilmun y se refieren a su rey o «gobernador». Moesgärd.

Capítulo quinto: El segundo milenio





Mesopotamia y el Levante, en el segundo milenio a.C.

Los agentes de la ira divina de los cuales el imperio de Ur III recibió el golpe mortal, fueron los ejércitos elamitas de más allá de las fronteras de Sumer, pero no siguió un período de dominación extranjera como el que los gutis habían impuesto después de la desintegración del imperio acadio. Si en el lenguaje los sumerios finalmente sucumbieron a los acadioparlantes, no fueron éstos los herederos de la hegemonía de las ciudades de Sumer y Akkad, sino otra raza semítica, los amoritas. Los amoritas se encuentran ya en tiempos de Shar-kali-sharri, que luchó con ellos en las tierras desérticas del sur del Éufrates y, aunque aparecen durante el imperio de Ur III como oponentes bárbaros a mantener fuera de las tierras colonizadas de Mesopotamia, hay suficientes pruebas de que penetraron en áreas urbanas como infiltrados pacíficos, pastoreando el ganado de los habitantes de las ciudades o sirviendo de otras maneras a la población asentada. Está claro que durante la rígida burocracia del imperio, los amoritas se habían ganado lealtad y conexiones y alcanzaron puestos de confianza, que les permitieron contender vigorosamente por el control de las desmembradas ciudades del imperio.

Página anterior: Estatuilla de alabastro de Ishchali, cerca de Khafajah; h. 1900 a.C. Bagdad.

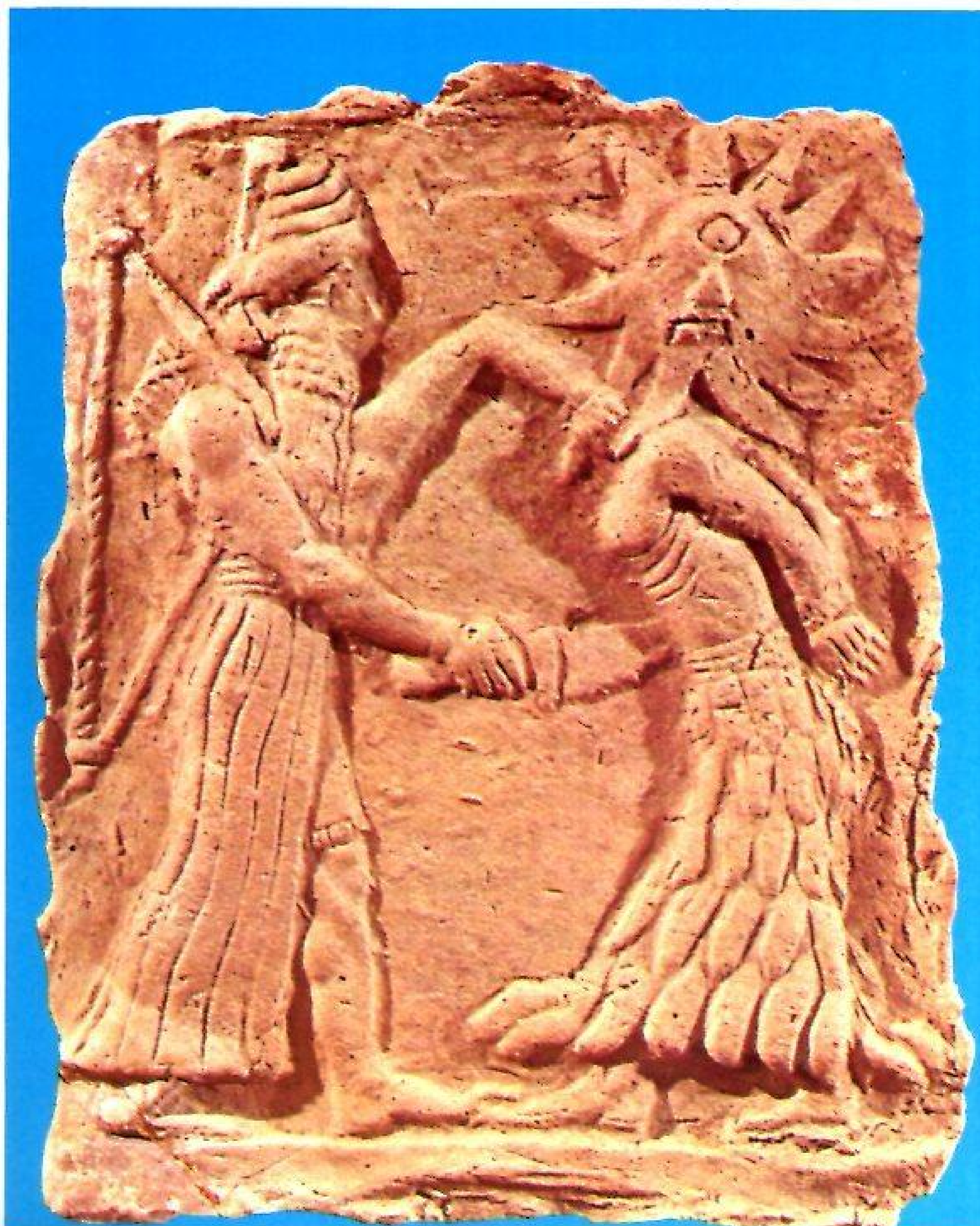
Si bien en el «Zwischenzeit» que siguió al colapso de la III Dinastía Ur, el curso de los acontecimientos es demasidado complejo para que esperemos reconstruirlo por completo, debemos destacar, como típica, una figura de aquellos años. A juzgar por su nombre, Ishbi-erra, pudo haber sido acadio más que amorita y el rey Ibbi-Sin, al cual sirvió en los últimos años de su reinado como alto oficial, se refiere a él, quizás despreciativamente, como «el hombre de Mari». Cuando el destino de Ibbi-Sin estuvo completamente decidido, aprovechó su posición de autoridad para establecerse como gobernante independiente en la ciudad de Isin, en Nipur, una de las áreas en donde parece que fue más fuerte la penetración amorita. Se fundaron otras vigorosas dinastías de reyes con nombres amoritas en Larsa, Kish y Babilonia, pero ésta no fue, ni mucho menos, toda la amplitud de la toma de posesión amorita. Durante dos siglos encontramos dinastías amo-

ritas en la región de Diyala, en la parte alta del Tigris, en Assur, y, junto con estados menores de los propios Sumer y Akkad, a través de las llanuras del norte de Mesopotamia, en la parte alta del Éufrates, especialmente en Mari. Estamos menos informados en lo que se refiere al oeste, pero sabemos de reinos amoritas sólidamente establecidos más allá del Éufrates, en Yamhad (Alepo) y, más al sur, en Qatna. Es difícil determinar, sin pruebas documentales recientes, si esta ocupación amorita en el norte y el oeste fue consecuencia directa del colapso de la administración de Ur III en estas áreas, o si la infiltración ya había empezado durante, o incluso antes, del imperio. Lo cierto es que los nuevos reinados amoritas introdujeron un cambio en el centro de gravedad político, ya que los vínculos creados por un origen y un lenguaje comunes hizo que se mantuviera un estrecho contacto entre los extremos más alejados del área, desde Larsa a Qatna.

El antiguo imperio de Babilonia. Un factor que contribuyó a la intensa actividad diplomática de aquellos años fue la introducción del antiguo dialecto de Babilonia, el acadio, como la forma normal de comunicación en toda el área. De hecho, es posible que se hubiese continuado utilizando este lenguaje en el norte y en el oeste desde los tiempos de los reyes acadios, pero en el sur, el silabario cuneiforme se adaptó al nuevo dialecto y la libertad resultante en las tradiciones sumerias de escritura se transforma en una inundación de correspondencia reveladora y viva, lo que pone de relieve lo secas y poco informativas que eran las fuentes de los tiempos anteriores. Uno de los documentos más significativos de esos tiempos proviene, como muchos otros, de los archivos del palacio de Mari. Es una carta al rey de Mari, Zimri-Lim, de uno de sus gobernantes, al cual sin duda se ha encargado ganarse la lealtad de ciertos pequeños príncipes del norte. Explica que convocó a esos «reyes» a la desconocida ciudad de Sharmaneh y les habló de esta manera: «No hay rey que sea fuerte por sí mismo. A Hammurabi de Babilonia le apoyan 15 reyes, a Rim-Sin de Larsa lo mismo, a Ibal-piel de Eshnunna lo mismo, a Amut-pi-el de Qatna lo mismo, y a Yarim-Lim de Yamhad (Alepo) le apoyan 20 reyes...». Esto resume la política de aquellos tiempos aunque, quizás significativamente, no se hace mención de los archienemigos de Zimri-Lim, Samsi-Addu y sus hijos.

Zimri-Lim, contemporáneo y a veces aliado de Hammurabi de Babilonia, era hijo de Yahdun-Lim, que reinó en Mari antes que él, aunque no le sucedió directamente en el trono. Porque, a pesar de los triunfos de Yahdun-Lim, entre los que figuran marchar sobre el Mediterráneo emulando los grandes conquistadores anteriores a él, su reinado acabó en desastre cuando su reino fue conquistado por otro rey amorita llamado Samsi-Addu (en acadio, Shamshi-Adad). Esta figura, que ha cobrado vida para nosotros gracias a la correspondencia de Mari, consiguió fundar un reino que se extendía hacia el norte desde Assur, en el Tigris, y Mari, en el Éufrates, hasta las montañas turcas. Fundó su capital en algún lugar de la cuenca del Habur, quizás en Chagar Bazar, en una ciudad llamada «Residencia de Enlil» (Shubat-Enlil), pero instaló a sus dos hijos, Yasmah-Addu e Ishme-Dagan como vicerregentes en Mari y en una ciudad llamada Ekallate, en la ribera este del Tigris, al norte de Assur, desde donde se podían vigilar las turbulentas tierras del otro lado del río. La increíble profusión de diminutos estados, cuya alianza o sumisión debía ganarse, con reyezuelos amoritas o hurritas, queda demostrada no sólo por la carta a Zimri-Lim que acabamos de citar, sino por las cartas del propio Samsi-Addu a su más bien débil hijo Yasmah-Addu en Mari. En estos documentos queda claro que Samsi-Addu fue un gobernante enérgico y rotundo tanto en la política interna como en la guerra. Se puede juzgar el alcance de sus actividades diplomáticas por una pequeña colección de cartas excavadas por una expedición danesa en el montículo de Shemshara, en un punto elevado de las montañas kurdas, que demuestran que su hijo Ishme-Dagan en Ekallate

Las placas de terracota son habituales en el período de la antigua Babilonia. En ésta (de Khafajah) se ve a un dios matando a un ser solar. Bagdad.



mantenía, en ocasiones, una alianza amistosa con los caciques locales del área, al mismo tiempo que los distantes habitantes de Dilmun creían que merecía la pena hacer envíos al propio Samsi-Addu, y tenemos sus instrucciones perentorias a Yasmah-Adad, en Mari, para que les proveyese de provisiones, bolsas de agua e incluso sandalias en sus viajes de vuelta.

El motivo para este tipo de visitas diplomáticas no era otro que la promoción de las relaciones mercantiles, y tenemos la suerte de poder echar una mirada a los mecanismos del comercio de la época, que no se encuentran hasta la era clásica. A cierto nivel, el comercio de artículos de lujo se producía mediante el intercambio de objetos en forma de regalos entre gobernantes amigos, cosa que queda más manifiesta en la posterior Era Amarna. Un fenómeno más significativo fue el comercio en gran escala de artículos de primera necesidad, tales como cobre o estaño. Los documentos mercantiles de Ur han revelado un giro interesante en la financiación de este tipo de comercio. Durante el imperio de Ur III, los mercaderes empleados en el templo de Nanna, en Ur, emprendieron un viaje por mar a Dilmun (Bahrein), en donde intercambiaron productos de Sumer (especialmente telas), por cobre y otras valiosas mercaderías. Ésta era una empresa financiada por el templo, que no involucraba personalmente a los empleados en los riesgos financieros y, como tal, podemos considerarlo como una continuación de las largas relaciones comerciales con Dilmun, mencionadas por primera vez por Ur-Nanshe, de Lagash. Durante los tiempos de Rim-Sin, de Larsa, que también gobernaba en Ur, se estableció un nuevo sistema.

Ahora los mercaderes, individualmente o en grupo, organizaban por sí mismos las flotas comerciales, a veces pidiendo prestado el capital a los templos, pero corriendo con los riesgos y quedándose con los beneficios. Tenemos documentos legales en los cuales consta que se forma una sociedad con el propósito específico de recoger fondos para una sola expedición comercial a Dilmun. Queda claro que estas innovaciones son sintomáticas de un cambio completo en el estilo de gobierno. En lugar del sistema de Ur III, en el que prácticamente todo el mundo era un empleado del estado, y se le hacía responsable mediante el rígido sistema por el que se contabilizaba cualquier artículo que pasara por sus manos, el estado implantó la costumbre de «arrendar» transacciones. En ellas se incluía no sólo actividades como el comercio exterior y la cría de ganado, sino incluso la recaudación de impuestos agrícolas mediante un acuerdo, por el cual el contratista pagaba una cantidad determinada al estado y se quedaba con el beneficio que podía conseguir. Esta tradición de empresa privada domina la administración de Babilonia a partir de este período hasta la desaparición de los documentos cuneiformes. Pero ahora es tiempo de volver al norte donde, en la ciudad de Assur, encontramos un ejemplo más asombroso todavía del crecimiento de los negocios privados.

Las conexiones con Anatolia. Ocurre que las actividades de los mercaderes de Assur han llegado a nosotros, no por ningún documento descubierto en su ciudad, sino por miles de cartas y documentos comerciales excavados –legal o ilegalmente– en el yacimiento de Kültepe, en la Anatolia central, a unas 1.000 millas de distancia de Assur. Una vez que los expertos han demostrado que estas tablillas están escritas en un dialecto del acadio, asirio antiguo para ser exactos (y no, como comprensiblemente se supuso, en algún antiguo lenguaje anatolio desconocido), quedó claro que constituyen los archivos comerciales de unas tres generaciones de mercaderes de la ciudad de Assur, que tenían agentes asirios residentes en Kanesh, que después se demostró que era el antiguo nombre de Kültepe. La parte esencial del negocio era el transporte de estaño para la fabricación de bronce a las ciudades de Anatolia, desde Assur, a donde había llegado procedente del este. Anualmente, caravanas de asnos partían de Assur después de las lluvias del invierno y hacían el largo camino cruzando las llanuras del norte de Mesopotamia, en donde quizás se permitían algunas transacciones subsidiarias. Entonces procedían a través de los pasos de los montes del Tauro, a descargar en Kanesh, o quizás más lejos todavía, con un beneficio considerable. En las expediciones se incluían también telas, ya fuesen de la propia Assur o de más al sur –las mejores telas de Babilonia son las «acadias»– y, a cambio, se volvía con el beneficio en forma de plata u oro.

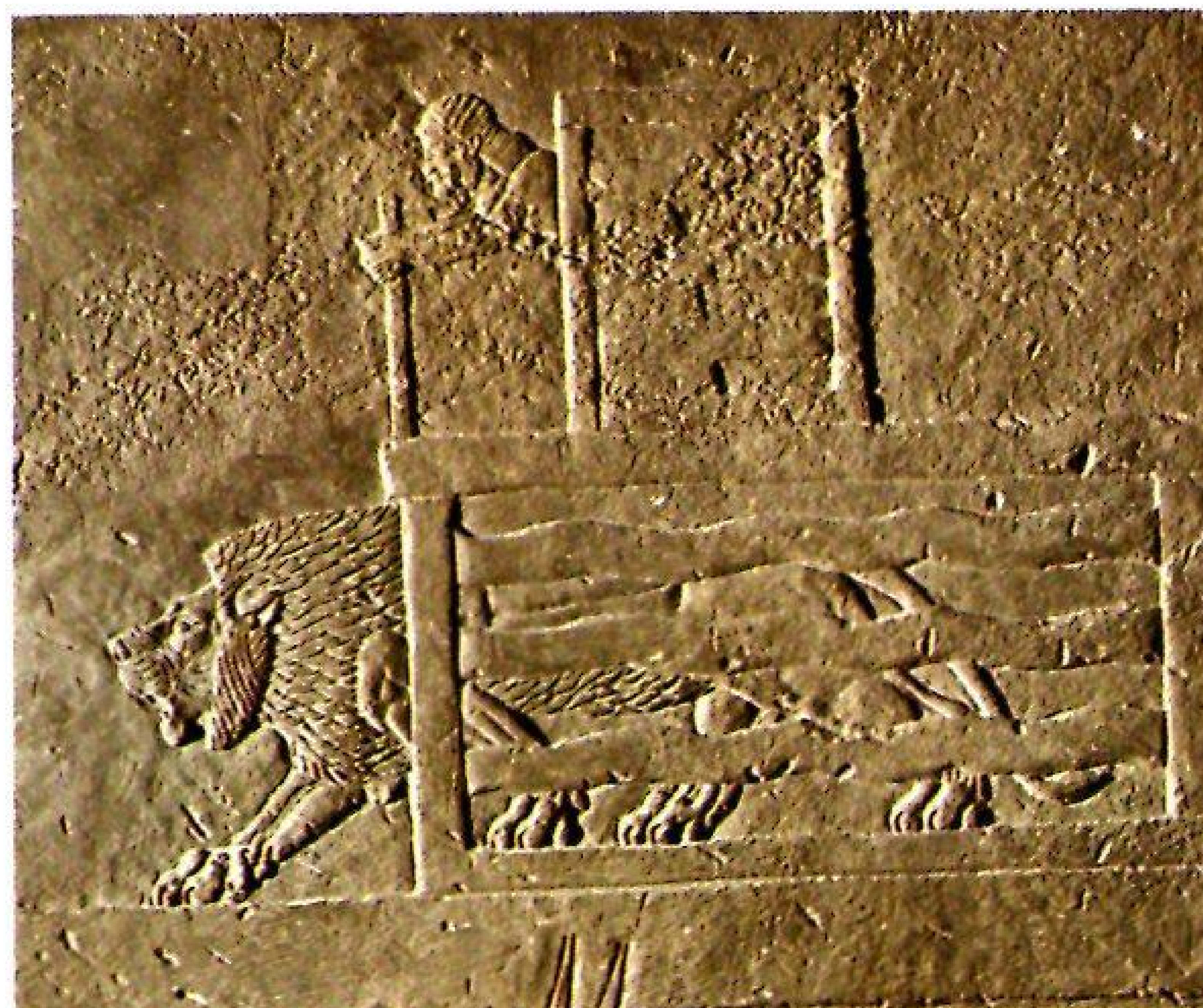
Los textos de Kültepe presentan una sofisticación de métodos de negocios y de organización que es, de alguna manera, lo más impresionante en el contexto remoto de las llanuras de Anatolia. Aunque parecería que el barrio

Valle del Tohma Su, en Anatolia central; una de las rutas de las caravanas asirias de asnos, que conducía a Kanesh.



comercial de Kanesh funcionaba como el principal centro asirio, se establecieron colonias mercantiles en otras partes y ya se han descubierto documentos de la antigua Asiria en Bogazköy (más tarde la capital hitita, Hattusas) y en la cercana Alisar. Hay incluso indicios de que 500 años antes ya existían relaciones comerciales similares puesto que, según la leyenda, Sargón y Naram-Sin llegaron hasta Anatolia para acudir al rescate de mercaderes acadios en Purush-handa, una ciudad en la que habitaba una colonia en el tiempo a que nos referimos y era sede de uno de los dirigentes locales más poderosos. La colonia de Kanesh estaba gobernada por un consejo, que tenía autoridad sobre los mercaderes asirios, allí y en otras colonias lejanas. Esto era necesario, no sólo para arbitrar transacciones entre los propios asirios, sino también para representar a todo el estado en el intercambio con los príncipes nativos. Para hacer cumplir las decisiones del consejo se nombraban oficiales disciplinarios entre los miembros de más prestigio de la comunidad, y se imponían tasas. Seguramente la exacción de impuestos por los gobernantes locales, normalmente derechos de aduana, era causa frecuente de tensiones entre los mercaderes y el país anfitrión.

Sin duda, los príncipes de Anatolia necesitaban a los asirios para que les proveyesen de estaño y otros productos y, ciertamente, se beneficiaban del comercio mediante las tasas que imponían. Pero, en último término, retenían el poder y no temían, si era necesario, castigar con la prisión algún comerciante del que se supiese que hacía contrabando, una práctica habitual y aceptada, a juzgar por la correspondencia entre los propios asirios. En una carta típica, quien escribe advierte a su corresponsal que un agente ha «enviado los artículos de contrabando a Pushu-ken (el mercader), que fueron confiscados y que el palacio arrestó a Pushu-ken y lo puso en prisión con una fuerte guardia. La reina ha escrito a las ciudades de Luhusatia, Hurama, Shalahshua y al resto de sus tierras sobre



Un sirviente abre la jaula a un león para que lo cace el rey Assurbanipal; la tradición de los leones como «animales reales» se remonta, como mínimo, a las cartas de Mari. Museo Británico.

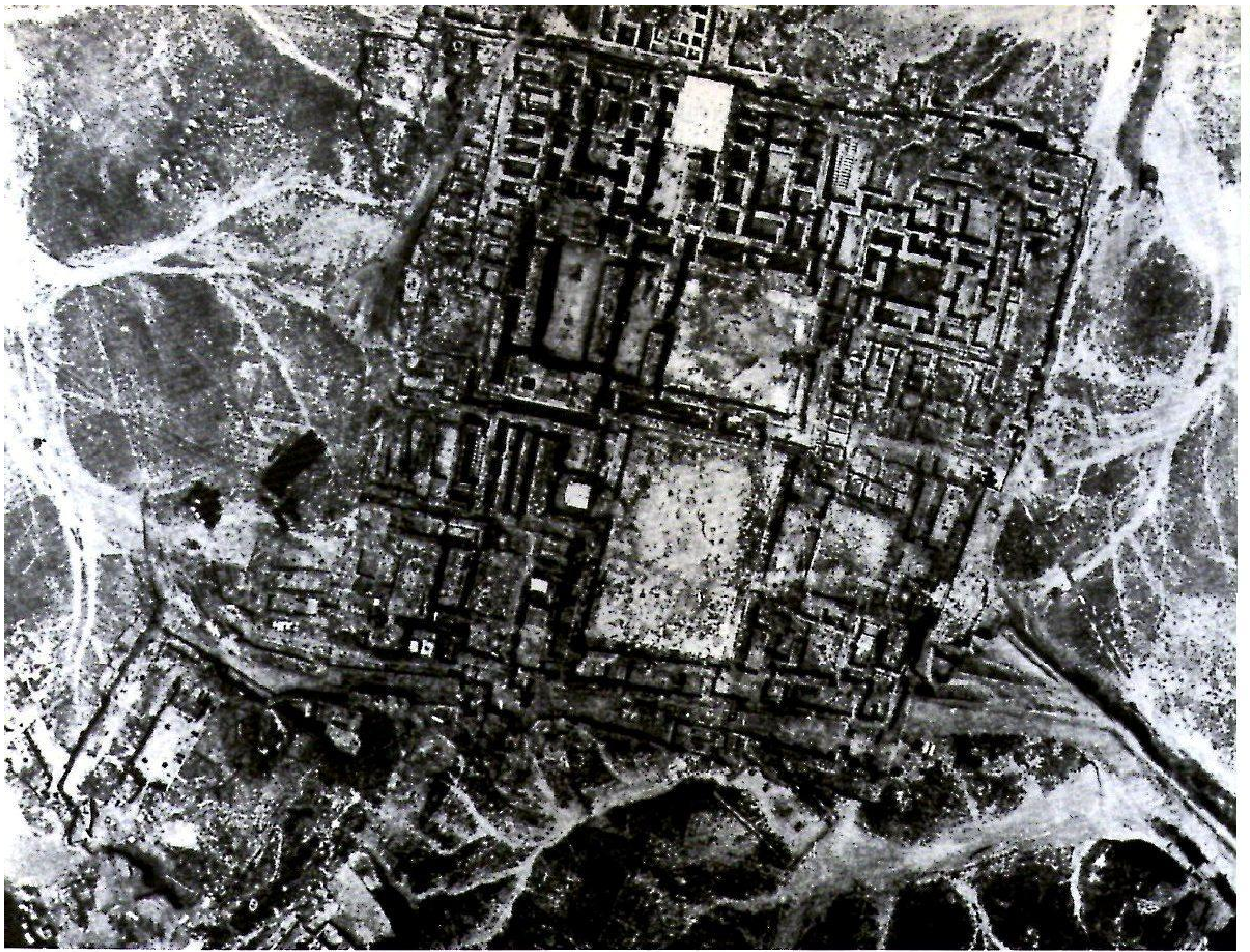
el contrabando y están alerta. O sea que, por favor, no pases nada de contrabando... y deja el hierro (algo poco común en aquella época) que ibas a traer en una casa de tu confianza en Timilkia».

Si bien el comercio estaba organizado y financiado por grandes empresas mercantiles privadas o «compañías» de Assur, naturalmente, estaba tan sujeto a convulsiones políticas como cualquier otro asunto estatal. Floreció en los años posteriores al colapso del imperio de Ur III y antes de la aparición de Samsi-Addu. Quizás fue la desorganización, junto con su toma de poder, lo que llevó a una breve interrupción del comercio, ya que también Assur fue anexionada a su reino, pero, ciertamente, permitió la reanudación de las relaciones comerciales una vez restablecida la paz. Sin embargo, poco después de su muerte, Zimri-Lim, asistido por el rey de Yamhad cuando vivió en el exilio, consiguió rescatar Mari de las manos de Yasmah-Addu, y aunque el otro hijo de Samsi-Addu siguió gobernando Assur y su distrito durante algún tiempo, muchas de las ciudades del norte de Mesopotamia situadas en la ruta directa hacia Anatolia, cayeron dentro del área controlada por Mari y pronto desapareció el comercio con Kanesh.

Una carta desde Assur a los agentes de la firma en Kanesh: la tablilla (*a la derecha*) estaba dentro del sobre que lleva la impresión del sello del escritor. Museo Británico.



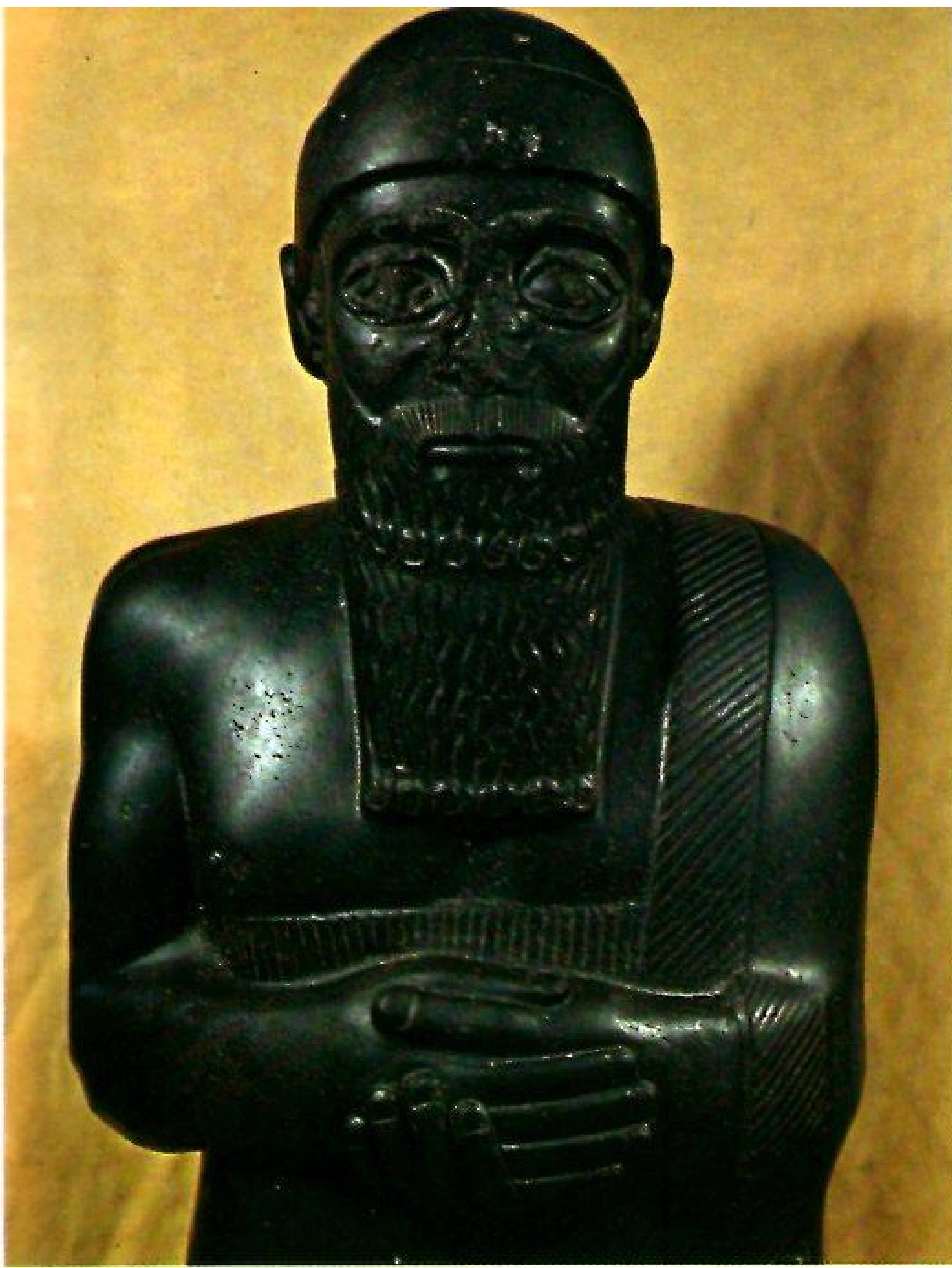
Los archivos de Mari. La gran mayoría de las tablillas de Mari pertenecen al reinado de Zimri-Lim y, en especial su correspondencia, explica los detalles más íntimos de su gobierno. Su intercambio de misivas con los gobernado-



res provinciales abarca no sólo asuntos militares y políticos, sino también las trivialidades corrientes de la administración cotidiana. Los esforzados oficiales eran responsables del control del Éufrates, o del Habur o de los canales derivados, y de la distribución equitativa de sus aguas y, en un momento determinado, se les podía encargar la exacción de derechos de aduana sobre barcas que transitaran por el río o, en otro momento, la provisión de manjares exquisitos para la mesa real, tales como trufas o pescados especiales. En más de una ocasión nos enteramos de los esfuerzos de un gobernante para hacer llegar al rey una piedra especialmente valiosa o un león enjaulado, porque el león ya era un animal real y debía entregarse vivo al rey, siempre que fuera posible.

Tan instructivo como las tablillas de Mari es el edificio en donde se encontraron. El palacio de Zimri-Lim tenía más de 300 estancias y sus excavadores estiman que medía 200 x 120 metros. Aunque hasta ahora ningún otro gran palacio se ha excavado tan completamente, queda claro que era considerado excepcional incluso por sus contemporáneos. La confirmación nos llega a través de una carta del rey de Yamhad, que explica a Zimri-Lim que le envía un sirviente del rey de Ugarit, en la costa, que ha expresado su deseo de ver «la casa de Zimri-Lim». Parte de la necesidad de tan vasto complejo de estancias se explica en ocasionales comentarios informales en las tablillas: el rey pregunta a un oficial por qué sólo se han entregado ropas a 100 de los 400 sirvientes de palacio; o, en una lista administrativa, consta que se han dado raciones a unas 400 mujeres, todas empleadas por –si no en– el palacio.

Sin embargo, duró poco la fama del palacio de Mari y de su rey. A pesar de su anterior alianza, Zimri-Lim y Hammurabi de Babilonia se interpusieron en sus caminos y, en su trigésimo tercer año, Hammurabi remontó el Éufrates y tomó Mari, destruyendo el palacio y, por tanto, conservando en sus ruinas las tablillas por las cuales estamos ahora tan agradecidos. Esto es lo más irónico porque, por suerte, no se conocen archivos comparables en la propia Babilonia. Es cierto que sobreviven algunas de las cartas



Arriba: Estatua de Ishtup-ilum, gobernador de Mari, h.1900 a.C. Alepo

Página anterior: Vista aérea del gran palacio de Zimri-Lim, en Mari; el salón del trono y la sala de audiencias están a la derecha del patio pequeño y cuadrado (estancia 106).

Derecha: Pintura mural en el patio más pequeño del palacio; en el detalle se ve una diosa suplicante, animales alados y árboles. Louvre.



de Hammurabi, pero éstas, y otros documentos que arrojan alguna luz sobre su gobierno, fueron excavados ilícitamente por lo que, tristemente, ahora se desconocen los edificios de los cuales proceden. Sin embargo, reuniendo toda la documentación disponible podemos reconstruir, a grandes rasgos, el reinado de Hammurabi y es posible ver que constituyó un cambio decisivo en la historia del área, terminando la era de las pequeñas ciudades-estado beligerantes y convirtiendo las tierras de Sumer y Akkad en un solo país por primera vez desde el reinado de Ibbi-Sin de Ur. A partir de aquí, la parte sur del moderno Irak puede llamarse, razonablemente, Babilonia, ya que desde los tiempos de Hammurabi hasta la fundación de Seleucia en el Tigris, Babilonia fue la capital política, y especialmente cultural, del país.

Hammurabi y su dinastía. La dinastía de la cual Hammurabi fue el sexto rey había sido fundada por el amorita Sumu-abum en la ciudad de Babilonia, que ya existía en los tiempos de Ur III pero ahora, por primera vez, se constituyó en capital de un pequeño estado. Aunque pronto absorbió algunas de las dinastías menores establecidas en ciudades próximas como Kish, Kazallu o Marad, por la accesión de Hammurabi el territorio de Babilonia no se había expandido mucho más allá de sus fronteras originales. Sin embargo, por el mero hecho de su independencia había llegado a ser uno de los mayores contendientes por el poder en Sumer y Akkad: en el sur, Rim-Sin, de Larsa, que ya controlaba los territorios de Uruk, Ur y el estado de Lagash, finalmente había conseguido anexionarse el estado de Isin, durante mucho tiempo su mayor rival y el otro único gran reino del momento había surgido en Eshnunna (Tell Asmar) en la región de Diyala, como podemos afirmar ahora por la carta de Mari ya citada. En el norte, Samsi-Addu estaba probablemente en el cenit de su poder.

La mayor parte del reinado de Hammurabi debió de estar dedicado a asuntos internos, pero en su trigésimo primer año, finalmente derrotó a Rim-Sin de Larsa, por lo que se hizo dueño del antiguo Sumer y Akkad. Dos años más tarde tomó Mari de su antiguo aliado, Zimri-

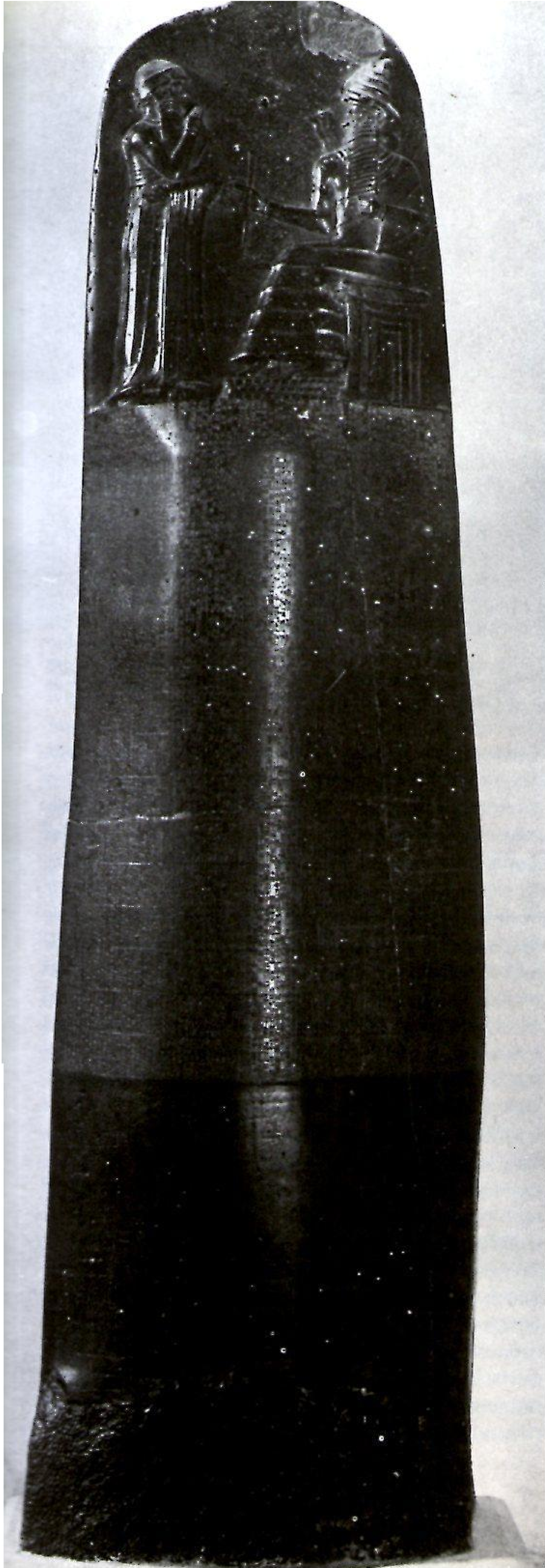
Lim. Su derrota de Eshnunna y la extensión de su reinado hasta tan al norte como Nínive, no se produjo hasta su trigésimo octavo año. En el prólogo de su código legal, por el cual, acertadamente, se le recuerda más, empieza proclamando que los dioses de Sumer, Anum y Enlil, han ensalzado a Marduk, dios de Babilonia, le han confiado la supremacía, y han emplazado a Hammurabi a «crear justicia en la tierra para abolir los criminales y deshonestos y evitar que los fuertes opriman a los débiles». Entonces enumera las ciudades que ha puesto bajo su influencia beneficiosa: Nipur, Eridu, Babilonia, Ur, Sippar, Larsa, Uruk, Isin, Kish, Cuthah, Borsippa, Dilbat, Lagash y Girsu y Kesh y Adab –todas las grandes cudades tradicionales de Sumer y Akkad– así como las ciudades a lo largo de la mitad del Éufrates, incluyendo Mari y Eshnunna y, finalmente, Nínive. Es cierto que esta lista, significativamente, no incluye Elam o Assur y que hacia el final de su reinado Hammurabi parece haber tenido problemas con sus fronteras del noreste –como tantos otros antes que él– pero, sin embargo, fue el primer rey que unificó el sector central del imperio Ur III una vez más bajo un solo gobierno y, por muy transitorias que fueran sus conquistas territoriales, Babilonia, bajo sus sucesores, siguió siendo la única sede tradicional de la monarquía y la depositaria de la cultura escrita.

Estatuilla de bronce, recubierta de oro, en la que se ve a Lu-nanna rogando a Amurru por la vida de Hammurabi (h. 1760 a.C.). Louvre.



El prólogo de su código refleja vivamente el deseo de Hammurabi, compartido por sus predecesores y contemporáneos, de aparecer como un rey sabio y justo bajo el cual las viejas tierras de Sumer y Akkad estuvieran, una vez más, unidas, para vivir juntas en paz y prosperidad. En aquella época se acostumbraba a nombrar cada año de acuerdo con un acontecimiento importante, y a partir de esos nombres podemos ver que no sólo Hammurabi sino todos los gobernantes del momento, grandes y pequeños, se dedicaron sin cesar a afianzar la prosperidad de sus reinos construyendo nuevos canales y manteniendo los antiguos y, por el énfasis puesto en estas actividades y por la falta de inscripciones históricas que relataran triunfalmente hazañas guerreras, Hammurabi y su época demuestran que fueron guardianes de la actitud vital de la antigua Sumer, más que imitadores de Sargón y de su dinastía acadia. Tal como veremos, se puede decir lo mismo respecto a las leyes, y es al entusiasmo de los escribas acadios, e incluso amoritas, de aquel tiempo, que debemos nuestro conocimiento de la gran cantidad de literatura sumeria.

Es principalmente de las escuelas de escribas de Nipur –el centro espiritual de Sumer– pero también de Ur, Kish, Sippar e Isin, que hemos recuperado una gran variedad de textos sumerios que fueron amorosamente conservados, e incluso compuestos, después de la desaparición del sumerio como lenguaje hablado, por los expertos y alumnos de templos y escuelas seglares, durante los años que van desde el exilio de Ibbi-Sin en Elam hasta la desaparición de la I Dinastía de Babilonia. Aunque los esfuerzos dedicados a copiar la literatura sumeria fueron, en parte, el resultado de un auténtico interés por el pasado en que se fundó la civilización de Sumer y Akkad, los escribas que aprendían sumerio seguramente también le encontrarían un uso práctico. Nadie escribía ya cartas en este idioma, pero en inscripciones religiosas, tales como las que un rey desearía para un nuevo templo, en los interminables nombres de los años que debían constar en cualquier documento legal y en las fórmulas tradicionales con las que debían redactarse tales documentos, se empleaba el sumerio, de la misma manera que en la época medieval el latín no era solamente el lenguaje de Virgilio y Séneca, sino el vehícu-





Arriba: Tablilla de ejercicios geométricos de la antigua Babilonia (h. 1800 a.C.), en que se calcula el área de las subdivisiones de un cuadrado. Museo Británico.

Izquierda: La estela de Hammurabi: arriba, está de pie ante Shamash, dios de la justicia; abajo hay 16 columnas con inscripciones. Louvre.

lo de cualquier comunicación oficial, legal o religiosa.

En cuanto a la historia de la literatura propiamente sumeria, continúa siendo un enigma. Algunos poemas, como los que loan gobernantes como Lipit-Ishtar, de Isin, o Rim-Sin, de Larsa, están compuestos, sin lugar a dudas, después del período de Ur III. Lo mismo puede decirse de algunos textos religiosos que, incluso para nosotros, son traducciones descaradas del acadio. Nadie puede decir aún con exactitud en qué momento el sumerio dejó de ser una lengua hablada ya que obras literarias importantes fueron escritas incluso después del imperio de Ur III. Prueba de ello es la «Lamentación sobre la destrucción de Ur», un poema de más de 400 líneas, doliéndose del abandono de Ur por su diosa Ningal y la posterior destrucción de la ciudad: las calles están llenas de maleza, las plantas acuáticas obstruyen los canales y no se celebran los festivales. Una composición similar sobre la caída de la casa de Akkad por culpa de los pecados de Naram-Sin, probablemente pertenece a la época de Ur III, pero ¿qué debemos hacer con obras como «Gilgamesh y Aka» o «Enmerkar y el Señor de Aratta» que relatan de nuevo los albores de la historia? Los textos literarios de los tiempos de los reyes de Ur III o anteriores son extraordinariamente raros y aunque nadie ha intentado negar la supervivencia de tradicio-

nes que se remontan a 600 años o más, el problema, como con los poemas de Homero, es saber cuándo se escribieron por primera vez estas composiciones y –si habían existido antes como poemas orales– con cuánta precisión se habían transmitido de una generación a otra.

Hasta hace poco, la opinión de los expertos era que los trabajos literarios copiados por los escribas de Babilonia se habían compuesto, en su forma actual, no antes de la III Dinastía de Ur. Con ello no se intentaba negar la posibilidad de que pudieran haber existido composiciones literarias anteriores pero, si éste fuera el caso, no podían haber sobrevivido, hasta donde nosotros sabemos, en el repertorio habitual de las escuelas de escribas. El descubrimiento de tablillas literarias del período de la Antigua Dinastía III en Abu Salabikh, ha obligado a una revisión de esta postura: ahora podemos señalar como mínimo una gran obra, «Las instrucciones de Shuruppak a su hijo» que aparece, confirmadamente, hacia el 2500 a.C. en Abu Salabikh, unos 100 años más tarde en Adab (Bismaya) y reaparece –es reconocible la misma composición– en los cánones literarios de los escribas de la antigua Babilonia después de la caída de la III Dinastía de Ur. Ya que es improbable que el poema fuese transmitido oralmente durante el lapso de 500 años que tenemos en nuestras informaciones, es evidente que no podemos esperar todavía reconstruir la historia de la literatura sumeria hasta que se hayan hecho nuevos descubrimientos que arrojen alguna luz sobre los siglos intermedios.

El cuidado con el cual durante la época de Hammurabi se conservó la literatura de épocas pasadas no impidió el crecimiento del acadio como lenguaje literario por derecho propio. En esta época se combinaron distintos mitos sumerios sobre Gilgamesh en un solo relato épico con una duración y estructura sin precedentes y se unificaron otros mitos para formar un poema acadio que describía la creación del hombre y el Diluvio Universal, entresacados de antiguos relatos sumerios, pero confiriéndoles un nuevo vigor con la frescura del lenguaje acadio. Las inscripciones reales también eran bilingües, en sumerio y acadio, y otra innovación, para la cual se utilizaba solamente el acadio, era el registro de presagios y su significado a partir, en este período, de la inspección de las entrañas de corderos –hígado o pulmones– o de las figuras que formaban las gotas de aceite sobre la superficie del agua. Al mismo tiempo, se incrementaron mucho las listas de signos y de palabras con las cuales los aprendices de escriba habían estudiado el sistema cuneiforme y se les dio una columna para la traducción al acadio. Sin embargo, es en su código legal en donde Hammurabi nos ha legado un documento que constituye, a la vez, el texto clásico del



Tablilla de piedra de un antiguo rey hurrita de Urkish, sostenida por un león de bronce; probablemente del depósito fundacional de un templo. Período acadio. Louvre.

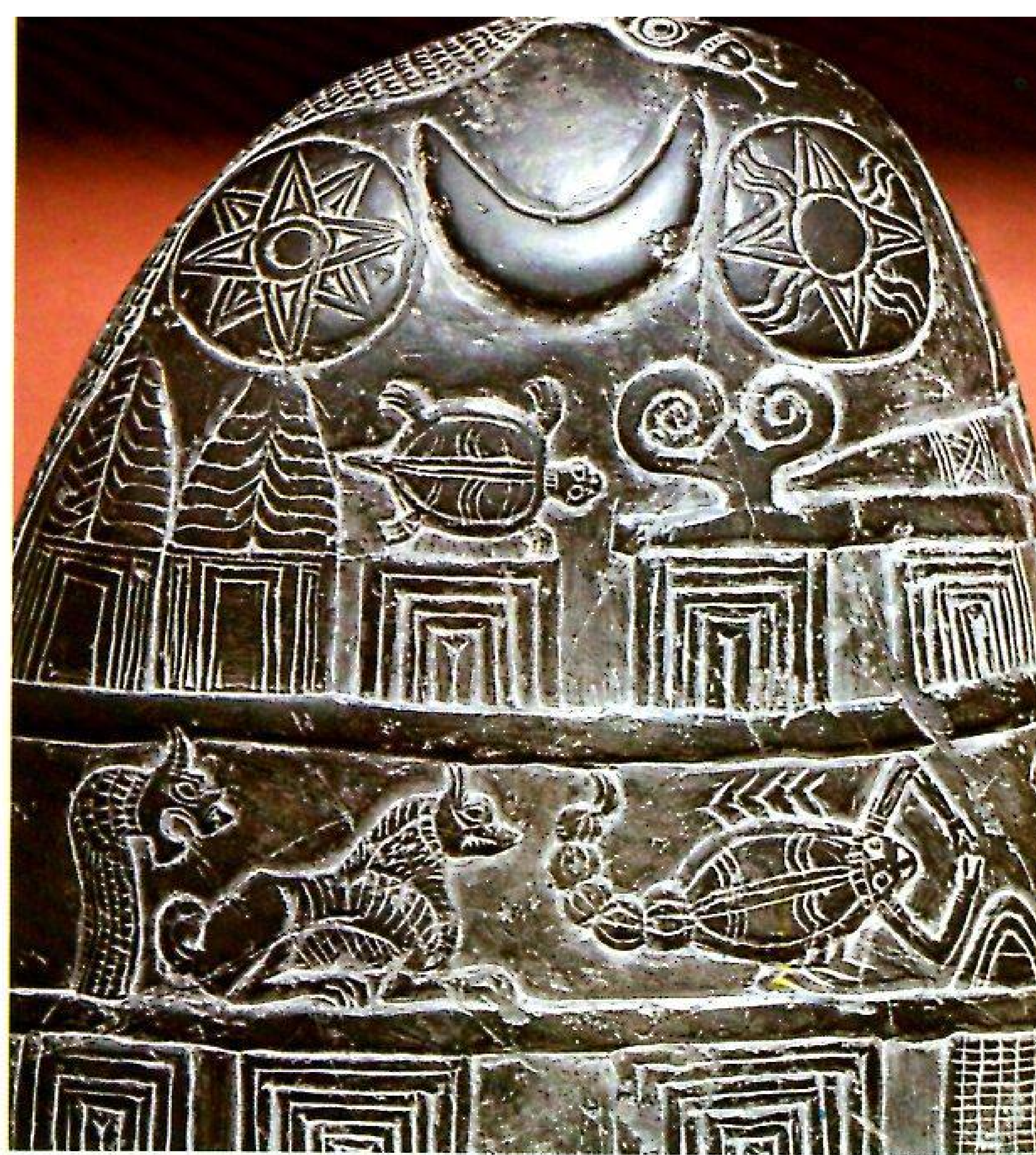
dialecto de la antigua Babilonia, el acadio –utilizado incluso hoy en día para enseñar la escritura cuneiforme– y es testimonio de la afortunada amalgama de distintos elementos culturales y lingüísticos en una única sociedad «babilónica».

El código legal. Las leyes de Hammurabi están conservadas principalmente sobre una estela de piedra negra de 2,25 m de altura. En la parte superior se ve un relieve del propio Hammurabi respetuosamente de pie frente al dios sol Shamash, dios de la justicia. El resto de la piedra está ocupado por 49 columnas de escritura cuneiforme en donde constan, en un acadio claro y enérgico, las leyes de Hammurabi, promulgadas «para que el fuerte no oprima al débil y para proteger los derechos de huérfanos y viudas», tal como se dice en el epílogo. Aunque éste no sea ya, como lo fue durante muchos años, el «código legal más antiguo del mundo», sigue siendo el documento más importante de toda la civilización mesopotámica. Las leyes regulan muchos aspectos de la vida: problemas agrícolas referentes a regadío, condiciones de arrendamiento de campos o huertos de dátiles, transacciones comerciales entre mercaderes, leyes familiares y cuestiones de herencia, condiciones de empleo para los distintos oficios y castigos para delitos como adulterio, homicidio involuntario o levantamiento de falsos testimonios. Cada una de

las leyes está formulada en dos partes: una cláusula «si» en la que figura el delito o la circunstancia de que se trate, y la cláusula en la que se señala la sentencia. Para citar sólo un ejemplo: «Si un hombre ha arrendado un campo a un agricultor para que plante una plantación de dátiles, el agricultor cuidará de los árboles durante cuatro años y al quinto año el dueño de la plantación y el agricultor dividirán por igual la plantación; pero si el agricultor no ha plantado toda la tierra y ha dejado un trozo yermo, incluirán esta parte en la que le toque a él».

A pesar de la longitud del código, es evidente que no pudo regular ni siquiera una fracción de los casos con que se enfrentaban los jueces en la vida real, y esto plantea la cuestión de cuál era su finalidad exacta, cosa que ha sido debatida acaloradamente desde que se publicó por primera vez en 1902. Es significativo que ahora se conozcan códigos similares, como el de Ur-Nammu, fundador del imperio de Ur III, y otro, escrito en sumerio, que fue promulgado por Lipit-Ishtar, de Isin, al tiempo que un código en acadio procede del reino de Eshnunna, habiendo sido descubierto en Tell Hermal, al este de la periferia de Bagdad. Si bien ninguno de ellos se aproxima al tamaño o complejidad del código de Hammurabi, todos tratan, en buena medida, los mismos temas y, aunque algunas de las disposiciones de Hammurabi son completamente nuevas, otras leyes son tradicionales y se les puede seguir la pista, casi sin cambios en su formulación, hasta el código de Ur-Nammu. Compárese con la ley citada anteriormente el siguiente extracto del código de Lipit-Ishtar: «Si un hombre dio tierra sin cultivar a alguien para que la plantara como una plantación, pero éste no completó el plantado de la plantación, el propietario adjudicará al hombre que plantó la plantación la tierra que quedó sin cultivar como parte de su beneficio».

Generalmente, hay una explicación para las provisiones nuevas hechas por Hammurabi. Después de su conquista del reino de Larsa, instituyó un programa extensivo de reforma agraria, redistribuyendo tierras, llevando nuevos colonos y fomentando la agricultura rehaciendo el decadente sistema de regadío. Todo esto se deduce de las cartas que escribió a los gobernadores que él nombró en Larsa, y en vista de las frecuentes disputas sobre la tenencia de tierras mencionada en estas cartas, no es sorprendente encontrar partes del código destinadas al tipo de problemas que podían surgir como resultado de la política de repoblación. Igualmente, la inclusión en el código de disposiciones que regulasen los derechos de las sacerdotisas en relación con las familias de sus maridos, puede relacionarse con seguridad con el fenómeno contemporáneo de los «claustros» o comunidades de mujeres asociadas a



Símbolos de los dioses invocados en un mojón de un tipo introducido por los casitas (h. 1120 a.C.). Museo Británico.

Se han descubierto muy pocos objetos auténticos hurritas; este carnero procede de los tiempos de la dominación mitani en Alalakh. Antioquía.

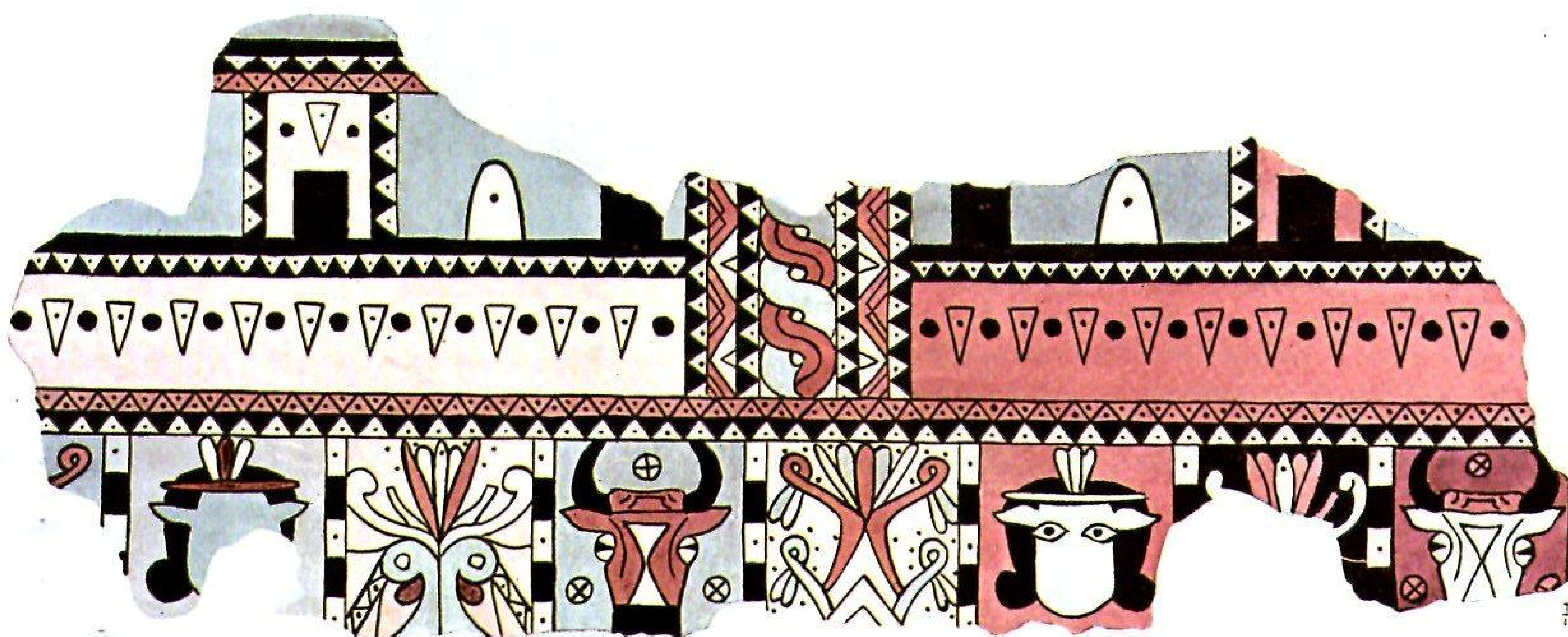


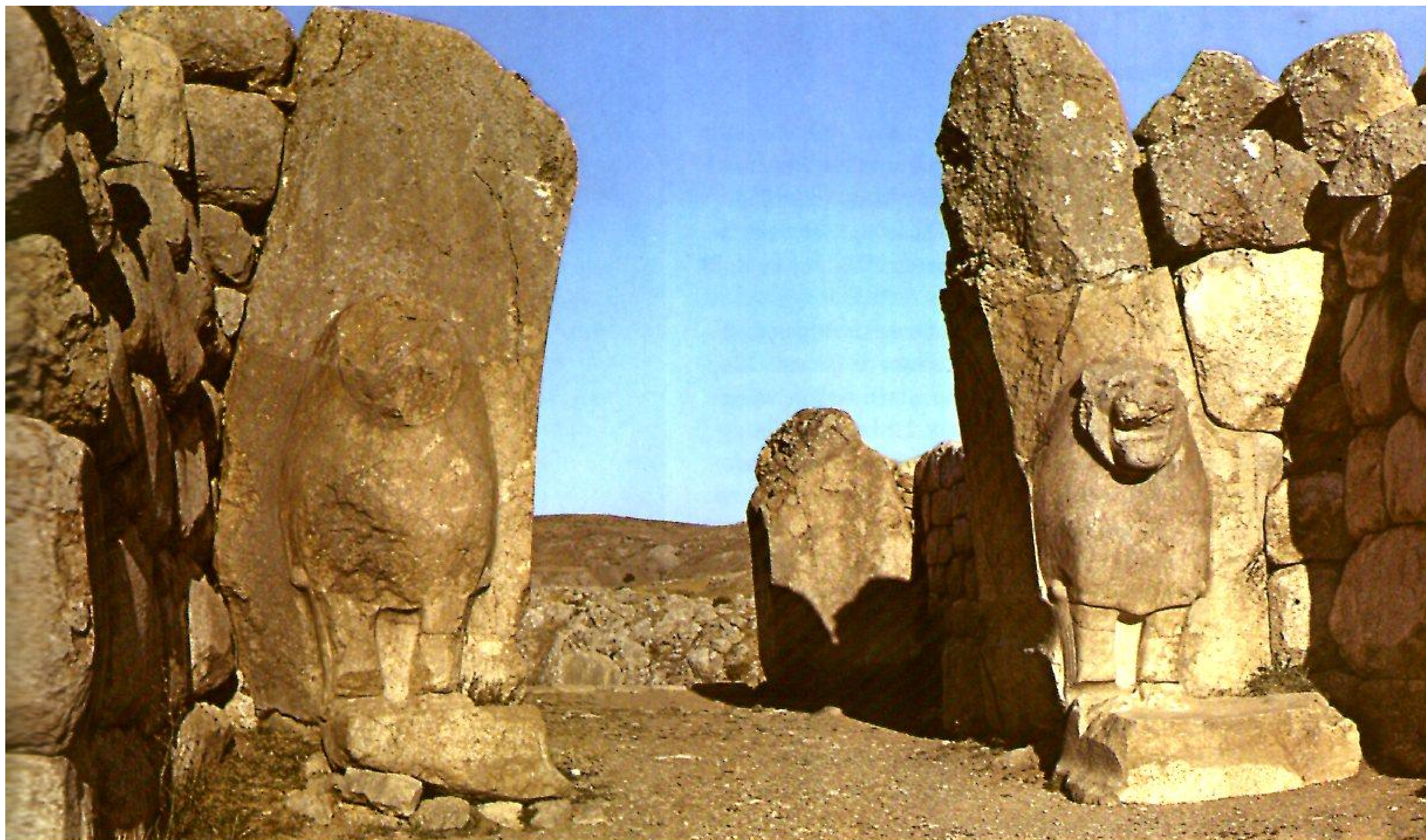
un templo, de las cuales las princesas *naditum* de Sippar son las más conocidas. En comparación con los códigos legales anteriores, hay también una innovación que deberíamos considerar un paso hacia atrás: Ur-Nammu prescribía que un hombre que cortase un miembro de otro hombre debería pagar 10 siclos de plata, o, si le cortaba la nariz, 40 siclos. En las leyes de Eshnunna se fijan compensaciones monetarias similares para las distintas partes del cuerpo que pudieran sufrir daño. Por ello es tan desconcertante encontrar que Hammurabi vuelve a la *lex talionis*, «un ojo por un ojo, y un diente por un diente»: «Si un hombre ha sacado un ojo a otro hombre, le sacarán un ojo; si le rompe un hueso a otro hombre, le romperán un hueso». Sin duda, esta desviación bárbara de la tradición sumeria es un reflejo de las duras leyes del desierto, del cual procedía la dinastía de Hammurabi y parece que por muy partidario que Hammurabi pudiera ser de la preservación de las viejas tradiciones de Sumer y Akkad, era lo suficientemente amorita para imponer sus costumbres tribales en todos sus dominios.

Ya hemos indicado que el reinado de Hammurabi señala un cambio decisivo en la historia de Mesopotamia. La índole del cambio está claramente ejemplificada en el resto de su dinastía. Porque, aunque sea escasa la información específicamente histórica de aquellos años, los documentos económicos demuestran que la vida seguía tranquilamente su curso en la mayor parte de Babilonia y que, incluso si la extensión de su reino se desmoronaba gradualmente por revueltas internas o roces con el exterior, la autoridad de los sucesores de Hammurabi en la I Dinastía de Babilonia, no se vio seriamente amenazada desde dentro de Sumer y Akkad. De hecho, con la desaparición de Mari y Eshnunna y la ausencia de cualquier dirigente enérgico en el norte, no había rival competente para los reyes de Babilonia y, aunque en los años siguientes, partes del sur se escindieron bajo los reyes de la dinastía de los «Países del Mar», debió caerles como un rayo cuando, durante el reinado de Samsu-ditana, un hombre llamado Mursil marchó sobre el Éufrates, saqueó Babilonia e hizo cautivos a sus dioses.

Con este acontecimiento o, para ser más exactos, con el último año de Samsu-ditana, que fue el último rey de la dinastía, comienza de nuevo una etapa oscura que ensombrece el curso de los acontecimientos en Mesopotamia. Por algún motivo, los períodos de conflictividad coinciden con la completa desaparición de documentos escritos –hasta donde han llegado al historiador moderno– y, aunque seguramente la tradición escrita debió continuar, la escena de la I Dinastía de Babilonia es especialmente oscura porque no se conoce ni una sola carta reveladora ni documento económico de aquellos años. Por lo tanto, en lo que a Babilonia se refiere, lo único que podemos decir es que la dinastía de Hammurabi tuvo un repentino final con Samsu-ditana y que, cuando la cortina se levanta de nuevo, la parte norte del país está bajo el poder de los nuevos reyes casitas y la dinastía de los «Países del Mar» ha reafirmado su dominio en el sur. El tiempo que duró esta transformación es motivo de debate. A pesar de la aplicación de argumentos filológicos, históricos y arqueológicos de todo tipo, no hay acuerdo sobre cuántos años se puede calcular; la mayor parte de escritores aceptan que todavía hay que determinar la respuesta y aceptan la «cronología media» por la cual se sitúa el final del reinado de Samsu-ditana en 1595 a.C. hasta que, bastante más de un siglo después, se encuentra el bien comprobado reinado casita.

Pinturas murales con cabezas de toro, caras femeninas y motivos florales; encontradas en el palacio del siglo XV de Nuzi.





Arriba: Los leones todavía guardan una de las puertas de la impresionante muralla defensiva de Hattusas.



Derecha: Impresión de un sello cilíndrico de estilo «mitani», propiedad de «Ehlip-sharri, servidor del dios Adad». La influencia mesopotámica está contrarrestada por el símbolo egipcio *ankh.*

Casitas y hurritas. Aunque durante este tiempo los casitas consiguieron imponer su gobierno en Babilonia hasta el noreste del país, cosa que los unía geográficamente con las tierras montañosas de las cuales, casi con seguridad, provenían, no se pueden considerar conquistadores al viejo estilo y, a pesar de su origen extranjero, deseaban ansiosamente adoptar y promover las tradiciones de Babilonia. También se construyó una nueva capital en Dur-Kurigalzu, cerca de la actual Bagdad, pero consideraron Babilonia como la sede de la corona y reconocieron su pretensión de ser la principal ciudad del país. Durante los cuatro siglos de su reinado, consiguieron recuperar para Babilonia los distritos sureños de los «Países del Mar», pero los principales acontecimientos políticos parece que fueron confrontaciones no resueltas con los ejércitos de Elam y Asiria y sus fronteras raramente se extendieron más allá de las tierras aluviales del sur del Irak. De hecho, la iniciativa cambió, durante aquel período, al norte de Mesopotamia, y especialmente a los hurritas.

Se han encontrado reyes hurritas en el norte desde el imperio acadio, y numerosas referencias en los documentos administrativos de Ur III demuestran que ya estaban presentes entonces, en cantidad relativa, incluso en el sur. Durante la época de Hammurabi y de los archivos de Mari, muchos de los pequeños príncipes locales de las «tierras altas» entre los dos ríos, llevaban nombres indudablemente hurritas, y en Mari se han encontrado textos escritos en hurrita. Cuando las conquistas de Hammurabi y la posterior inercia de sus sucesores dejaron un vacío de poder en el norte, fueron los hurritas quienes lo ocuparon. Antes del final de la Antigua Dinastía de Babilonia ya existía un estado llamado Hanigalbat, que era suficientemente poderoso como para haber atacado al gran rey hitita Hattusil, mientras estaba ausente en una campaña en el oeste. En otras partes, desde los Zagros hasta el Mediterráneo, surgieron una cadena de pequeños reinos

hurritas que, alrededor del 1500 a.C. parece que se unieron bajo un rey incomparable, Saushtatar de Mitanni, cuya capital, Washukanni, aunque todavía sin identificar, debió ubicarse en algún lugar cerca de la actual frontera sirio-turca, en el lugar que se halla entre el Tigris y el Éufrates. Tenemos suerte de que este rey se mencione en dos archivos descubiertos en dos extremos de su imperio: en Alalakh (Tell Açana), en el Orontes, cerca de la costa Mediterránea, donde se han excavado documentos legales que llevan la impresión de su sello, y en el este, más allá del Tigris, en Nuzi (Yorghan Tepe), en donde se ha encontrado una carta dirigida por el propio Saushtatar al rey local de Arrapha (Kerkuk), que también lleva la impresión de su sello.

Aunque todos estos documentos estaban escritos en acadio, que ya se había establecido como vehículo de la diplomacia internacional, en los dos lugares hay pruebas de la presencia de los hurritas. Especialmente en Nuzi, la gran mayoría de nombres de personas son hurritas, y las palabras hurritas, la formación de palabras (sobre una base del acadio) e incluso la estructura de las frases, han penetrado el dialecto local escrito hasta que, en ocasiones, es apenas reconocible. Influencias similares, aunque no tan extremas, se pueden observar en Alalakh y Ugarit (Ras Shamra) y, en cada caso, los documentos atestiguan la existencia de una estructura social muy definida, que también puede atribuirse a los hurritas. Los archivos de Nuzi fueron encontrados, unos en la cumbre del tell (montículo de restos de ruinas), donde debió estar el centro administrativo o «palacio», y otros en las ruinas de mansiones espaciosas a las afueras de la propia ciudad, en donde residían miembros de la clase dirigente. Los archivos de palacio reflejan las preocupaciones que era de esperar. El palacio es el administrador de justicia, como queda reflejado en las anotaciones de los procedimientos legales y, al mismo tiempo que se ocupaba de la organización doméstica, lo que incluía artesanos y mujeres, así como trabajadores agrícolas, era responsable ante sus superiores de la organización del ejército. Esto se deduce por las listas de equipo militar, entre los que se encuentran carros y caballos y por los informes de personas involucradas en el servicio militar. Si bien no quedan claros todos los detalles, parece que en los estados hurritas cada reyezuelo era responsable ante el régimen central de proporcionar los guerreros y que, a su vez, los «cabezas» de las casas de la nobleza eran responsables ante su rey. En Alalakh y en otros lugares del oeste encontramos una clase llamada *mariannu* que pertenecía al rango más elevado de la sociedad y se distinguian por tener que proporcionar los aurigas del ejército, lo cual quiere decir que los nuevos señores de la región, como los casitas en Babilonia, debían buena parte de su superioridad militar al dominio, cosa que era nueva, del entrenamiento de caballos y a los cambios resultantes en los métodos de hacer la guerra.

El carácter casi feudal del estado queda reflejado vivamente en los archivos familiares de las casas de hombres adinerados de Nuzi. Éstos incluyen préstamos y contratos de servicios personales, pero los documentos más típicos son los «textos de adopción», que no son otra cosa que ventas de propiedad. Porque el rey dejaba el cuidado de la tierra *in perpetuo*, a un hombre y a sus hijos después de él, y como era esta posesión de la tierra lo que obligaba a él y a su familia a servir en la guerra a las órdenes del rey, cuando era requerido, la ley no permitía que la tierra se vendiera. El resultado, como mínimo en Nuzi, era que a fin de «venderla», el propietario tuviese que adoptar al comprador como «hijo», de tal manera que, de acuerdo con las leyes, pudiera heredarla y no saliese de la «familia». Como parte de la clase dirigente de Nuzi había comprado grandes parcelas de terreno de distintos propietarios, se daba el curioso resultado de que eran hijos adoptivos de varios «padres» distintos. Al final, fue necesario hacer una reforma del sistema a partir de la cual la obligación de cumplir con el servicio militar fue separada de la posesión de la tierra y explícitamente asignada al propietario original, ahora sin tierra.

La Era Amarna. Es curioso que la gran era de los hurritas se conozca casi exclusivamente por los minúsculos estados de los lugares más alejados de su imperio. Cuando algún afortunado arqueólogo consigue localizar una de las grandes ciudades del núcleo central del imperio hurrita, encontrará documentos escritos, no en el acadio desnaturalizado de Nuzi, sino en el propio lenguaje hurrita. Sin embargo, en el momento actual, las principales fuentes del poco conocido lenguaje hurrita están realmente muy alejadas: los documentos de los reyes hititas en Hattusas (Bogazköy), y los archivos del faraón egipcio Amenofis IV (Akenatón), en El-Amarna, en el Nilo. Es la mezcla de estas dos fuentes de información entre capitales tan alejadas lo que ha descorrido el velo, para nosotros, de una escena de gran diplomacia internacional que abarca todo el Oriente Próximo y que con frecuencia se denomina la «Era Amarna». La mayoría de las tablillas cuneiformes encontradas en El-Amarna, son cartas de príncipes egiptófilos de escasa importancia de Palestina y Siria, pero unas cuantas fueron escritas en cortes de figuras más importantes, especialmente los grandes reyes de los hititas, el rey de Mitanni –que escribe en acadio, pero también en hurrita– y, en Mesopotamia, los reyes casitas de Babilonia



Relieve de Tudkhalias III o IV en el santuario de Yazilikaya, en una formación de rocas naturales, cerca de Bogazköy. Está de pie sobre los picos de dos montañas gemelas, sosteniendo una tablilla con su nombre.

(Kadashman-Enlil I y Burnaburiash II) y Assur-ubalit I de Asiria, bajo cuyo reinado surgió por primera vez este país como fuerza política. En la época de la correspondencia de Amarna, la supremacía de los reyes de Mitanni en cierta manera había disminuido y hubieron de enfrentarse con el nuevo reto de Asiria en el este, con disensiones dentro de sus propias fronteras y, en el oeste, con la oposición de algunos estados sirios, especialmente Alepo, que podían conseguir ayuda moral y a veces física, de los grandes reyes de Egipto y de los hititas.

Las conexiones de Egipto con esta parte del mundo existían desde hacía mucho tiempo, ya fuese por mar, vía Biblos y otros puertos mediterráneos, o en períodos de expansión militar por tierra, a través de Palestina, hasta Siria. El otro principal contendiente por el cuadrado crucial de país entre el Éufrates y el Mediterráneo fue un recién llegado relativo. Cuando los mercaderes de Assur se habían establecido en Hattusas unos cuatro siglos antes, no había motivo para suponer que era algo más que una entre las muchas ciudades importantes del centro de Anatolia, quizás con un rey local, pero, ciertamente, de menos importancia que Kanesh o Purushhanda. Fue durante la época de Hammurabi que una dinastía de la –todavía sin identificar– ciudad de Kushar se estableció en Hattusas, lugar de la actual Bogazköy. Aquí, las excavaciones alemanas han descubierto no sólo los edificios monumentales de una gran capital, sino una gran biblioteca de bien escritas y normalmente bien cocidas, tablillas cuneiformes, que son

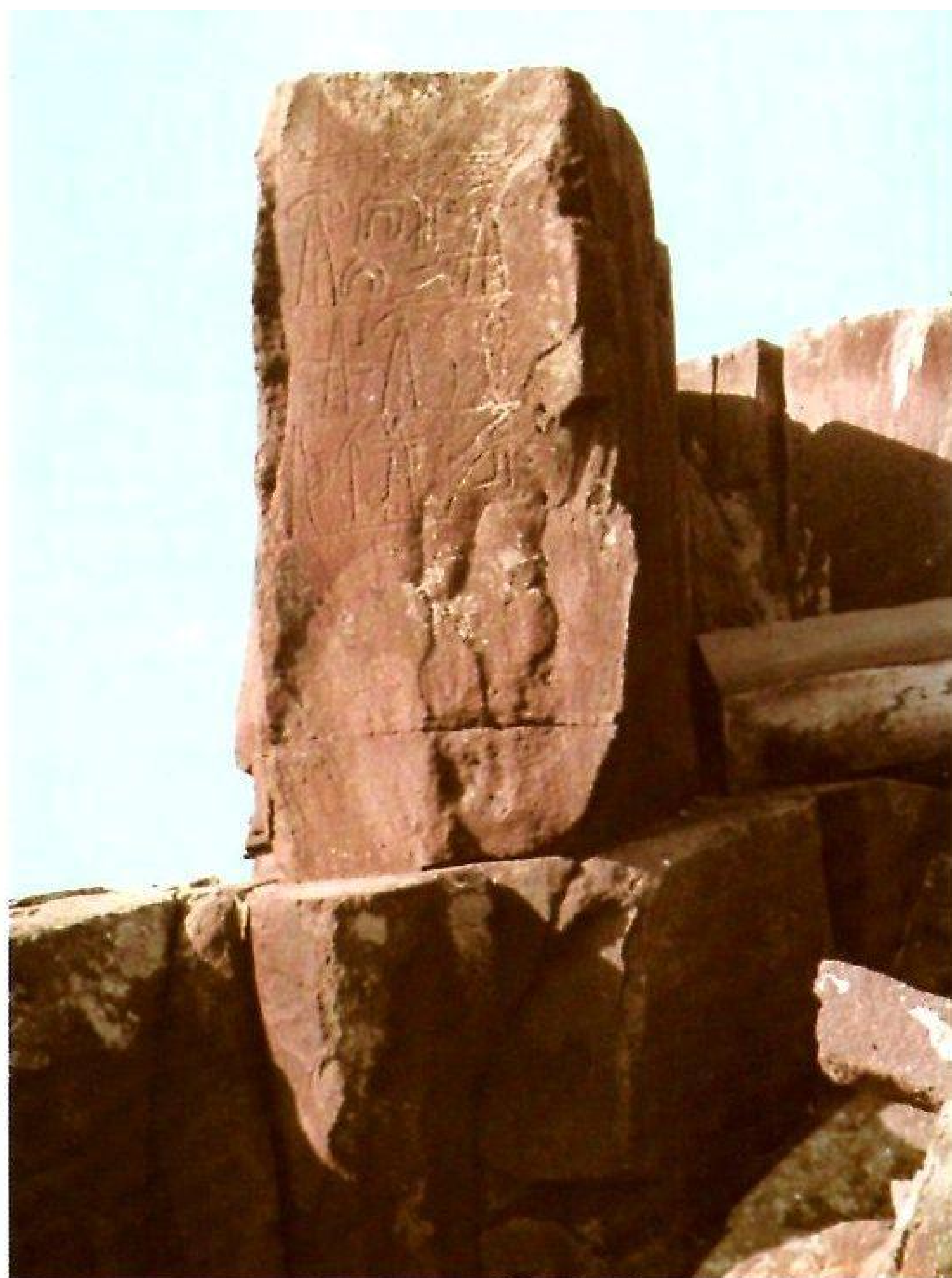


Bogazköy (Hattusas). Vista de la ciudadela desde la muralla de la ciudad. Al contrario que los edificios de Mesopotamia, los templos y palacios hititas están construidos, generalmente, con grandes bloques de piedra cortados toscamente.

prácticamente nuestra única fuente de información de los asuntos internos del pueblo hitita y de su imperio. Las primeras tablillas que se encontraron allí cuando Winckler comenzó las excavaciones en 1906 eran en acadio y en un lenguaje hasta entonces desconocido. Finalmente fue descifrado en 1906 por el orientalista checo Bedrich Hrozny, que pudo demostrar que era un lenguaje de la familia indoeuropea. Éste fue un descubrimiento sensacional ya que, a partir de entonces, el hitita fue, y con mucho, el representante más antiguo de un grupo de lenguas entre las que se incluyen el sánscrito, el griego y el latín y, virtualmente, todas las lenguas modernas europeas. Por lo tanto, quedó claro que parte de la población de Anatolia en los días de los comerciantes asirios ya eran de origen hitita, y que sobrevivieron, durante los tiempos del imperio, restos de habitantes prehititas, conocidos por nosotros como hattics y, además, se pueden reconocer, como mínimo, tres dialectos relacionados con el hitita escritos en las tablillas de Bogazköy.

El imperio hitita. El primer indicio de que los hititas podían llegar a ser una potencia mundial se produjo durante el reinado de Hattusil I (h. 1650 a.C.) quien, no contento con la extensión de su reino hacia el sur, por la Anatolia central, que incluía estados tan importantes como Purushhanda, cedió a su ambición, que le llevó hasta Siria, donde tomó Alalakh (Tell Açana), en el valle del Amuq, y la ciudad de Urshu, en el Éufrates. Su hijo Mursil continuó, con la captura de Alepo, que había sido el líder de los estados sirios del norte desde antes de los días de Hammurabi. Es cuestionable, viéndolo a posterior, si éste fue un movimiento acertado. Porque la eliminación de Alepo como un estado independiente significó que cuando, a la muerte de Mursil, el estado hitita estaba preocupado por sus disensiones internas, el área quedó inadecuadamente defendida y abierta a la ambición de la estrella creciente de Hanigalbat. Este estado, que más tarde formó el núcleo del imperio mitani de la Era Amarna, se aprovechó tan bien de la importencia hitita que, en los tiempos de Saushtatar, algo después del 1500 a.C., no sólo Alalakh, sino también parte de Cilicia, ahora llamada Kizzuwadna, pertenecía a su reino, tal como sabemos por una disputa entre los dos estados en la cual él, como jefe supremo, intervino como árbitro.

Después de Mursil, la historia política del imperio hitita la forma una serie de expansiones alternando con reveses, como es el caso de la mayor parte de los grandes imperios de aquel tiempo. Una diferencia, para nosotros, es que los analistas hititas no se mostraban tan contrarios a reconocer desapasionadamente los reveses, al igual que



Escultura hitita incisa en la roca, en Kizil Dag, cerca de Konya, con una inscripción «jeroglífica» de Hartapus, un rey neohitita poco conocido.

las victorias, lo cual revela que, en algunos momentos, los reyes sólo podían mantener sus estados hasta la periferia de sus capitales. Desgraciadamente, la mayor parte de las áreas mencionadas en los textos no se pueden determinar con seguridad sobre un mapa: había tribus turbulentas directamente al norte de Hattusas, y especialmente las conocidas como kaska nunca cesaron de causar problemas. Tribus similares ocupaban las tierras del noreste y en el oeste parece que hubo cierto número de estados regulares, de los cuales el mayor oponente de los hititas residía en el sudoeste y se llamaba Arzawa. Su rey es uno de los corresponsales del faraón Amenofis III y, aunque sus escribas utilizaban el sistema cuneiforme, no podían escribir en el acadio de la diplomacia internacional y escribían, y eran contestados, en hitita. Es sólo en el sudeste en donde otras fuentes nos permiten seguir el péndulo de la suerte hitita sobre un mapa y, naturalmente, es aquí donde influyen más sobre el conjunto de la historia del Oriente Próximo.

Cada rey después de Mursil I cuyo dominio de Anatolia fue lo suficientemente fuerte, aparentemente hizo de la conquista del norte de Siria su prioridad. Parecería extraño que con una frontera natural como la cadena monta-

ñosa del Tauro se hubiesen dedicado tantos esfuerzos para controlar esta área, pero las repetidas campañas muestran que debía haber buenas razones para ello. Aparte de consideraciones estratégicas, el principal atractivo debió ser el comercio: la «silla de montar siria», entre el mar y el Éufrates, estaba situada a horcajadas entre las rutas norte y sur y quizás, lo que es más significativo, podía bloquear las comunicaciones entre los grandes puertos mediterráneos, como Ugarit y Biblos, las ricas reservas del este de Anatolia y las culturas de Mesopotamia, con sus antiguas tradiciones comerciales. Una observación interesante sobre esta situación es que en el tratado entre Tudkhalias IV y el rey del estado del sur de Siria, Amurru, una de las estipulaciones se refiere a la exclusión de los mercaderes asirios del territorio de los estados vasallos, lo que refleja la avidez de los comerciantes de Mesopotamia para penetrar en los ricos mercados del oeste.

En la época de Telepinus (poco antes del 1500 a.C.), los hititas distaban tanto de ejercer el control sobre Siria, que los encontramos cerrando un tratado con un tal Isputahsus, rey de la tierra de Kizzuwadna, que había surgido durante los disturbios intermedios en Cilicia, por lo que se hallaba entre Siria y la Anatolia central. Aquéllos fueron los años en los que el imperio Mitani debió consolidar su dominio sobre el Oriente Próximo, cosa que no disminuyó hasta las campañas de Tutmosis III. Sin duda, éste fue el incentivo que hizo que el rey hitita del momento estableciese relaciones amistosas con el faraón, mediante el envío de presentes. Sin embargo, no fue hasta el reinado de Tudkhalias III que los hititas se aventuraron de nuevo en Siria, cuando ya no existían los intereses egipcios en el área. Atacó Alepo, y después de luchar con los jefes supremos mitanis, pactó la paz. Esto debió de ser hacia el 1440 a.C. y, sin duda, fue parcialmente como consecuencia de este resurgir de los hititas que se unieron Egipto y Mitani y Artatama I envió su hija para que se casara con Tutmosis IV, inaugurando así una política que fue imitada por generaciones posteriores. El siguiente rey hitita, Hatusil II, fue incapaz de mantener el dominio de Siria, e incluso Kizzuwadna creyó aconsejable prestar fidelidad a Mitani. Hacia finales de su reinado había perdido prácticamente todo el territorio conquistado por su hermano Tudkhalias III y fue sólo la energía de su hijo, a quien había nombrado general, la que hizo que, gradualmente, las fronteras del norte y del este se retiraran de nuevo a una distancia prudencial de la capital.

Cuando su hijo, llamado Supiluliuma, subió al trono hacia el 1380 a.C., en Siria estaba el mitani Tushratta, aliado, por matrimonio, con el faraón Amenofis III. Sus primeros pasos contra este archienemigo fueron diplomáticos. Consiguió hacer tratados no sólo con el rey de Kizzuwadna, que permanecía independiente, sino también con el rey de las «tierras hurritas», que eran una división, al norte del imperio mitani, ahora dirigidas por el rey Artatama, que reclamaba a Tushratta la totalidad del reino. Deseaba aliarse con cualquier posible oponente de Tushratta. En el alejado sur Supiluliuma encontró otro estado deseoso de unirse contra Mitani y consolidó la alianza tomando como esposa a la hija del rey de Babilonia.

Con estos movimientos preparatorios, parece que Supiluliuma no tuvo dificultad, en un momento determinado, en ocupar todas las dependencias de Mitani al oeste del Éufrates, si bien llevó cuidado para no «pisar los pies» egipcios. Hizo su primer ataque, no por Siria, sino mediante una marcha por el este de Anatolia, que le llevó a la frontera noroeste de Tushratta. Encontró la capital, Washukanni, abandonada, y volvió otra vez hacia el oeste sin encontrar oposición, a través del Éufrates, hasta conseguir el control completo de Siria hasta Damasco, designando hombres suyos como gobernadores locales. Después también tomó la importante ciudad de Carchemish y, quizás, su innovación más significativa fue la de nombrar a sus hijos reyes de Alepo y Carchemish, de forma parecida a como en el pasado, en Anatolia, se había ascendido a tronos locales parientes próximos del rey. Podían actuar como gobernantes locales totalmente independientes, excepto en cuestiones realmente importantes, lo cual les daba una libertad de iniciativa, que era absolutamente necesaria, tan alejados como estaban del centro del imperio. El éxito de estas disposiciones queda demostrado al prolongarse en sus sucesores e hijos Arnuwandas (el último de los cuales murió después de un corto reinado), y en Mursil II, que demostró ser un valioso heredero. Después de varias revueltas en el norte de Siria y de la muerte de su hermano, el rey de Carchemish, nombró nuevos reyes hititas, tanto allí como en Alepo.

El siglo después de acceder al trono de Supiluliuma, se puede considerar como el siglo de oro del imperio hitita. Sus sucesores, Mursil II, Muwatallis y Hattusil III, pudieron mantener los territorios conquistados y estabilizar el gobierno hitita de aquella área. En el sudeste, la derrota de Tushratta había eliminado cualquier amenaza seria de Mitani, cuyos gobernantes, ahora, eran vasallos de los hititas o de los asirios y, aunque el crecimiento de Asiria constituía una nueva amenaza, Carchemish continuaba siendo el bastión del imperio hitita en su flanco sudeste e incluso Adad-nirari I y su hijo y nieto, no intentaron avanzar más allá del Éufrates. Es más, el vínculo con Babilonia iniciado por Supiluliuma demostró ser igualmente efectivo contra la levantisca Asiria, y fue perpetua-

do por Hattusil III. En una larga misiva dirigida al joven Kadashman-Enlil, congratula al rey por su conocido interés en la caza y aprovecha la oportunidad para sugerir que, a pesar de la cautela del anciano y conservador consejero del nuevo rey, éste debería «ir y hacer una incursión contra el enemigo». Ello quería decir un ataque a Asiria, lo cual desviaría la atención de los asirios hacia el oeste, cosa que convenía a Hattusil.

Hasta donde nosotros sabemos, los asirios nunca fueron tan lejos como para arriesgarse a una confrontación seria con los hititas, aunque Tukulti Nimurta sí que llevó a cabo saqueos al otro lado del río. Pero en el sur un resurgente Egipto bajo Seti I y Ramsés II no podía ignorar su ocupación de las tierras que habían estado, incuestionablemente, bajo la esfera de influencia egipcia. Desde la conquista de Supiluliuma, los hititas habían controlado los reinos de Amurru y Qadesh, tradicionalmente estados alineados con Egipto. En un esfuerzo supremo por restaurar el *status quo*, Ramsés II planeó una gran ofensiva, y en el 1300 a.C. marchó, remontando el Orontes, a territorio hitita. Los dos ejércitos se enfrentaron en Qadesh y, a pesar de los gloriosos relatos de la batalla –tanto en palabras como en imágenes– por parte de los egipcios, el resultado fue bastante equilibrado y los egipcios no consiguieron nada. Esto se reconoció 16 años más tarde (1284 a.C.), cuando se firmó un tratado entre las dos grandes potencias.

Se conoce algo del estilo del imperio hitita por documentos de Siria y de Bogazköy. Favorecían el sistema de estados vasallos, ya conocidos en el imperio mitani. Cada rey vasallo estaba ligado personalmente, mediante un tratado, con el emperador hitita. Ha sobrevivido alguno de estos tratados, normalmente escrito en acadio sobre tabletas cuneiformes y sellado con los sellos de las partes contratantes. El rey de Ugarit (Ras Shamra), era uno de estos vasallos y, a pesar de que su fidelidad era con el rey hitita en persona, la administración cotidiana la llevaba a cabo el rey de Carchemish. Tenemos una carta del rey de Carchemish, que se refiere a esta obligación principal del vasallo, la de proveer tropas para la batalla. Escribe: «Talmi-Teshup, el auriga del "Sol" (o sea, el rey hitita) se dirige hacia ti. Inspeccionará los soldados de a pie y tus carros, para ver cuántos hay. Avisa a todos los soldados y a los carros que te han sido asignados por palacio que el "Sol" hará un recuento». La adopción de este estilo mitano de gobierno puede, de hecho, reflejar en parte el advenimiento de un elemento hurrita en la casa real hitita: comenzando por Tudkhalias II, los reyes de esta dinastía parece que tenían, al principio, nombres hurritas que se cambiaron por nombres en lengua hitita, sólo en su acceso al trono. De hecho, el hermano de Supiluliuma, cuando fue nombrado rey de Carchemish abandonó su nombre hitita por el hurrita Sharri-kusukh. Esto podría haber sido un intento deliberado de subrayar la afiliación local de la dinastía y desmentir la apariencia de dominación extranjera.

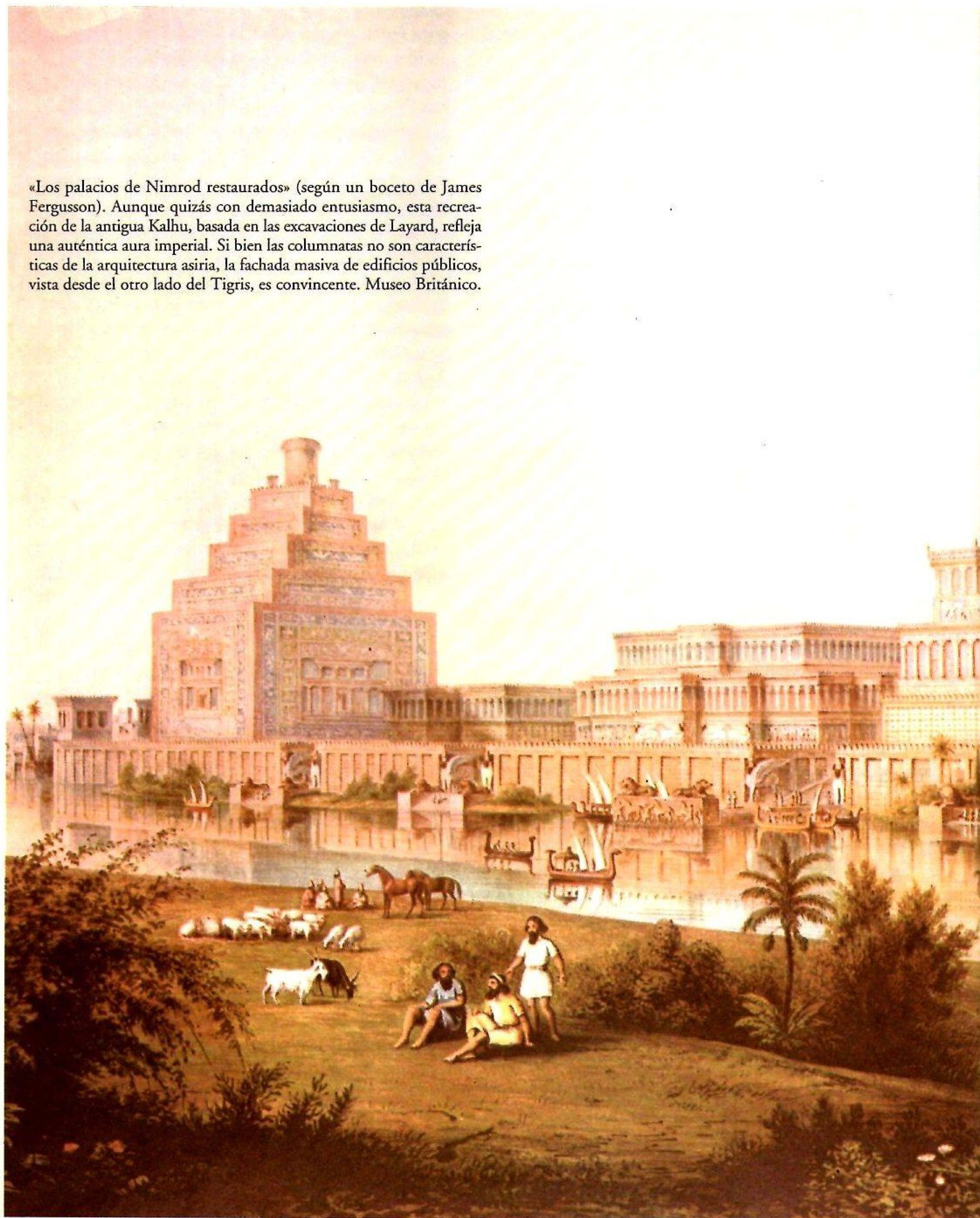
Los hititas y el oeste. En cualquier enjuiciamiento del carácter del imperio hitita, estamos a merced de nuestras informaciones. Éstas están casi totalmente en escritura cuneiforme, ya sea su idioma hitita, hurrita o acadio y, por lo tanto, tienen una innata tendencia hacia el este. Es verdad que los hititas desarrollaron su propia escritura, conocida como «jeroglíficos hititas», pero hasta ahora, de la época del imperio hitita, sólo se ha descubierto en sellos de piedra (y sus impresiones) y en inscripciones sobre monumentos también de piedra. Parece probable que se usase igualmente en la vida diaria pero, si así fuera, se escribió sobre madera u otros materiales perecederos, ya que no se han encontrado rastros arqueológicos. La escritura en sí misma era una imitación de los jeroglíficos egipcios, simplificados en un silabario, y debió ser concebida sobre la mitad del segundo milenio; su primer usuario conocido fue Isputansus de Kizzuwadna, contemporáneo de Telepinus, la impresión de cuyo sello fue hallada en excavaciones en Tarso. Utilizada esporádicamente a partir de entonces en inscripciones reales, la época de oro de la escritura parece que fue la era de los estados neohititas, cuando se utilizaba para escribir el idioma luvita, parecido al hitita, y parece claro que los textos en jeroglíficos hititas, si hubiesen sobrevivido, hubieran arrojado más luz sobre las facetas indígenas de Anatolia durante la civilización hitita.

Aunque hemos tratado de la parte que jugó el imperio hitita en la corriente política de Oriente Próximo, el imperio era esencialmente un fenómeno anatolio y su principal interés debe ser la luz que arroja sobre esta región antes de la edad clásica. Esto hace más grave la ausencia de contrapartida a la información cuneiforme. Es cierto que las inscripciones reales están escritas con una lúcida imparcialidad, que puede ser una característica indígena «hitita»; en tratados o anales históricos los reyes hititas muestran una actitud objetiva hacia la historia, que se recibe con alivio después de algunos de sus contemporáneos del Oriente Próximo, y tanto en sus inscripciones públicas como en sus cartas personales los reyes parecen preocupados por mostrarse razonables de tal manera que se invita al lector a juzgar por sí mismo la conveniencia o moralidad de sus acciones. Quizás ésta sea una herencia de los primeros días de la monarquía hitita cuando, bajo Hattusil y Mursil I, parece que el rey era mucho menos un autócrata hereditario de lo que después fue.

En el campo de la literatura, la deuda que los hititas tienen con Mesopotamia es especialmente importante. Hay obras de la Épica de Gilgamesh, de Bogazköy en acadio y en hurrita, así como también una versión especial resumida hitita, y los archivos de Hattusas incluyen leyendas en hitita y acadio de Sargón y Naram-Sin de Akkad, sin duda especialmente populares a causa de sus campañas anatolias. La influencia hurrita es considerable en el último imperio hitita, pero hasta que se conozca más sobre la propia cultura hurrita será muy difícil separar los elementos indígenas «hititas» de la amalgama cultural. Esto es especialmente lamentable ya que, como mínimo en la literatura, se hacen evidentes las conexiones con el mundo egeo: las generaciones sucesivas de los primeros dioses se describen en poemas de claro origen hurrita de una manera que recuerda no sólo los temas de Mesopotamia sino también la *Teogonía* de Hesíodo. Ésta no es la única conexión posible, ya que parece verosímil que la práctica de la adivinación por la inspección de las entrañas de animales llegase al oeste, y especialmente a los etruscos, por mediación de los hititas. Sin embargo, considerando que el reinado hitita debió ser la mayor fuerza política de Anatolia durante la mayor parte del segundo milenio a.C., es sorprendente qué pocas conexiones se pueden detectar con el oeste. Es cierto que la civilización del Oriente Próximo siempre se difundió con más facilidad a través de los puertos del Levante y del Mediterráneo, hacia Chipre, Creta y el Egeo, que a través de las inhóspitas llanuras de Anatolia, pero sigue siendo algo desconcertante que en las excavaciones de Troya no se hayan hallado documentos que revelen puntos de contacto con los hititas, y que en las tradiciones griegas posteriores no se encuentre ninguna manifestación de esta gran potencia mundial desde la costa oeste de Anatolia hacia el interior.

Ello es tanto más sorprendente porque en los documentos hititas, se encuentran referencias frecuentes al contacto con las tierras al oeste de la suya. La principal rival de su hegemonía fue la tierra de Arzawa, en el sudoeste, el rey de la cual fue suficientemente importante como para tener correspondencia directa con el faraón y retuvo su identidad, aunque fuera vasallo de los hititas, hasta finales del siglo XIII a.C. Sin embargo, cuando Tudkhalias IV, sucesor de Hattusil III, fue obligado a luchar para reinstaurar la autoridad hitita sobre Arzawa, fue como resultado del poder creciente de una tierra llamada Ahhiyawa, cuya localización ha sido, durante muchos años, motivo de los más acalorados debates sobre la geografía antigua. Porque, en el nombre Ahhiyawa, algunos expertos han visto los aqueos de tradición homérica y su tierra se ha identificado con partes del continente de Anatolia, de Rodas, o incluso de la propia Grecia. Todavía está lejana la solución del problema y, de hecho, recientemente un autor ha escrito que: «No hay motivo para que los hititas recuerden a los aqueos: nunca oyeron hablar de ellos». Cualquiera que sea la verdad, pueden haber pocas dudas, en vista de la documentación hitita, de que fue la hostilidad de estos pueblos del oeste la que minó su imperio.

Después de Tudkhalias IV, los antiguos enemigos del este, Assur y Egipto, no constituyeron ninguna amenaza seria, pero sí que dedicaron muchos esfuerzos a romper las alianzas entre Arzawa, Ahhiyawa y otros estados del oeste de Anatolia. El final del imperio está rodeado de la oscuridad habitual, pero fue ocasionado por un gran movimiento de gentes que afectó la totalidad de Oriente Próximo. Una inscripción egipcia describe la incursión de los «Pueblos del Mar» y dice que «Nadie se les resistía, a partir de Hatti (= el imperio hitita); Qode (= Alepo), Carchemish, Arzawa y Alashiya (= Chipre) fueron aplastados». Por los hallazgos arqueológicos se puede seguir la destrucción causada por estos invasores, pero su origen último y sus afinidades raciales siguen siendo un enigma. Cuando se encuentra de nuevo documentación escrita en Anatolia, siglos más tarde, no queda del imperio sino un vago recuerdo y cualquier tradición hitita que haya sobrevivido, está concentrada en una serie de pequeños estados diseminados a cada lado de los montes de Tauro.

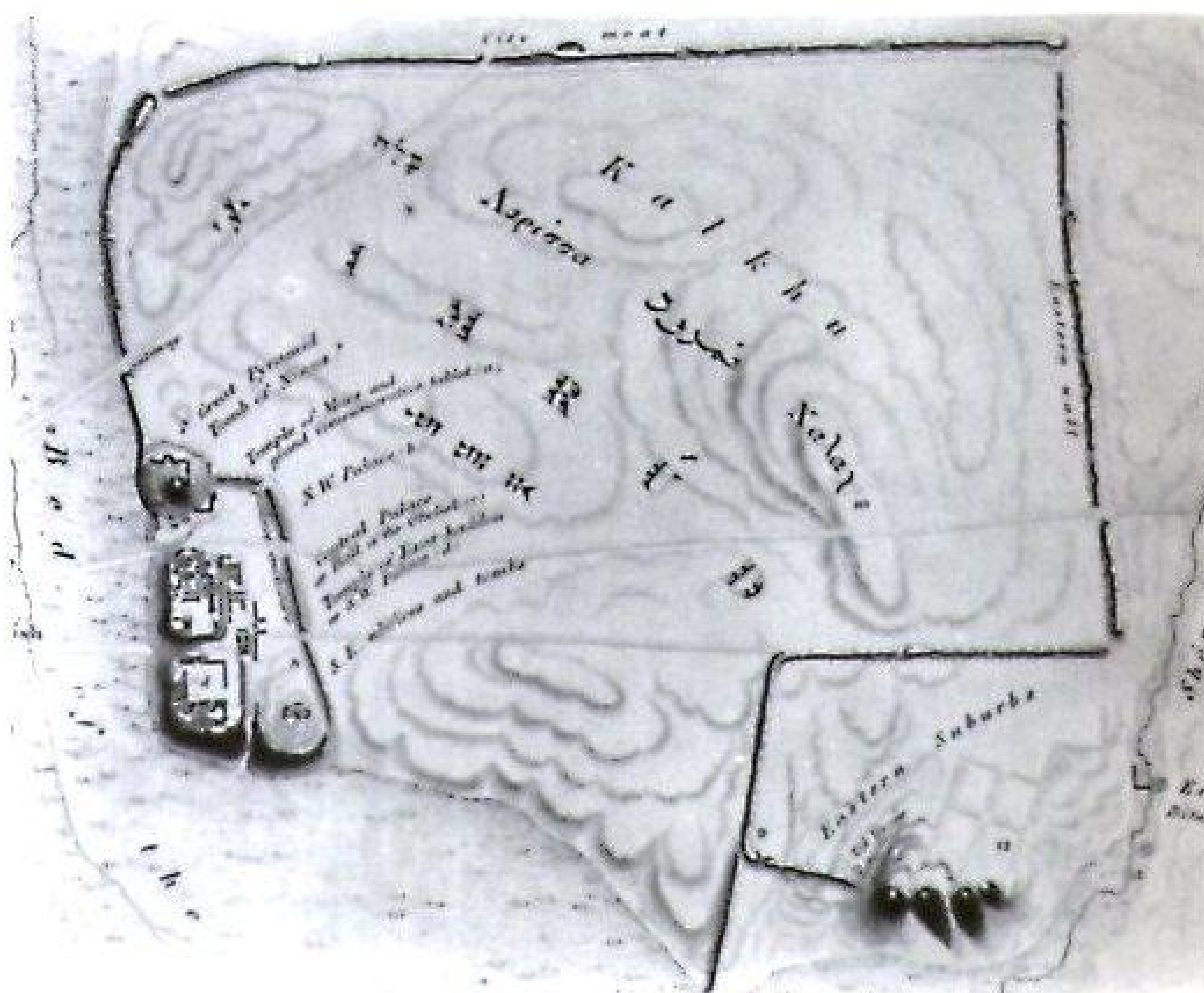


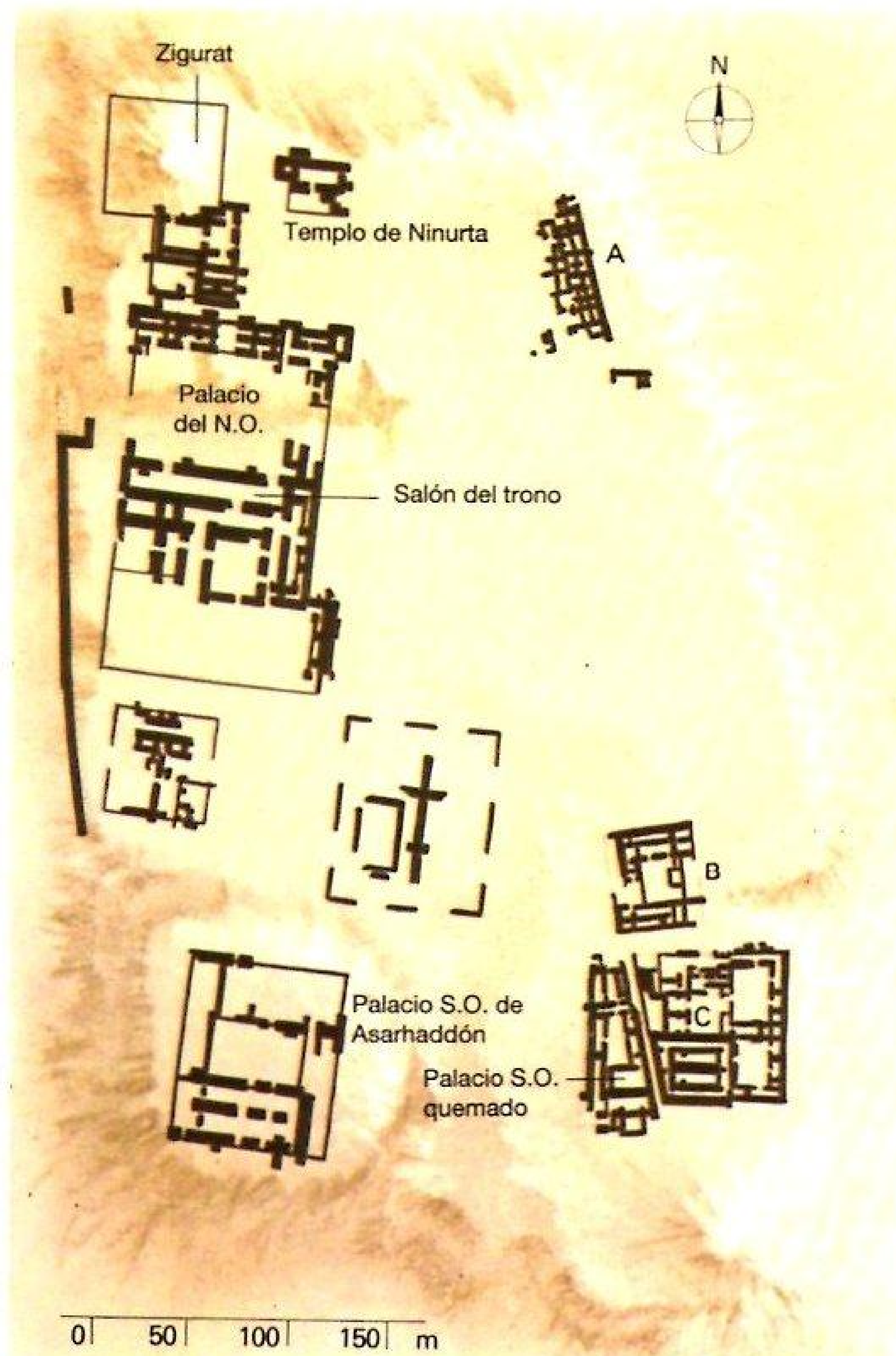
«Los palacios de Nimrod restaurados» (según un boceto de James Fergusson). Aunque quizás con demasiado entusiasmo, esta recreación de la antigua Kalhu, basada en las excavaciones de Layard, refleja una auténtica aura imperial. Si bien las columnatas no son características de la arquitectura asiria, la fachada masiva de edificios públicos, vista desde el otro lado del Tigris, es convincente. Museo Británico.

Nimrod: una capital asiria

Asiria tenía cuatro capitales: Assur, la más antigua; Nínive, la última y mayor, Khorsabad y Nimrod (la antigua Kalhu), que es la mejor conocida y más instructiva. El montículo de la acrópolis, extensivamente investigado por Layard, atrajo la atención de M. E. L. Mallowan, que fue durante muchos años la mano derecha de Woolley en Ur. En 1949 empezaron las excavaciones de la British School of Archaeology (Escuela Británica de Arqueología) de Irak y continuaron hasta 1963. Los resultados superaron las expectativas. La ciudad fue «re-fundada» por Assurnasipal II (883-859 a.C.), que construyó el palacio del noroeste y llevó un canal desde el río Zab; Salmanasar construyó el palacio militar que fue renombrado como «Fuerte Salmanasar»; y Nimrod fue la residencia real hasta que Sargón se trasladó a Khorsabad (h. 707 a.C.). Es comprensible, por tanto, aunque gratificante, que las estancias de palacio estuviesen sembradas de tributos, acumulados durante años: bronces, y especialmente marfiles. También estaba la correspondencia real de Sargón y Tiglath-pileser e, igualmente revelador, documentos comerciales de templos y de ciudadanos particulares, informes sobre la administración de los palacios y de los ejércitos y una nueva biblioteca asiria en el templo de Nabu, lo cual redondea la imagen de este primer experimento de imperio.







Arriba: Parte del espléndido mapa de Asiria preparado para el Museo Británico en 1852 por el capitán Felix Jones, R.N. Se muestran en detalle la muralla y los principales montículos de Nimrod (una extensión de 357 hectáreas), con el antiguo cauce del Tigris pasando por el lado oeste de la ciudad para unirse a un lecho seco natural y el canal de Assurnasirpal que viene del este, más allá de «T. Yazár», en donde los «Suburbios del este» de Jones son únicamente el complejo del Fuerte Salmanasar. Oriental Institute, Cambridge.

Derecha: Aunque parte de las identificaciones han sido puestas al día, el plano actual de la acrópolis difiere poco del de Layard. Las principales características son: casas lujosas cerca del ayuntamiento (A); el palacio del gobernador, del siglo VIII (B); y, especialmente, el templo de Nabu (C), que se encontraba en un buen estado de conservación poco habitual, y en donde se hallaron documentos de su administración interna, además de una gran biblioteca asiria. Según Mallowan.







Arriba: Si uno se sitúa en el zigurat asirio, puede ver todo el montículo de la acrópolis, durante las excavaciones de 1956. En primer plano está el templo de Ninurta y, detrás de los trabajadores árabes, las estancias del palacio del noroeste. A media distancia se hallan las tiendas y casa de la expedición y más allá, al extremo sur del montículo, el templo de Nabu.

El nuevo gran palacio militar de Salmanasar III medía unos 350 × 250 m y tenía tres enormes patios para el entrenamiento de las tropas. En el del sudeste había una plataforma para el trono *(página anterior)*, desde la cual el rey podía pasar revista y al lado sur de este patio había un conjunto de habitaciones del trono con muros de 4,5 m de grosor y que en su origen tenían, probablemente, 12 m de altura. En el propio salón del trono (42 × 9 m) se hallaba, situado contra el muro del este, este estrado extraordinario y escabel para el trono en sí. A su alrededor hay grabadas escenas del rey saludando a su homólogo babilonio y recibiendo los tributos: aquí *(izquierda)* los hombres de las tribus caldeas le ofrecen una maqueta de la ciudad, que representa su sumisión, y una bandeja con ornamentos preciosos y parte de su tributo.





Arriba: El palacio del noroeste de Assurnasirpal fue el primer edificio asirio decorado con bajorrelieves de piedra y figuras de guardianes gigantes en las puertas. Esta cabeza de un buey alado se quedó como la dejó Layard sobre el pavimento del patio, pero hoy ha sido devuelta a donde le corresponde, la entrada este del gran salón del trono.

Izquierda: Trabajadores sherqati desenterrando los restos de muebles recubiertos de bronce que se encontraban en el baño que había entre las diversas estancias del trono, en el templo de Nabu. El edificio fue destruido por el fuego y en el salón del trono se encontraron, entre una espesa capa de cenizas, fragmentos del propio trono y de marfil, junto con tablillas rotas en las que estaban escritos los tratados por los cuales Assarhaddón exigía fidelidad a las tribus de las montañas del este; quizás las mismas que saquearon el edificio en el 614 a.C.



Arriba: Estas estatuillas (de unos 13 cm de altura) son muy poco corrientes, ya que están esculpidas en volumen. De izquierda a derecha, llevan el tributo de un león y un íbice, una gacela y un avestruz y un mono y un antílope, animales que probablemente procedían de África o de Arabia. Del Fuerte Salmanasar, estancia NE 2. Bagdad.

Derecha: Esta soberbia placa (10 × 10 cm) es una de las dos que se hallaban en un pozo en el ala doméstica del palacio del noroeste. Encontrada en 1951, fue amorosamente conservada en su estado húmedo, hasta que pudo llegar a un laboratorio, por la esposa del excavador, Agatha Christie Mallowan (más conocida por sus novelas policíacas). El marfil estaba recubierto de hojas de oro e incrustado con cornalina y lapislázuli (que en su mayor parte se ha desprendido, dejando una mezcla de pasta de cristal y carbonato de calcio), y los rizos del muchacho negro llevaban insertadas horquillas diminutas de marfil. Museo Británico.



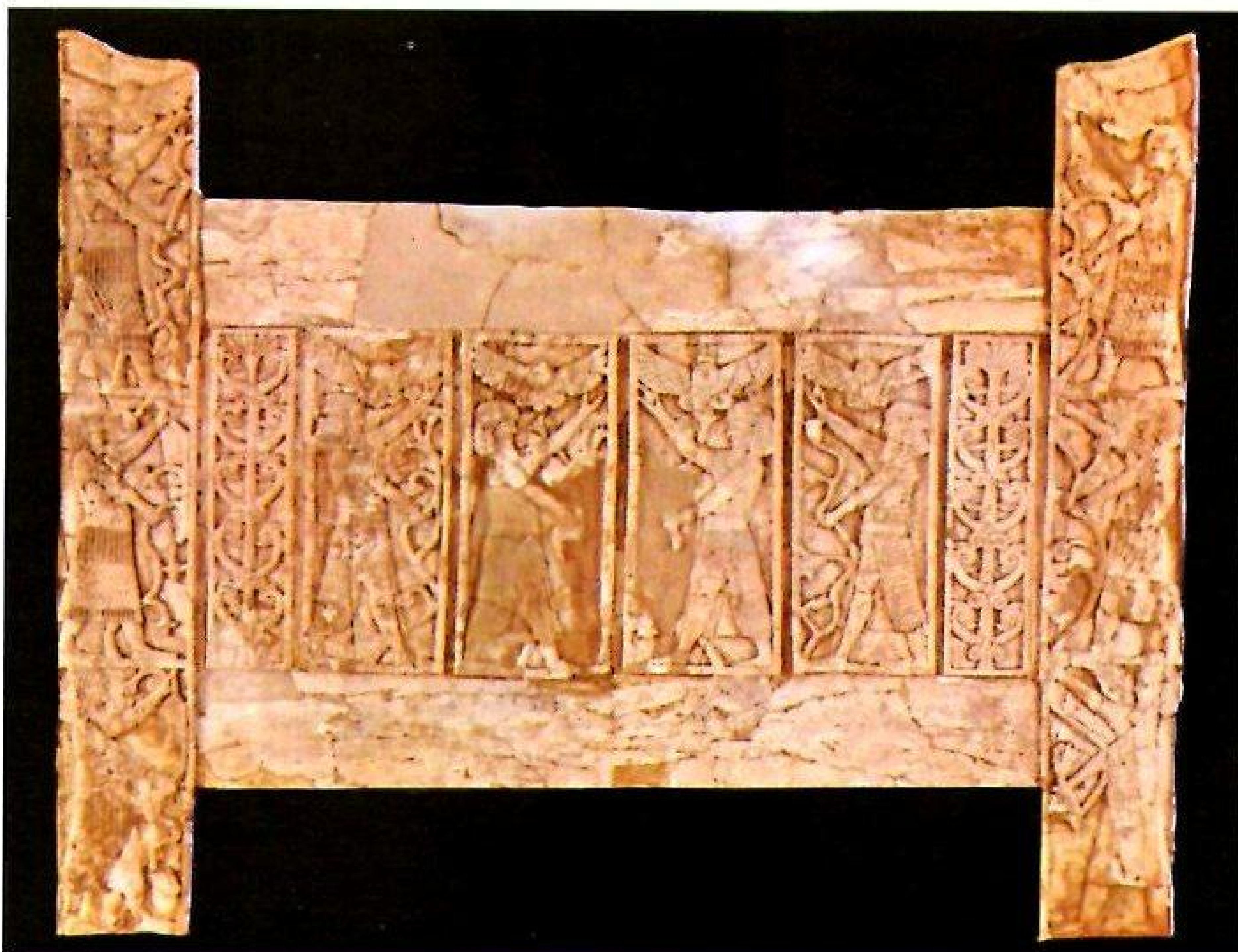


Izquierda: Aunque la sala del trono y otras salas ceremoniales en el palacio de Assurnasirpal estaban decoradas con escenas de batallas y de caza, la mayoría de las estancias interiores lo estaban con escenas rituales: aquí vemos a un genio con cabeza de águila untando el típico árbol estilizado asirio con una espata de palma del cesto que sostiene. Como las figuras en las puertas, estos seres se suponía que proporcionaban protección sobrenatural tanto al palacio como a sus ocupantes. Louvre.

Resulta extremadamente difícil datar y localiar correctamente la manufactura de las inmensas cantidades de marfil encontrado en las estancias que servían como almacenes en el palacio de Nimrod. Ningún rey asirio dejó de recolectar su tributo durante sus campañas, y esto incluía «camas de marfil, tronos de marfil, pieles de elefante, colmillos y maderas preciosas».

Abajo, izquierda: Paneles de marfil apostados sobre madera forman una cabecera, con una mezcla de motivos egipcios y mesopotámicos (de Fuerte Salmanasar, entre un montón de mobiliario en Sala SO 7; 84 × 60 cm). Bagdad.

Abajo: Este mango de abanico fue hallado en el «Palacio Quemado», cerca del templo de Nabu; una de las damas lleva señales del fuego que consumió ambos edificios durante el saqueo de la ciudad (altura: 16,7 cm). Bagdad.



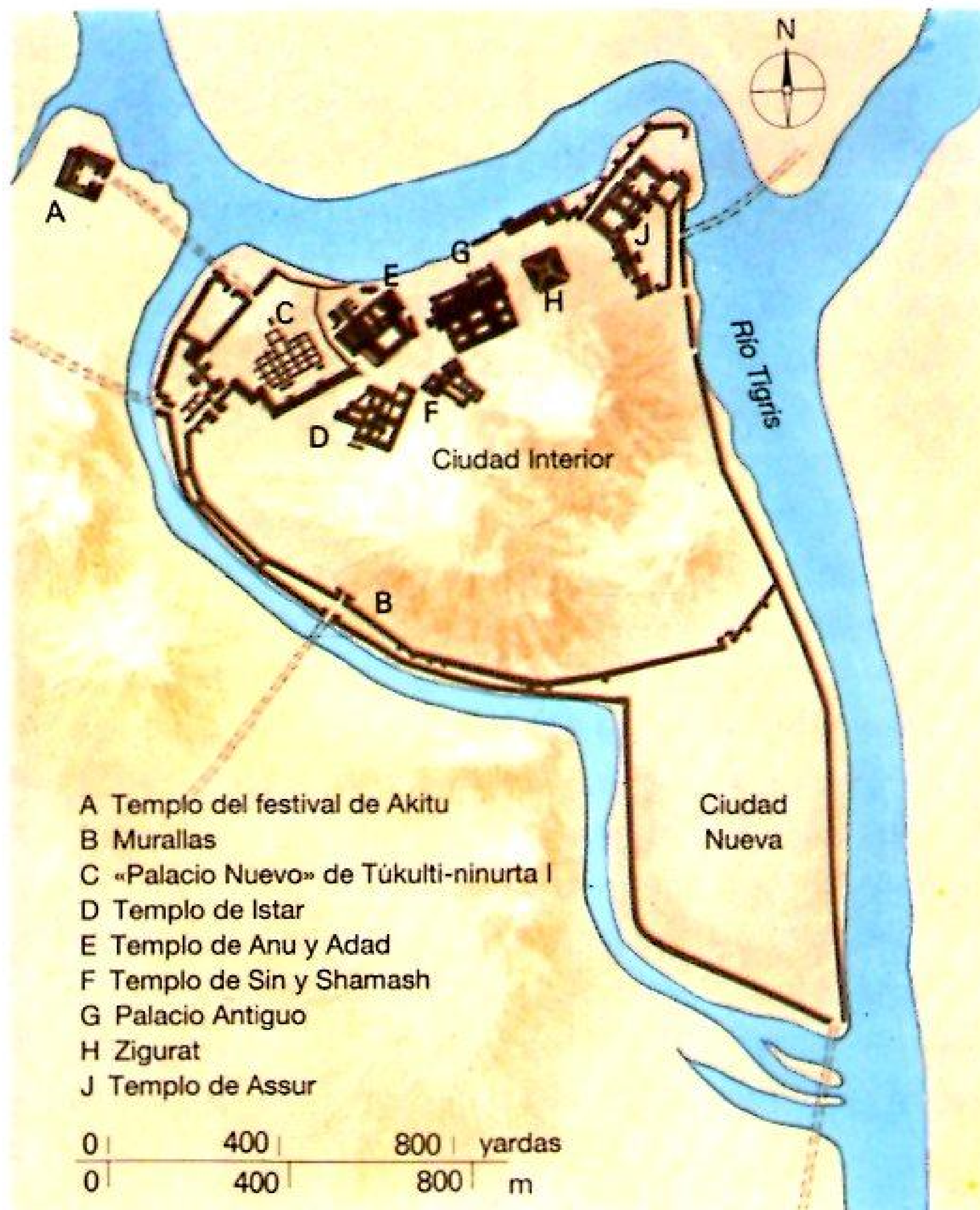


Capítulo sexto: Imperios asirio y babilonio



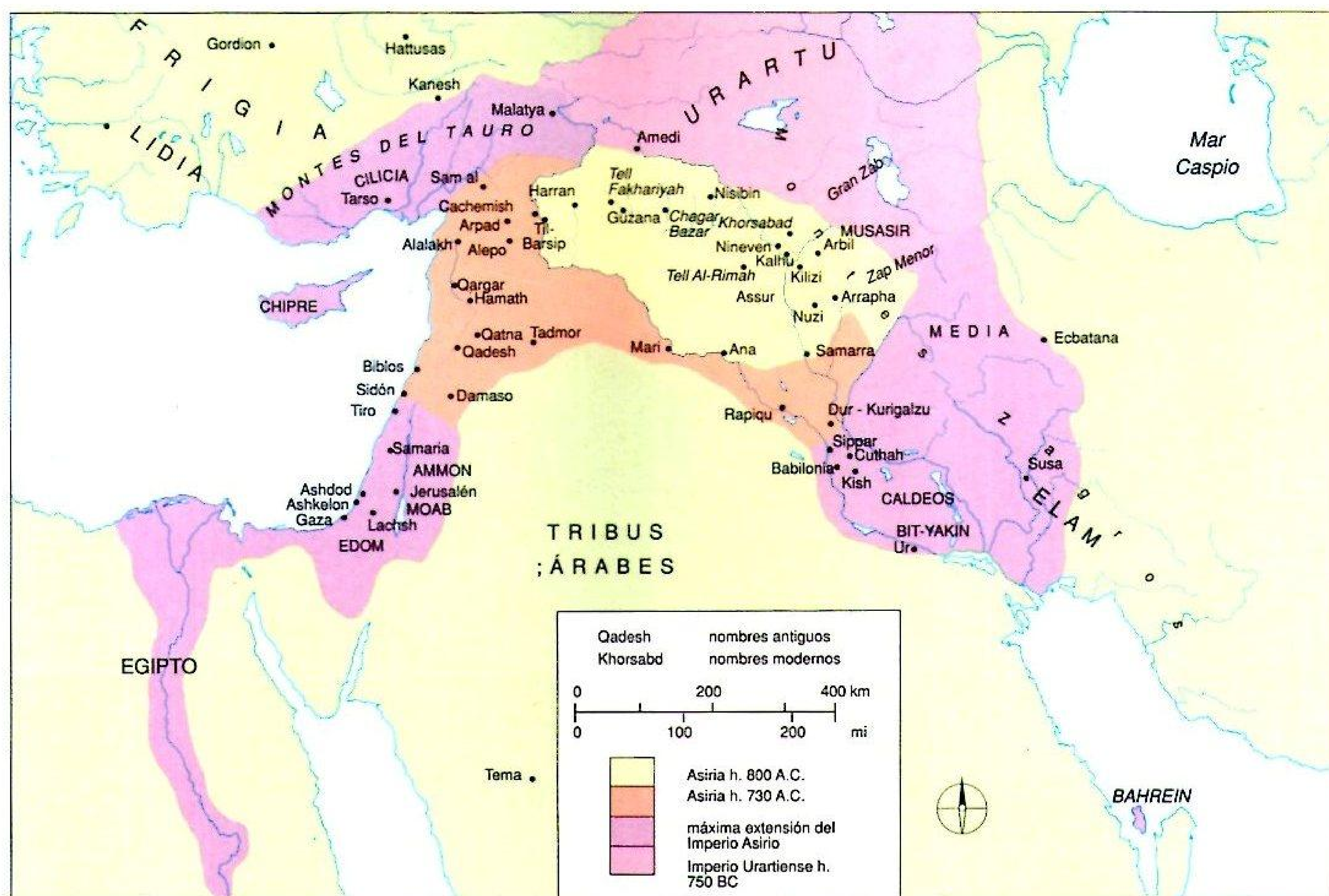
Extremo oriental del yacimiento de Assur, mirando río arriba.

La ciudad de Assur, h. 700 a.C. Según Andrae.



La ciudad de Assur. Qalat Sherqat, el emplazamiento de la antigua Assur en la ribera oeste del Tigris, en donde el río atraviesa una baja cadena montañosa, no es el lugar más evidente para situar la capital de un gran imperio. Hemos visto Assur como una ciudad comercial, dinámica e importante durante la Antigua Dinastía y el período acadio, y bajo los reyes de la III Dinastía Ur era la sede de un gobernador o *ensi.* Hasta donde se puede demostrar, sus conexiones durante el tercer milenio eran con el sur y ello debió ser porque, al igual que Mari en la parte media del Éufrates, estaba en una posición ideal para controlar el paso de barcas y balsas por uno de los grandes ríos hacia las ciudades de Sumer y Akkad. Una tablilla que contiene un tratado, recientemente descubierta en Tell Mardikh, en Siria, demuestra que Assur ya formaba parte del el floreciente comercio este-oeste, tal como encontramos en la fase siguiente de su existencia, y que queda vivamente reflejado en los archivos de los mercaderes de Kanesh.

Conocemos con tanto detalle los distantes lugares en que se proyectaba Assur, que es desconcertante darnos cuenta de cuán poco sabemos de su capital. Las cartas de las sedes centrales de las firmas comerciales raramente tratan ningún tema que no sea sus asuntos empresariales, si



El imperio asirio.

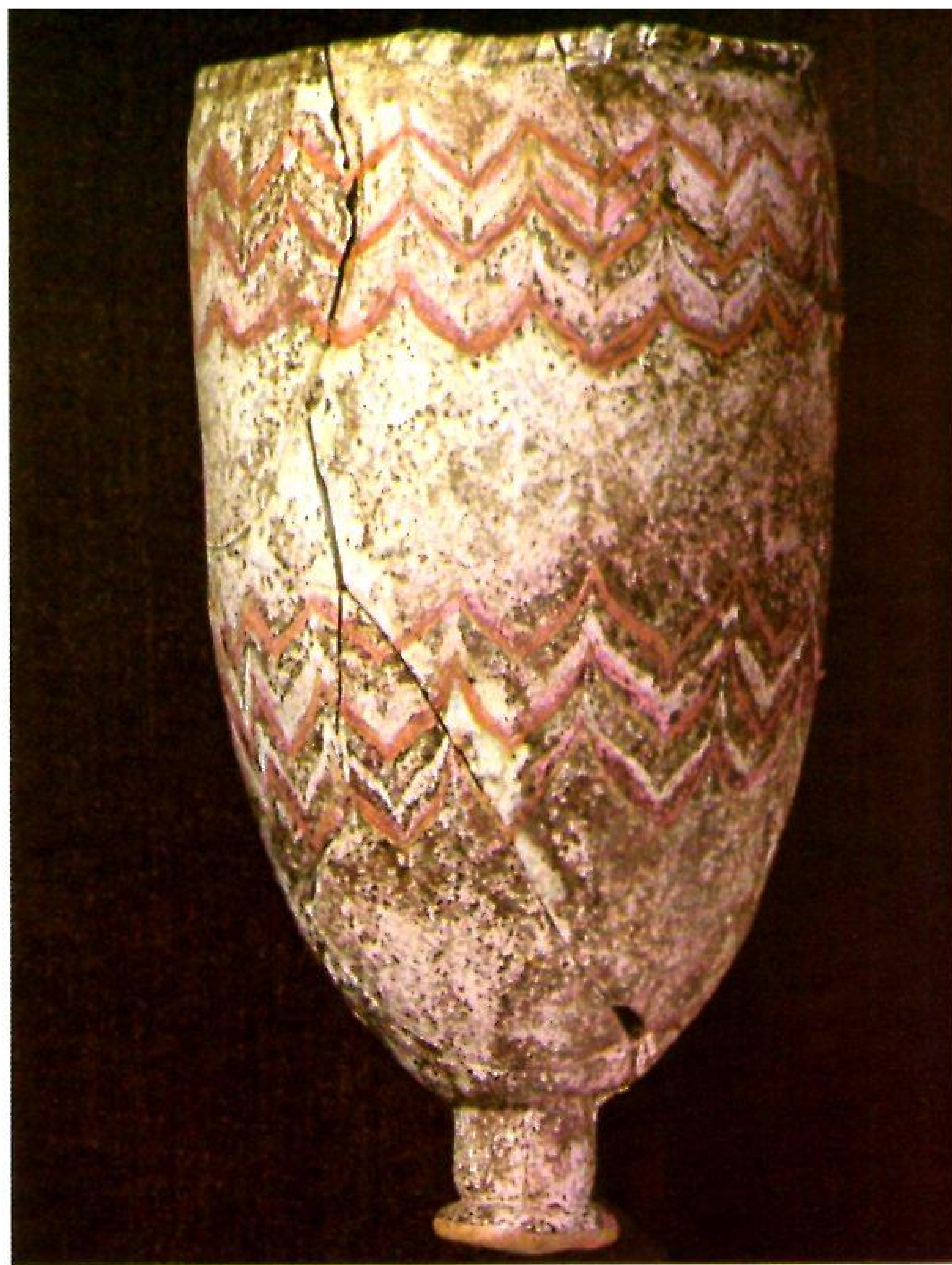
bien en alguna ocasión mencionan «la ciudad» y su consejo representativo de ancianos –como cuando impusieron tributos a la colonia de Kanesh como una contribución para reconstruir la muralla de Assur– o nos enteramos del «príncipe» al cual sus conciudadanos no le han concedido el título de rey y lo consideran el primero entre sus iguales, más que un absoluto déspota. Al igual que Sumer, las fases más antiguas de la historia de Assur están explicadas –y también complicadas– por la supervivencia de una lista de reyes. A pesar de ciertas extravagancias, como la descarada inserción de los antepasados del usurpador amorita Samsi-Addu, la Lista de Reyes asiria hace constar con precisión los nombres de los «príncipes», que nos son conocidos también por las tablillas de Kültepe, y ambas informaciones coinciden satisfactoriamente con las escasas inscripciones reales de aquel tiempo. De hecho, la Lista de Reyes nos remonta incluso a una época anterior, pero su información se hace cada vez más sospechosa y es difícil decir si los primeros nombres de la lista son los primeros gobernadores de la ciudad de Assur (que podrían no haber sido «asirios») o los predecesores asirios de la dinastía que siguió: quizás debiéramos optar por esto último, ya que el comienzo de la lista se resume como «17 reyes que vivieron en tiendas», lo cual sugiere que, en algún momento, la ciudad fue capturada y «adoptada» por una tribu nómada. No sabemos todavía cuando surgió el dialecto específico del lenguaje acadio que se hablaba en Assur (que a partir de aquí se conoce como «asirio»), pero es tentador suponer que lo llevaron consigo aquellos nómadas y que consiguieron imponer sobre la antigua ciudad comercial tanto su lenguaje como su gobierno.

El interregno de Samsi-Addu y su hijo Ishme-Dagan, incorporó temporalmente a Assur en un estado mayor, pero la escasa evidencia de que disponemos sugiere que estos amoritas no hicieron gran cosa por controlar los asuntos internos de la ciudad: su capital administrativa estaba situada al norte de Assur, en Ekallate, en la otra ribera del río, y si bien adoptaron el sistema cronológico asirio, no escribían en este idioma sino en babilonio. Por lo tanto, no es sorprendente que, a su debido tiempo, las familias que llevaban largo tiempo afincadas consiguieran elevar al trono reyes de clara ascendencia asiria. Así la ciudad pudo dirigir de nuevo sus propios asuntos y, a medida que lo permitían las condiciones del mundo exterior, pro-

seguir sus actividades comerciales. La Lista de Reyes nos facilita una relación ininterrumpida de nombres de reyes de aquel período aunque, por otra parte, no se sabe nada substancial de la historia interna o externa de Assur.

El nacimiento de Asiria. Cuando se levanta el velo y los casitas emergen como herederos de Babilonia y los hurritas del norte, encontramos que Assur ha conseguido mantener su identidad aunque ha sido incorporada como estado vasallo en la laxa confederación mitani, en la cual también figuran las ciudades de Arrapha (Kerkuk) y Nuzi, al este del Tigris. La debilidad interna de Mitani y la preocupación por el exterior pronto dio a Assur la oportunidad de recuperar su independencia y bajo Assur-ubalit I (1365-1330 a.C.), a quien ya hemos visto como corresponsal de Amenofis IV, se alcanzó y de hecho se superó este deseo. Razonablemente podemos considerar que Assur-ubalit fue el auténtico primer «rey de Asiria», porque fue durante su reinado que Assur, una pacífica ciudad-estado mercantil, se transformó en la capital de un país llamado «el territorio de Assur» y que hoy conocemos como Asiria. Demostró ser el primero de una larga sucesión de reyes enérgicos y guerreros, que no se contentó con asegurar las fronteras de un Assur independiente sino que, emulando las grandes potencias del momento, se embarcó en una política de ampliación territorial. Sin embargo, por muy lejos que llegara, el corazón de su imperio continuó siendo el territorio convertido inicialmente en Asiria por Assur-ubalit I. Pero antes de que refiramos las etapas de la formación del imperio de Asiria, examinaremos las tierras en las cuales se emprendió cada campaña.

Assur era una ciudad comercial. Naturalmente, sus ciudadanos también se ocupaban de la agricultura, pero excepto en las llanuras bajas de las riberas del río, la tierra alrededor de su ciudad era pedregosa y no especialmente fértil e incluso la lluvia necesaria no estaba garantizada. Expuesta, en su flanco oeste, a la primera ola de cualquier movimiento nómada, amenazada por ciudades-estado potencialmente poderosas al este del río y, en términos históricos, incluso como objetivo legítimo de cualquier monarca babilonio, la ciudad debía conformarse con la subordinación política o, de lo contrario, estar dispuesta a luchar. Una de las precondiciones para el buen resultado militar, ya sea ofensivo o defensivo, es una buena intendencia y, teniendo en cuenta que al sur de la ciudad el terreno era todavía más inhóspito para el agricultor, es evidente que para que Assur se convirtiese en una fuerza militar viable, sus gobernantes debían volver los ojos hacia el norte. Allí, desde los tiempos prehistóricos se encontraba la importante ciudad de Nínive y entre los dos ríos Zab, al este del Tigris, una llanura igualmente fértil estaba controlada desde Arbil (de la cual se sabe que había sido conquistada por los reyes de Ur III, y que todavía hoy es una plaza importante). Menos conocida, pero igualmente significativa, era una ciudad llamada Kilizi (la moderna Qasr Shemamok), situada entre Arbil y Assur, en las ondulantes praderas que Layard describió en una ocasión como «renombradas por su fertilidad» y como el «granero de Bagdad». Parece que uno de los éxitos más perdurables de Assur-ubalit I fue incorporar a su nuevo reino estas fértiles tierras productoras de grano que anteriormente habían sido hurritas (o, como mínimo, habían estado bajo la dominación hurrita).



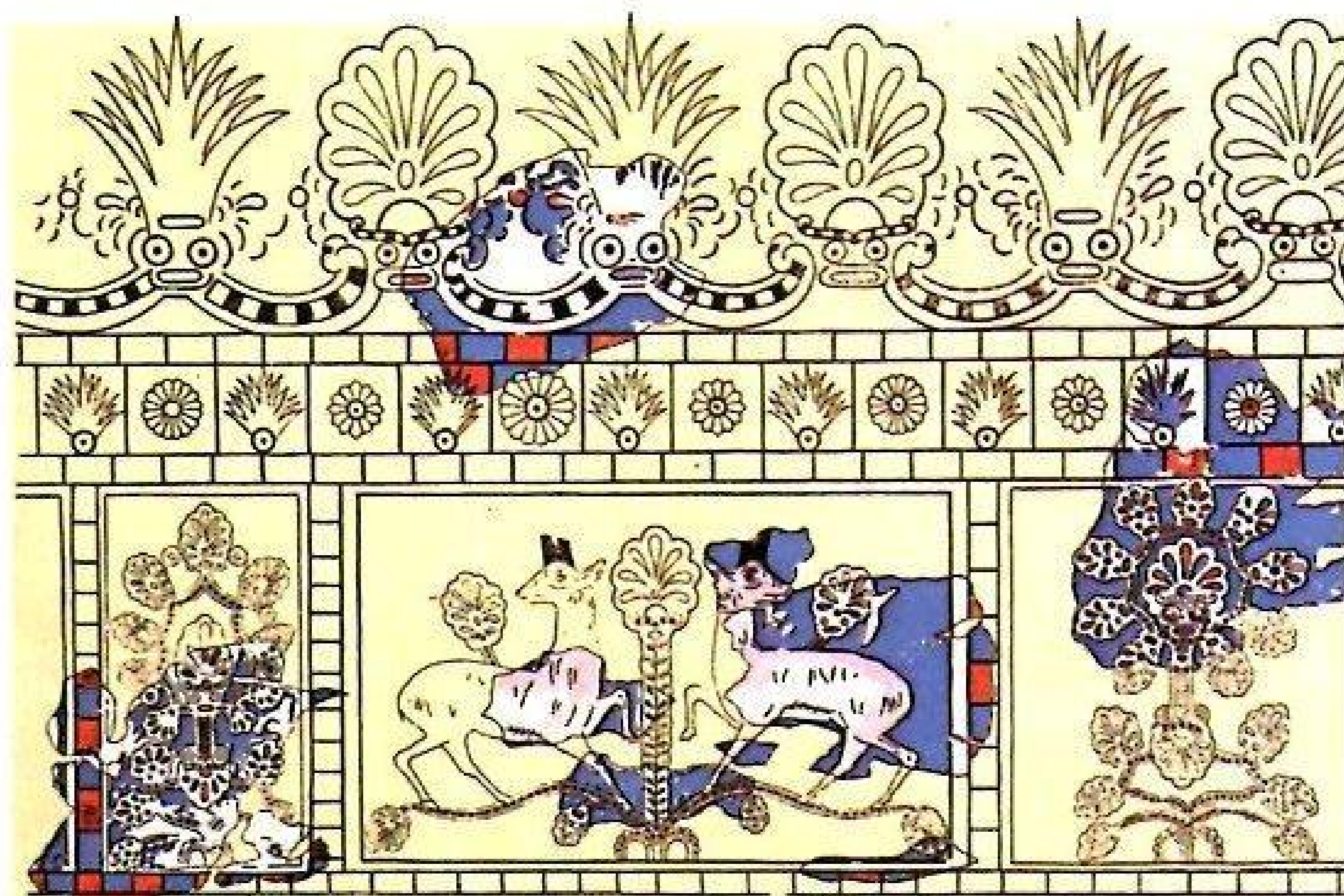
Jarro de cristal con base en forma de botón. Imperio Asirio Medio, de Tell Al-Rimah.

No podemos adivinar cómo lo consiguió, ya que prácticamente no tenemos documentación de su largo reinado: es posible que al no existir una fuerte oposición de los mitanis se requiriese un genio más administrativo que militar pero, como quiera que fuese, a partir de entonces constituyeron Asiria *par excellence* y, desde aquel momento hasta su desaparición en el 610 a.C., ninguna de las tres ciudades que hemos mencionado estuvo fuera de manos asirias durante un período de tiempo significativo, aunque

no se sabe que anteriormente ninguna de ellas hubiese tenido ninguna conexión especial con Assur. Es por ello que, con muy buenas razones, en su segunda carta a Amenofis IV Assur-ubalit I se sintió con derecho a añadir a su título de «rey de Asiria» las palabras «gran rey, tu hermano», que significaba proclamar la igualdad con el propio faraón. También se deduce su talla internacional por sus tratos con Babilonia: cerró una alianza por matrimonio casando a su hija con el rey casita y cuando, después de la muerte de su yerno, los babilonios mataron a su nieto e intentaron instalar un usurpador, fue lo suficientemente fuerte como para marchar sobre Babilonia y colocar un heredero legítimo en el trono.

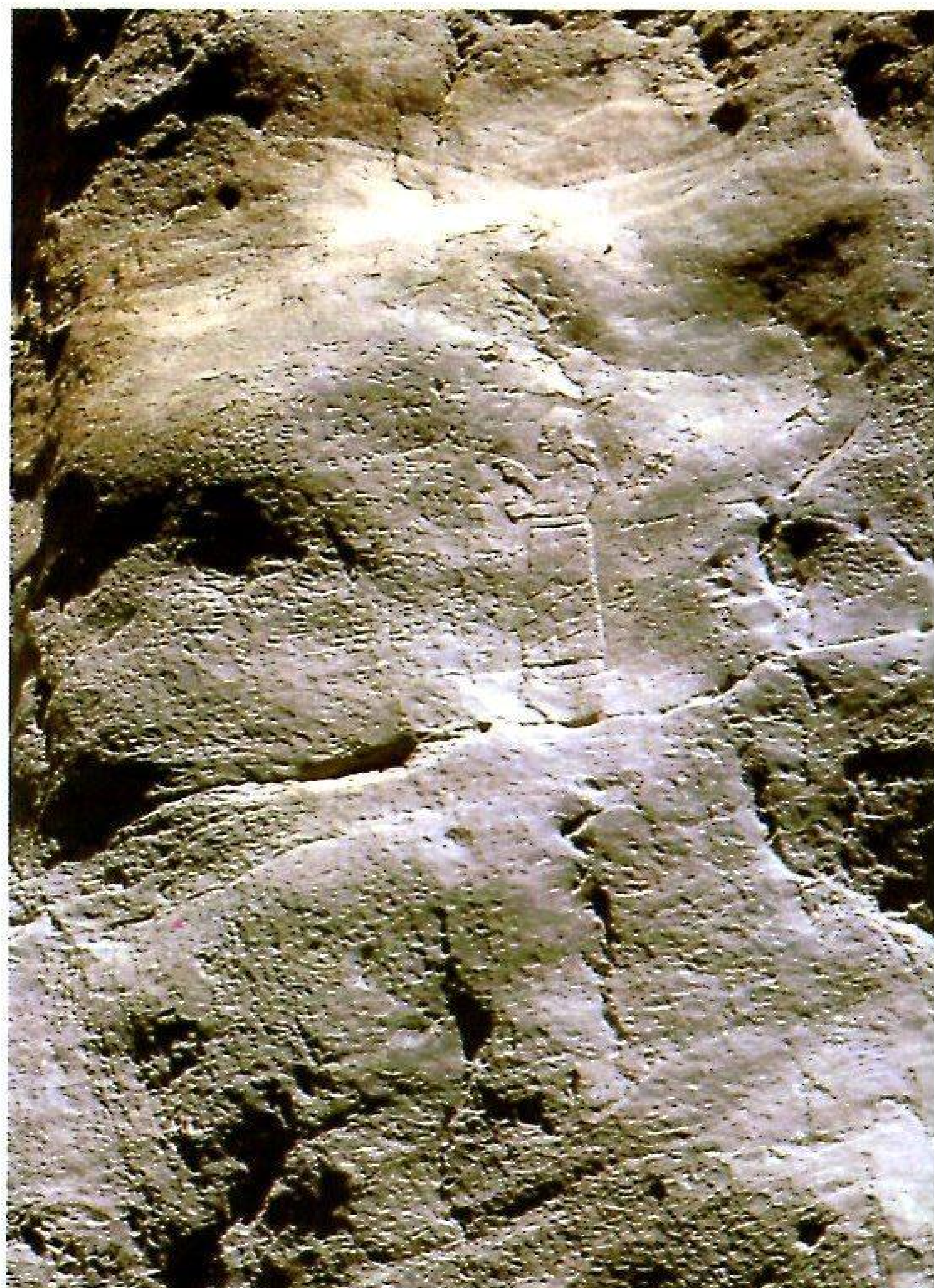
El incremento del poder asirio. Aunque inmediatamente después de Assur-ubalit parece que Asiria pasó por un período que puede ser cortésmente llamado «de consolidación», no se olvidó su ejemplo y una generación más tarde subió al trono el primero de tres reyes que elevaron Asiria a la categoría de una de las grandes potencias del momento y prefiguraron su destino posterior. Comenzando por el corazón del país que habían heredado, los reyes Adad-nirari (1307-1275), su hijo Salmanasar I (1274-1245) y su nieto Tukulti Nimurta (1244-1208), llevaron los ejércitos asirios hasta Carchemish, en el Éufrates, hacia el norte al territorio montañoso habitado por las tribus hurritas y que ya llevaba el nombre de Urartu, el posteriormente gran rival de Asiria, y descendieron por las tierras del este del Tigris hasta el estado de Babilonia, e incluso hasta Babilonia ciudad. Es en estas tres direcciones que las energías militares de Asiria se dirigirían constantemente durante los tres siglos que siguieron: los hechos inmutables de su marco geográfico le impusieron «la triple serie de guerras que llenarían los anales asirios a partir del siglo XIII: guerras de guerrillas en las montañas, guerras de movimiento en Jazirah, y guerras de posición hacia la mitad del Tigris» (George Roux).

Sería tedioso seguir aquí en detalle el flujo y reflujo de la fortuna asiria en cada uno de esos escenarios de la guerra. Ayudado por la preocupación temporal del rey hitita, Adad-nirari pudo conquistar toda la franja del norte de Mesopotamia que anteriormente había sido el país de los reyes mitanis, y saquear su capital, Washukanni. Sin embargo, Salmanasar creyó necesario reimponer el control asirio sobre aquella área y, mientras que su padre había permitido al rey mitani superviviente continuar como vasallo, siguiendo la antigua tradición, documentos excavados en Tell Fakhariyah, en la frontera siria con Turquía, muestran la presencia allí del lenguaje asirio y de personas con puros nombres asirios. Ello indica un intento de instalar una administración asiria directa en este lugar remoto del oeste. Los documentos comerciales y administrativos encontrados en Tell Al-Rimah, al oeste de Nínive, también revelan que durante el reinado de Salmanasar residían allí auténticas familias asirias, combinando sus cargos oficiales como administradores del distrito con sus actividades comerciales privadas. Éste es un rasgo carac-



Dibujo reconstruido de un mural del nuevo palacio de Tukulti Nimurta (los restos en sus colores originales).

Grabado de Tiglath-pileser I sobre roca natural al lado de sus inscripciones cuneiformes, en la parte alta del Tigris, cerca de Diyarbakir, Turquía.



terístico de todo el Imperio Asirio Medio, en el que las tradicionales relaciones comerciales se adaptaban a las necesidades de la administración gubernamental, de forma muy parecida a como se hiciera con los reyes de Ur III. Las delegaciones del gobierno, ya fuesen pequeños centros comerciales o «ministerios» en la capital, se confiaban a «casas», que casi con seguridad eran descendientes de las firmas comerciales que habían organizado el comercio con Anatolia unos 500 años antes.

Hacia el sur, la suerte de Asiria dependía, en gran medida, de la energía del rey de Babilonia. Probablemente Assur nunca había roto del todo sus relaciones con la metrópolis del sur e, indudablemente, sentía que Babilonia era culturalmente superior con sus antiguas tradiciones de escritura y los conocimientos de ciencias y seudociencias como la interpretación de presagios y la práctica de rituales, que gozaban también de gran estima. Posiblemente, los reyes casitas, en su ansiedad por ser considerados herederos de estas antiguas tradiciones recordaban también los tiempos en que el reinado de Hammurabi llegaba tan al norte como Nínive y, naturalmente, sus ambiciones chocaban con las de los asirios en la franja de tierra que iba desde el Tigris hasta los montes Zagros. Por regla general, las batallas tenían lugar en esta área, a veces cerca del río Diyala cuando dominaba Asiria y a veces cerca de los Zabs cuando lo hacía Babilonia. Otra área en litigio estaba situada al sur de Mari, sobre el Éufrates. Una excepción de esta regla tuvo lugar durante el reinado de Tukulti Nimurta I.

El rey de Babilonia Kashtiliash cruzó una línea fronteriza acordada entre su predecesor y Adad-nirari I, reconquistando Arrapha y la ciudad de Rapiqu, en el Éufrates. El rey asirio tomó represalias derrotando a Kashtiliash, capturando después la propia Babilonia y reduciendo virtualmente todo el país hasta el mar. Entonces subió al trono de Babilonia y puso gobernadores para que administrasen el territorio. Sin embargo, ésta no fue una empresa afortunada y, al cabo de siete años, el país se libró de la dominación asiria, cosa que perduraría durante varios siglos. Parece que Tukulti Nimurta fue apartado de su ciudad natal, quizás por insatisfacción con su política, y fundó una nueva capital al otro lado del río y un poco más arriba de Assur, a la que llamó Port-Tukulti Nimurta. Aquí, en otro momento, fue asesinado por uno de sus hijos en una conspiración palaciega.

La recesión asiria. Durante casi un siglo Asiria sufrió una recesión, pero no experimentó ninguna oposición por parte de las antiguas potencias de Oriente Próximo –Egipto, Babilonia, Elam y los hititas– que estaban absorbidos



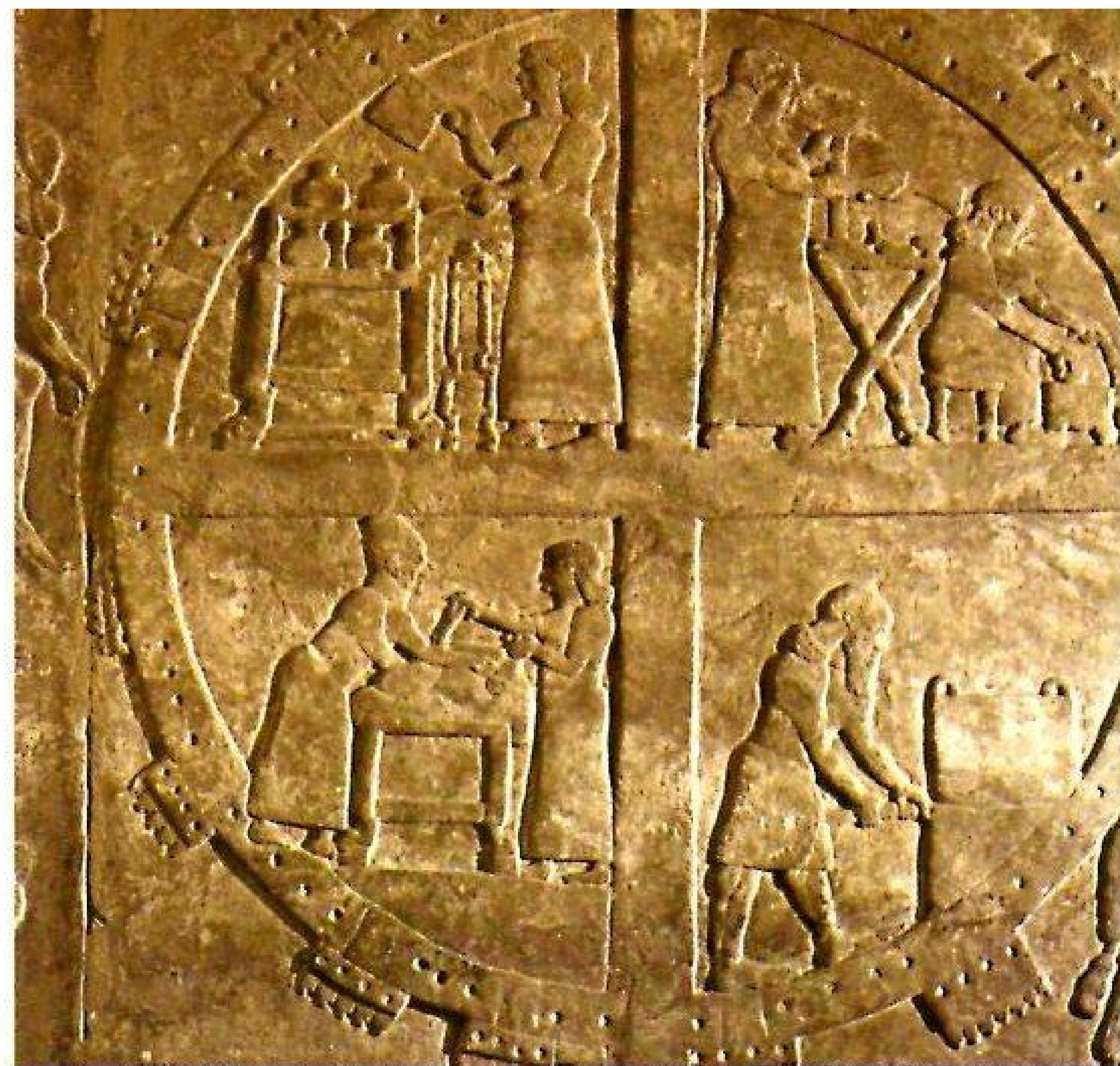
Relieve del palacio noroeste de Asurnasirpal en Nimrod, en el que se ve al rey y sus sirvientes. Museo Británico.

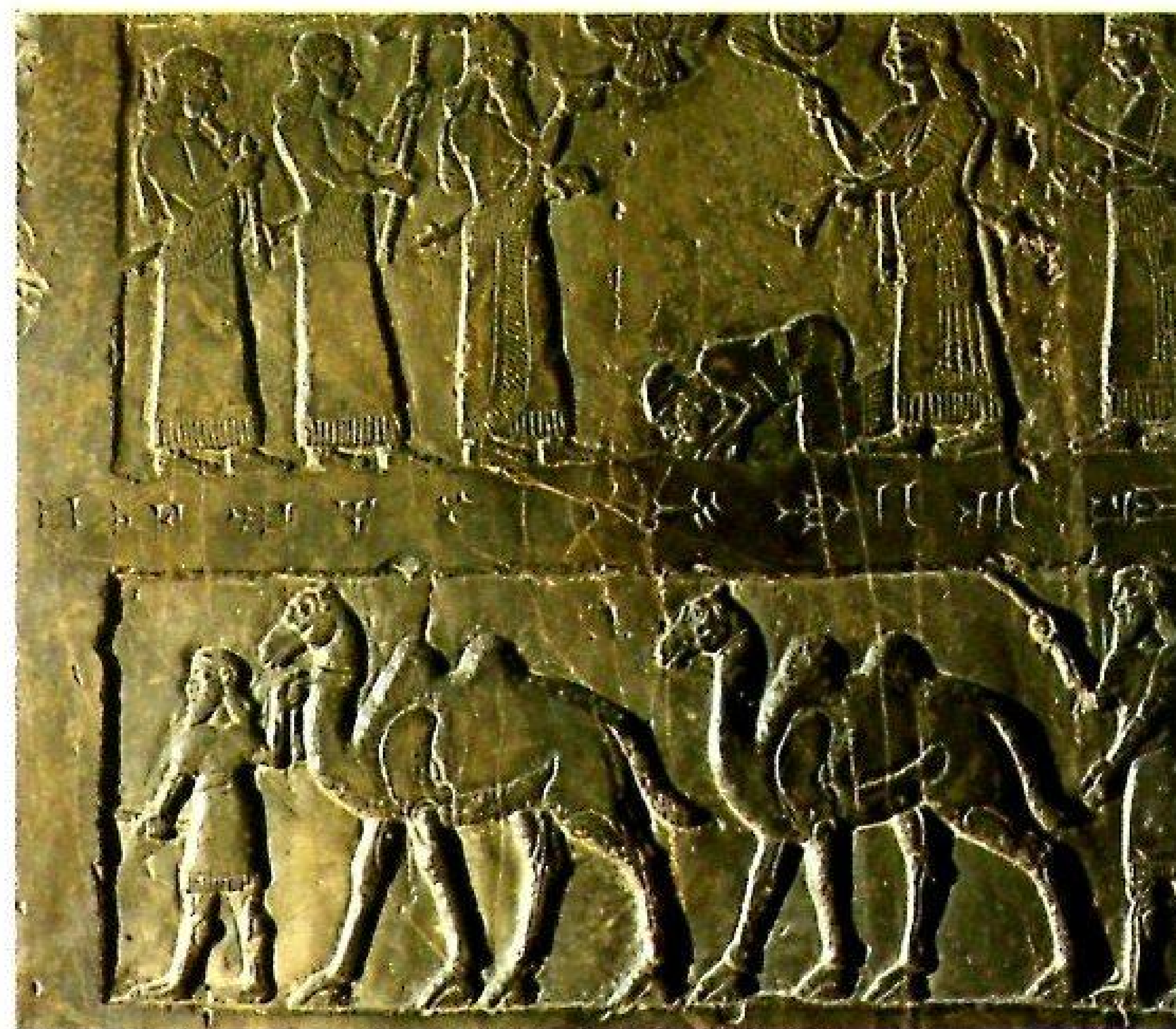
por sus propios problemas. Un momentáneo destello de gloria acompañó el reinado de Tiglath-pileser I (1115-1077 a.C.): reestableció el control asirio sobre los territorios al este del Éufrates y marchó sobre el norte por los pasos de montaña para intimidar a los ingobernables habitantes, llegando incluso al norte del lago Van, en donde dejó su imagen sobre una roca. Su triunfo más estimado probablemente fue su marcha sobre el Mediterráneo en donde recibió la sumisión de las principales ciudades fenicias, como Biblos y Sidón y navegó durante un corto trecho por la costa, hacia abajo. Él incluso se vanagloria de haber pescado un gran pez (posiblemente un pez espada), pero sin duda el motivo más poderoso de su expedición no era ni político ni militar, sino talar cedros de la cordillera del Líbano, destinados a la construcción de tejados para el nuevo templo que estaba construyendo en Assur a los dioses Anu y Adad. Sin embargo, el aspecto más significativo de esta excursión suya al mar es que parece que no encontró oposición por parte de los gobernantes locales, lo cual demuestra que no sólo estaban preocupados los hititas y los egipcios, sino que incluso sus antiguos vasallos, como Alepo, habían desaparecido de la escena como entidades políticas. Con seguridad, esto se puede atribuir a la llegada de los arameos.

Los arameos no eran ninguna fuerza nueva en los tiempos de Tiglath-pileser: ya durante el reinado de Adad-nirari o de su hijo, el rey hitita Hattusil III, se vio forzado a explicar al Kadashman-Enlil de Babilonia, que había dejado de enviar mensajeros debido a la hostilidad de los arameos que controlaban las rutas por tierra. Todavía con anterioridad, el rey casita se queja amargamente al de Egipto de los peligros de los nómadas arameos (llamados Sutu), que infestan los caminos del desierto entre los dos países. La seriedad de la amenaza se pone de manifiesto en las propias inscripciones de Tiglath-pileser: se vio forzado a cruzar el Éufrates unas 28 veces en persecución de los esquivos nómadas arameos y en una ocasión describe cómo llegó tan al oeste como hasta Tadmor (Palmira), en el desierto, en la ruta de Damasco y hasta Ana, en la parte central del Éufrates y después río abajo hasta la ciudad de Rapiqu, en la frontera con Babilonia. La movilidad de los nómadas, combinada con su conocimiento especializado y la habituación a las inhóspitas y sedientas tierras del otro lado del río hicieron prácticamente imposible castigarlos o prevenir futuros ataques.

Babilonia y Asiria estaban igualmente desprotegidas frente a incursiones en sus flancos sudoeste y la única consecuencia posible, a la larga, de tal presión, fue la amalgama entre la población asentada y la nómada. Por lo tanto, a pesar de sus esfuerzos, no es sorprendente encontrar –a juzgar por una crónica menos tendenciosa– que al final del largo reinado de Tiglath-pileser, los arameos hubieran penetrado hasta el mismo corazón de Asiria. Habían cruzado el Tigris y ocupado los distritos de Nínive y Kilizi. Sin duda se habían visto obligados a ello a causa de la sequía, que no permitía el pastoreo de sus animales y que también llevó el hambre a la propia Asiria. Sin embargo, esta misma presión continuó durante los reinados siguientes y si bien Asiria no sufrió la hostilidad de sus antiguos rivales del sur y del oeste, que también padecían la invasión de los nómadas y/o de los «pueblos del mar» en los territorios del Mediterráneo, el desorden que siguió redujo a Asiria a una condición que no conocía desde que era un vasallo menor del imperio Mitani.

Como invariablemente pasa cuando el país se sumergía en un caos político, nuestras fuentes de la historia de la época se secan y los acontecimientos de este período oscuro sólo se pueden reconstruir retrospectivamente. Cuando se levanta el telón una vez más encontramos en el escenario de Asiria una nueva sucesión de reyes enérgicos que reafirman su autoridad sobre territorios que consideran asirios. Assur-dan y Adad-nirari II gobernaron con mano firme el corazón de Asiria y Tukulti Nimurta II (890-884 a.C.), si bien no agrandó sus fronteras considerablemente, nos ha dejado un relato valioso de la marcha que hizo para «batir las fronteras» de su reino. Partió desde Assur, la capital, por el lecho seco del Wadi Tharthar –mientras los atormentaba la sed por el camino– hasta donde se unía con el Tigris, más o menos en el lugar en que ahora se encuentra Samarra. Desde allí se dirigió hacia la antigua capital casita, Dur-Kurigalzu, cerca de la actual Bagdad, y cruzó hasta el Éufrates en Sippar. Fue río arriba hasta la confluencia del Éufrates y el Habur y entonces siguió por el Habur hacia las montañas para vol-





Arriba: Preparativos para cenar en una de las campañas de Assurnasirpal; lo del cuadrado inferior derecha probablemente es un horno de pan. Museo Británico.

Abajo: Detalle del «obelisco negro» de Salmanasar III en el que se ve al rey recibiendo el tributo de Jehú. Museo Británico.



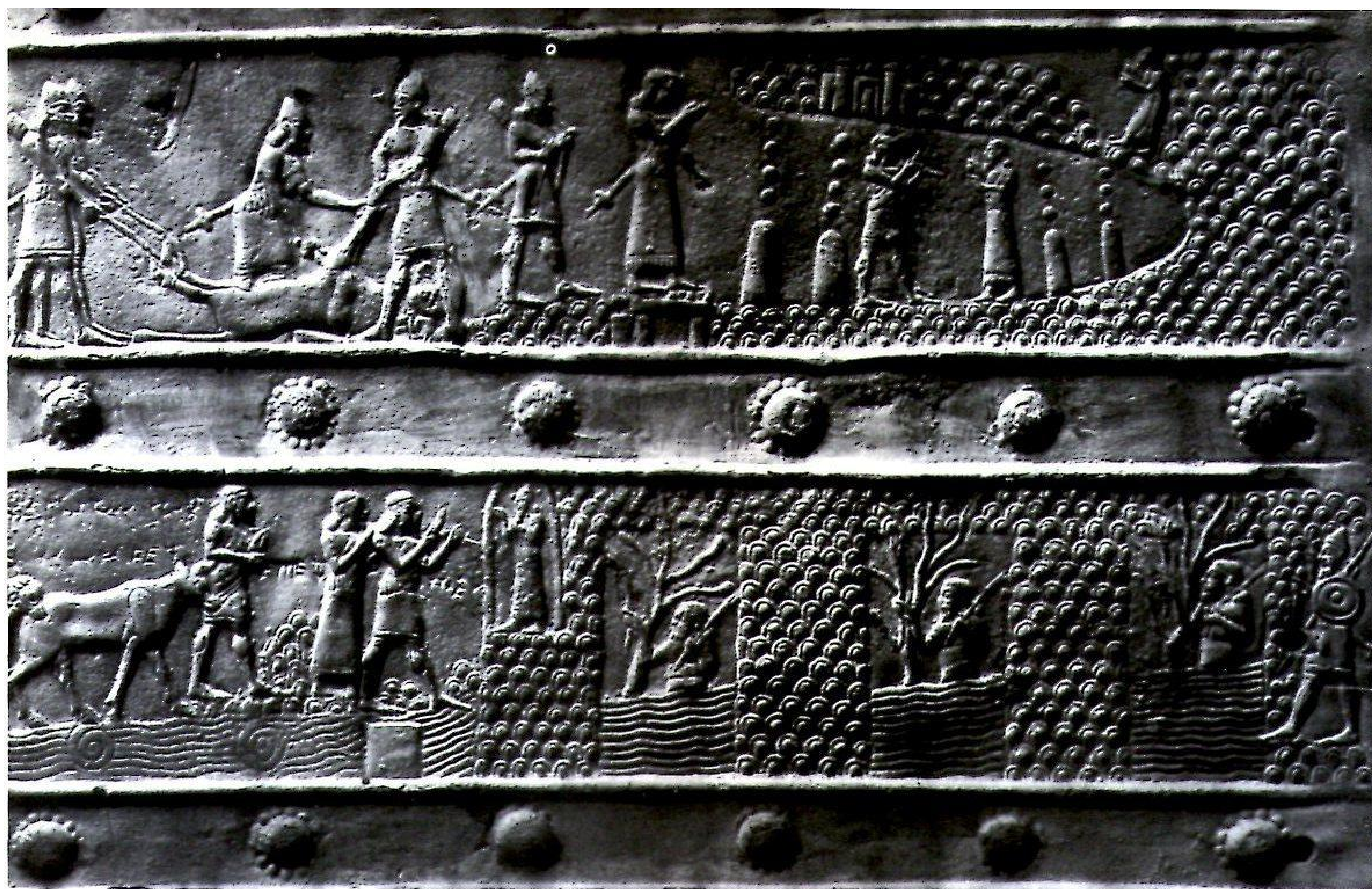
Panorama desde la acrópolis de Van, antigua Turushpa, capital de los reyes urartienses, mirando hacia el sur. En primer plano se ve una inscripción cuneiforme sobre la superficie lisa de la roca; abajo, mezquita y minarete de la ciudad medieval, ahora abandonada.

ver a su país por el noroeste. El valor de este relato es que nos muestra cómo las fronteras asirias eran todavía limitadas y que prácticamente los nombres de todas las tribus o gobernantes que encontró en su ruta los identifica como arameos.

Las incursiones que habían causado tantos problemas a Tiglath-pileser se habían intensificado claramente y, en su momento, una nueva ola de nómadas arrancó de Asiria buena parte de sus antiguas posesiones, en las que ahora estaban asentados, o en proceso de hacerlo. Este proceso no ocurría solamente en Asiria: Adad-nirari II, padre de Tukulti Nimurta, había encontrado una fuerte oposición por parte de un grupo de tribus arameas que ocupaban las tierras alrededor de Nisibin y Guzana, en la cabecera del río Habur, pero cuando su nieto Assurnasirpal II y su bisnieto Salmanasar III restablecieron las fronteras asirias en sus antiguos límites, se encontraron con una oposición aramea mucho más tenaz, centrada al principio alrededor de Amedi (Diyarbakir) y Til-Barsip (Tell Ahmar, sobre el Éufrates), pero más tarde organizada desde Damasco, donde estaba establecida una fuerte dinastía local. Cuanto más al oeste miramos más firmemente atrincheradas encontramos las dinastías arameas y es extraordinario que a pesar de su debilidad Asiria sobreviviese a las incursiones lo suficiente como para capear el temporal y evitar un completo «relevo», tal como había ocurrido en el oeste, o incluso en tierras asirias durante las incursiones amoritas 1.000 años antes.

Asiria recupera el poder. La posición estratégica de Asiria no había cambiado mucho excepto por el hecho de que la presión de los nómadas se había relajado algo temporalmente. Al igual que sus antepasados del Imperio Asirio Medio, Assurnasirpal y Salmanasar se encontraron con que la defensa de sus fronteras requería de ellos continuas expediciones infructuosas hacia las montañas del norte y del este y largas marchas por el norte de Mesopotamia hacia el Éufrates y más allá. Al mismo tiempo, Babilonia era todavía débil y no se presentaba como un rival serio, por lo que, cuando quedó claro que el emplazamiento de la antigua capital de Assur no era el más conveniente para actuar como el centro del gobierno de la nueva Asiria, Assurnasirpal decidió fundar una nueva capital. Para ello escogió Kalhu, la actual Nimrod, una antigua ciudad situada en un montículo en la ribera oeste del Tigris, entre Nínive y la confluencia del Zab Superior. Allí hizo construir un palacio al borde de la colina, con vistas al río, que embelleció con un esplendor sin igual. Sus solas dimensiones ya debieron constituir un triunfo considerable. Además, las arcadas de los principales pórticos se adornaron con dibujos multicolores hechos con ladrillos vidriados y las paredes de las principales estancias del palacio se recubrieron con enormes placas de la blanda piedra caliza local, grabadas en bajorrelieve con figuras de criaturas míticas aladas o escenas que ilustraban los triunfos del rey en la guerra o en la caza, para el placer de sus visitantes. Quizás lo mayor y más impresionante eran las gigantescas bestias guardianes que flanqueaban las puertas principales y que, al igual que sus predecesoras de los templos de Babilonia, se suponía que ahuyentaban los malos espíritus.

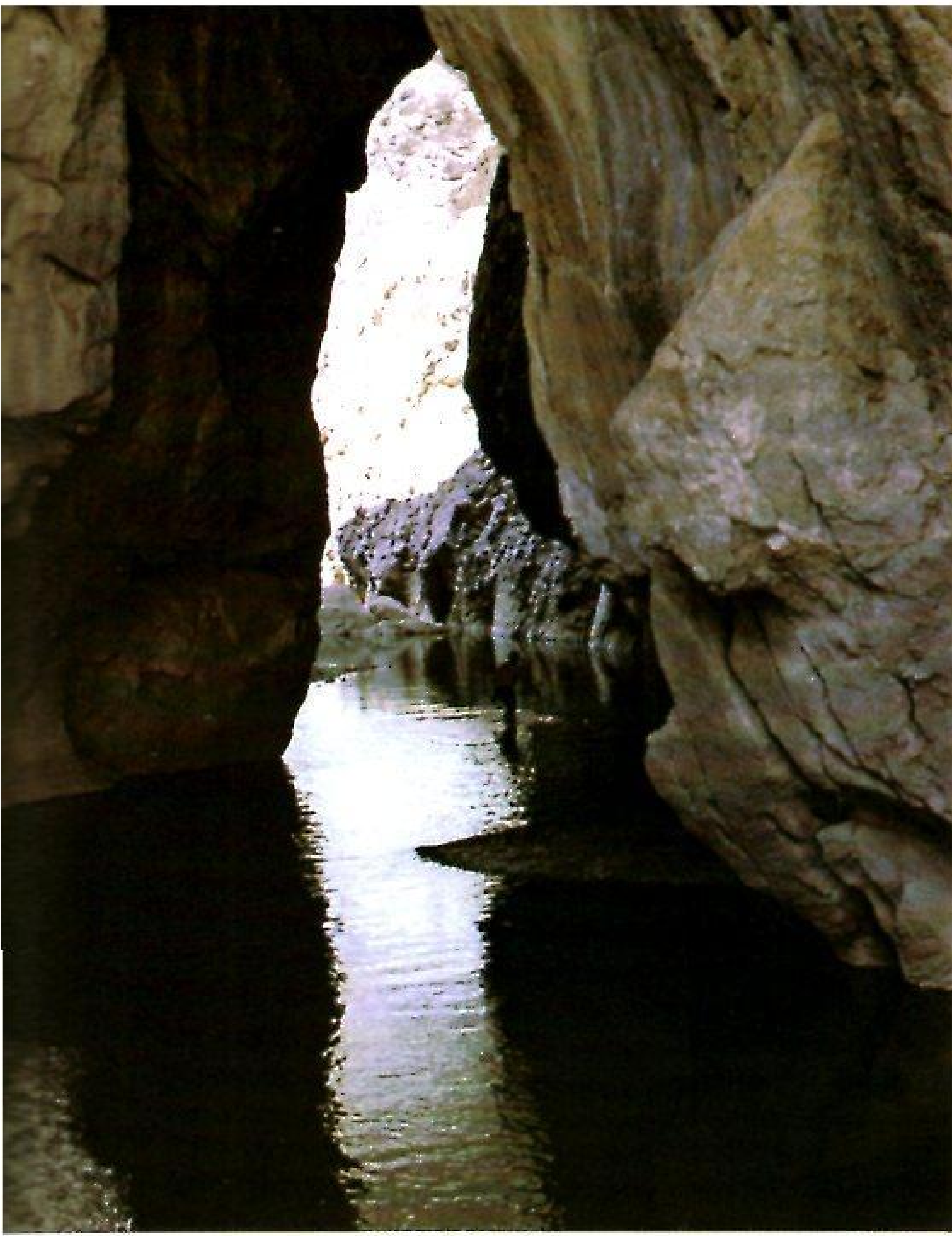
Los complementos de este palacio estaban en conso-



nancia. El rey tenía una estela grabada con una larga inscripción conmemorando la inauguración de su transformada capital. Después de describir las bellezas de su nuevo palacio, con los siete conjuntos de habitaciones, cada una con una variedad distinta de madera, hace constar la excavación de un canal desde el río Zab que llevaba el agua a través del país para regar los jardines de la real ciudad, en los cuales plantó no sólo árboles frutales y viñas sino también una gran variedad de plantas exóticas que había recogido en el curso de sus campañas en el extranjero. La terminación del palacio se celebró con un enorme banquete, en el cual se consumieron desde 14.000 ovejas y 10.000 odres de vino, hasta todo tipo de especias y grandes cantidades de nueces y dátiles. Los invitados al festín fueron no sólo los 16.000 habitantes de Kalhu y 1.500 oficiales reales, sino «47.074 hombres y mujeres de todo lo ancho y largo de mi país» y también «5.000 enviados de las tierras de Suhu, Hindana, Patina, Hattu, Tiro, Sidón, Gurgum, Melid, Hubushkia, Kummu y Musasir», que sumaban en total 69.574, a todos los cuales el rey dio alimento y bebidas durante diez días y después los envió a sus casas bañados, frotados con óleos y contentos.

En el curso de esta inscripción Assurnasirpal se permitió un cierto grado de jactancia, no sin justificación. La enumeración de estados amigos, si no súbditos, muestra cómo había construido un anillo protector de estados tapón y cuánto se habían ampliado las fronteras asirias. En el 859 a.C. fue el primer rey asirio después de Assur-bel-kala, sucesor de Tiglath-pileser, que llegó al Mediterráneo y en sus inscripciones proclama orgullosamente que había conquistado «desde el Tigris hasta las cordilleras del Líbano y el Gran Mar». Sin embargo, una sola expedición victoriosa no podía asegurar permanentemente la lealtad de las tierras conquistadas y, desde su primer año Salmanasar III, hijo de Assurnasirpal, se dedicó a una serie continuada de campañas anuales. A pesar de operaciones militares nada despreciables en las montañas del norte e intervenciones en la política de Babilonia y su vecindad, de nuevo el mayor esfuerzo debía realizarse en el oeste. Allí Salmanasar hubo de asegurar primero el control asirio del área al este del Éufrates, deshaciéndose de la oposición de Til-Barsip y de la antigua ciudad-estado de Carchemish. Hecho esto, se enzarzó en una amarga lucha por controlar el norte de Siria, la cual, al igual que en la Edad de Amarna, continuaba siendo la clave del rico comercio con la costa fenicia y daba acceso a los tan codiciados bosques de cedros de la cordillera del Líbano y de los montes Amanos.

Sus oponentes eran una mezcolanza de pequeños estados, algunos de los cuales habían conservado el recuerdo,



En sus campañas por el norte, Salmanasar visitó el túnel por donde el Tigris discurre durante dos millas bajo tierra (ver *arriba*) y grabó su inscripción cerca de la figura de Tiglath-pileser I.

En sus puertas de bronce, encontradas en Balawat *(página anterior)* se ve un escultor grabando su propio relieve sobre la roca mientras soldados, que caminan por dentro del agua, llevan antorchas para explorar el túnel. Museo Británico.

la escritura jeroglífica y en ocasiones incluso los nombres reales del imperio hitita (y de aquí que sean nombrados neohititas). Otros eran estados similares gobernados por nuevas dinastías arameas responsables, en buena parte, del colapso del imperio. Estaban dirigidos por Adad-idri de Damasco (arameo) e Irhuleni de Hamath (neohitita), pero la alianza incluía contingentes de Israel, Cilicia e incluso una antigua tribu árabe. En la batalla de Qarqar (853 a.C.), Salmanasar infligió grandes pérdidas a sus ejércitos, pero como no pudo tomar Damasco o consolidar la victoria de otras maneras, posiblemente no pudo conseguir sus objetivos. Lo mismo puede decirse de su gran esfuerzo siguiente en el 845 a.C., cuando hizo un llamamiento general en Asiria y reunió un ejército de 120.000 hombres, a pesar de lo cual tampoco pudo tomar Damasco. No fue hasta que la política cambiante del área de Siria hubo aislado Damasco bajo su nuevo rey que procedía de sus antiguos aliados principales, Hamath e Israel, que Salmanasar consiguió confinar a su monarca, Hazael, en la ciudad de Damasco y recibir su sumisión. Ello provocó la capitulación de Tiro y Sidón, ahora las dos principales ciudades comerciales de Fenicia, y de Jehú «la israelita». Las campañas siguientes de Salmanasar en Cilicia y en los montes Tauro demuestran que se respetaba su autoridad al norte de Siria, a través de la cual debían pasar sus ejércitos pero, de hecho, no fue hasta el reinado de su nieto Adad-nirari III que un ejército asirio pudo entrar en Damasco pero, si bien generalmente se reconocía la supremacía de Asiria mediante el pago regular de tributos, las tierras del oeste del Éufrates estaban lejos de incorporarse a su imperio.

Urartu y Asiria. En sus campañas del oeste, Asiria había avanzado constantemente contra la resuelta oposición de dirigentes locales, ya que las pequeñas dimensiones de sus reinos facilitaba que fuesen vencidos uno a uno. La coalición temporal con Damasco y Hamath había demostrado lo que se podía conseguir uniendo las fuerzas, pero las rivalidades locales eran demasiado intensas para que esto durase y la mayor parte de estados tomaron el camino fácil de salirse y ponerse del lado de los conquistadores. La situación en el norte era completamente distinta. Allí, durante el siglo IX a.C. surgió un reino vigoroso llamado Urartu (el bíblico Ararat) que reunió la población de las montañas para formar una fuerza militar que pudiese competir con Asiria. El nombre de Urartu ya es conocido como uno de los principados predominantemente hurrita

Valle del Lesser Habur, al norte de Irak, escena de una de las batallas de Tiglath-pileser en la frontera de Urartu.



encontrado por Salmanasar I en el siglo XIII y de nuevo por Adad-nirari II, pero su preeminencia parece que data sólo de mediados del siglo IX. Los reyes de Urartu disfrutaban de las ventajas de un estado montañés –accesos difíciles con fortalezas inexpugnables– combinado con una vegetación exuberante que servía para la agricultura, pero especialmente para la crianza de caballos, en lo cual sobresalían. Con su capital la mayor parte de las veces en la costa este del lago Van, controlaban las entradas de los valles que conducían a las llanuras de Mesopotamia, en donde Asiria no tenía oposición y en donde, incluso en los tiempos de Senaquerib, los asirios reconocían que las «fronteras de Urartu» estaban a 60 millas de Nínive.

Parece que, como mínimo, debió existir un reconocimiento tácito entre las dos potencias por el cual, excepto en raras ocasiones, la barrera montañosa era respetada como demarcación de los dos imperios. Sin embargo, durante el siglo VIII Urartu amplió sus fronteras no sólo hacia el norte, en donde excavaciones realizadas en la Armenia soviética han descubierto las ciudades de Erebuni y Karmir, sino hacia el este y el oeste. En la cumbre de su expansión controlaban hasta Malatya (Melid) en el Éufrates al oeste y bajaron hacia el sur más allá del lago Urmia en la meseta iraniana, formando de esta manera un semicírculo que frenaba las ambiciones asirias y amenazaba cortar su acceso al Mediterráneo. Salmanasar III, en sus primeros años, había marchado en dos ocasiones hacia el lago Van, pero su oponente arameo de Urartu no fue nunca derrotado, según se deduce de campañas posteriores en el norte, que siempre evitaron las tierras urartienses. Es muy escasa la documentación de principios del siglo VIII en Asiria, lo que normalmente significa que los reyes no tenían triunfos militares que reseñar y, como sabemos que hubo confrontaciones con Urartu durante aquellos años, es muy probable que los asirios se llevasen la peor parte. Esto es lo que ocurrió en los años 760 y 750: el rey Argistis de Urartu cuenta victorias sobre los asirios y su hijo Sarduris III refiere una derrota de Assurnirari V. Este rey asirio nos ha dejado fragmentos de un tratado que estableció con el rey arameo de Arpad, Mati'el, pero unos años más tarde este mismo Mati'el reaparece como uno de los aliados de Sarduris, por lo que podemos deducir que el prestigio asirio en el área estaba en su momento más bajo.

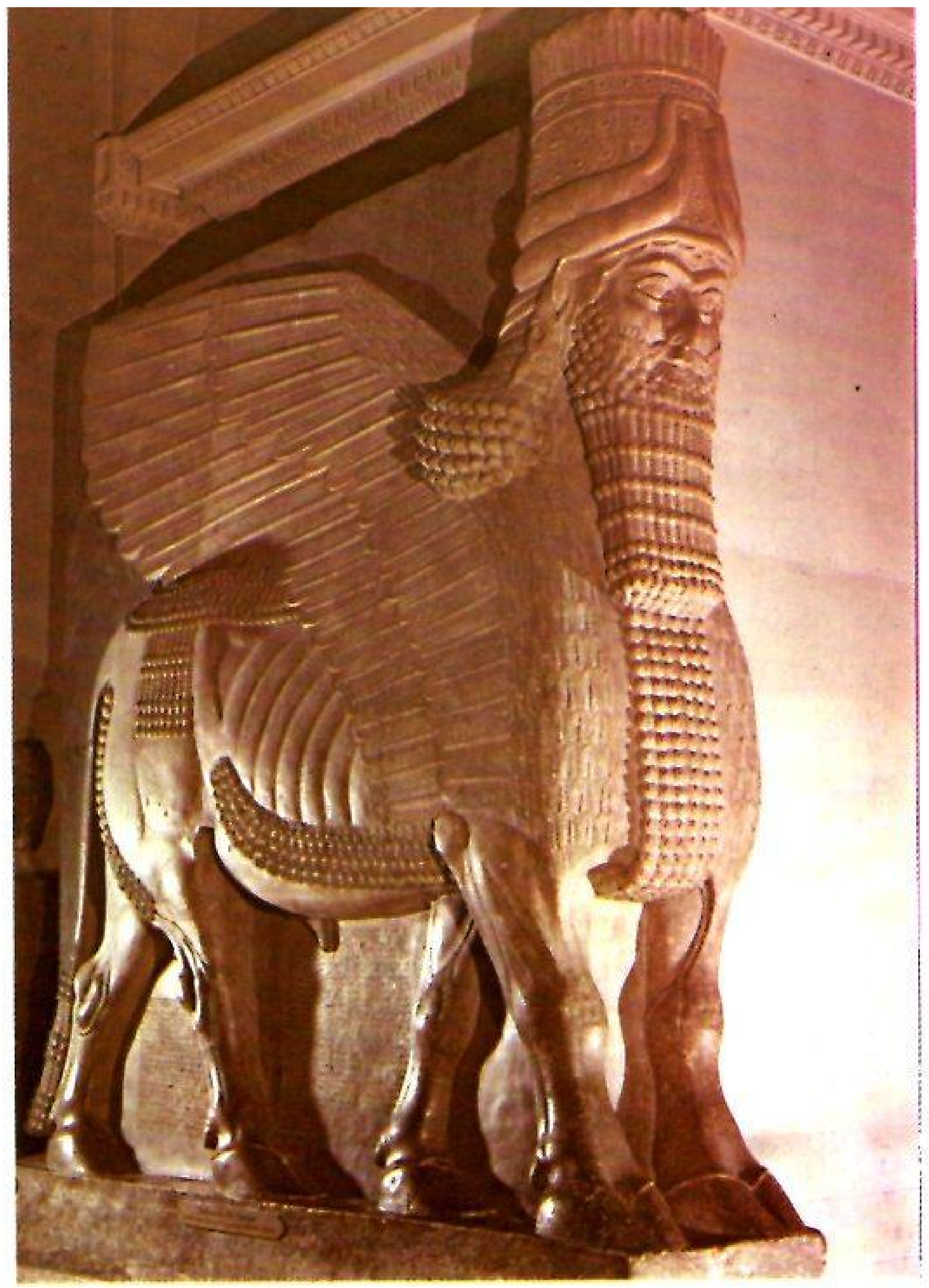
La situación en el interior no era mucho mejor. Es cierto que, hasta donde nosotros sabemos, el propio territorio de Asiria no corrió nunca un peligro serio, pero Assurnirari V estuvo allí durante la mayor parte de su reinado y, en tiempos de su predecesor, sufrió plagas y rebeliones. Finalmente, en el año 745 a.C., de una revolución en la



Relieve del palacio de Kapara, gobernante arameo de Guzana (Tell Halaf) que muestra un arquero toscamente grabado. (h. siglo IX a.C.?). Museo Británico.

capital de Kalhu surgió un nuevo rey al cual se debe reconocer como el creador de Asiria, que fue la «dueña de un imperio» a una escala que el mundo no había conocido con anterioridad. Tiglath-pileser III pudo haber tomado su nombre en imitación de su ilustre predecesor y su forma de acceso al trono concuerda con su consistente fallo en citar su genealogía. Ello ha hecho que los especialistas supusieron que no era descendiente directo de la realeza, aunque en una inscripción proclama específicamente que es hijo de Adad-nirari III. Sea como fuere, las irregularidades de su acceso pronto fueron superadas por sus espectaculares triunfos como rey. Incuestionablemente, el éxito de su política exterior fue el resultado de una amplia reforma dentro del país, aunque nos faltan los detalles. En un sistema heredado de los tiempos del Imperio Asirio Medio, el gobierno de las provincias se había confiado siempre a las familias asirias establecidas de antiguo, que sin duda las administraban como una empresa de la que obtener beneficios y que podía pasar de padres a hijos. Inevitablemente, con un monarca débil los gobernadores se arrogaban un poder excesivo y esto fue, sin duda, lo que ocurrió durante la primera mitad del siglo VIII a.C., a partir del reinado de Adad-nirari III. Tiglath-pileser era consciente de los peligros de este sistema y los desterró de golpe dividien-







Arriba: Uno de los grandes toros alados del palacio de Sargón en Khorsabad, llevado al Louvre por Botta. Repárese en el convencionalismo artístico que dota al animal de cinco patas.

Arriba, izquierda: Relieve del palacio de Sargón en Khorsabad: marineros que izan maderas hasta sus barcos, una escena de la costa fenicia. Louvre.

Abajo, izquierda: Unas 500 millas hacia el este: la población deportada arrastra la madera que debe utilizarse para construir los tejados de la nueva capital de Sargón en Khorsabad, en donde fue hallado este relieve. Louvre.

do las provincias tradicionales pero difíciles de manejar en unidades más pequeñas pero más gobernables, al frente de las cuales colocó altos oficiales de estado.

Las campañas de Tiglath-pileser. Con esta reforma acabada y, sin duda, innovaciones igualmente radicales tanto en el sistema militar como en el administrativo, Tiglath-pileser estaba listo para emprender el restablecimiento de la preponderancia asiria en el exterior. En este aspecto también fue un innovador: desechó la antigua práctica de dejar gobernantes locales como vasallos que administrasen su propio territorio, confiando recibir ayuda militar y tributos como principal muestra de su sumisión y, en vez de ello, las inscripciones nos dicen continuamente que «nombraba un oficial como gobernante, por encima de ellos» o «incorporaba aquellas tierras al territorio

asirio». Consiguió hacerlo como resultado de su reorganización del sistema provincial y enseguida quedó patente la efectividad de esta política de gobierno directo. Al final de su reinado pudo proclamar que había destruido completamente cualquier ambición territorial de Urartu en el oeste y que había incorporado a Asiria grandes franjas del norte de Siria, que llegaban hasta el mar. Dejó un gobernador local a cargo del importante –pero muy reducido– estado de Hamath, y después de una resistencia tenaz Damasco cayó frente a los ejércitos asirios por última vez y fue hecho también parte de Asiria. En sus campañas, Tiglath-pileser penetró tan al sur de la costa como hasta Gaza, y si bien se detuvo antes de anexionarse las ciudades de Fenicia y Palestina, éstas inevitablemente le pagaron tributos y reconocieron su supremacía. Tenemos una carta interesante enviada al rey por un oficial designado por él para supervisar las actividades de las ciudades fenicias; se encuentra en una tablilla cuneiforme hallada en Kalhu (Nimrod) e informa de sus relaciones con los pueblos de Tiro y Sidón y de sus esfuerzos para imponerles tasas. También instituye una forma primitiva de boicot político contra los habituales enemigos de Asiria, ya que controla el comercio de los valiosos cedros de la cordillera del Líbano, e informa que ha dado instrucciones a los fenicios para que «bajéis la madera y comerciéis con ella pero no se la vendáis ni a egipcios ni a palestinos o no os permitiré subir a las montañas».

En sus tratos con Babilonia queda claro que los motivos de las conquistas de Tiglath-pileser no eran simplemente los de un megalomaníaco. Durante años las condiciones en Babilonia parece que fueron de mal en peor: las tribus caldeas del desierto se repartieron entre ellas el campo raso y parece que sólo ciudades aisladas como Babilonia y Cuthah en el norte perpetuaron las antiguas tradiciones de la tierra. Uno de los primeros actos de Tiglath-pileser fue marchar sobre el Tigris y atacar las tribus rebeldes que infestaban los flancos bajos del río, con lo cual se ganó la gratitud de los habitantes de la ciudad. Sin embargo, se contentó con dejar el trono de Babilonia en manos de su titular, Nabu-nasir, y no fue hasta su muerte que nuevos problemas hicieron que Tiglath-pileser volviese al sur. Habían matado al hijo de Nabu-nasir en un golpe de estado y se estaban haciendo esfuerzos para instalar en su lugar un usurpador caldeo llamado Ukinzer. Si bien los asirios consiguieron sacarlo de Babilonia, se refugió en la capital de su dinastía, Shapia, que se encontraba algo más al sur y sin duda estaba bien fortificada, ya que pudo resistir un sitio. Mientras tanto, Babilonia permanecía sin rey y, en los años 729 y 728 a.C., Tiglath-pileser decidió llevar a cabo el ritual tradicional de «tomar las manos de Baal», por lo cual se proclamó el primer «rey de Babilonia» asirio, desde el malogrado intento de Tukulti-nimurta I unos 500 años antes. Sólo que en esta ocasión los asirios fueron bien recibidos por la población urbana que les agradeció que los hubiesen liberado de las destructivas tribus que amenazaban su existencia.

Sargón II. El éxito de la «nueva Asiria» de Tiglath-pileser inevitablemente determinó la política de los reyes que siguieron. Aunque quizás se preferían las antiguas relaciones con los reyes-cliente siempre que fuese posible, cada vez era más claro que el único vasallo de confianza era el vasallo muerto. Por lo tanto los reyes asirios, al igual que los romanos, se vieron forzados a abolir las dinastías locales y anexionarse progresivamente los territorios conquistados, gobernándolos con la eficiente organización civil y militar con la que contaban después de las reformas de Tiglath-pileser. De su hijo, Salmanasar V apenas se sabe nada excepto que durante su corto reinado empezó un prolongado asedio a la capital israelita, Samaria. Sin embargo, fue después de su muerte, en el 722 a.C., que la ciudad cayó y el nuevo rey, Sargón, inmediatamente dio prueba de su adhesión a la nueva política anexionándose las tierras de Samaria y –de nuevo siguiendo el ejemplo de Tiglath-pileser– deportó gran parte de la población a otras partes del imperio. Este acontecimiento lo explica la Biblia así como los cronistas oficiales asirios, por lo que sabemos que los israelitas fueron reinstalados en Gozan (=Guzana, la moderna Tell Halaf), en Media y en Halah. Se comprende inmediatamente que lo hicieran en las dos primeras ciudades: Guzana estaba situada en un área fértil en donde la expansión de la agricultura en tierras abandonadas desde las incursiones arameas era muy provechosa y Media era, casi con toda certeza, un área en donde su población había sido deportada, siendo muy corrientes los cambios de este tipo con la otra punta del imperio. Pero la mención de Halah es más intrigante, ya que se trataba de un distrito del centro de Asiria, cerca de Nínive. Sin duda la explicación es que era precisamente allí, al pie de la primera cadena montañosa que rodeaba las llanuras de Asiria, que el nuevo rey planeaba fundar una nueva capital que debería llamarse Dur-Sharruken («Fuerte Sargón»). Desde los días de Assurnasirpal II los reyes habían vivido en su ciudad de Kalhu y el propio Sargón utilizó, y restauró, el antiguo palacio del noroeste, cerca del zigurat. No se sabe por qué decidió cambiar, podría haber sido por razones personales, ya que no hay motivos evidentes, ni geográficos ni estratégicos, que lo justifiquen y por el tono amoroso con que describe los trabajos se deduce que le era un proyecto muy querido.





Arriba: Relieve sobre la roca en Ivriz, cerca de Eregli, en Turquía: el dios de la vegetación recibe la adoración del rey Warpalawas, uno de los monarcas neohititas mencionados en la correspondencia de Sargón con Midas.

Derecha: Emplazamiento de una presa construida por Senaquerib en el río Khosr, justo al noreste de Nínive, para derivar sus aguas hacia un pantano artificial.

Con la preocupación de aparecer como un rey justo, relata cómo se dio a los ocupantes del lugar, o bien todo el precio en plata por la «compra obligada» de sus propiedades o se les ofreció, en compensación, tierras en otros emplazamientos. Y entonces comenzó el trabajo de construcción, para el cual empleaba prisioneros de guerra deportados –sin duda, entre ellos, los israelitas de Samaria– y hombres reclutados en las provincias. Había que realizar dos grandes proyectos: la gran muralla fortificada, que debía tener 16.283 codos de largo –una figura que estaba misteriosamente relacionada con la escritura del nombre de Sargón– y con ocho puertas y, en el lado oeste del área interior, una enorme plataforma sobre la que debía levantarse el palacio del rey, con templos y residencias subsidiarias para los miembros de la familia real y de los altos oficiales del estado. El complejo tomó unos diez años en realizarse: los primeros cimientos fueron colocados en el año 717 a.C., pero no fue hasta el 707 que los «dioses de Dur-Sharruken entraron en sus templos», y el propio Sargón, junto con «los príncipes de todos los países, mis gobernadores provinciales, los capataces y supervisores, nobles y eunucos y los ancianos de Asiria, tomaron residencia en mi palacio e hicieron un festival». Sin embargo, a pesar del enorme esfuerzo, Dur-Sharruken no estaba destinada a tener éxito. La población, según explica el propio Sargón, era una variada amalgama de deportados de todos los países y hubo que nombrar oficiales asirios especiales «para enseñarles cómo reverenciar dios y rey». Parece muy poco probable que nunca fuese habitada durante un tiempo relativamente largo más que una pequeña fracción de la vasta ciudad que debía ser y, desde luego, nunca fue la floreciente metrópolis que seguramente soñó Sargón. No podemos saber si la historia hubiese sido distinta –como la ciudad de Kalhu de Assurnasirpal– si él hubiese vivido, pero tal como fueron las cosas, esta mag-

nífica creación que gracias a Botta reveló por primera vez al mundo moderno la gloria de la antigua Asiria, fue irónicamente abandonada a la muerte de su creador, casi antes de haber sido acabada del todo.

Al igual que Tiglath-pileser, Sargón es reticente sobre sus antepasados y es probable que los dos reyes adoptasen un nuevo nombre al acceder al trono. Al escoger el de Sargón, el nuevo rey proclamó la magnitud de su ambición y, a pesar de su temprana muerte en batalla, casi vivió en consonancia con su nombre. Asiria, bajo Sargón, se amplió desde Palestina, al sudoeste, a los principados del Tauro e incluso a Malatya (Melid), en la meseta de Anatolia; al este hasta las tierras altas iranianas y más al sur hasta el tradicional territorio elamita. En especial un acontecimiento debió proporcionar gran satisfacción a Sargón y fue su enfrentamiento con Urartu, la única potencia de aquellos tiempos que podía rivalizar con Asiria en reputación y potencial militar. Desde la derrota que Tiglath-pileser infligió a Sarduris en el oeste, parece que los dos imperios se concedieran una tregua y no fue hasta la época de Sargón que ocurrió otra seria confrontación, característicamente no en su frontera común, sino que estalló en el este en donde las dos potencias se empujaban y competían por la fidelidad de aquellos reyes que todavía conservaban algún tipo de independencia. Parece que el área crítica fue la meseta iraniana al sur del lago Urmia, ocupada por un pueblo conocido por los asirios como manaeans. Allí, en el año 716 a.C. Sargón se vio obligado a montar una expedición para ayudar a un vasallo asirio. Al año siguiente también tuvo que cruzar los montes Zagros para asegurar las fronteras de este estado, e incluso hacer incursiones al otro lado de la frontera urartiense. Así pues, en el 714 a.C. decidió castigar a los dos estados de Andia y Zikirtu, que habían estado hostigando a su vasallo. Llegó al emplazamiento desde el sur y, después de una bienvenida real por parte de sus fieles vasallos que habían «almacenado suministros de harina y vino para alimentar mis tropas, como mis eunucos, los gobernadores de las provincias de Asiria», procedió a llevar a cabo la venganza contra Zikirtu y Andia.

En este punto, sin embargo, un acontecimiento imprevisto interrumpió sus planes: el propio rey de Ururtu envió un mensaje para comunicarle que había acudido en ayuda de su vasallo y que desafiaba a Sargón a entablar una batalla. A pesar de las condiciones ventajosas de sus enemigos, que estaban sobre una montaña y del cansancio de su ejército, Sargón atacó y derrotó las fuerzas urartienses, y el rey Rusas «para salvar su vida abandonó su carro y, montado en una yegua, huyó en presencia de todo su ejército». Acontecimientos posteriores confirmaron la autenticidad de esta victoria. Sargón abandonó sus planes originales, que eran marchar sobre Andia y Zikirtu, y avanzó sin oposición por el propio Urartu. Parece que se dirigió hacia el norte hasta la orilla del lago Urmia y después hacia el oeste y, cuando describe su campaña, plasmada en forma de carta dirigida al dios nacional, Assur, dibuja una vívida imagen del país que atravesó. Primero pasó por una provincia en la que sus «habitantes no tenían igual en toda Urartu por su habilidad con los caballos» y a quienes llevaban todos los caballos del país para ser domados y entrenados para la batalla: «avanzar, darse la vuelta y retroceder». Después saqueó la ciudad de Ulhu, que descollaba por su sistema de regadío, diseñado por el propio Rusas y que debía ser como el sistema *qanat*, to-





Arriba. Los relieves de Senaquerib sobre la roca señalan la cabeza de su canal hasta Nínive. Ver en primer plano las esculturas caídas.

Página anterior: Relieve sobre la roca en Maltai, al norte de Nínive, quizás grabado por Senaquerib para conmemorar un proyecto de irrigación. El rey (a la derecha) va detrás de los dioses, montados sobre animales.

davía utilizado hoy, por el cual el agua del pie de las montañas es conducida por túneles subterráneos, a los cuales se llega por pozos practicados a intervalos, hasta lugares alejados situados en la llanura. Destruyó completamente este maravilloso sistema de irrigación y, de hecho, describe que dondequiera que fue saqueó las fortalezas, taló los árboles y permitió que sus tropas abriesen los graneros y almacenes de vino y disfrutasen de las tradicionales recompensas del vencedor.

Sin embargo, aunque al final de la campaña proclamó que había conquistado «430 ciudades en siete provincias», nunca penetró hasta el centro del país, e incluso las ciudades fuertemente fortificadas que capturó eran, evidentemente, de menor importancia. Esto se ve claramente en el resto de su campaña, porque en su marcha de vuelta Sargón decidió dar una lección al rey de Musasir, un pequeño estado montañoso situado incómodamente entre Asiria y Urartu. De forma imprudente su rey, Urzana, había omitido enviar una misión para felicitar a Sargón por sus triunfos y, de camino a casa, Sargón tomó un pequeño contingente que condujo por un difícil terreno montañoso y saqueó la ciudad de Musasir. Hizo prisioneros a Urzana y a su familia, ocupó el palacio real y los tesoros del palacio y del templo fueron llevados a Asiria como botín.

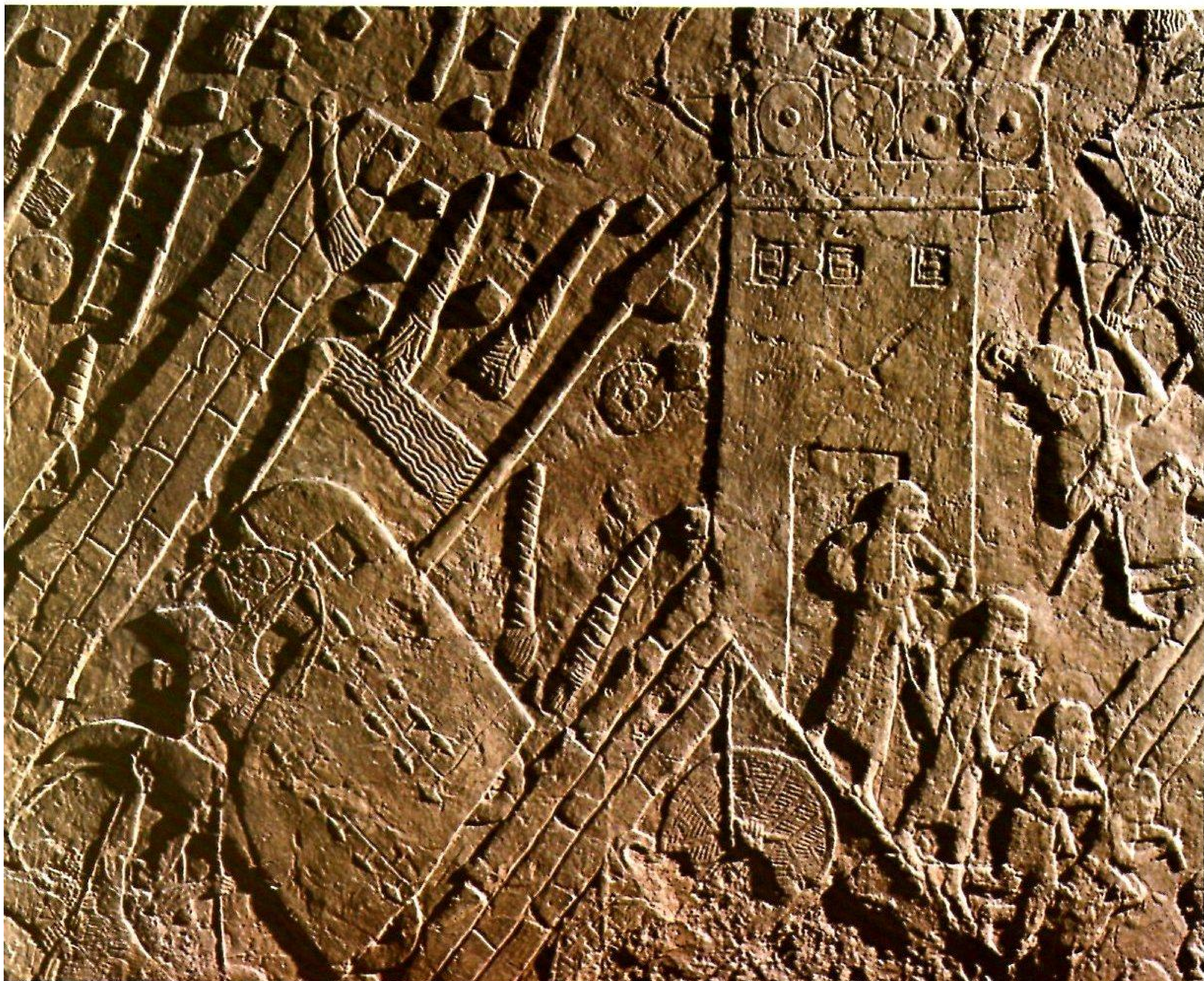
El triunfo de Sargón contra Urartu, aunque no estuvo planeado, llegó en el momento oportuno. Una de las áreas más problemáticas de Oriente Próximo durante la primera década del reinado de Sargón era la aglomeración de pequeños estados en los montes Tauro. Se hallaban en una situación difícil, con los urartienses al este, los asirios presionándolos desde el sur y ahora, al oeste, el creciente poder de los frigios. La complejidad de la política se refleja en las inscripciones de Sargón. Por ellas sabemos de Pisiris, el vasallo gobernador de Carchemish quien, en el año 717 a.C., concertó una alianza rebelde con el rey de Frigia que no era otro sino el Midas de la leyenda clásica. Este intento de revivir las glorias de los grandes días del imperio hitita duró poco y Carchemish fue tomada, y finalmente absorbida como una nueva provincia del imperio asirio.

Sin embargo, la conflictividad continuaba en los Tauro y después de varios intentos para conservar las dinastías locales existentes, Sargón finalmente cesó de luchar y se anexionó la mayor parte de estos pequeños estados incluso tan alejados de los Tauro como Nigde, en Turquía. Creyendo, quizás, que la pacificación del área duraría cierto tiempo, volvió su atención hacia Babilonia y debió ser mientras estaba allí que el gobernador asirio de Que (la Cilicia clásica) le escribió para informarle de un sorprendente cambio de situación: Midas de Frigia le había entregado los miembros de una embajada secreta que iba de parte de uno de los ostensibles reyes vasallos asirios en el área de Cilicia hacia el rey de Urartu. Con esta actuación, evidentemente Midas intentaba establecer relaciones amistosas con Asiria y en la réplica de Sargón, una copia de la cual se conservó en los archivos de Kalhu, éste acoge con júbilo la noticia de que «en medio de la batalla los frigios se hayan convertido en nuestros aliados». Esto es un testimonio elocuente de que los asirios no eran unos salvajes sedientos de sangre con insaciables ambiciones territoriales sino que, al igual que los romanos, se sentían hostilizados por todas partes e incapaces de demostrar ninguna debilidad por miedo a las repercusiones.

La muerte de Sargón es un misterio. La única referen-

cia directa es la constatación de que el rey «fue contra Eshpai, el Kulummaen, lo mataron y el campamento del rey de Asiria... (destrozado)». No sabemos quiénes eran o dónde estaban Eshpai y los Kulummaeans y aunque Senaquerib, hijo y sucesor de Sargón, hace algunas alusiones veladas sobre el acontecimiento, es sólo para deplorar las ofensas que su padre debió de cometer contra los dioses ya que era la única explicación posible de semejante desastre. Sin embargo, el enemigo, que probablemente era sólo una tribu del norte atrapada en un movimiento general, como los cimerios, que se mencionan por primera vez en cartas a Sargón describiendo la derrota infligida a Urartu, no prosiguieron su victoria y Asiria cerró filas inmediatamente junto a Senaquerib, que ya tenía experiencia como virrey militar en las fronteras del norte.

Senaquerib y la caída de Babilonia. De hecho, Sargón había dejado Asiria tan fuerte y bien gobernada que durante los dos primeros años Senaquerib pudo dedicar sus energías a la reconstrucción de Nínive, la cual había seleccionado para que fuera su capital. Aunque siempre de gran importancia, esta antigua ciudad nunca había sido sede de los reyes asirios, pero ahora Senaquerib señaló una vasta área al norte y al sur de la antigua colina de la ciudad (conocida hoy como Kouyunjik) e hizo construir una gran muralla de sillería con enormes puertas con torres. Hacia el oeste, el río Tigris ofrecía una doble protección y se hicieron compuertas especiales en este lado, mientras que otros canales llegaban hasta los pies de la muralla norte de la nueva ciudad. Se creyó que la parte más vulnerable de las defensas estaba en el este y allí se construyó, detrás del cauce seco de un río, otra línea de fortificaciones masivas. En el antiguo montículo del centro se hizo un terraplén artificial y en él se erigió un nuevo palacio real utilizando para ello la mano de obra de prisioneros de guerra. Las paredes del palacio estaban recubier-





Arriba: Relieves neohititas de Kara Tepe en Cilicia, del palacio de Sanduarri; el rey está dando un banquete con acompañamiento de músicos, una burda imitación de las escenas asirias.

Página anterior: Artilugios asirios atacando torres y muros de la ciudad sitiada de Lachish, mientras los defensores arrojan desde dentro teas encendidas; campaña del 700 a.C. (palacio de Senaquerib, Kouyunjik). Museo Británico.

tas de placas de piedra esculpidas que mostraban las campañas de Senaquerib en un idioma artístico nuevo y más vivo y en las cuales los incidentes aislados se habían substituido por escenas que reflejaban una historia continuada y en donde las batallas y asedios tenían lugar sobre un fondo de montañas o de pantanos. Los artistas tampoco omitieron acontecimientos domésticos, especialmente la construcción del propio palacio, con escenas realistas en donde enormes figuras de toros estaban siendo cargadas en balsas o llevadas a su lugar por medio de rodillos, y toda la operación la dirigía el rey en persona.

Una ciudad tan grande también necesitaba un suministro permanente de agua potable para beber y especialmente para regar. Parece que ello fue una preocupación constante de Senaquerib durante todo su reinado y que aprovechó fuentes de agua de un arco de colinas que rodeaban Nínive por el norte, dejando constancia de sus actividades en esculturas e inscripciones a la cabeza de cada gran canal. En uno de los casos el canal cruzaba el lecho de un río estacional y sus ingenieros lo resolvieron con un ancho acueducto enlosado sostenido por pilares especialmente diseñados en forma de botes. En los otros casos, hubo que perforar los canales en la roca viva con sus compuertas y canalillos de escape.

La primera campaña militar de Senaquerib como rey fue contra Babilonia, en donde había una coalición antiasiria liderada por un cierto Marduk-apal-idin. Este hombre, que era jeque de la tribu caldea de Bit-Iakin, se había apoderado de la corona de Babilonia inmediatamente después de la accesión de Sargón al trono de Asiria, el año 722 a.C. y había ostentado el control del sur durante diez años. Más tarde, entre el 710 y el 708 a.C. Sargón había pasado dos años en Babilonia y después de derrotar una alianza en la que se incluía el rey elamita, había perdonado a Mardu-apal-idin y lo había dejado como gobernador de los «Países del Mar» sureños, mientras él «tomaba las manos de Baal» y, por lo tanto, asumía el gobierno directo de Babilonia. Sorprendentemente, este acuerdo funcionó, pero parece ser que la lealtad de Marduk-apal-idin hacia Sargón no incluía a su hijo e, inmediatamente después de la accesión al trono de Senaquerib, se planeó una nueva revuelta. Posiblemente no hubiese tenido consecuencias si Senaquerib hubiese mostrado un interés personal en los asuntos de Babilonia, pero durante dos años no hizo nada por hacer valer su autoridad, cosa que seguramente fue un error fatal ya que a partir de aquel momento la política de Babilonia fue uno de los mayores dolores de cabeza para los reyes de Asiria.

El problema no era fácil: por una parte, Babilonia era partidaria de la civilización mesopotámica tradicional, con las antiguas ciudades y las escuelas de escribas de Babilonia, Nipur, etc., y los asirios reconocieron la cultura de Babilonia y su principal deidad, Marduk; pero, por otra parte, fuera de las ciudades el país estaba invadido por tribus caldeas con poca o ninguna cohesión política y es-

casa simpatía por la población urbana. El control de la parte sur del área, los «Países del Mar», estaba normalmente a salvo en manos de los caldeos y si Asiria deseaba mantener allí el orden por sí misma, era esencial gobernar primero el norte desde la capital, Babilonia. Pero mantener la corona de Babilonia requería efectuar el ritual de «tomar las manos de Baal» (o sea, de la estatua de Marduk en el templo principal llamado Esagila), y para ello era necesaria la presencia física del monarca como mínimo en una ceremonia anual, lo cual no convenía a un rey asirio cuya atención podía ser solicitada en cualquier momento en otra parte de sus vastos dominios. Esto puede explicar, como mínimo en parte, la resistencia de Senaquerib a asumir personalmente el título así como los intentos para encontrar un substituto que ocupase el trono de Babilonia durante el medio siglo siguiente.

La complejidad de la situación se ve confirmada por el hecho de que no fue Marduk-apal-idin sino un nominado local babilonio quien se arriesgó por primera vez a provocar el enojo de los asirios y ocupó el trono. Esto debió soliviantar a Marduk-apal-idin quien, en el año 703 a.C. se desplazó de su base en los «Países del Mar», en donde todavía era reconocido como rey y se apoderó del trono. En el mismo año, Senaquerib respondió a la

Detalle de la batalla con los elamitas en el río Ulai, cerca de Susa. Escenas realistas como ésta aparecen por primera vez en el reinado de Senaquerib (palacio de Assurbanipal, Kouyunjik). Museo Británico.



amenaza y acudió a reafirmar su autoridad; marchó hacia abajo del río Tigris y después de derrotar un ejército elamita en la ciudad de Cuthah, al norte de la ciudad de Babilonia, obligó a Marduk-apal-idin a retirarse del país. Había llevado consigo a elamitas como aliados y, al igual que en una ocasión anterior, dejó que cargasen con el peso de la batalla. Es interesante enterarnos por la Biblia que también había llevado a cabo avanzadillas a través del desierto de Arabia, hasta las ciudades de Palestina, incluyendo al rey Ezequías de Judá, en un esfuerzo por crear una diversión que llevaría al ejército asirio hasta el lejano oeste.

Después de que se retirara Marduk-apal-idin, Senaquerib puso en el trono de Babilonia un noble nacido en el país, llamado Bel-ibni. Este arreglo no fue satisfactorio y en el año 700 a.C., durante una nueva campaña contra Marduk-apal-idin, en la cual finalmente fue obligado a huir a Elam, Bel-ibni fue substituido por el hijo de Senaquerib, Assur-nadin-shumi, que reinó en Babilonia hasta el 694 a.C. Entonces, un renovado conflicto en el sur –aunque probablemente Marduk-apal-idin había muerto, su hijo y otros familiares continuaban activos– hizo que Senaquerib volviese con una gran expedición, ayudado por barcos llevados desde el Mediterráneo por expertos navegantes de Tiro, Sidón y Chipre (Yadnana). Desgraciadamente, tan pronto como la flotilla hubo pasado al Éufrates en dirección a las tierras pantanosas, el nuevo rey elamita, llamado Hallushu, invadió la ciudad de Sippar y consiguió capturar a Assur-nadin-shumi, que fue conducido a la muerte en Elam. Se instaló a un nuevo rey de origen babilonio que reinó durante 18 meses, pero fue derrotado cerca de Nipur por el ejército asirio en su demorada vuelta de los pantanos.

Incluso entonces Senaquerib no subió al trono de Babilonia y pareció haber archivado el problema desde que un jeque caldeo había llenado el vacío. Evidentemente, este estado de cosas no podía durar y en al año 691 a.C. Senaquerib se enfrentó a las fuerzas combinadas de una nueva alianza entre Babilonia y Elam en la ribera este del Tigris, en un lugar llamado Halule, en donde tuvo lugar una gran batalla: el cronista asirio la describe con detalles sangrientos: «Yo (Senaquerib) les corté el cuello como carneros y también les segué sus preciosas vidas como si hubiese sido un hilo; hice que su sangre corriese a ríos por la ancha tierra como una inundación de lluvias torrenciales; los caballos de mi ejército chapoteaban en su sangre derramada como si fuese un río y las ruedas de mis carros de batalla estaban bañadas con su sangre y excrementos». A pesar del indudable salvajismo de la lucha parece que no se llegó a ningún resultado concluyente, pero un par de años más tarde el rey elamita sufrió un ataque de apoplejía por lo que Mushezib-Marduk de Babilonia perdió su principal aliado. Senaquerib aprovechó la oportunidad y, después de un largo asedio, cayó la ciudad de Babilonia; aparentemente, al rey asirio se le había acabado la paciencia y permitió que la soldadesca saquease la famosa ciudad al tiempo que la estatua de Marduk era sacada del templo de Esagila y llevada a Assur.

La pesada carga de un imperio. Durante el último siglo y medio del imperio asirio nadie hubiese negado la superioridad de sus ejércitos y, sin embargo, para mantener esta reputación se necesitaba guerrear continuamente. Ninguna potencia menor se hubiese aventurado a oponerse sola al imperio asirio ni tampoco una gran potencia hubiese provocado voluntariamente una confrontación. Por lo tanto, los principales puntos conflictivos estaban en el sur, en donde las tribus caldeas encontraron apoyo a sus aspiraciones en la antigua reputación de Babilonia y en la fortaleza de Elam en aquellos momentos, así como en el lejano oeste en donde la proximidad de Egipto era un estímulo constante para que los pequeños príncipes de Palestina olvidasen la velocidad con que podían acudir los asirios. Sin embargo, Senaquerib consiguió intimidar a la mayor parte de los estados del sudoeste mediante una demostración de fuerza al principio de su reinado. La mayor parte, como Biblos, Ashdod, Ammon, Edom y Moab, declararon su sumisión antes que probar las armas asirias, pero en Ekron (llamado Anqarruna por los asirios) una partida destronó al protegido asirio y lo envió al rey de Judá, Ezequías, para ser custodiado. Ezequías imprudentemente confió en la ayuda del rey de Egipto –la proverbial «persona quemada»– y si bien no tuvo que abrir las puertas de Jerusalen al rey asirio, perdió su territorio frente a los gobernadores locales partidarios de aquél y se vio obligado a hacer llegar a Senaquerib, que ya estaba de vuelta para Asiria, en Lachish, su sumisión y tributo.

Como resultado de las campañas de Senaquerib, su hijo Asarhaddón (Assur-ahhe-iddina), tuvo pocos problemas en el área de Levante y los que tuvo los pudo resolver inmediatamente. El gobernante de un pequeño estado de Cilicia, el rey Sanduarri, hizo causa común con el nuevo rey de Sidón, Abdi-milkutti, y se rebeló, pero Asarhaddón «lo atrapó como a un pájaro en su montaña» y «en un solo año (676 a.C.) cortó las cabezas de Abdi-milkutti en Teshrit (7° mes) y de Sanduarri en Addar (12° mes)». El estímulo para esta revuelta pudo haber partido de Egipto, como lo fue un año después cuando se rebeló Tiro. Tiro estaba a salvo de asaltos directos y no era susceptible de perecer de hambre a causa de un largo asedio, ya que se hallaba situado en una isla cerca de la costa. Probablemente éste fue el motivo por el que Asarhaddón

decidió atacar el mal de raíz y marchó contra el propio faraón. Después de dos campañas relativamente poco espectaculares en el 675 y 674 a.C., Asarhaddón lanzó sus tropas en el 671 a.C. contra el ofensor Tirhakah a consecuencia de lo cual cayó todo el país, que fue puesto bajo la administración asiria. Naturalmente, pronto se necesitó una nueva campaña y fue en el año 669 a.C. en su camino de vuelta a Egipto que Asarhaddón cayó enfermo y murió.

Si bien las actividades de este rey en el oeste y especialmente su invasión de Egipto, fueron espectaculares y triunfales, examinándolas retrospectivamente dudamos de que fuesen acertadas. En el norte se estaba forjando una amenaza inminente de un tipo que era difícil de combatir. A principios de su reinado, Asarhaddón se vio obligado a repeler a los simerios en los Tauro, en el lejano oeste, en donde habían resurgido después de atravesar las tierras altas orientales de Urartu, el antiguo rival, con el cual se acordó una paz condicional, en vista de la amenaza común. Al este, la situación era todavía más peligrosa y se cultivaban los gérmenes de la muerte final de Asiria. Siguiendo la política de su predecesor, Asarhaddón no intentó ampliar las fronteras de Asiria en esa dirección; algunos de los pequeños estados de Zagros fueron administrados directamente por un gobernador provincial, pero preferentemente se dejaron a cargo de un dirigente local, unido a Asiria por juramentos de fidelidad en forma de un «tratado de vasallaje». Han sobrevivido copias de estos tratados con los pequeños príncipes del este, que se hallaron hechos trizas contra el propio trono del rey en el templo de Nabu, dios de la escritura, en Kalhu (Nimrod). Sin embargo, a pesar de la sarta de castigos horribles que acompañaron los tratados, estos medios tradicionales ya no eran adecuados para habérselas con el nuevo factor en escena, la erupción de grupos del Asia central –como los cimerios y los escitas– que se desplazaban con gran velocidad y en número considerable.

Las inscripciones de Asarhaddón insisten en las incursiones victoriosas muy al interior de los grandes desiertos salados de la meseta iraniana, pero encontramos una imagen más realista en un documento de otro tipo que contiene el texto de una pregunta que el rey dirige al dios sol Shamash, para que le dé la respuesta a través de un hígado. Relacionando los documentos cuneiformes con la literatura clásica, encontramos que el rey solicita con inquietud consejo sobre las propuestas que le ha hecho un cierto Bartatua, que no es otro que el Protothyes de Herodoto: «Shamash, gran señor, por favor, dame una respuesta favorable a la pregunta que te hago: Bartatua, rey de los escitas, ahora ha enviado sus mensajeros a Asarhaddón, rey de Asiria, sobre la hija del rey; cuando Asarhaddón, rey de Asiria, le haya dado su hija en matrimonio, Bartatua, rey de los escitas, ¿hablará sinceramente con palabras honestas de paz con Asarhaddón, rey de Asiria, y mantendrá el tratado de Asarhaddón, rey de Asiria y actuará en todos sentidos bien hacia Asarhaddón, rey de Asiria? Ponte sobre este cordero, ¡oh Shamash! y hazme una señal favorable».

Problemas de sucesión. El rey asirio encajaba en la imagen tradicional de déspota oriental en un aspecto: tenía un gran harén distribuido en distintas capitales, como Assur o Nínive, por lo que no es de extrañar que tuviese buen número de hijos. Si bien en cualquier momento generalmente se aceptaba a una reina como la consorte principal –y como Naqia, la madre de Asarhaddón, podía tener una destacada personalidad– nunca era un resultado inevitable que el hijo mayor de su esposa heredase el trono. El propio Asarhaddón era, citando sus palabras, «el hermano pequeño de mis hermanos mayores», pero fue escogido por Senaquerib como heredero de la corona y promulgado oficialmente príncipe. No es sorprendente que después del asesinato de su padre tuviese que sofocar una rebelión de sus celosos hermanos antes de asumir el poder por lo que su propia experiencia hizo que regulase la sucesión del trono para después de su muerte. Su hijo preferido era Assurbanipal pero Shamash-shum-ukin tenía el mismo derecho al trono. La solución de este dilema fue designar Assurbanipal como heredero real del trono de Asiria, y reservar para Shamash-shum-ukin el igualmente prestigioso título de «rey de Babilonia», si bien quedó claro quien debía ostentar realmente el poder. Para reforzar su decisión Asarhaddón reunió a sus súbditos y reyes vasallos y les hizo jurar que «cuando Asarhaddón, rey de Asiria, muera» instalarían a «Assurbanipal, el príncipe heredero, en el trono real, para que ejerciese como rey y señor de Asiria». También juraron ver a Shamash-shum-ukin sentado a salvo en el trono de Babilonia y ésta fue la ocasión en que se escribieron las tablillas con el gran tratado mencionado anteriormente.

En cierto sentido, estas elaboradas precauciones merecieron la pena: a su muerte las transferencias de poder se hicieron sin problemas y cada hermano fue reconocido como gobernante del reino que le había sido adjudicado. Pero era previsible que Shamash-shum-ukin tuviese dificultades, ya que entre sus súbditos se contaban los descen-

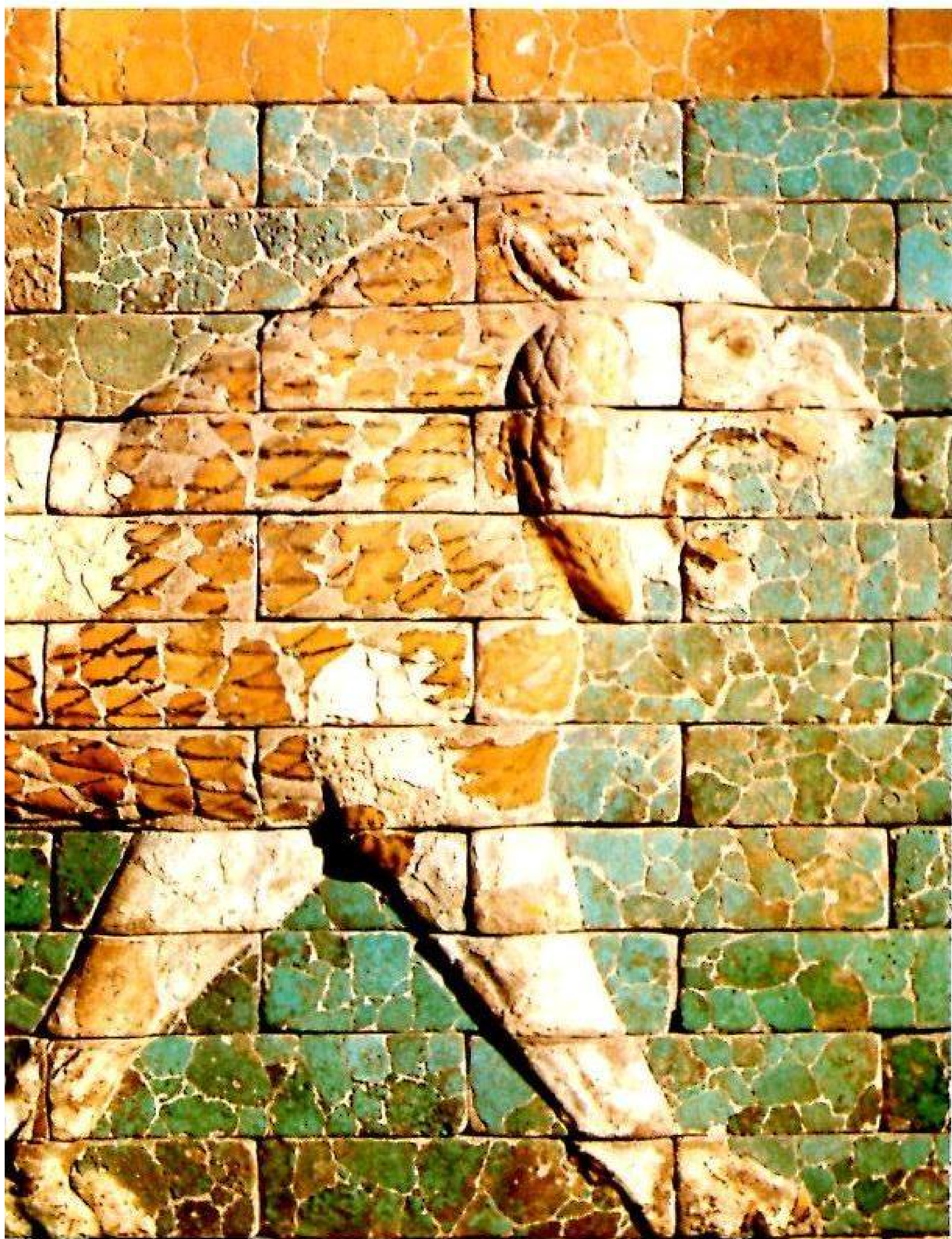
Página siguiente: La Babilonia de Nabucodonosor. Se ve la puerta de Istar y el zigurat de Marduk al fondo a la derecha. Según Unger.



dientes reales y espirituales de Marduk-apal-idin, que había causado incesantes problemas en Babilonia a Sargón y Senaquerib. Finalmente, el año 652 a.C. Shamash-shum-ukin declaró su rebelión, en alianza con el rey de Elam en el este y con los árabes del desierto en el oeste. Sin embargo, se demostró que ninguna de estas alianzas fue satisfactoria, ya que incluso con la infusión de tradiciones militares asirias, los ejércitos de Babilonia no podían competir con las tropas asirias. El final de esta rebelión llegó en el año 648 a.C. cuando Babilonia sucumbió finalmente de hambre después de haber soportado un asedio de dos años y Shamash-shum-ukin se lanzó a las llamas de su propio palacio. Después de él, en las listas figura un misterioso personaje llamado Kandalanu como rey de Babilonia y parece probable que éste fuera el nombre adoptado por Assurbanipal como rey, quien volvió a asumir el mando directo como el mejor remedio para sus persistentes dolores de cabeza.

El rey sabio de Asiria. Los escribas de Assurbanipal nos han dejado relatos admirables de sus triunfos militares pero sin duda para él, al igual que para nosotros, el triunfo principal no lo consiguió con la espada sino con el estilo. La biblioteca que fundó en Nínive le acredita como uno de los más ilustres mecenas de las letras, y éste es un título que él, ciertamente, hubiese deseado. Con respecto a su aprendizaje nos dice que «resuelvo correspondencias y productos matemáticos complejos que aparentemente no tienen solución y leo abstrusas tablillas, el sumerio de las cuales es oscuro y el acadio difícil de construir». Sigue entonces describiendo sus proezas en otros aspectos, por ejemplo en el lanzamiento de jabalina, y posiblemente no alcanzó un alto grado de destreza como escriba, a juzgar por las tablillas que escribieron en su lugar algunos de sus expertos. Ello no desmerece el hecho de que las tablillas bellamente escritas excavadas en el montículo de Kouyunjik por Layard, Rassam y George Smith, hayan brindado a los asiriólogos las piezas maestras de la literatura de la antigua Mesopotamia: el relato épico de Gilgamesh y el de la Creación, por nombrar solamente dos. También facilitó una gran variedad de literatura cuneiforme así como los medios de descifrarla, en forma de los compendios de léxico, palabras y sinónimos, en acadio y sumerio, que ahora constituyen la espina dorsal de la lexicografía de los dos idiomas.

Uno de los leones de ladrillo vidriado (consagrado a Istar) de la avenida procesional que llevaba a la puerta de Istar, en Babilonia. Louvre.



Hay amplia evidencia de que es al propio Assurbanipal a quien se lo debemos. El suyo fue un intento deliberado de reunir un corpus de literatura cuneiforme, y ordenó a sus escribas que buscasen composiciones y las escribiesen, si fuera necesario, en series enormes. Tenemos una carta escrita por el propio rey dando instrucciones para la recopilación de diferentes textos religiosos y de adivinación de las bibliotecas de templos y privadas de Borsippa. En otra carta, uno de sus súbditos le informa que lleva desde Babilonia «una antigua tablilla escrita por Hammurabi».

Decadencia y caída. Es difícil creer que fuese una coincidencia que la tarea de fundar y llenar la biblioteca mayor de Asiria fuese realizada por su último gran rey. Tanto en el mundo cultural como en el político se abrían paso nuevas fuerzas y la biblioteca de Assurbanipal puede considerarse un intento de conservar las antiguas tradiciones cuneiformes que iban desapareciendo rápidamente para dar paso a la vigorosa influencia del lenguaje arameo y de su escritura alfabética. Si bien se podía sentir el declive cultural difícilmente podía preverse, en cambio, la muerte política de Asiria. El reinado de Assurbanipal no careció, ni mucho menos, de gloria: aunque sufrió el normal hostigamiento por parte de los árabes del desierto e incluso se vio forzado a retirarse de los territorios conquistados por su padre en Egipto, consiguió resolver con efectividad el problema babilonio; con frecuencia derrotó, y al final casi destronó completamente a los reyes elamitas y solventó con

éxito las amenazas de los cimerios en las lejanas fronteras del noroeste, en respuesta a la solicitud de Gyges, rey de Lidia.

Sin embargo, estos acontecimientos pertenecen a la primera parte de su reinado y el silencio de los últimos años es un mal presagio. Assurbanipal murió en algún momento entre el 631 y el 627 a.C. y aunque sus últimos años pudieron ser problemáticos, es sólo después de su muerte cuando fueron caóticos. En menos de un cuarto de siglo, Asiria se vio desmembrada por luchas internas y en Babilonia, a partir del año 626, un jeque llamado Nabopolasar gradualmente impuso su dominio sobre todo el sur. Hubo una rápida sucesión de reyes asirios, pero sin documentos históricos detallados se nos escapa el curso de los acontecimientos. Sin embargo, están claros los principales sucesos: en el año 614 a.C. fue atacada y saqueada la ciudad de Assur por un ejército de medos en colaboración con los babilonios y en el 612 a.C. fue tomada la propia Nínive y aquella «enorme ciudad que se tardaba tres días en recorrer» de Jonás, encontró su fin a manos de los aliados medos y babilonios. La pérdida de Nínive fue decisiva: en palabras del profeta Nahum, los reyes de Asiria «son como las langostas y sus capitanes como grandes saltamontes, que se esconden en los setos cuando el día es frío, pero cuando el sol se levanta huyen y no se sabe el lugar en donde están». Tal como predijo, sus gentes fueron «diseminadas por las montañas», e incluso si bajo Assur-ubalit se reorganizó una corte asiria en Harran, cerca del Éufrates, ello no fue más que un gesto. El reinado de este último rey de Asiria se evaporó en el año 605 a.C. como un simple efecto secundario de acontecimientos más importantes por los cuales en la batalla de Carchemish el ejército egipcio –ahora de parte de los asirios– sufrió un severo revés a manos de un ejército babilonio conducido por el hijo de Nabopolasar, Nabucodonosor.

El nuevo orden. La caída del imperio asirio no fue súbita, pero su desaparición como entidad política debió ser más bien inesperada. Otros imperios se habían colapsado con anterioridad, como por ejemplo el reino hitita, pero sus creadores habían sobrevivido de una u otra forma, mientras que Asiria se desvanece sin dejar rastro. Uno de los motivos es su absorción por un mundo arameo cuyas fronteras no eran políticas, aunque irónicamente esta primera «dueña del mundo» también cayó víctima de la eficiencia de su administración imperial. Porque el gradual proceso de absorción que había empezado en las tierras situadas entre el Tigris y el Éufrates y se había expandido, bajo Tiglath-pileser III y sus sucesores, a todo el Oriente Próximo, desde Egipto al mar Caspio, había erradicado la mayor parte de dinastías locales y dejado en su lugar gobernantes y guarniciones asirias, que sin el apoyo indígena dependían enteramente de la administración local para su coordinación. La consecuencia fue que el colapso del imperio asirio dejó un vacío de poder que absorbió a Egipto, Babilonia y la estrella creciente de Media. Con la destrucción de Nínive, las antiguas tierras del corazón de Asiria fueron parceladas y repartidas entre ellos y durante muchos siglos, el área entre Persia y el Mediterráneo fue una desatendida tierra de paso para los ejércitos de Ciro, Alejandro, y sus sucesores. Sin embargo, en el momento a que nos referimos, la corona de los reyes asirios pasó a una nueva dinastía en Babilonia. Su fundador, Nabopolasar, había muerto allí en el año 605 a.C. después de reinar durante 21 años y lo sucedió su hijo Nabucodonosor que acabó su seguimiento militar de la victoria de Carchemish en el oeste para volver a la capital y asegurar su sucesión.

El reinado de Nabucodonosor duró 43 años y su gloria elevó Babilonia, a los ojos de sus contemporáneos, hasta considerarla homóloga de Asiria. Sin embargo, Nabucodonosor, aunque había demostrado ser un general competente no era, ni mucho menos, un conquistador del mundo al estilo asirio. Aquellos años dan la impresión de una calma antinatural, como si el oeste de Asia se hallase en el ojo del huracán. Es cierto que en el sudoeste, el antagonismo continuado con Egipto produjo un cierto número de enfrentamientos militares, aunque fueran poco más que escaramuzas. Al igual que los asirios antes que él, Nabucodonosor tuvo problemas con los árabes del desierto y con Tiro –a salvo en su isla hasta que entra en escena Alejandro– pero quizás el más importante de los acontecimientos secundarios, y ciertamente el mejor documentado, fue protagonizado por el pequeño estado de Judá.

Allí, en el año 597 a.C. la ciudad de Jerusalen cayó frente a los ejércitos de Babilonia y su rey fue hecho prisionero con su corte. Sólo 11 años más tarde, en el 586 a.C., después de una segunda insurrección, dejaron ciego a Zedekiah –nombrado rey por Nabucodonosor– que fue conducido al exilio junto con buena parte de la población rebelde de la ciudad, por aguas de Babilonia. Aparte de esto, no sabemos nada más de campañas militares, seguramente porque los reyes de Babilonia no usaban el estilo asirio en la inscripción de sus gestas, pero también porque con la ayuda de las tradiciones administrativas y militares heredadas de los asirios, Nabucodonosor pudo mantener su imperio sin recurrir a grandes campañas anuales. En lo que respecta a las fronteras del norte y del este, estaban cerradas por el creciente imperio medo,

que penetró en Anatolia hasta el río Halys. Allí, después de una batalla que no fue decisiva en el año 585 a.C., se fijó una frontera entre el medo Ciaxares y el rey lidio Aliates que controlaba el oeste, con la ayuda de un babilonio y un cilicio que, según Herodoto, fueron llamados para actuar como árbitros.

Babilonia. La pretensión de Nabucodonosor de ser un gran rey debe basarse en sus éxitos en la paz y esto quiere decir en la capital que construyó. Aunque desde los días de Hammurabi Babilonia fue reconocida como la principal ciudad del sur y el trono del país había sido llevado con gran prestigio, la ciudad no había sido la metrópolis de un imperio y Nabopolasar había tenido poco tiempo libre durante su lucha por la supremacía para dedicarse a ambiciosos programas de construcción. Sin embargo, Nabucodonosor decidió hacer de Babilonia la mayor ciudad que el mundo hubiera conocido jamás. En sus propias inscripciones relata con amoroso detalle los progresos de su nueva capital, de su doble muralla defensiva por la cual, según Herodoto, podía pasar un carro tirado por cuatro caballos, y de sus templos y palacios.

Su orgullo está justificado no sólo por la realidad descubierta en las excavaciones de Koldewey, sino también por la reputación que adquirió Babilonia entre sus contemporáneos. Herodoto le dedica una larga y esencialmente precisa descripción y los griegos dieron fama mundial a Nabucodonosor como el creador de una de las siete maravillas del mundo, los jardines colgantes, que construyó para una princesa que añoraba sus colinas del este. Es triste que hoy apenas quede nada con lo que el visitante de Babilonia pueda reconstruir en su imaginación las glorias pasadas. Las principales edificaciones fueron hechas con barro cocido a un coste enorme pero, irónicamente, ello contribuyó a la destrucción de la ciudad ya que sirvió, durante siglos, de cantera de donde sacar el mejor material de construcción. Con la espléndida fila de toros y dragones en ladrillos vidriados de colores a lo largo de la avenida procesional, como mínimo parte de la ciudad debió ser realmente espectacular, pero ahora los bajos montículos de ruinas, rotos solamente por las siluetas melladas de las estancias del palacio tienen poco atractivo, comparado con los relieves narrativos de los reyes asirios.

Los últimos años de la hegemonía de Mesopotamia. Los principios que guiaron la designación de reyes durante el imperio neobabilonio son oscuros. Es cierto que Nabucodonosor sucedió a su padre y que a él le sucedió su hijo, que pronto se demostró que era incapaz y, al cabo de dos años, fue sustituido no por otro hijo sino por su cuñado, un caballero distinguido pero más bien anciano llamado Nergal-shar-usur (Neriglissar). Parece que gobernó con cierto éxito hasta su muerte natural, ocurrida unos cuatro años más tarde. Su hijo, que le sucedió en el año 556 a.C. duró sólo unos cuantos meses.

Entonces el trono, sin razón aparente, pasó a manos de otro hombre de estado, más bien mayor, llamado Nabunaid (Nabonido), pero aunque probablemente fue el mismo babilonio que negoció la paz entre Lidia y Media en el año 585 a.C., pronto quedó claro que no era el monarca vigoroso que necesitaba aquel país en aquellas circunstancias. Porque mientras a su alrededor la escena política era cambiante y se percibía un nuevo orden en el horizonte, los intereses de Nabonido, a juzgar por sus inscripciones, estaban centrados en la restauración de los antiguos altares de Sumer y Akkad. Tenemos documentación que explica con todo detalle el cuidado académico con el cual se consultaban los oráculos, se reexcavaban los cimientos del templo y se identificaban tan atrás como Sargón y Naram-Sin de Akkad. En ninguna parte queda tan claro el contraste como en las palabras del propio Nabonido:

«Al principio de mi reinado los dioses se me aparecieron en un sueño: en él estaban juntos Marduk, gran señor, y Sin (dios de la luna) luz del cielo y de la tierra. Y Marduk me dijo, "Nabonido, rey de Babilonia, trae ladrillos en tu caballo y carro y construye el templo en Ehulhul para que Sin, gran señor, pueda hacer de él su morada". Yo repliqué reverentemente a Marduk, jefe de los dioses, "Ese templo que me mandas que construya está rodeado por el bárbaro (o sea, Media), y sus fuerzas son todopoderosas", pero Marduk me dijo, "El bárbaro de quien me hablas, él y su tierra y los reyes que van a su lado, no existirán". Y, ciertamente, después de tres años su joven vasallo Ciro, rey de Ansham, le destronó y con su pequeño ejército diseminó las hordas de los bárbaros e hizo prisionero a Astiages, rey de Media, y se lo llevó a su tierra».

Quizás porque su madre, que murió en el 547 a.C. a la edad de 104 años, fue devota del dios Sin, Nabonido también sintió especial adoración por él. Esto lo manifestó, en parte, reconstruyendo su templo en Harran en un momento en que el «joven vasallo» de Astiages estaba arrasando y ocupando el resto del Asia occidental. Sin embargo, lo que fue todavía más grave, es que esto produjo un distanciamiento entre Nabonido y los babilonios. No queda claro si el enfrentamiento fue sólo con la poderosa camarilla sacerdotal celosa de la posición de Marduk o con toda la población, pero lo cierto es que en el sexto año

de su reinado Nabonido dejó el gobierno de Babilonia en manos de su hijo Bel-shar-usur (Belshazzar) y vivió durante diez años recluido voluntariamente en el oasis de Tema, en mitad del desierto arábigo, no volviendo a Babilonia ni siquiera para las exequias funerarias de su madre. Cuando, en el año 539 a.C., Nabonido finalmente volvió a su capital, su destino ya estaba escrito. Después de la derrota de Creso de Lidia, Ciro lógicamente debía añadir a su imperio el antiguo centro de la civilización. Los cronistas locales describen lacónicamente los últimos días de la independencia de Babilonia: «En el día 14 del mes 7º Sippar fue tomada sin luchar y Nabonido huyó. En el día 16 Ugbaru, gobernador de Gutium, y el ejército de Ciro entraron en Babilonia, que no ofreció resistencia. Nabonido fue capturado en Babilonia después de su huida... En el día 3 del mes 8º Ciro entró en Babilonia».

Una muestra de la expansión de los horizontes mundiales en aquellos momentos es que este acontecimiento está escrito de acuerdo con la tradición clásica y bíblica. Herodoto explica de la siguiente manera cómo ocurrió la captura de la gran ciudad fortificada en ausencia de Ciro y sin ofrecer resistencia: «Ciro apostó su ejército en donde el río entra en la ciudad y otro destacamento en el arroyo que sale de ella e instruyó a sus tropas para que hiciesen su entrada en la ciudad por el canal del Éufrates cuando viesen que era vadeable». Él mismo remontó el río para desviarlo hacia un lago y su ejército pudo entrar en la ciudad por el lecho del Éufrates. «Debido a las grandes dimensiones de la ciudad –como afirman sus habitantes– los del exterior fueron vencidos mientras que los del centro no se habían enterado y continuaban el baile y la juerga en un festival que habían organizado, y cuando lo descubrieron, ya era un hecho consumado.» En consecuencia, Babilonia cayó por defecto. Si el festival de Belshazzar era o no la fiesta decadente descrita por el profeta Daniel, al cabo de 2.000 años de supremacía mundial Mesopotamia había quemado su último cartucho. Después, las iniciativas políticas y culturales se originarían fuera del Oriente Próximo. Mesopotamia fue absorbida por Persia y después por el mundo heleno, y las tradiciones cuneiformes pronto se diluyeron en débiles ecos encontrados en la Biblia y en las colecciones de anticuarios griegos.

Glosario

Abdi-milkutti rey de **Sidón**. No se conocen las fechas exactas, pero fue decapitado en el año 676 a.C. después de rebelarse contra Asarhaddón e intentar huir a Chipre.

Abu Habbad. Nombre actual del emplazamiento de la antigua **Sippar**.

Abu Salabikh. Yacimiento de una ciudad sumeria, hasta ahora no identificada, a unas 14 millas de Nipur.

Abu Shahrain. Nombre actual del emplazamiento de la antigua **Eridu**.

Acadio. Lenguaje semítico hablado en Mesopotamia desde que tenemos documentación, y probablemente antes. El primero bien conocido es el «acadio antiguo», dialecto hablado por la dinastía de Akkad. Más tarde aparece en el sur como **babilonio** y se convierte en el lenguaje literario de todo el Oriente Próximo y en el norte se transforma en el dialecto **asirio**.

Adab. Ciudad del interior de Sumer, en el antiguo Éufrates, ahora emplazamiento de Bismayah.

Adad. Principal dios de la tempestad del panteón de Mesopotamia, adorado también en Siria y Palestina (como Hadad). Tuvo una especial preeminencia durante el primer milenio a.C. con la llegada de las tribus arameas.

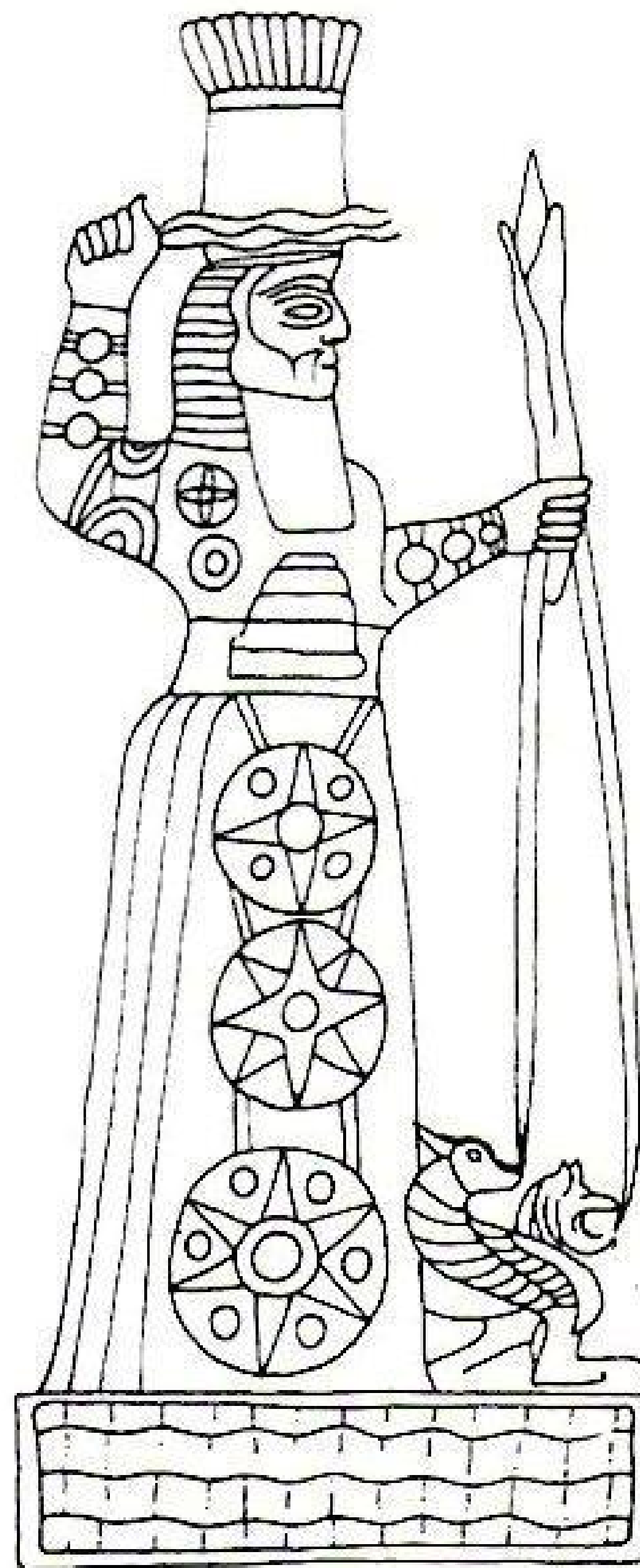
Adad-idri. Nombre asirio del arameo Hadadezer, que fue el principal oponente de Salmanasar III (h. 850 a.C.) y es mencionado en la Biblia como Ben-Hadad, rey de Damasco.

Adad-nirari. Nombre de tres reyes de **Asiria**, especialmente Adad-nirari I (1307-1275 a.C.).

Adapa. Mítico «hombre sabio» de la ciudad de **Eridu** e hijo del dios **Ea**. Es el héroe de un poema en el cual «rompió el ala del viento del sur» pero, siguiendo los consejos de su padre, visitó el cielo y obtuvo el perdón.

Aka. Rey de Kish e hijo de **En-mebaragesi**. En el relato épico de «Gilgamesh y Aka» se cuenta cómo el ejército de Kish, conducido por Aka, fue desafiado por **Gilgamesh** de Uruk.

Akkad, Dinastía de. Fundada por **Sargón** (nombre original: Sharrum-ken), 2334-2279 a.C. a quien sucedieron sus dos hijos, Rimush, 2278-2270 a.C. y Manishtushu, 2269-2255 A.C., y su nieto **Naram-Sin**, 2254-2218 a.C. La dinastía sobrevivió otros 64 años de forma muy reducida.



El dios Adad

Akkad. Nombre de la capital de la dinastía de Akkad, fundada por Sargón. Nunca se ha identificado su emplazamiento exacto, pero probablemente no estaba lejos de Kish. A partir de su dinastía, el sur de Mesopotamia fue llamado la tierra de «Sumer y Akkad».

Al-Hiba. Nombre actual del antiguo emplazamiento de **Lagash**.

Alalakh. Ciudad y pequeño estado del segundo milenio a.C. en el Orontes, en la ruta de Alepo a Ugarit. Su nombre actual es Tell Açana y fue excavado por sir Leonard **Woolley** antes y después de la Segunda Guerra Mundial.

Alejandro Magno. Hijo de Filipo de Macedonia. Conquistó Mesopotamia después de la batalla de Gaugamela en la cual derrotó a Darío III en el año 331 a.C. y murió más tarde en Babilonia (323 a.C.) después de sus conquistas en el este.

Alepo. Ciudad importante del norte de Siria, capital del estado de Yamhad a principios del segundo milenio a.C. y más tarde de gran importancia en el imperio hitita bajo el nombre de Halpa.

Aliates. Rey de Lidia que se enfrentó a los invasores medas bajo **Astiages** en la batalla del río Halys la cual, debido a un eclipse, se puede situar en el año 585 a.C.

Aluvión. Tierras depositadas por los ríos en el sur de Mesopotamia que forman una profunda y potencialmente fértil llanura sujeta a inundaciones.

Amanos. Cadena montañosa, que se proyecta al sur hacia la costa de Levante desde los Tauro y que se extiende por la ruta de Siria a Cilicia. Famosa por sus cedros.

Amar-Sin (o Amar-Suen). Nombre del tercer rey de la III Dinastía **Ur**.

Amarna, Era. Período del que tenemos información por la correspondencia del palacio del rey Akenatón, en El Amarna, Egipto (h. 1400 a.C.).

Amenofis. Nombre de dos reyes de la XVIII Dinastía de Egipto. En especial Amenofis III (1417-1379 a.C.) y su hijo Amenofis IV (Akenatón, 1379-1362 a.C.) están relacionados con la correspondencia de «Amarna».

Amoritas. Tribus nómadas del desierto de Arabia, de las que se tiene noticia por primera vez durante la dinastía acadia. Durante el período de Ur III y desórdenes subsiguientes establecieron dinastías locales en el Asia occidental. Su lenguaje, conocido solamente por sus nombres, pertenece al grupo semítico del oeste.

An, Anum. Nombres sumerio y acadio del dios del cielo (en sumerio *an* significa cielo). Fue venerado especialmente en **Uruk**, pero no tuvo gran imporancia en los tiempos históricos.

Andrae, Walter. (1875-1956) Arqueólo alemán que dirigió las excavaciones de **Assur** desde 1903 a 1914. Después de la Primera Guerra Mundial trabajó en el Departamento de Oriente Próximo del Museo de Berlín, del cual fue director a partir de 1928.

Antigua Dinastía, período de la. Término acuñado por H. Frankfort para describir el período entre Uruk y Jamdat Nasr (=**protoliterario**) y la accesión de Sargón de Akkad, o sea h. 3000-2350 a.C. Se ha dividido convencionalmente en:
Antigua Dinastía I, h. 3000-2750 a.C.
Antigua Dinastía II, h. 2750-2600 a.C.
Antigua Dinastía III, h. 2600-2350 a.C.

Apotropaica, figurilla. Estatuilla mágica de un animal o ser sobrenatural, que se utilizaba para ahuyentar los malos espíritus. Se enterraba en los cimientos, bajo el umbral de los edificios.



Figurilla Apotropaica

Aqar-Quf. Nombre actual del emplazamiento de la antigua Dur-Kurigalzu, cerca de Bagdad y que fue capital de los reyes **casitas** por poco tiempo.

Árabes. Las primeras noticias de ellos figuran en las inscripciones de Salmanasar III (858-824 a.C.) y se encuentran durante los dos siglos siguientes como nómadas –que iban sobre camellos– del desierto arábigo.

Aram. Rey de **Urartu**, que luchó con Adad-idri de Damasco contra Salmanasar III de Asiria.

Arameos. Tribus nómadas que invadieron las áreas pobladas del Oriente Próximo, en el año 1000 a.C. y fundaron dinastías locales. Si bien fueron absorbidos políticamente por el imperio asirio su lenguaje, el arameo, se convirtió en la *lingua franca* del área y todavía sobrevive en la actualidad. Partes de la Biblia están escritas en arameo.

Argistis. Nombre de dos reyes de **Urartu**.

Arnuwandas. Nombre de tres reyes **hititas**.

Artatama. Nombre de un rey de **Mitani**, derrotado por su rival **Tushratta**.

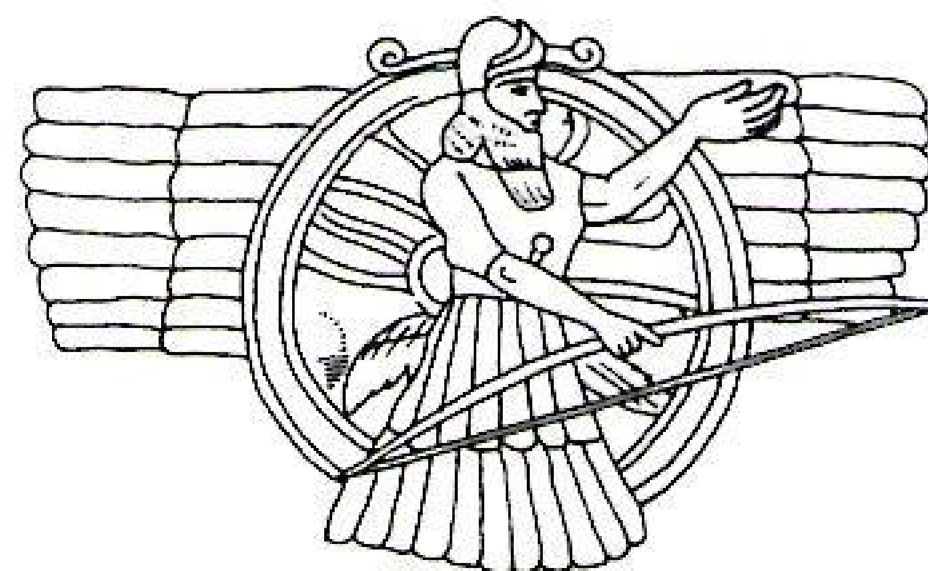
Aruspicina. Costumbre de inspeccionar las entrañas de animales sacrificados, para obtener de ellos signos adivinatorios.

Asarhaddón. (Assur-aha-iddina) Forma bíblica del nombre del rey de Asiria después de Senaquerib (680-669 a.C.)

Asiria. «La tierra de **Assur**». Área del norte de Mesopotamia, con las ciudades de **Assur**, Nínive y Kalhu (Nimrod). Más tarde fue el territorio de todo el imperio asirio.
A continuación figura la lista de los reyes asirios del período neoasirio [de acuerdo con las fechas de J. A. Brinkman en el libro de A. L. Oppenheim *Ancien Mesopotamia* (Antigua Mesopotamia), págs. 335-47]:

Assur-dan II	934-912
Adad-nirari II	911-891
Tukulti Nimurta II	890-884
Assurnasirpal II	883-859
Salmanasar III	858-824
Shamshi-adad V	823-811
Adad-nirari III	810-783
Salmanasar IV	782-773
Assur-dan III	772-755
Assur-nirari V	754-745
Tiglath-pileser III	744-727
Salmanasar V	726-722
Sargón II	721-705
Senaquerib	704-681
Asarhaddón	680-669
Assurbanipal	668-627
Assur-etelli-ilani	626-624?
Sin-shum-lishir	?
Sin-shar-ishkun	?-612
Assur-ubalit II	611-609

Asirio. Dialecto del **acadio** encontrado por primera vez en Assur (h. 1900 a.C.) que sobrevivió hasta el colapso del Imperio Asirio como lengua vernácula del norte de Mesopotamia.



Disco alado del dios Assur

Assur. Nombre de la capital de **Asiria** (y de su dios), donde hoy está emplazada Qalat Sherqat.

Assur-bel-kala. (1074-1057 a.C.) Hijo de Tiglath-pileser I y rey de Asiria.

Assur-dan. Nombre de tres reyes asirios, especialmente Assur-dan I (1179-1134 a.C.).

Assur-nadin-shumi. Nombre del hijo mayor de **Senaquerib**: designado rey de Babilonia en el año 699 a.C. y capturado y matado por los elamitas en el 694 a.C.

Assur-nirari. Nombre de cinco reyes de Asiria, especialmente Assur-nirari V (754-745 a.C.), que concluyó un tratado con **Mati'el** de Arpad.

Assur-ubalit. Nombre de dos reyes asirios, especialmente Assur-ubalit I, virtual fundador del imperio asirio (1365-1330 a.C.).

Assurbanipal. Último gran rey de **Asiria**.

Assurnasirpal. Nombre de dos reyes asirios, especialmente Assurnasirpal II (883-859 a.C.).

Astiages. Rey de Media e hijo de Ciaxares; destronado por **Ciro** (h. 550 a.C.) quien, de acuerdo con la leyenda, era hijo de su hija.

Awan, Dinastía de. Línea de monarcas que reinaron en Elam durante la Antigua Dinastía III y ocuparon brevemente el trono de Sumer. Se desconoce el emplazamiento exacto de Awan.

Baal. «Señor», un nombre de **Marduk** principal dios de Babilonia.

Babilonia. Ciudad que destacó en primer lugar como sede de la I Dinastía de Babilonia, de la cual Hammurabi fue el miembro más importante y que finalizó en 1595 a.C. Continuó siendo la capital del sur hasta la fundación de Seleucia, en el Tigris, por el sucesor de **Alejandro.**

Babilonio. Dialecto del **acadio** usado en el sur y estandarizado en la época de Hammurabi. Convencionalmente el lenguaje escrito se divide en Antiguo (hacia el 1595 a.C.), Medio (hacia el 1000 a.C.) y Último.

Bagdad. Capital del Irak actual, fundada en el Tigris en el año 762 d.C. por el califa Mansur, y capital del Califato de Abbasid.

Bahrein. Isla del golfo Pérsico junto a la costa de Arabia. Servía de estación intermedia en los viajes por mar hacia el golfo del valle del Indo y se identifica con la antigua **Dilmun.**

Bartatua. Traducción acadia del nombre del rey escita que menciona (como padre del rey Madyas que estuvo presente en el saqueo de Nínive) **Herodoto** como Protothyes.

Bau. Diosa principal de la ciudad de **Girsu** y esposa de Ningirsu.

Beduinos. Modernas tribus árabes que llevan una vida nómada en el desierto de Arabia.

Bel-ibni. Noble babilonio designado por **Senaquerib** para gobernar Babilonia después de la derrota de Marduk-apal-idin. Sólo duró dos años (702-700 a.C.).

Bel-shar-usur (o Belshazzar). Hijo de **Nabonido** y monarca reinante de Babilonia durante los años que su padre vivió en Tema (h. 550-540 a.C.). Citado en la Biblia como Belshazzar, en cuya fiesta se vio escrito en el muro el presagio de la conquista de Ciro (Libro de Daniel).

Bell, Gertrude M. Lowthian (1868-1926). Viajera y erudita británica, y alpinista entusiasta. Después de importantes servicios políticos en la creación del nuevo estado de Irak, se quedó en el país y fundó su Departamento de Antigüedades.

Birs Nimrud. Nombre actual del emplazamiento de la antigua **Borsippa.**

Bismayah. Lugar de la antigua **Adab.**

Bit-Yakin. «La casa de Yakin»; nombre de un gran grupo tribal **caldeo**, al sur de Babilonia, al cual pertenecía **Marduk-apal-idin.**

Borsippa. Ciudad cercana a Babilonia, al oeste del Éufrates y hogar del dios **Nabu.** Su nombre actual es Birs Nimrud. Excavada por **Rawlinson** y la expedición germano babilónica.

Botta, Paul-Emile (1802-1870). Primer descubridor de las esculturas asirias de Khorsabad. Por este motivo fue nombrado vicecónsul de Francia en Mosul en 1842. Más tarde fue cónsul en Jerusalén (1848) y en Trípoli (1855).

Breasted, J. H. (1865-1935). Famoso egiptólogo e historiador de la antigüedad. Desde 1919 hasta su fallecimiento fue director del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago y principal instigador de su programa de excavaciones en el Oriente Próximo.

Buckingham, James Silk (1786-1855). Viajero inglés, autor de una serie de libros sobre sus desplazamientos por el Oriente Próximo, durante la mayor parte de los cuales iba vestido como un caballero egipcio. Más tarde fue miembro del Parlamento (1832-1837).

Budge, sir Ernest Alfred Wallis (1857-1934). Orientalista británico que fue miembro y después Conservador del Departamento de Antigüedades Egipcias y Asirias (1893-1924). Publicó muchos trabajos sobre temas egipcios, sirios y etíopes.

Burnaburiash. Nombre de dos reyes **casitas**, especialmente Burnaburiash II (1375-1347 a.C.).

Caldea. Otro nombre de Babilonia y de las tribus que la habitaron durante el primer milenio a.C. La Dinastía Caldea fue la última dinastía babilónica.

A continuación damos la lista de reyes (las fechas según J. A. Brinkman en el libro de A. L. Oppenheim, *Ancient Mesopotamia*, páginas 335-347):

Nabopolasar	625-605
Nabucodonosor II	604-562
Evil-Merodach	561-560
Neriglissar	559-556
Labasi-Marduk	556
Nabonido	555-539

Canning, sir Stratford (1786-1880; último primer vizconde Stratford de Redcliffe). Embajador británico ante la Sublime Puerta (o sea, el sultán de Turquía), desde 1825 hasta 1829 y de nuevo desde 1841 hasta 1857. Durante el segundo período ayudó a **Layard** con fondos y apoyo en sus excavaciones en Asiria.

Carchemish. (Antigua Kargamish, actual Jerablus). Importante ciudad del Éufrates en la actual frontera turco-siria. Conocida en los textos de Mari, en los documentos hititas y como el centro de un pequeño reino, en la cual se hallaron las esculturas excavadas por una expedición del Museo Británico (dirigidas por Woolley, Hogarth y T. E. Lawrence).

Casitas. Raza que adquirió el control de Babilonia después del colapso de su I Dinastía. Parece que estaban muy relacionados con el país montañoso del noreste. Su lenguaje no es **semítico** ni **indoeuropeo.**

Ciaxares. Rey de Media que se alió con **Nabopolasar** para derribar el imperio asirio (h. 612 a.C.). Le sucedió h.584 a.C. su hijo **Astiages.**

Cilicia. Parte de Anatolia limitada al norte por los montes Tauro y al sur por el Mediterráneo. En la época clásica estaba dividida entre las llanuras costeras y la «Cilicia Abrupta», la parte montañosa del norte. Durante el segundo milenio se la conoció como Kizzuwadna, y en el primer milenio los asirios la llamaban Que.

Cimerios. Hordas nómadas del Asia Central que precedieron a los **escitas** y presionaron contra los reinos establecidos de Urartu, Frigia y Asiria en los siglos VII y VIII a.C.

Ciro I. Fundador del imperio persa. Destronó **Astiages** y sometió a **Creso** de Lidia y a **Nabonido** de Babilonia. Murió en el año 529 a.C. y le sucedió Cambyses.

Ciudad-estado. Unidad política centrada en y controlada por una sola ciudad.

Cornalina. Piedra roja del grupo de la calcedonia, muy apreciada en Mesopotamia para hacer gargantillas.

Creación, Relato épico de la, Título moderno de un poema religioso acadio en loor de **Marduk**, que se recitaba en Babilonia durante los rituales de Año Nuevo. Relata la rebelión de los dioses del infierno, dirigidos por la personificación del mar (Tiamat), contra los grandes dioses y cómo Marduk fue finalmente mandado contra ella y de su cadáver creó el mundo, en reconocimiento de lo cual fue coronado rey de los dioses.

Creso. Rey de Lidia, famoso en la tradición griega por sus riquezas, pero que fue conquistado en su capital, Sardis, por Ciro.

Cronología. Hay una discrepancia de más de 100 años antes de la Era Amarna debido a la «Edad Oscura» que siguió a la I Dinastía de Babilonia. Aquí seguimos la llamada «Cronología Media» que sitúa el final de la I Dinastía en el año 1595 a.C. y las fechas que da J. A. Brinkman en el libro de A. L. Oppenheim *Ancient Mesopotamia*, págs. 335-347.

«Cronología Media». Ver **Cronología.**

Cuthah. Ciudad al norte de Babilonia, cerca de Kish, hoy llamada Tell Ibrahim.

Darío I (521-486 a.C.). Sucedió a Cambyses en el trono de Persia y emprendió la primera invasión persa de Grecia en el 490 a.C. Autor de la inscripción trilingüe de Behistun, gracias a la cual **Rawlinson** descifró la escritura cuneiforme.

De Sarzec, Ernest (1837-1901). Excavador francés de Tello (Girsu), nombrado vicecónsul en Basra (1877) y después cónsul en Bagdad. Hecho ministro plenipotenciario en 1899.

Delougaz, Pinhas (1901-1974). Miembro de la expedición a Diyala, responsable de las excavaciones de Khafajah y posteriormente profesor del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago.

Dilmun. En la literatura sumeria una especie de paraíso, pero conocido a través de documentos económicos como un lugar para hacer escala en la ruta marítima hacia el Indo. Casi con toda seguridad se trata de la isla de **Bahrein.**

Diodoro Sículo. Historiador griego (de Sicilia) que vivió h. 40 a.C. y escribió una historia mundial en 40 tomos, de los cuales se conservan 15. Incluye algunos detalles de Mesopotamia pero, dependiendo de las fuentes, merecen una credibilidad variable.

Dolerita. Roca ígnea con la cual se dice que se hicieron las estatuas de **Gudea** de piedra negra.

Drehem. Nombre actual del emplazamiento de la antigua Puzrish-Dagan, un lugar administrativo para la cría y distribución de animales, justo al sur de Nipur, fundada en el período de Ur III.

Dumuzi. Dios sumerio (conocido en la Biblia como Tammuz). En el mito es el amado de **Inanna** (Istar), pero más tarde se le adoró popularmente (no oficialmente) y fue el dios de la fertilidad, comparable al Adonis de la mitología griega.

Dur-Kurigalzu. Ciudad cerca de la actual Bagdad, convertida en capital por uno de los reyes **casitas** llamado Kurigalzu. Ahora **Aqar Quf.**

Dur-Sharruken. Nombre del antiguo «Fuerte Sargón», la nueva capital de Sargón II, al norte de Nínive, comenzada en el año 716 a.C.. El emplazamiento se llama ahora Khorsabad y fue excavado por primera vez por **Botta.**

E-ninnu. Literalmente «La Quinta Casa», nombre del templo de Ningirsu en Girsu que fue reconstruido por Gudea, motivo por el que compuso sus grandes inscripciones cilíndricas.

Ea. Nombre acadio del dios conocido en sumerio como Enki. Es el dios de la ciudad de **Eridu** así como también de la sabiduría, de los conjuros mágicos y de las aguas subterráneas.

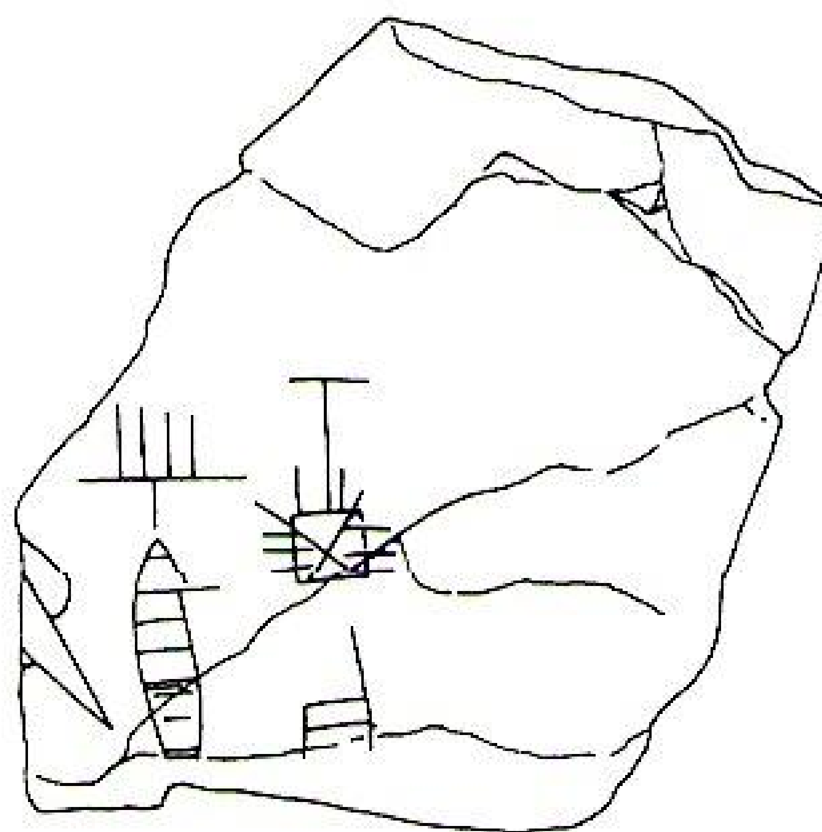
Eannatum. Nombre de dos de los **ensis** de **Lagash** en la Antigua Dinastía III, especialmente Eannatum I, autor de la estela de los buitres.

Ebla. Ciudad y estado de Siria, no lejos del sur de Alepo, actualmente **Tell Mardikh.** Importante en el período de Akkad y en tiempos de Hammurabi.

Elamita. Lenguaje de la tierra de Elam (centrado alrededor de las ciudades de Susa y Anshan al sudoeste del Irán). No está relacionado con ninguna otra lengua conocida y fue la segunda de la inscripción de Behistun (las otras eran el persa antiguo y el acadio).

En. Título sumerio de los sacerdotes gobernadores de Uruk y de los sumos sacerdotes y sacerdotisas de Ur y de otras partes. El título forma parte de los nombres de varios dioses y muchos humanos.

En-heduanna. Hija de **Sargón de Akkad,** nombrada sacerdotisa del dios de la luna **Nanna** y de su esposa Ningal en Ur y autora, como mínimo, de un poema sumerio.



La inscripción de En-mebaragesi

En-mebaragesi. Rey de Kish, h. 2600 a.C. y padre de **Aka.** Actualmente es el primero mencionado en la Lista de Reyes sumeria históricamente comprobado (por cuencos de piedra que llevan su nombre).

En-meduranki. Nombrado en la Lista de Reyes sumeria como rey de Sippar antes del Diluvio. Se le recuerda como el fundador de las ciencias adivinatorias, e incluso es mencionado en las transcripciones griegas por el historiador Berossus.

En-merkar. Rey de Uruk y padre de **Lugalbanda.** Es citado en el poema épico sumerio «Enmerkar y el señor de Aratta» que relata sus negociaciones comerciales con una ciudad de las tierras altas de Irán.

En-temena. Quinto rey de la dinastía Ur-Nanshe de **Lagash.**

Enki. Nombre sumerio del dios Ea.

Enlil. Principal dios del panteón sumerio y de la ciudad de **Nipur.** Su esposa es Ninlil. Fue la posición de Enlil como rey de los dioses lo que hizo que Th. **Jacobsen** sugiriera que Nipur había sido en una época el centro de una liga política y que incluso en tiempos históricos fue la capital religiosa de Sumer.

Enlil-bani. Rey de Isin (1860-1837 a.C.) que ascendió al trono como substituto temporal del auténtico rey para sufrir las desgracias auguradas por los sacerdotes adivinos.

Ensi. Palabra sumeria para designar el gobernante de una ciudad-estado. Se debate todavía las connotaciones religiosas y políticas.

Équido. Nombre genérico de la familia de los caballos y que incluye caballos, asnos, mulas y onagros (caballos salvajes).

Ereshkigal. Divina «Reina de los Infiernos», esposa de Nergal.

Eridu. Ciudad sumeria, algo al sudoeste de Ur y primera sede de la monarquía, de acuerdo con la Lista de Reyes. El actual emplazamiento se llama Abu Shahrain.

Esagila. Nombre sumerio del gran templo de Marduk en Babilonia.

Escitas. Pueblo nómada originario del Asia central que siguió a los cimerios hasta el noroeste de Irán a principios del siglo VII a.C. y fue más tarde encontrado por los griegos en las orillas del norte del mar Negro.

Eshnunna. Ciudad y estado en la región de Diyala (al este de la actual Bagdad), durante la tercera y primera mitad del segundo milenios; hoy en día su nombre es Tell Asmar.

Estela. Piedra vertical generalmente grabada con dibujos o inscripciones, que con frecuencia llevaba la efigie del rey.



Escriba utilizando un estilo

Estilo. Artilugio para escribir; en el sistema cuneiforme el junco puntiagudo (o su substituto) con el cual se practicaban las «cuñas» sobre la arcilla.

Estrabón. (h. 64 a.C. - 21 d.C.). Escritor griego nacido en Capadocia, autor de un tra-

bajo de geografía que incluye información sobre Mesopotamia.

Estratigrafía. Acumulación de niveles en un yacimiento arqueológico. Su correcta interpretación debería revelar la historia.

Etruscos. Población de la Italia central antes y durante los primeros siglos de Roma. Se ha atribuido un origen mediterráneo a su, por otra parte desconocido, lenguaje.

Ezequías. Rey de Judá (h. 716-687 a.C.). Estuvo en connivencia con **Marduk-apal-idin** de Babilonia y atrajó sobre sí el descontento de Isaías por su provocación al rey asirio. Aunque no fue tomada Jerusalen, él fue capturado por **Senaquerib** en Lachish en el 700 a.C.

Fara. Nombre actual del emplazamiento de la antigua **Shuruppak**. Con frecuencia se denomina «Período Fara» a la primera mitad de la Antigua Dinastía III, a causa de las inscripciones encontradas aquí.

Firman. En el gobierno otomano, un documento oficial que incluye un permiso garantizado (para excavaciones, etc.).

Fox Talbot, W. H. (1800-1877). Distinguido científico británico que inventó técnicas fotográficas y que también se interesó por descifrar lenguas antiguas.

Frankfort, Henri (1897-1954). Erudito holandés y una autoridad en arte y arqueología del Oriente Próximo. Excavó en El-Amarna, en Egipto y más tarde en Irak para el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago. A partir de 1949 ocupó la cátedra de Historia de la Antigüedad Pre-clásica en la Universidad de Londres.

Frigia. Territorio del interior de Anatolia. Su capital, Gordion, estaba al oeste de la actual Ankara; especialmente poderoso en los siglos VIII y VII A.C. (ver también **Midas**).

Frita. Material vidriado artificial utilizado con frecuencia en Mesopotamia para hacer adornos.

Gilgamesh. Héroe legendario de la literatura sumeria y acadia. Se cita en la Lista de Reyes sumeria como el 5º rey de la I Dinastía de Uruk y se fija la fecha por sincronismo con Aka de Kish, hijo de **En-mebaragesi**. La «Épica de Gilgamesh» es un poema acadio escrito sobre 12 tablillas en el cual se entrelaza su historia personal con la búsqueda de la vida eterna, incorporando una versión del «Diluvio Universal» que le es referido por «Noé de Babilonia», Ut-napishtim, a quien visita.

Gipar. Palabra sumeria para designar la parte del templo reservada a las sacerdotisas *en*.

Girsu. Una de las tres principales ciudades de la ciudad-estado sumeria de Lagash. El nombre actual de su emplazamiento es Tello, excavado por **De Sarzec** y sus sucesores.

Grotefend, Georg Friedrich (1775-1853). Erudito y maestro de escuela alemán que propuso en 1802 el descifrado correcto de no menos que 10 de los 37 caracteres del antiguo lenguaje persa en las inscripciones de Darío en Persépolis.

Gudea. *Ensi* de Lagash, (h. 2130 a.C.), inmortalizado en gran cantidad de bellas estatuas de piedra. Restauró el templo de Ningirsu en Girsu (el **E-ninnu**) y para conmemorarlo compuso las inscripciones de su gran Cilindro.

Guti. Nombre de los montañeses que descendieron sobre Sumer y Akkad (h. 2200 a.C.) al final de la dinastía de Akkad. Su dominación duró poco y siglos más tarde los reyes del Imperio Asirio Medio los encontraron en el país montañoso al este de Kerkuk.

Gyges. Rey de Lidia, contemporáneo de **Assurbanipal**; bien conocido de los historiadores griegos como Herodoto.

Halaf (Tell). Importante yacimiento arqueológico en la parte alta del río Habur, excavado por el barón Max von **Oppenheim**. En él se encontraron artículos de loza pintada conocidos ahora como «cerámica de Halaf» y un palacio que perteneció a los reyes arameos hacia el 900 a.C. cuando la ciudad se llamaba Guzana.

Hall, H.R.H. (1873-1930). Antiguo historiador y miembro del Departamento de Antigüedades Egipcias y Asirias del Museo Británico, del cual fue conservador (1924-1930). Especialmente interesado en Egipto y el Egeo, también fue enviado en 1919 a trabajar para el museo en Ur, Al Ubaid y Eridu.

Hallushu. Rey de Elam (699-693 a.C.). Su nombre completo era Hallushu-Inshushinak y fue el principal aliado de **Marduk-apal-idin** contra Senaquerib.

Hamath. Ciudad del Orontes, en Siria, entre Alepo y Damasco (actualmente Hama), sede de una dinastía aramea o neohitita a principios del primer milenio a.C.

Hammurabi. Sexto rey de la I Dinastía de Babilonia (1792-1750 a.C.). De origen amorita, durante su reinado se estandarizó la escritura cuneiforme del acadio y el ejemplo de ello por excelencia es su código legal.

Harén. Ala destinada a las mujeres en un palacio o residencia del Oriente Próximo, y sus habitantes.

Hattic. Antiguo lenguaje anatolio de afinidades desconocidas, que se encuentra en los textos de Bogazköy, junto con el hitita y el hurrita.

Hattusas. Capital del imperio hitita, ahora el yacimiento arqueológico de Bogazköy en la Turquía central al este de Ankara.

Hattusil. Nombre de tres reyes hititas, especialmente Hattusil I (h. 1650 a.C.) que fue el virtual fundador del reinado, y Hattusil III (h. 1275 a.C.) quizás el último rey efectivo de los hititas.

Hazael. Rey arameo de Damasco (h. 843 a.C.) que cayó junto con sus antiguos aliados Hamath e Israel, presente en los textos bíblicos. Aunque fue sitiado por Salmanasar III en Damasco, conservó su trono.

Herodoto (h. 480-425 a.C.). Historiador griego a quien Cicerón llamó «el padre de la historia». El tema principal de su narrativa es la lucha entre los imperios griego y persa pero, especialmente en su primera parte, hay muchas digresiones respecto a la historia y carácter de los países a que se refiere, especialmente Egipto y Mesopotamia.

Hesíodo. Antiguo poeta griego (quizás del siglo VIII a.C.) que escribió una *Teogonía* en la que narraba el mito de Urano («cielo») y su hijo Cronos en conflicto con los dioses del cielo en términos muy parecidos a las antiguas leyendas hurritas y mesopotámicas.

Hilprecht, Hermann Vollrat (1859-1925). Asiriólogo alemán que ocupó la cátedra de Asiriología en la Universidad de Pennsylvania (1886-1911) y estuvo muy involucrado en las excavaciones de Nipur. También estuvo relacionado con la organización del Museo del Imperio Otomano en Estambul (1893-1909).

Hincks, Rev. Edward (1792-1866). Erudito inglés que aportó tanto como **Rawlinson** en descifrar las inscripciones cuneiformes acadias. Uno de los cuatro descifradores que presentaron versiones del prisma de Tiglath-pileser I a la Real Sociedad Asiática en 1857.

Hititas. De acuerdo con la concepción actual, uno de los pueblos indoeuropeos que gobernaron en la Anatolia central hacia 1800-1200 a.C. y los pequeños estados de los Tauro y de

la región del norte de Siria en el primer milenio a.C. (neohititas). Los principales reyes hititas durante el período clásico son:

Tudkhalias II	vivió h. 1460
Arnuwandas I	1440
Hattusil II	1420
Tudkhalias III	1400
Supiluliuma I	1370
Arnuwandas II	1330
Mursil II	1329
Muwatallis	1300
Urhi-Teshup	1280
Hattusil III	1275
Tudkhalias IV	1250
Arnuwandas III	1220
Supiluliuma II	1200

Hogarth, D. G. (1862-1927). Arqueólogo clásico, especialmente interesado en el Mediterráneo Oriental y en Anatolia. Conservador del Museo Ashmolean, Oxford, desde 1909; trabajó también en Carchemish con Leonard **Woolley** (1911-1914).

Hrozny, Bedrich (1879-1952). Orientalista checo, profesor de la Universidad de Praga desde 1919. Enviado en 1914 a copiar textos hititas de Bogazköy en el Museo de Estambul demostró, en un artículo publicado en 1915, que el lenguaje hitita pertenecía al grupo indoeuropeo. Más tarde excavó parte de la antigua colonia asiria en Kanesh (Kültepe).

Hurritas. Población del norte de Mesopotamia y de las tierras altas de la Anatolia oriental en el tercer y segundo milenios a.C. Nunca hubo un «imperio hurrita», pero los estados de **Mitani** y Hanigalbat eran, en gran medida, de composición hurrita y se encuentran textos suyos desde **Nuzi** a Alalakh y Bogazköy.

Ibal-pi-el. Gobernante amorita de Eshnunna en la época de Hammurabi de Babilonia.

Ibbi-Sin. Último rey de la III Dinastía de Ur. Fue llevado a Elam por los invasores elamitas que saquearon la ciudad de Ur, pero su caída real la causó el creciente poder de los **amoritas** que invadieron el imperio.

Inanna (En acadio, Istar). Diosa sumeria del amor y la guerra, diosa de la ciudad de Uruk y también de Akkad y amada de **Dumuzi.**

Indoeuropeo. Grupo de lenguas al cual pertenecen la mayor parte de los idiomas europeos actuales, así como el latín, el griego y el sánscrito. El hitita es el más antiguo del grupo que se conoce.

Irhuleni. Rey neohitita de Hamath, que se alió con Ahab de Israel y Adad-idri de Damasco, contra Salmanasar III.

Ishbi-erra. Primer rey de la I Dinastía de Isin (2017-1985 a.C.). Había sido un oficial de alto rango bajo **Ibbi-Sin** y las cartas que se conservan describen su deserción y la fundación de la nueva dinastía.

Isin. Ciudad del Sumer central y sede de dos dinastías, la fundada por Ishbi-erra, que acabó por la derrota que le infligió Rim-sin de Larsa (2017-1794 a.C.), y la II Dinastía de Isin, que gobernó en Babilonia después de los casitas (1156-1025 a.C.). El nombre actual de su emplazamiento es Ishan al-Bahriyat.

Isputahsus. Rey de Kizzuwadna (h. 1500 a.C.) que se alió con el rey hitita Telepinus. La impresión de su sello, encontrado en Tarso es el texto en jeroglífico hitita más antiguo que se conoce.

Istar. Nombre acadio de la diosa **Inanna.**

Jacobsen, Thorkild (1904-?). Miembro del proyecto Diyala de Chicago y sumeriólogo influyente. Director del Instituto Oriental de Chicago (1946-1948) y recientemente profesor de Asiriología en Harvard.

Jamdat Nasr. Yacimiento excavado por la expedición conjunta Oxford-Chicago a Kish en la década de 1920. Se encontró un estilo de cerámica decorada y de tablillas económicas antiguas que eran excepcionales en aquellos momentos y que han dado el nombre de Jamdat Nasr a la última parte del **período protoliterario.**

Jardines colgantes de Babilonia. Una de las siete maravillas del mundo construida (según los historiadores griegos) por **Nabucodonosor** I para una esposa que añoraba su tierra natal en las montañas de Persia. Probablemente un extravagante «jardín sobre el tejado», es posible que una estructura masiva y enigmática en la parte noroeste del palacio, incluyendo un sistema complejo de irrigación, fuese la subestructura de los jardines colgantes.

Jehú. Rey de Israel (h. 841-814 a.C.). Fundó una dinastía después de Acab y se sometió a Salmanasar III.

Jeque. Tradicionalmente, jefe de una tribu, normalmente hereditario.

Jeroglífico. Literalmente «signo sagrado», y se refiere a la escritura pictográfica de Egipto. A causa de su similitud la escritura pictográfica anatolia (h. 1600-600 a.C.) se conoce como «jeroglífico hitita», si bien ahora se sabe que se utilizó principalmente para escribir en un lenguaje relacionado con el hitita llamado luvita.

Kadashman-enlil II (h. 1279-1265 a.C.). Rey casita contemporáneo de Adad-nirari I de Asiria y de Hattusil III de los hititas.

Kalhu. Ciudad asiria escogida por Assurnasirpal II como su nueva capital. Siguió siendo la capital del imperio asirio hasta que **Sargón** se trasladó a Khorsabad hacia el 706. El nombre actual del emplazamiento es Nimrod.

Kanesh. Nombre de la ciudad de Anatolia en la cual los mercaderes asirios fundaron una colonia comercial (h. 1900-1800), actualmente Kültepe.

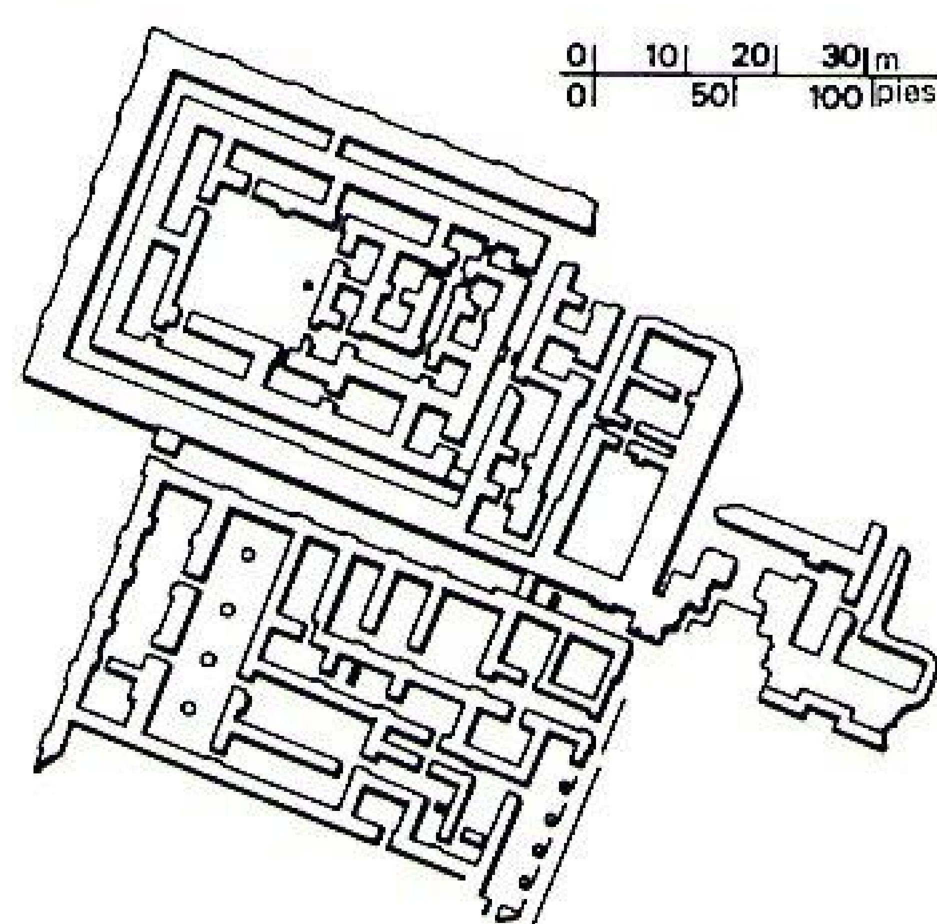
Kara Tepe. Lugar fortificado en la cumbre de las montañas del norte de Adana (Cilicia) y palacio de Sanduarri, que fue decapitado por Asarhaddón en el año 676 a.C. Las excavaciones turcas llevadas a cabo desde 1947 han descubierto relieves escultóricos y especialmente inscripciones bilingües en fenicio y jeroglífico hitita que permitieron descifrar esta última escritura.

Kaska. Pueblo del norte de Anatolia que ocasionó problemas permanentes a los hititas en el norte y en el este.

Khorsabad. Nombre actual del emplazamiento del antiguo Dur-Sharruken, excavado por primera vez por **Botta** en 1843.

Kish. Ciudad importante en el norte de «Sumer y Akkad», sede de la primera dinastía de después del Diluvio, relacionada en la Lista de Reyes sumeria (ver también **Aka, Enmebaragesi, Mesalim**). El nombre actual del emplazamiento (en dos áreas) es Oheimir e Ingharra.

Kizzuwadna. Reino y territorio que surgió en **Cilicia** entre el Antiguo Reino Hitita y el posterior período clásico de los hititas (cfr. **Isputahsus**).



Plano del palacio de Kish

Koldewey, Robert (1854-1923). Arquitecto y arqueólogo alemán. Después de trabajar en **Al-Hiba** y **Zurghul**, Baalbek y otros emplazamientos clásicos, en 1899 fue enviado a excavar en Babilonia para la **Sociedad Oriental Alemana**.

Kouyunjik. Montículo del palacio principal en **Nínive**.

Kültepe. Nombre actual del emplazamiento del antiguo **Kanesh**.

Lagash. Ciudad sumeria (actualmente Al-Hiba) capital de una ciudad-estado que incluía las mayores ciudades de Sirara (Zurghul) y Girsu (Tello). Aunque no figura en la Lista de Reyes sumeria tuvo dos dinastías importantes, la de **Gudea** y la dinastía presargónida de **Ur-Nanshe**, cuyas fechas aproximadas son:

Ur-Nanshe	2494-2465
Akurgal	2464-2455
Eannatum I	2454-2425
Enannatum I	2424-2405
Entemena	2404-2375
Enannatum II	2374-2365
Enentarzi	2364-2359
Lugalanda	2358-2352
Urukagina	2351-2342

(Fechas de acuerdo con E. Sollberger y J.-R. Kupper, en *Inscriptions royales sumeriennes et akkadiennes.*)

Lamashtu. Término acadio para designar una diablesa con garras de águila, pelo enmarañado y cabeza canina especialmente maligna con los recién nacidos.

Lapislázuli. Piedra azul muy apreciada por los mesopotámicos y que (como mínimo hoy) se encuentra solamente en minas de una remota parte de Afganistán.

Larsa. Ciudad sumeria no muy lejos de Uruk, hacia el este, sede de una dinastía amorita que compartió el poder con Isin después del colapso de la III Dinastía de Ur. Actualmente Senkereh.

Lawrence, T. E. (1888-1935). «Lawrence de Arabia» que participó en las excavaciones de **Hogarth** y **Woolley** en Carchemish y más tarde utilizó sus conocimientos del Oriente Próximo como consejero británico en la rebelión árabe.

Layard, Austen Henry (1817-1894). Excavador de **Nínive** y de **Nimrod** y más tarde diplomático en representación de Gran Bretaña en Madrid y Estambul.

Lipit-ishtar. Rey de Isin (1934-1924 a.C.) que promulgó un código legal escrito en sumerio y que, a juzgar por las partes que han sobrevivido, es precursor del posterior y más famoso código legal de Hammurabi.

Listas de Reyes. 1. Lista de Reyes sumeria. Una composición que da los nombres de los «reyes» de Sumer desde los tiempos mitológicos «antes del Diluvio» hasta la I Dinastía de Isin, un período de unos 1.000 años.

2. Lista de Reyes asiria. Una composición similar en la que constan los nombres y años de reinado de los reyes asirios desde los tiempos mitológicos, antes del 2000 a.C. hasta el período neoasirio. Un documento histórico de valor incalculable.

Lloyd, Seton (1902-) Miembro del equipo de la Sociedad Egipcia de Exploraciones en El-Amarna, dirigido por **Frankfort**. Trabajó después con la expedición de Diyala en Tell Asmar y Tell Agrab. Más tarde fue consejero técnico del Departamento Iraquí de Antigüedades y después director del recién fundado Instituto Británico de Arqueología en Ankara (1949-1961) y profesor de Arqueología Asiática Occidental en la Universidad de Londres (1962-1969).

Loftus, William Kennet (1821-1858). Nombrado miembro geológico en la comisión de la frontera turco-persa en 1849, tuvo la oportunidad de investigar varios yacimientos del sur, incluidos Ur y Warka, y substituyó a **Layard** en las excavaciones de Kouyunjik.

Lugal. Palabra que en sumerio quiere decir «rey» (literalmente «gran hombre»).

Lugalbanda. Rey de la I Dinastía de Uruk e hijo de **Enmerkar**. De acuerdo con la tradición, padre de **Gilgamesh** y el héroe de algunos poemas épicos sumerios.

Lugalzagesi. Rey de la III Dinastía de Uruk pero probablemente originario de Umma (h. 2340-2316 a.C.). Derrotó a Lagash y proclamó la hegemonía en los territorios que iban desde «el mar de abajo al de arriba», pero fue a su vez derrotado por **Sargón de Akkad**.

Luvita. Lenguaje indoeuropeo estrechamente relacionado con el hitita y encontrado en inscripciones hititas cuneiformes en Hattusas. También el lenguaje de los textos de «jeroglíficos hititas».

Makan. Territorio de más allá de Dilmun en la ruta marítima del golfo Pérsico, quizás la costa de Makran del sudeste del Irán.

Malatya. Nombre moderno de la antigua Melid, una ciudad de la meseta de Anatolia en el alto Éufrates y capital de una provincia asiria.

Mallowan, sir Max (1904-?). Arqueólogo británico que trabajó primero como ayudante de **Woolley** en Ur, y después independientemente en varios yacimientos de Siria e Irak: Arpachiyah, Tell Brak, Chagar Bazar, etc. Entre 1949 y 1963 fue director de las excavaciones de la Escuela Británica de Arqueología en Nimrod, Irak. Profesor de Arqueología Asiática Occidental en la Universidad de Londres (1947-1962).

Mannaeans. Población del noroeste de Irán durante el siglo VIII a.C. en un área que era un muro de contención entre los reyes asirios y urartienses.



El dios Marduk

Marduk. Dios de la ciudad de Babilonia que más tarde reemplazó a Enlil como el dios principal del panteón de Mesopotamia, cuando Babilonia era la capital del país. Su esposa era Sarpanitum y su templo Esagila. Ver también **Relato épico de la Creación.**

Marduk-apal-idin (se conoce su período de 720-703 a.C.). Jeque de la tribu caldea de Bit-Yakin y oponente de los asirios en Babilonia. Rey de Babilonia desde el 721 al 710 a.C. y de nuevo brevemente en el 703 a.C. Se menciona en la Biblia como Merodach-Baladan, que envió mensajeros a Ezequías para incitarlo a rebelarse contra Senaquerib.

Mari. Ciudad situada en la orilla derecha del Éufrates, ahora Tell Hariri, justo al oeste de la actual frontera sirio-iraquí. Sede de una importante dinastía acadia en la Antigua Dinastía III y de dinastías amoritas durante la época de Hammurabi (ver también **Yasmah-adad, Zimri-Lim**).

Mariannu. Forma acadia de una palabra hurrita(?) para denominar un tipo de guerrero.

Mati'el. Rey arameo de Arpad en la época de Assur-nirari V de Asiria, con quien hizo un tratado (h. 750 a.C.).

Medas. Pueblo de origen iraniano (indoeuropeo), que se estableció al oeste de Irán a principios del primer milenio a.C., al sur de **Mannaeans**. Su capital fue Ecbatana (actualmente Hamadan) y si bien Salmanasar III lo menciona por primera vez, su ascenso al poder coincide con la decadencia de Asiria. Bajo **Ciaxares** acordaron con Nabopolasar saquear Nínive, pero su sucesor, **Astiages** fue derrocado por **Ciro** I.

Meluhha. El lugar más alejado de la ruta comercial por el golfo Arábigo, más allá de Dilmun y Makan; probablemente entre las ciudades del Indo.

Mesanepada. Rey de la I Dinastía de Ur, cuya inscripción se encontró en el Real Cementerio de Ur y cuyo hijo, A-anepada construyó el templo de Ninhursag en Ubaid.

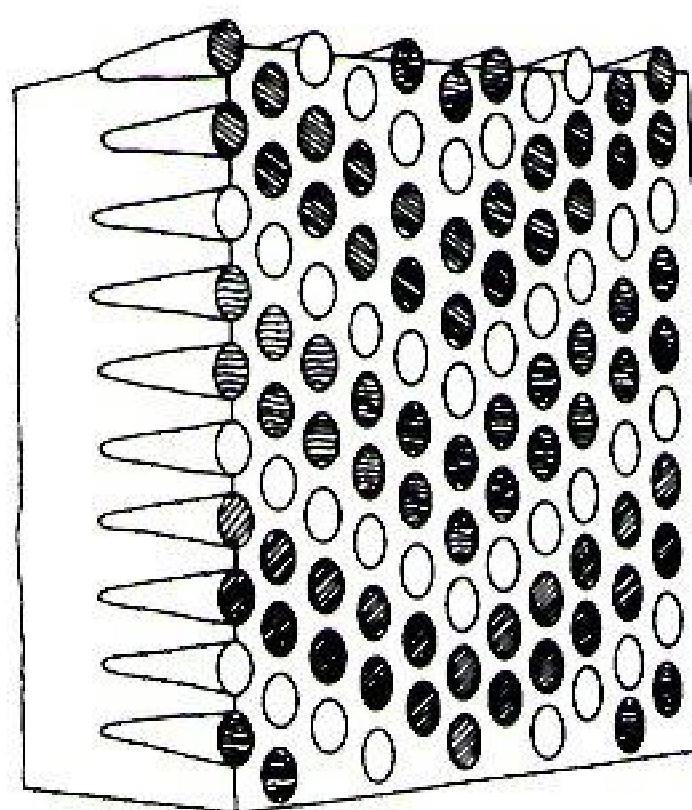
Mezilim. Aunque no se menciona en la Lista de Reyes sumeria, se conoce como «rey de Kish» no sólo por sus inscripciones, encontradas en Adab, sino porque lo menciona Entemena de Lagash por haber delimitado la frontera entre Lagash y su gran rival Umma.

Midas. Rey de Frigia y contemporáneo de **Sargón II** (h. 710 a.C.).

Mina. Peso en el sistema de pesos y medidas de Mesopotamia. Equivalía a 1 libra o a medio kilo. Normalmente, 60 siclos = 1 mina y 60 minas = 1 talento.

Mitani. Nombre del imperio que floreció hacia 1550-1400 a.C. en el Norte de Mesopotamia y Siria y extendió su dominación tan al este como hasta Nuzi y Assur. Su población era predominantemente hurrita pero parece que entre la clase dirigente hubo una rama indoeuropea (o, más precisamente, índica), si bien su grado de influencia es muy discutido.

Mohenjo-Daro. Con Harappa, uno de los principales emplazamientos de la civilización del valle del Indo en Pakistán.



Dibujo de un mosaico de conos de Uruk

Mosaico de conos. Método de decoración mural del período de **Uruk** por el cual se incrustaban conos de cerámica sobre el trabajo de albañilería de tal manera que sus cabezas coloreadas formasen un mosaico de colores.

Mursil. Nombre de dos reyes hititas: Mursil I (h. 1620 a.C.) y Mursil II (h. 1330 a.C.).

Mushezib-marduk. Jeque caldeo que se apoderó del trono de Babilonia después de la batalla de Halule (691 a.C.), pero fue derrotado en el año 689 a.C. cuando la ciudad fue tomada por el ejército de Senaquerib.

Muwatallis. Rey hitita, h. 1300 a.C.

Nabonido (o Nabunaid). Último rey de la dinastía caldea (555-539 a.C.), conocido en la tradición clásica como Nabonido, padre de **Bel-shar-usur**.

Nabopolasar. Forma bíblica del nombre babilonio Nabu-apla-usur, el advenedizo que usurpó el trono de Babilonia el año 626 a.C. y murió en el 605 a.C. dejando el imperio a su hijo **Nabucodonosor II.**

Nabu. Dios de la ciudad de Borsippa, cerca de Babilonia. Era hijo de **Marduk** y dios del arte de escribir.

Nabu-nasir. Rey de Babilonia (747-734 a.C. ayudado en la retención de su trono por Tiglath-pileser III de Asiria.

Nabucodonosor II. Forma bíblica del nombre Nabu-kudurri-usur, el segundo rey de la Dinastía Caldea (605-562 a.C.), hijo de **Nabopolasar** y constructor de Babilonia.

Naditum. Una clase de sacerdotisas de los templos de Babilonia en tiempos de Hammurabi, que llevaban una vida de celibato en un «claustro».

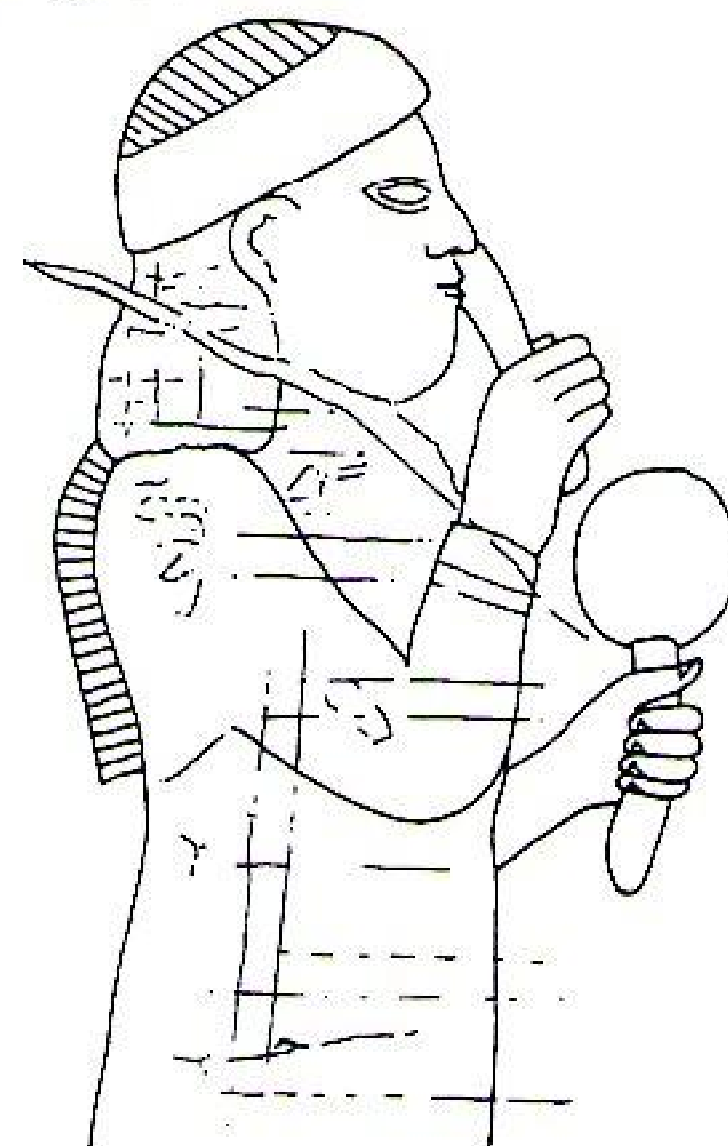
Nahum. Profeta bíblico que predijo la caída de Nínive.

Nammahani. Dirigente (*ensi*) de Lagash, yerno de Ur-Bau (h. 2113-2111 a.C.). Fue derrotado por Ur-Nammu de Ur.

Nanna. Dios sumerio de la luna (en acadio: Sin), principal deidad de Ur y esposo de Ningal.

Nanshe. Diosa de la ciudad de Sirara, en el estado de Lagash, patrona del pescado.

Naqia. Nombre arameo de la esposa de Senaquerib y madre de Asarhaddón, conocida en acadio como Zakutu, que también quiere decir «pura».



Naqia, esposa de Senaquerib

Naram-Sin. Nieto de **Sargón de Akkad** y el otro gran conquistador de su dinastía (2254-2218 a.C.). Es también el nombre de un rey de Eshnunna, contemporáneo de **Samsi-Addu**.

Neobabilónico. Término aplicado convencionalmente al período lingüístico e histórico que va aproximadamente desde el año 1000 al 532 a.C.

Neohitita. Término aplicado a los pequeños estados del norte de Siria y a la región de los Tauro a principios del primer milenio a.C.

Nergal-shar-usur. Rey de Babilonia (559-556 a.C.). En la Biblia se cita como Neriglissar.

Nergal. Dios de la ciudad de Cuthah, marido de Ereshkigal y dios de las plagas y de los infiernos.

Niebuhr, Carsten (1733-1815). Ingeniero al servicio del rey de Dinamarca que fue miembro de una expedición para explorar Arabia

Felix (Yemen) en la década de 1770. Fue el único superviviente e hizo el camino de vuelta por Irán, en donde realizó las primeras copias fiables de las inscripciones cuneiformes de Persépolis.

Nimrod. Nombre actual del emplazamiento de la antigua **Kalhu** en la ribera este del Tigris, no lejos de Nínive, hacia el sur.

Ningal. Diosa sumeria de la luna, esposa de **Nanna.**

Ningirsu. Dios de la ciudad de Girsu, en el estado de Lagash, esposo de **Bau.**

Ninhursag. Diosa sumeria del nacimiento, y también diosa de la ciudad de Kesh. El altar de Ubaid estaba dedicado a ella.

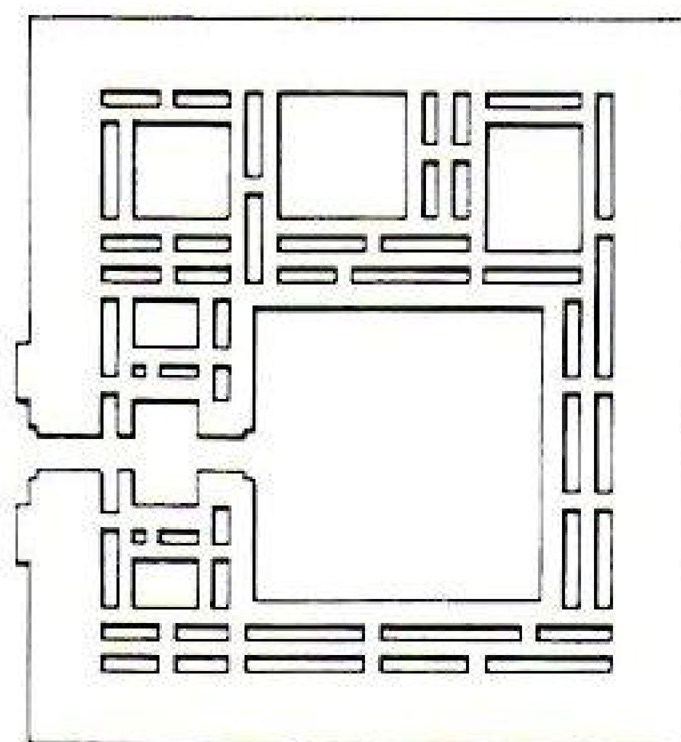
Nínive. Capital de **Asiria** desde el reinado de Senaquerib hasta que fue saqueada en el año 612 a.C. Situada en la ribera este del Tigris, frente a la actual Mosul, comprende los dos montículos de Kouyunjik y Nebi Yunus, con una gran ciudad, a bajo nivel, rodeada por una muralla.

Nipur. (Actualmente Nuffar). Ciudad del dios **Enlil**, situada en la Sumeria central. Fue excavada por expediciones de Pennsylvania y Chicago.

Nisaba. Diosa sumeria de los juncos y, por lo tanto, de las artes de la escritura (los juncos se usaban como **estilos**). Su ciudad, Eresh perdió su importancia después de la época sumeria y fue substituida por **Nabu**, dios de la escritura.

Noé. Héroe bíblico del Diluvio Universal, equivalente al Ziusudra sumerio y al acadio Ut-napishtim.

Nuzi. Nombre de una ciudad de población hurrita que formaba parte del imperio mitani, no lejos del este de Assur; llamada Gasur en el Antiguo Período Acadio. El nombre actual del emplazamiento es Yorghan Tepe, excavado por una expedición norteamericana en la década de 1920.



Palacio de Naram-Sin en Brak

Oppenheim, A. Leo (1904-1974). Erudito nacido en Austria que huyó de Viena en 1938 y después de algunas temporadas en París y Nueva York se incorporó al Instituto Oriental de la Universidad de Chicago en 1947. Editor del Diccionario del Instituto de Asiria durante 18 años e interesado en todas las facetas de la vida y de la correspondencia de Mesopotamia.



Cerámica de Tell Billa, de estilo Nuzi

Oppenheim, barón Max von (1860-1946). Arqueólogo alemán cuya principal contribución a los estudios sobre Mesopotamia fue la excavación de **Tell Halaf** en 1911-1913 y 1927-1929.

Oppert, Jules. Asiriólogo francés, miembro de la expedición arqueológica de ese país a Mesopotamia en 1851-1854 y que contribuyó considerablemente al descifrado de los textos cuneiformes en los primeros años.

Otomano. Casa reinante de los sultanes de Turquía que cayó poco después de finalizar la Primera Guerra Mundial; los otomanos gobernaron (y con frecuencia gobernaron mal) la mayor parte del Oriente Próximo, incluyendo los actuales Irán, Siria, Palestina y Arabia Saudí.

Pachá. Título honorífico de los gobernadores de provincias (entre otros) bajo el Imperio Otomano.

Pahlevi. Dialecto de Persia que se hablaba durante el Imperio Sasánida (h. siglos III-VII d.C.).

Países del Mar. Pueblos de afinidad étnica incierta que invadieron los territorios de Anatolia, Siria y Palestina hacia el 1200 a.C., en el colapso del imperio hitita, pero a quienes se opusieron con éxito los egipcios.

Panteón. Conjunto de dioses y diosas de una religión determinada.

Parrot, André (1901-). Arqueólogo francés que trabajó en Senkereh y Tello, pero es más conocido por sus excavaciones en **Mari.** Director del Louvre, en París (1968-1972).

Persa. El antiguo persa es el dialecto iraniano con que se hicieron las grandes inscripciones de Darío en Behistun, con un alfabeto de letras inventadas para la ocasión imitando la escritura cuneiforme.

Pictograma. Signo o carácter de un sistema de escritura en el que todavía se pueden reconocer los dibujos.

Pisiris. Rey neohitita de Carchemish, un estado aún semiindependiente hasta que fue destronado en el año 716 a.C. por **Sargón** por haber conspirado con los frigios.

Place, Victor (1818-1875). Cónsul francés en Mosul (1851-1854) y excavador del palacio de Sargón en Khorsabad después de P. E. **Botta.**

Protoliterario, período. Término adoptado por la expedición de Diyala para designar el final del período Uruk y el período de Jamdat Nasr (que también se ha llamado Uruk III), durante el cual aparecen en Mesopotamia los primeros documentos escritos.

Qatna. Ciudad al este de los Orontes, en Siria, centro de un estado en el segundo milenio a.C. Actualmente, Meshrifeh.

Ramsés II. Faraón egipcio (1290-1224 a.C.), que emprendió grandes campañas en el área de Siria, pero finalmente hizo un tratado de paz con sus principales oponentes, los hititas.

Ras Shamra. Nombre actual de **Ugarit.**

Rassam, Hormuzd (1826-1910). Caballero cristiano de Mosul, y en ocasiones vicecónsul británico en aquella ciudad; ayudante de A.H. **Layard**, más tarde fue enviado por el gobierno británico con una misión al rey loco Teodoro de Abisinia (1864), quien le tuvo prisionero durante dos años. Volvió al escenario arqueológico en Mesopotamia en 1877.

Rawlinson, mayor-general sir Henry Creswicke (1810-1895). Oficial del ejército indio, que copió la versión en persa antiguo de la inscripción de Behistun, mientras estaba de servicio en Kermanshah (1835-1837). Más tarde copió la versión babilónica mientras era delegado de la East India Company en Bagdad (1847). Descifró ambas versiones. Posteriormente fue miembro del Parlamento.

Relieve. Escultura en la que se labra el dibujo para que sobresalga de la superficie de la roca, estela u otro material.

Ribero. Término geográfico para designar las tierras de aluvión depositadas a cada lado de un río o canal cuando se desborda.

Rich, Claudius James (1787-1820). Delegado de la East India Company en Bagdad desde 1807, y coleccionista de antigüedades orientales (incluido manuscritos); el primero en informar con cierta exactitud sobre las ruinas de Babilonia y Nínive.

Rim-sin. Rey de Larsa (1822-1763 a.C.) que derrotó a Isin, gran rival de Larsa y fue derrotado después por **Hammurabi** de Babilonia.

Royal Asiatic Society (Sociedad Asiática Real). Entre otras actividades, publicaron un periódico que llevó adelante muchas de las primeras contribuciones hacia el desciframiento de los textos cuneiformes.

Rusas. Nombre de dos reyes de **Urartu**; especialmente Rusas I, rey de Urartu en la época de la octava campaña de Sargón (714 a.C.).

Sachau, Ernst (1845-1930). Erudito árabe alemán, profesor de la Universidad de Berlín desde 1876.

Salmanasar. Forma bíblica del nombre Shulmanu-ashared, llevado por cinco reyes de **Asiria**, especialmente Salmanasar I (1274-1245 a.C.) hijo de Adad-nirari I, y Salmanasar III (858-824 a.C.), hijo de Assurnasirpal II.

Samsi-addu. Forma amorita del nombre de un antiguo contemporáneo de Hammurabi, que gobernó Assur, Mari y la mayor parte del norte de Mesopotamia hacia el 1795 a.C. Su nombre en acadio es Shamshi-adad.

Samsu-ditana. Último rey de la I Dinastía de Babilonia (1625-1595 a.C.). Bajo su reinado fue saqueada la ciudad de Babilonia en una incursión por el Éufrates del rey hitita Mursil.

Sanduarri. Rey neohitita de un pequeño reino cilicio y que fue decapitado en el año 676 a.C. por Asarhaddón (ver también **Kara Tepe**).

Sánscrito. Lenguaje indio clásico.

Sarduris. Nombre de, como mínimo, tres reyes de **Urartu**.

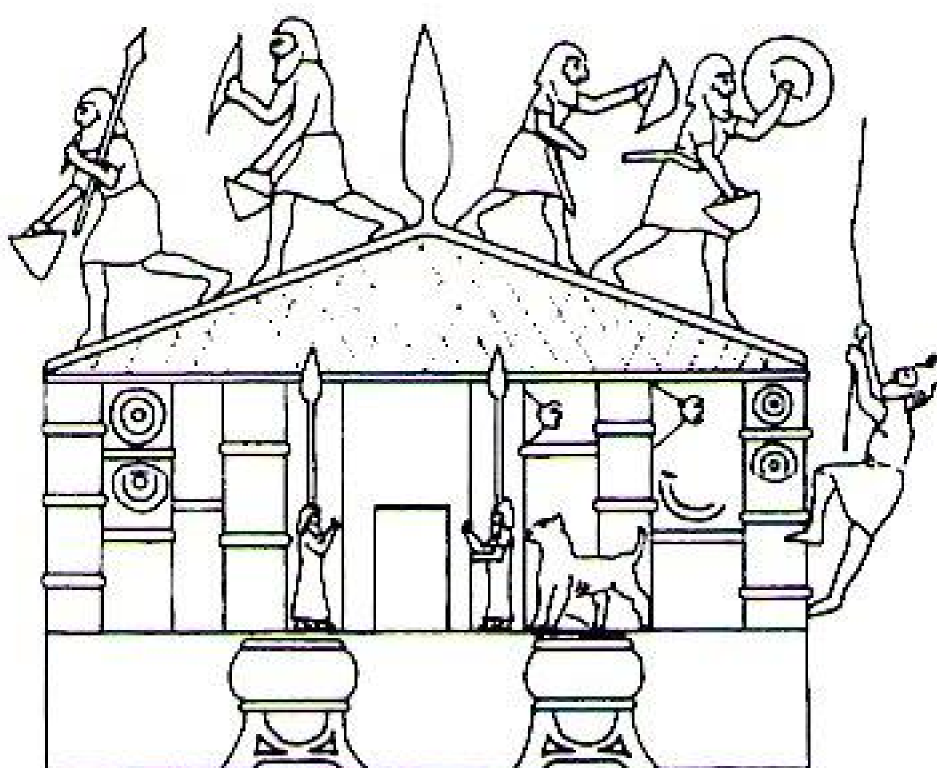
Sargón (II) de Asiria (721-705 a.C.). Padre de **Senaquerib** y constructor de Khorsabad.

Sargón de Akkad (2334-2279 a.C.). Fundador de la dinastía de Akkad. De acuerdo con la tradición, era el hijo de una sacerdotisa, encontrado por un jardinero flotando en el Éufrates metido en un cesto de mimbre. En sus primeros años fue copero de Ur-Zababa, rey de Kish.

Saushtatar rey de **Mitani**, hacia el 1450 a.C.; tenemos pruebas documentales de que su imperio se extendía desde Nuzi, al este de Assur, hasta Alalakh al oeste.

Seisachtheia. Palabra griega para designar un decreto absolviendo a la población de deudas u otras cargas económicas o sociales.

Seléucida. Dinastía fundada después de la muerte de Alejandro por uno de sus generales, Seleuco, que gobernó Mesopotamia hacia el 311-95 a.C.



Sargón II saquea Musasir

Sello cilíndrico. Sello (normalmente hecho de piedra pero también de concha, frita u otros materiales) grabado con un diseño, normalmente agujereado en el centro para colgarlo. Típico de Mesopotamia a partir del 3000 a.C., pero gradualmente substituido por sellos de estampación durante el primer milenio a.C.

Semítico. Grupo de lenguajes que incluye el árabe, arameo y acadio, así como el hebreo, fenicio, etíope y otras lenguas de Arabia.

Senaquerib. Forma bíblica del nombre de Sin-ahhe-eriba, rey de **Asiria** (704-681 a.C.), hijo de Sargón y padre de Asarhaddón.

Senkereh. Nombre actual del antiguo emplazamiento de **Larsa.**

Seti I. Faraón egipcio de la XIX Dinastía (1308-1290 a.C.)

Shamash. Dios del sol acadio, adorado especialmente en las ciudades de **Larsa** y **Sippar**. Nombre sumerio: Utu.

Shamash-shum-ukin. Hermano de **Assurbanipal**; le fue concedida la corona de Babilonia después de la muerte de su padre Asarhaddón, pero más tarde se rebeló contra la soberanía de su hermano (año 652 a.C.) y se arrojó a las llamas de su palacio cuando fue tomada Babilonia en el año 648 a.C.

Shamshi-adad. Nombre de cinco reyes de **Asiria**, especialmente Shamshi-adad I, conocido en amorita como **Samsi-addu.**

Shar-kali-sharri (2217-2193 a.C.). Quinto, y último significativo, rey de la **Dinastía Acadia.**

Sharri-kusukh (llamado también Piyasilis). Nombrado rey de Carchemish bajo su padre Supiluliuma I; siguió siéndolo después de la muerte del gran rey, bajo su hermano Mursil II.

Shemshara. Forma moderna del nombre de la ciudad de Shusharra, de la que queda un montículo en las llanuras de Rania, al noreste del Irak, que fue excavado en 1956 por una expedición danesa antes de que se hiciese un nuevo pantano en el Zab menor. Se encontró correspondencia del período de la antigua Babilonia entre el cacique local y su aliado, **Samsi-addu.**

Shu-sin. Cuarto rey de la III Dinastía de Ur (2037-2029 a.C.).

Shuruppak. Ciudad sumeria del antiguo Éufrates, en el Sumer central, hogar de Ziusudra, el «Noé» sumerio, y una de las cinco ciudades que reinó antes del Diluvio. Nombre actual: **Fara.**

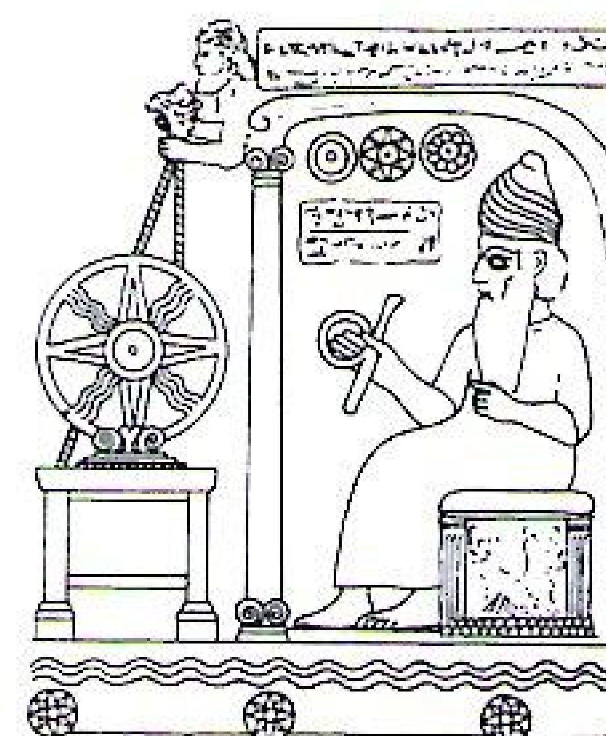
Sidón. Importante puerto fenicio en la costa libanesa, al norte de Tiro.

Silabario. Sistema de escritura en el que cada signo no representa una vocal o consonante («alfabeto») sino una sílaba (por ej. *ba, ab* o *bab*).

Sin. Nombre acadio del dios de la luna **Nanna.**

Sippar. Ciudad del Éufrates, al norte de Babilonia, sede de una de las cinco dinastías de reyes de «antes del Diluvio». Actualmente, **Abu Habbah.**

Sirara. Ciudad del estado de Lagash, en el canal que va desde la capital hacia el sudeste, morada de la diosa **Nanshe.** Actualmente **Zurghul.**



El dios Shamash

Smith, George. (1840-1876). Experto grabador, fue designado por el Museo Británico para trabajar en las tablillas de Kouyunjik por su evidente interés y aptitud especial; después del descubrimiento de la «Tablilla del Diluvio» fue a excavar a Nínive (1873), pero en una expedición posterior sucumbió ante el clima del verano de Alepo.

Sociedad Oriental Alemana. (Deutsche Orient-Gesellschaft). Ilustre sociedad de Berlín, responsable de la mayor parte de los trabajos arqueológicos alemanes en Mesopotamia.

Society of Biblical Archaeology (Sociedad de Arqueología Bíblica). Fundada en 1870 con los esfuerzos del Dr. Samuel Birch (Conservador de Antigüedades Orientales en el Museo Británico) para investigar la «arqueología, cronología, geografía e historia de Asiria, Arabia, Egipto, Palestina y países vecinos»; publicó transacciones y procedimientos, pero después de 50 años se fusionó con la antigua **Royal Asiatic Society** (Sociedad Asiática Real).

Stater. Moneda griega utilizada también en Mesopotamia durante la época seléucida.

Sud. Dios de la ciudad de **Shuruppak.**

Sumu-abum. Primer rey de la I Dinastía de Babilonia (1894-1881 a.C.)

Supiluliuma I. Rey hitita y principal restaurador de las fortunas hititas tanto en Anatolia como en Siria; hacia 1380-1330 a.C.

Susa. Una de las antiguas capitales de Elam en el distrito de Khuzistan, al sudoeste de Irán, favorecida como residencia de los reyes aqueménidas de Persia.

Susania. Llanura que rodeaba **Susa,** geográficamente una prolongación de la meseta de Mesopotamia.

Sutu. Tribus nómadas que ocuparon el desierto entre Mesopotamia, Siria y Palestina desde la época de Hammurabi hasta el siglo XII a.C. en que fueron arrollados por las incursiones arameas.

Tauro, Montes de. Principal cadena montañosa que separa la meseta de Anatolia central de las tierras bajas de Cilicia y Siria.

Taylor, coronel. Agente político británico en la Arabia turca y Delegado de la East India Company en Bagdad después de **Rich,** hasta 1843 en que le sucedió **Rawlinson** a quien había ayudado en sus trabajos iniciales en Behistun.

Taylor, J.G. Vicecónsul británico en Basrah, que excavó por encargo del Museo Británico en Ur y Eridu (1853-1854).

Telepinus. Rey del Antiguo Reino Hitita (vivió en el 1525 a.C.)

Tell. Nombre árabe que quiere decir colina. Se usa con frecuencia para describir los montículos en donde se pueden encontrar yacimientos arqueológicos.

Tell Asmar. Nombre actual del emplazamiento de la antigua **Eshnunna,** excavado en 1930 por la expedición Diyala de Chicago.

Tell Harmal. Nombre actual de un montículo al este de Bagdad. Fue excavado a finales de la década de 1940 por el Departamento Iraquí de Antigüedades, que descubrió una ciudad del período de la antigua Babilonia con muchas tablillas cuneiformes. Su antiguo nombre era Shaduppum.

Tell Mardikh. Yacimiento no muy lejos de Alepo, hacia el sur, excavado en las décadas de 1960 y 1970 por una expedición italiana y que ahora se sabe que es la antigua **Ebla;** en 1975 se encontraron unas 15.000 tablillas cuneiformes del Antiguo Período Acadio.

Tello. Nombre actual del emplazamiento de la antigua **Girsu,** excavado por expediciones francesas dirigidas por Sarzec, Cros, De Genouillac y Parrot.

Teocracia. Entidad política gobernada en teoría por un dios y, por lo tanto, practicada normalmente por templos y sacerdotes.

Thompson, Reginald Campbell (1876-1941). Asiriólogo que excavó en Nínive e Irak y trabajó durante muchos años en el Museo Británico; posteriormente profesor adjunto de Asiriología en la Universidad de Oxford.

Tiamat. En la mitología de Mesopotamia, el mar personificado, la fuerza del mal hostil a los grandes dioses (ver también **Relato épico de la Creación**).

Tiglath-pileser. Forma bíblica del nombre Tukulti-apil-esharra, llevado por tres reyes de **Asiria,** especialmente Tiglath-pileser I (1115-1077 a.C.) y Tiglath-pileser III (744-727 a.C.).

Tirhakah. Forma bíblica del nombre del faraón de Egipto Taharqa, de la XXV Dinastía de Nubia (h. 689-664 a.C.).

Tiro. Importante ciudad fenicia de la costa de Líbano no lejos de Sidón, hacia el sur. Hasta que Alejandro tomó la ciudad construyendo una carretera elevada desde el continente fue sólo una isla, normalmente a salvo de asedios.

Tudkhalias. Nombre de cuatro reyes de los hititas, especialmente Tudkhalias III, padre de Supiliiuma.

Tukulti Nimurta I. Rey de Asiria (1244-1208 a.C.) hijo de Salmanasar I.

Tukulti Nimurta II. Rey de Asiria (890-884 a.C.), padre de Assurnasirpal.

Tushratta. Rey de **Mitani** (h. 1380-1350 a.C.), autor de las cartas en hurrita y acadio del archivo de Amarna. Su hija, Tadu-hepa, se casó con Amenofis III como medio tradicional de consolidar una alianza.

Tutmosis. Nombre de cuatro faraones egipcios de la XVIII Dinastía, especialmente Tutmosis III (1490-1438 a.C.) y Tutmosis IV (1412-1402 a.C.).

Ubaid. Tell Al-Ubaid, un pequeño montículo a unas tres millas al norte de Ur en donde Hall y **Woolley** excavaron un santuario de la Antigua Dinastía III dedicado a Ninhursag. También se encontró cerámica decorada del período prehistórico de un estilo que ahora se conoce como de Ubaid.

Ugarit. Puerto de mar del norte de Siria (actualmente Ras Shamra) capital de un pequeño reino del segundo milenio. Ha sido excavado desde 1933 por una expedición francesa dirigida por C. F. Schaeffer y se han encontrado textos cuneiformes en acadio, sumerio, hitita y hurrita y textos «ugaríticos» en lengua semita occidental antigua, plasmado en escritura cuneiforme local y en una forma primitiva de alfabeto.

Umma. Ciudad(-estado) del sur de Sumeria, no lejos del noroeste de Lagash, entre las cuales existía una amarga rivalidad. Actualmente, Tell Jokha.

Ur. La principal ciudad sumeria del sur del Éufrates, sede del dios de la luna Nanna (Sin) y de su esposa Ningal. El nombre actual del emplazamiento es El-Muqayyar. En la Lista de Reyes sumeria se reconocen tres dinastías de Ur, las más importantes de las cuales son la primera (época del Cementerio Real, h. 2500-2400 a.C.) y la tercera, que damos a continuación:

Ur-Nammu	2112-2095 a.C.
Shulgi	2094-2047 a.C.
Amar-suen	2046-2038 a.C.
Shu-sin	2037-2029 a.C.
Ibbi-sin	2028-2004 a.C.

Ur-Nammu. Primer rey de la III Dinastía de Ur (2112-2095 a.C.) y padre de Shulgi.

Ur-Nanshe. Fundador de una dinastía de **Lagash** en la Antigua Dinastía III.

Ur-zababa. Rey de la IV Dinastía de Kish (ver también **Sargón de Akkad**).

Urartu (El bíblico Ararat). Reino de la región del lago Van, correspondiente a la posterior Armenia. Mencionado por primera vez en la época de Salmanasar I, llegó a ser un rival importante de Asiria durante el reinado de Salmanasar III y desapareció casi al mismo tiempo que el Imperio Asirio. Los principales reyes urartienses y sus contemporáneos asirios son:

Aramu	h. 850	Salmanasar III
Sarduris I		
Ispuinis		Shamshi-adad V
Menuas	h. 800	Adad-nirari III
Argistis I		Assur-dan III
Sarduris II	h. 750	Assur-nirari V
Rusas I		Sargón II
Argistis II	h. 700	Senaquerib
Rusas II		Asarhaddón
Sarduris III	h. 650	Assurbanipal

Uruk (Nombre bíblico Erech, sumerio Unug, acadio Uruk y árabe actual Warka). Principal ciudad sumeria en el antiguo Éufrates no lejos de Ur, al noreste. Después de que se descubrieran aquí templos, obras de arte y las primeras inscripciones conocidas, al período anterior a la Antigua Dinastía se le ha llamado período de Uruk. Fue también sede de importantes dinastías durante la Antigua Dinastía (ver también **Emmerkar**, **Gilgamesh**, **Lugalbanda**) y continuó siéndolo durante el período parto.

Utu-hegal. Rey de Uruk después del período acadio (2123-2113 a.C.) que expulsó a los gutis del sur de Sumer pero fue derrotado por **Ur-Nammu.**

Wadi. Palabra árabe para designar una rambla.

Warka. Nombre actual del antiguo emplazamiento de **Uruk.**

Wheeler, sir (R.E.) Mortimer (1890-1976). Decano de Arqueología Británica, trabajó principalmente en yacimientos romanos en Gran Bretaña, en Bretaña y en el subcontinente indio; profesor de Arqueología de las Provincias Romanas en la Universidad de Londres (1948-1955). Promotor de excavaciones estratigráficas de alto nivel.

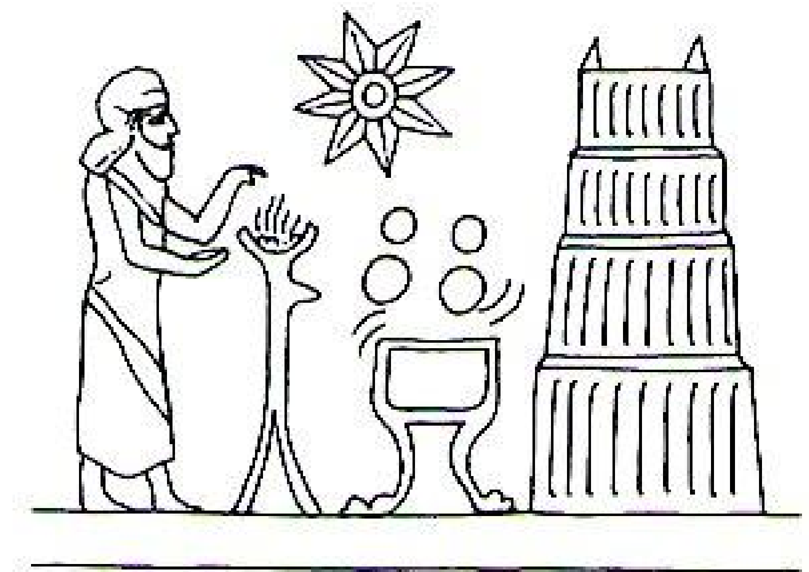
Woolley, sir (C.) Leonard (1880-1960). Quizás el más conocido de los arqueólogos británicos en Oriente Próximo, destacó principalmente por sus trabajos en Ur (1922-1934). Sus descubrimientos más asombrosos tuvieron lugar en el Cementerio Real, en donde se hallaron tesoros incomparables de la antigua civilización sumeria. Empezó como arqueólogo de campo en Egipto, pero en 1912 sucedió a Campbell **Thompson** como director de los trabajos de Carchemish (1912-1914). Posteriormente hizo excavaciones en al Mina y Alalakh, al norte de Siria.

Yamhad. Nombre del reino de **Alepo** a principios del segundo milenio a.C.

Yarim-lim. Rey amorita de **Yamhad** (Alepo), que acogió a **Zimri-Lim** durante su exilio de Mari y le ayudó a reconquistar el trono.

Yasmah-adad. Gobernador de **Mari** a las órdenes de su padre **Samsi-addu** (h. 1795 a.C.). Después de la muerte de éste, la ciudad de Mari fue pronto reconquistada por **Zimri-Lim.**

Zagros, Montes. Principal cadena montañosa que separa la meseta iraniana al este de las llanuras mesopotámicas al oeste.



El zigurat de Assur, según la impresión de un sello

Zigurat. Palabra de origen acadio para describir un templo-torre escalonado, construido en forma de plantas rectangulares, que disminuían de tamaño a medida que se elevaban, en lo alto de la cual a veces había un pequeño altar.

Zimri-Lim. Rey amorita de **Mari**, hijo de Yahdun-lim, que huyó de Samsi-addu refugiándose al oeste pero volvió después de la muerte de aquél sólo para ser derrotado finalmente por **Hammurabi** hacia el año 1763 a.C.

Ziusudra. Nombre sumerio de «Noé», que sobrevivió al Diluvio construyendo una barca después de haber sido avisado por el dios Enki/Ea.

Zurghul. Nombre actual del emplazamiento de la antigua **Sirara.**